

EL FESTÍN DE BALTASAR

Bullía el regio salón con el estrépito de más de mil comensales, magnates todos de la Corte de Babilonia, resplandecientes en el exterior por el brillo de las alhajas y brocados policromados, negros en sus conciencias por tanta suerte de liviandades y degradaciones. Agitábase el sibarítico Baltasar entre los vapores de las esencias y de los vinos, cuando, desvanecido por las adulaciones de tantos cortesanos, dispuso dar al festín nuevo realce, distribuyendo entre las mesas los vasos de plata y oro, arrebatados del templo de Salomón. Y allí, entre las descompuestas risotadas y palmoteos, escancié y bebí de los licores en aquellas sagradas vasijas, y con él, su séquito de nobles y mancebas, colmando así la copa de sus iniquidades con el sacrilegio nefando de los vasos litúrgicos.

MANE, THECEL, PHARES. — En lo más alborotado de aquella orgía dejóse ver el dedo de Dios en medio de un nimbo resplandeciente, describiendo con caracteres flamígeros estas tres fatídicas palabras: *Mane, Thecel, Phares*. Estas mismas palabras flotan ya por los aires, amagando las cerices de los sacrilegos perseguidores de Méjico. Pues embriagados y con la sangre de tantas víctimas, desfogan su furor extendiendo sus zarpas al Santuario, destrozando imágenes venerandas, arrebatando con uña rapaz los preciosos trofeos de nuestra SANTA FE, libando brebajes groseros en los cálices en que se ofrece a Dios la Sangre preciosísima de su Hijo.

MÁSCARAS SIN CARETA. — Las estúpidas declaraciones de que nada se cometía contra los «Credos», no pudieron quedar más convencidas de hipócrita falsedad en los comienzos mismos de la persecución. Ésta se inauguró con una mojiganga carnavalesca en la que se abría paso un grotesco personaje, disfrazado de fraile, corpulento y rollizo, montado sobre un borrico con un Crucifijo a la cintura. Llevaba en una mano ejemplares de los Santos Evangelios, mientras departía bendiciones con la otra, profiriendo blasfemias y gritando burlescamente: «Dadme dos céntimos, y veréis cómo mi asno se come los Evangelios.» Otra carroza venía a continuación, en la que aparecía una monja en brazos de Satanás, rodeado de monjas y diablillos; y tras ésta seguía otra, compuesta de monjas y frailes, merendando juntos y diciéndose cuchufletas.

LOS FARSANTES EN ESCENA. — Helos ahí en la fotografía de la portada, con cataduras de forajidos facinerosos, los que se proponían hacer de Méjico un florido Parnaso de cuantas artes y

ciencias se cultivaron en Atenas y Alejandría... Ellos mismos con sobrada avilantez tiraron del telón y han aparecido en el escenario de su vandalismo, parodiando el asalto de un tren por las huestes católicas, capitaneadas, según dicen, por curas y frailes, revestidos con tal lujo de ornamentos, que hasta en la misma procesión del Corpus resultarían superfluos... Si no son algunos de los 200 sacerdotes villanamente sacrificados, o algunos de los que gimen entre cadenas; los restantes, desterrados están de la República con los Obispos, y sus cabezas puestas a precio, cual si fuesen las de un lobo... Hay, pues, persecución contra los «Credos»; hay latrocinios y escarnios de las cosas sagradas; y existe también una legión gloriosa de 30,000 fervorosos católicos, y no fanáticos, a los que no lograrán vencer, aunque esos ilustrados civilizadores digan en el letrerito que han sido «DISPERZADOS POR LAS FUERZAS DEL GOBIERNO».

LA BACANAL SACRÍLEGA. — Aquellos brindis de Baltasar en copas dedicadas al culto, con ser tan abominable profanación, no carecen de cierta poética grandeza, siquiera la del orgullo de un rey en ostentar en su mesa los vasos del servicio de Dios. Mas ni ese aspecto de nobleza se ve en las profanaciones de Méjico: truhanes de baja estofa saquearon templos y casas en Tepatitlán, y en confuso tropel se encaminaron a las cantinas con el botín; y allí, sin recatarse de las miradas del vecindario, comenzaron a revestirse, y envueltos con las sagradas vestiduras se desarrolló una indecente bacanal, en la que se brindaba desenfrenadamente en cálices y copones, y a modo de ceremonial, gesticulando desvergonzadamente y barbotando blasfemias... La crápula terminó con una danza, bailada en derredor de la hoguera alimentada con las imágenes de los Santos...

LAS AVES DE RAPINA. — Su insaciable rapacidad no se ha saciado con las preciosidades arrebatadas a las iglesias; recorren también los dominios para sorprender a los fieles celebrando la MISA, y de un lance apuñalar al Ministro y arrebatar cálices y copones. Así lo hicieron en Tula, arrojando por los suelos las SAGRADAS HOSTIAS y la Sangre del Señor; y escenas dramáticas, como la que vamos a referir, se han desarrollado repetidas veces en Guadalajara: Registraban el domicilio del profesor señor Zavala; y al descubrir el SAGRARIO, oculto tras un amplio cortinaje, lanzan un rugido de satisfacción, y abalanzándose sobre la portezuela, echan las zarpas sobre el Copón en el momento en que el dueño de la casa se arrojaba en su defensa. Le costó titánicos esfuerzos desasir aquellas uñas de fiera, hincadas furiosamente en los labios del Vaso; y sin alterarse por el brillo de las armas, les dijo mientras iba consumiendo el SAGRADO DEPÓSITO: «Sobre mi cadáver podréis insultar el Santísimo Sacramento; mientras viva no podréis.»

En otros asaltos ha sido secuestrado el **Cuerpo del Señor**, como cuerpo del delito, según frase de estos «guardianes de la justicia»... y gracias al celo de cristianas matronas, y a costa de fuertes sumas, se ha podido rescatar, cual si fuese un malhechor, del armario mugriento, en donde a manera de cárcel lo habían arrinconado. Y la salvajada más sórdida, y que a los mismos herejes haría temblar de espanto, aconteció en el mercado público, en donde uno de estos facinerosos vació un *Copón* en un plato de sardinas, y se puso a comer las **SAGRADAS HOSTIAS** con la vianda, entre muecas y visajes ridículos...

EL PUNAL DE NERÓN. — En nada se manifestó tanto el corazón de perro de este César romano, como en haber desgarrado las entrañas de su madre Agripina. Y nada ha comprobado tanto la falta de sentimiento de nacionalidad y de cultura en los perseguidores de Méjico, como los repetidos conatos de rasgar el lienzo de la **Santísima Virgen de Guadalupe**. Por dos veces han fallado los explosivos colocados en su altar; el uno fué en la persecución del impío Obregón, y el segundo es muy reciente, consistiendo en un grueso cirio, cuya llama había de hacer explotar la bomba que contenía. Los fieles apagaron la llama a tiempo; pero la *Sagrada Imagen* ha quedado precintada con los sellos del Gobierno, como prisionera de hijos degenerados, que recibieron de Ella la civilización y la libertad...

Y lo que en el lienzo original no han podido lograr, lo ejecutaron en los tiempos del infame Obregón, en una de las copias más venerandas, en la iglesia de Morelia, quedando la *Santa Imagen de Guadalupe* acuchillada, como objeto de ludibrio y de desprecio.

BAJO LAS PATAS DE LOS CABALLOS. — La iglesia de Aguascalientes la transformaron en cuadra; y como sello de su odio refinado a todo lo dedicado al culto, forjaron con el hierro del comulgatorio herraduras para los caballos. Allí, debajo de las patas de los caballos, se han puesto ellos; y las piras, formadas con *imágenes* de *Santos*, sobre las cuales se han consumido los cuerpos de muchos *confesores* de la Fe, levantan al CIELO sus llamaradas, invocando *la justicia* de Dios, pues en la tierra sólo está entronizada la iniquidad...

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A., BALMES, 141, BARCELONA.—TELÉF. G. 26. CABLES Y TELEGRAMAS: IDESA

LOS NEFANDOS SACRILEGIOS DE LOS PERSEGUIDORES DE LA IGLESIA EN MÉJICO



LOS EMPLEADOS Y SOLDADOS DE CALLES REVESTIDOS CON LOS ORNAMENTOS SAGRADOS
LA FOTOGRAFÍA LA SACARON Y ANOTARON ELLOS MISMOS

EL FESTÍN DE BALTASAR

Bullía el regio salón con el estrépito de más de mil comensales, magnates todos de la Corte de Babilonia, resplandecientes en el exterior por el brillo de las alhajas y brocados policromados, negros en sus conciencias por tanta suerte de liviandades y degradaciones. Agitábase el sibarítico Baltasar entre los vapores de las esencias y de los vinos, cuando, desvanecido por las adulaciones de tantos cortesanos, dispuso dar al festín nuevo realce, distribuyendo entre las mesas los vasos de plata y oro, arrebatados del templo de Salomón. Y allí, entre las descompuestas risotadas y palmoteos, escanció y bebió de los licores en aquellas sagradas vasijas, y con él, su séquito de nobles y mancebas, colmando así la copa de sus iniquidades con el sacrilegio nefando de los vasos litúrgicos.

MANE, THECEL, PHARES. — En lo más alborotado de aquella orgía dejóse ver el dedo de Dios en medio de un nimbo resplandeciente, describiendo con caracteres flamígeros estas tres fatídicas palabras: *Mane, Thecel, Phares*. Estas mismas palabras flotan ya por los aires, amagando las cervices de los sacrilegos perseguidores de Méjico. Pues embriagados y con la sangre de tantas víctimas, desfogan su furor extendiendo sus zarpas al Santuario, destrozando imágenes venerandas, arrebatando con uña rapaz los preciosos trofeos de nuestra SANTA FE, libando brebajes groseros en los cálices en que se ofrece a Dios la Sangre preciosísima de su Hijo.

MÁSCARAS SIN CARETA. — Las estúpidas declaraciones de que nada se cometía contra los «Credos», no pudieron quedar más convencidas de hipócrita falsedad en los comienzos mismos de la persecución. Ésta se inauguró con una mojiganga carnalesca en la que se abría paso un grotesco personaje, disfrazado de fraile, corpulento y rollizo, montado sobre un borrico con un Crucifijo a la cintura. Llevaba en una mano ejemplares de los Santos Evangelios, mientras departía bendiciones con la otra, profiriendo blasfemias y gritando burlescamente: «Dadme dos céntimos, y veréis cómo mi asno se come los Evangelios.» Otra carroza venía a continuación, en la que aparecía una monja en brazos de Satanás, rodeado de monjas y diablillos; y tras ésta seguía otra, compuesta de monjas y frailes, merendando juntos y diciéndose cuchufletas.

LOS FARSANTES EN ESCENA. — Helos ahí en la fotografía de la portada, con cataduras de forajidos facinerosos, los que se proponían hacer de Méjico un florido Parnaso de cuantas artes y

ciencias se cultivaron en Atenas y Alejandría... Ellos mismos con sobrada avilantez tiraron del telón y han aparecido en el escenario de su vandalismo, parodiando el asalto de un tren por las huestes católicas, capitaneadas, según dicen, por curas y frailes, revestidos con tal lujo de ornamentos, que hasta en la misma procesión del Corpus resultarían superfluos... Si no son algunos de los 200 sacerdotes villanamente sacrificados, o algunos de los que gimen entre cadenas; los restantes, desterrados están de la República con los Obispos, y sus cabezas puestas a precio, cual si fuesen las de un lobo... Hay, pues, persecución contra los «Credos»; hay latrocinios y escarnios de las cosas sagradas; y existe también una legión gloriosa de 30,000 fervorosos católicos, y no fanáticos, a los que no lograrán vencer, aunque esos ilustrados civilizadores digan en el letrerito que han sido «DISPERZADOS POR LAS FUERZAS DEL GOBIERNO».

LA BACANAL SACRÍLEGA. — Aquellos brindis de Baltasar en copas dedicadas al culto, con ser tan abominable profanación, no carecen de cierta poética grandeza, siquiera la del orgullo de un rey en ostentar en su mesa los vasos del servicio de Dios. Mas ni ese aspecto de nobleza se ve en las profanaciones de Méjico: truhanes de baja estofa saquearon templos y casas en Tepatlán, y en confuso tropel se encaminaron a las cantinas con el botín; y allí, sin recatarse de las miradas del vecindario, comenzaron a revestirse, y envueltos con las sagradas vestiduras se desarrolló una indecente bacanal, en la que se brindaba desenfrenadamente en cálices y copones, y a modo de ceremonial, gesticulando desvergonzadamente y barbotando blasfemias... La crápula terminó con una danza, bailada en derredor de la hoguera alimentada con las imágenes de los Santos...

LAS AVES DE RAPINA. — Su insaciable rapacidad no se ha saciado con las preciosidades arrebatadas a las iglesias; recorren también los dominios para sorprender a los fieles celebrando la MISA, y de un lance apuñalar al Ministro y arrebatar cálices y copones. Así lo hicieron en Tulcingo, arrojando por los suelos las SAGRADAS HOSTIAS y la Sangre del Señor; y escenas dramáticas, como la que vamos a referir, se han desarrollado repetidas veces en Guadalajara: Registraban el domicilio del profesor señor Zavala; y al descubrir el SAGRARIO, oculto tras un amplio cortinaje, lanzan un rugido de satisfacción, y abalanzándose sobre la portezuela, echan las zarpas sobre el Copón en el momento en que el dueño de la casa se arrojaba en su defensa. Le costó titánicos esfuerzos desasir aquellas uñas de flera, hincadas furiosamente en los labios del Vaso; y sin alterarse por el brillo de las armas, les dijo mientras iba consumiendo el SAGRADO DEPÓSITO: «Sobre mi cadáver podréis insultar el Santísimo Sacramento; mientras viva no podréis.»

En otros asaltos ha sido secuestrado el **Cuerpo del Señor**, como cuerpo del delito, según frase de estos «guardianes de la justicia»... y gracias al celo de cristianas matronas, y a costa de fuertes sumas, se ha podido rescatar, cual si fuese un malhechor, del armario mugriento, en donde a manera de cárcel lo habían arrinconado. Y la salvajada más sórdida, y que a los mismos herejes haría temblar de espanto, aconteció en el mercado público, en donde uno de estos facinerosos vació un *Copón* en un plato de sardinas, y se puso a comer las **SAGRADAS HOSTIAS** con la vianda, entre muecas y visajes ridículos...

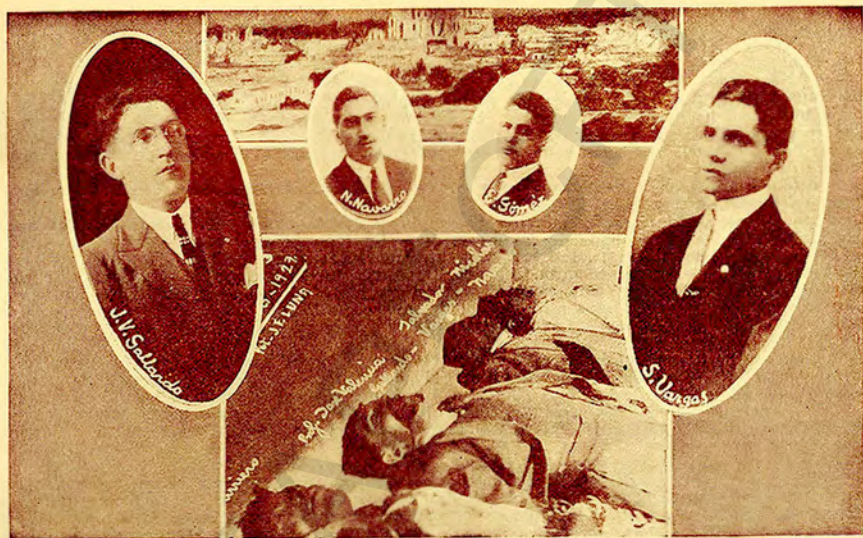
EL PUÑAL DE NERÓN. — En nada se manifestó tanto el corazón de perro de este César romano, como en haber desgarrado las entrañas de su madre Agripina. Y nada ha comprobado tanto la falta de sentimiento de nacionalidad y de cultura en los perseguidores de Méjico, como los repetidos conatos de rasgar el lienzo de la **Santísima Virgen de Guadalupe**. Por dos veces han fallado los explosivos colocados en su altar; el uno fué en la persecución del impío Obregón, y el segundo es muy reciente, consistiendo en un grueso cirio, cuya llama había de hacer explotar la bomba que contenía. Los fieles apagaron la llama a tiempo; pero la *Sagrada Imagen* ha quedado precintada con los sellos del Gobierno, como prisionera de hijos degenerados, que recibieron de **Ella** la civilización y la libertad...

Y lo que en el lienzo original no han podido lograr, lo ejecutaron en los tiempos del infame Obregón, en una de las copias más venerandas, en la iglesia de Morelia, quedando la *Santa Imagen de Guadalupe* acuchillada, como objeto de ludibrio y de desprecio.

BAJO LAS PATAS DE LOS CABALLOS. — La iglesia de Aguascalientes la transformaron en cuadra; y como sello de su odio refinado a todo lo dedicado al culto, forjaron con el hierro del comulgatorio herraduras para los caballos. Allí, debajo de las patas de los caballos, se han puesto ellos; y las piras, formadas con *imágenes* de *Santos*, sobre las cuales se han consumido los cuerpos de muchos *confesores* de la FE, levantan al CIELO sus llamaradas, invocando la *justicia* de Dios, pues en la tierra sólo está entronizada la iniquidad...

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A., BALMES, 141, BARCELONA.—TELÉF. G. 26. CABLES Y TELEGRAMAS: IDESA



MÁRTIRES DE LEÓN (MÉJICO)

¡ CRISTIANOS A LAS FIERAS !

He aquí el grito con que el paganismo pretendió ahogar en su cuna al CRISTIANISMO. Grito que desde entonces no ha dejado de percibirse, y que hoy con encarnizado odio repite la impiedad en Méjico; pero ahora, como en toda época, no han faltado en la IGLESIA cristianos para ser arrojados a las fieras. *El suelo mejicano*, como en otro tiempo las arenas del circo romano, está empapado en sangre de mártires.

Los católicos mejicanos mueren por su FE con el mismo valor y entusiasmo con que morían los primeros cristianos.

Una nueva falange de invictos mártires ha salido de las filas de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, madre fecunda de confesores de la FE, para defender con las armas en la mano los derechos divinos de la IGLESIA, tan vilmente ultrajados por los enemigos de Dios.

El 3 de enero, en el momento mismo de aprestarse a la lucha, la traición y la perfidia inutilizó el valor de estos jóvenes; mas Dios aceptó su sacrificio otorgándoles ese mismo día la corona de un ilustre y glorioso martirio. Antes que el sol del nuevo día bañara con su luz los cuerpos de las víctimas enrojecidos con su propia sangre, sus almas habían recibido ya de los ÁNGELES en el CIELO las palmas de mártires.

Seis fueron las víctimas gloriosas de cuyo martirio nos vamos a ocupar en estas líneas. Sus nombres: José Valencia Gallardo, de 27 años; Salvador Vargas, de 20 años; Nicolás Navarro, de 20 años; Ezequiel Gómez, de 17 años; Agustín Ríos, de 18 años; Antonio Romero, de 35 años. Todos ellos miembros de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, y los cuatro primeros Congregantes de la Virgen; José Valencia Gallardo era Prefecto de la Congregación, y Salvador Vargas, Secretario.

EN VÍSPERAS DEL SACRIFICIO. — Como los primeros mártires, así estos jóvenes se prepararon para el martirio, fortaleciéndose antes con el PAN DE LOS FUERTES, y de tal modo quedaron sus corazones robustecidos para la lucha, que se les oyó exclamar: «*Estamos dispuestos a dar la vida por la causa que defendemos, porque es justa y santa.*» No buscaban en ella riquezas, ni honores; únicamente pretendían romper las cadenas con que se ha aprisionado a la IGLESIA CATÓLICA en Méjico.

Uno de ellos, Nicolás Navarro, pide la bendición a su padre antes de ir al combate; ayuna la víspera de su martirio para mejor prepararse a él, y a su joven esposa, que le muestra a su hijito y le dice que si no siente dejarlos, le responde con este lenguaje sublime: «*No, primero debo ahora defender la CAUSA de Dios, y si tuviera diez hijos, los diez los dejaría por amor a mi RELIGIÓN; cuando mi hijo crezca, le dices que su padre ha muerto por defender su RELIGIÓN.*» Así habló aquel mártir invicto de Cristo.

Otro de los jóvenes, Ezequiel Gómez, dijo a su madre: «*Yo deseo morir, porque sé que el Señor quiere mi sangre para salvar a la patria.*»

LA OBLACIÓN. — La mañana del 3 de enero de 1927, cuando los valientes jóvenes se disponían a la lucha, fueron traicionados y hechos prisioneros por los perseguidores de la IGLESIA, que hacía siete días los buscaban, pues el valor y entusiasmo con que defendían la CAUSA CATÓLICA excitaba su odio hacia ella. Su único crimen es, pues, defender a la IGLESIA; por ella van a ser inicuaamente fusilados. Once tan sólo son capturados, a quienes atan inmediatamente y en medio de golpes e insultos los conducen a la prisión. Después de largo rato de espera en inmundos patios, fueron conducidos, a la una de la mañana, a las afueras de la ciudad. Allí los golpean, les dan puñaladas y los arrastran hasta quedar desfigurados. Al valiente y fervoroso mártir, Nicolás Navarro, tratan de quitarle algunos documentos y él, no pudiendo defenderlos, se los come. Los emisarios del Perseguidor lo golpean hasta romperle los dientes y hacerle saltar la sangre por los ojos, y después de haberle dado dos balazos, aún tiene la víctima gloriosa fuerza y valor para decir: «*Ánimo, compañeros, acuérdense de la CAUSA que defendemos...*» Se refería a una conferencia que habían tenido la víspera y en la que se propusieron seguir hasta la muerte el ejemplo de Cristo; los exhortaba, pues, a seguir aquel género de muerte con gran ánimo, ofreciendo su sangre por la paz de la IGLESIA en Méjico. «*Si, yo muero por Cristo, que no muere jamás.*» Y perdonando a sus enemigos y gritando: ¡VIVA CRISTO REY! expiró, después de recibir otras dos puñaladas.

Iba entre los mártires el niño Agustín Ríos, de trece años de edad, el cual, al ver los salvajes preparativos para asesinarlos, empezó a sentir las angustias y los horrores de la muerte, cosa que enterneció al esforzado joven Valencia Gallardo, quien, encarándose con los verdugos, les reprendió con bondad, pero con entereza, el negro crimen que iban a cometer; luego, con la elocuencia que le caracterizaba, animó también a sus compañeros, fortaleciéndolos con palabras llenas de dulzura y recordándoles la merecida recompensa que Dios y su Santa Madre les darían en el CIELO. Sus últimas palabras fueron para pedir a sus invictos compañeros que murieran con la plegaria favorita

del pueblo mejicano: ¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE! No le dejaron terminar sus asesinos. Oyendo el nombre de Dios se arrojan sobre él, lo golpean de la manera más brutal y le arrancan la lengua, y luego, burlándose de él, le decían: «Ahora habla...» El mártir, haciendo entonces un esfuerzo supremo para confesar su FE, desata las cuerdas que le ataban las manos, y ya que con la lengua no puede pronunciar el SANTO NOMBRE DE Dios, señala con uno de sus dedos al CIELO. Ante esta actitud, sublime y esforzada, el odio de los enemigos de Cristo se enciende más, y el mártir cae en tierra acriballado a balazos; y como si esto fuera poco, uno de los soldados destroza el cráneo de la víctima. Así acabó aquel invicto joven, gloria de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana y ferviente Congregante de la Virgen Inmaculada.

Dispararon en masa sobre los demás, logrando de este modo escapar algunos de la muerte. De ellos hemos recibido los pormenores de este bellísimo y conmovedor martirio.

LOS ÚLTIMOS ULTRAJES Y LA GLORIFICACIÓN. — Los santos cuerpos iban a recibir aún nuevos ultrajes. Ya entrada la mañana, los expusieron a las puertas del Palacio Municipal. Mas Dios quiso que este agravio sirviera para empezar la glorificación de los confesores de la FE.

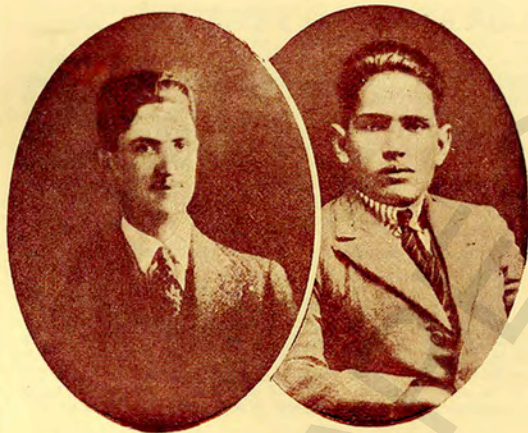
El padre de uno de ellos dijo, al ver el cadáver de su hijo: «¡Oh hijo mío, ruega por tus padres y por tus hermanos, a fin de que nosotros podamos imitar vuestros ejemplos! ¡Tú ciertamente estás en el CIELO!» La anciana madre de José Valencia Gallardo, lejos de entristecerse, se alegra por ser madre de un mártir, y al acercarse al cuerpo de su hijo sintió tan gran respeto, que se arrodilló junto a él para dar gracias a Dios, pues se sentía tan favorecida de Nuestro Señor porque le había dado un hijo tan grande, tan bueno, ¡mártir!; y no sintiéndose digna de abrazarle, se contentó con besarle los pies. Y aquella anciana, septuagenaria, aún tiene fortaleza para responder a los que se niegan a entregarle el cadáver de su hijo: «No importa que no me queráis entregar el cadáver de mi hijo, pues yo esta mañana he ofrecido su alma al Sagrado Corazón.»

Después fueron trasladados los cadáveres al hospital, donde se agolpaba toda la gente queriendo ver por fuerza a los mártires; mojaban lienzos en su sangre, cortaban pedazos de sus vestidos y besaban los ensangrentados pies y manos de los primeros mártires de la ciudad de León. Su entierro fué una procesión triunfal.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A. — BALMES, 141. — TELÉF. G. 26. — BARCELONA



J. SILVA

M. MELGAREJO

MÁRTIRES DE ZAMORA (MÉJICO)

.....

JOAQUÍN SILVA
Y
MANUEL MELGAREJO

CONGREGANTES DE LA VIRGEN
Y MIEMBROS DE LA ASOCIACIÓN CATÓLICA
DE LA JUVENTUD MEJICANA
MARTIRIZADOS EL 12 DE SEPTIEMBRE
DE 1926

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

SALVETE, FLORES MARTYRUM!

SELLANDO CON SU SANGRE UN JURAMENTO. — La Asociación Católica de la Juventud Mejicana, en un arranque de sublime entusiasmo por la CAUSA CATÓLICA, tan *vilmente perseguida* en aquel noble y generoso pueblo, levantó su voz serena, varonil y resuelta, para protestar ante la nación entera contra los atropellos de que es víctima la IGLESIA en Méjico: «*Juramos, dijo, que emplearemos todas nuestras energías, dentro de los medios lícitos, para conseguir la reforma de la Constitución. Cristo Rey está en nuestra patria crucificado; pero Cristo Rey crucificado siempre resucita: la Historia lo comprueba. ¡Quiera Dios que nuestra actitud viril y nuestros esfuerzos merezcan que con Cristo resucite la patria queridísima, pronto y definitivamente!*» Así terminó con gallarda valentía aquella protesta.

Y como lo juró, así lo ha cumplido. Dios aceptó el juramento y las víctimas lo sellaron con su sangre en testimonio de fidelidad.

El martirio de dos de estos jóvenes ha hecho exclamar al actual PONTÍFICE: «¡Oh espectáculo bellísimo dado al mundo, a los ÁNGELES y a los hombres! ¡Oh hechos dignos de eterno encomio!... Algunos de aquellos adolescentes y de aquellos jóvenes (y al decirlo apenas podemos contener las lágrimas), con el rosario en las manos y con el grito de ¡VIVA CRISTO REY! en los labios, han ido voluntariamente al encuentro de la muerte.» Esta escena sublime vamos a narrarla en estas páginas, y estamos seguros de que la voz de la sangre de las víctimas hará vibrar de amor y de entusiasmo por Cristo las fibras de todos los corazones católicos, como hizo vibrar las de Pío XI.

EN BUSCA DEL MARTIRIO. — Joaquín Silva, hijo de una distinguida y cristianísima familia, congregante de la Virgen y miembro de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, al estallar la persecución, se dio con todo ardor a la propaganda para la *resistencia católica*. No le arredró ni el temor de la muerte, ni el pensamiento de que si él moría, su familia quedaría privada de su valioso apoyo. Consciente de su misión y convencido de su futura suerte, al despedirse de sus padres para el que había de ser, según él, «su último viaje» de propaganda, le dijo, resuelto, a su madre: «*Mira, mamá, es mejor que muramos antes de conseguir el triunfo; pues quizá el dinero*

8
y los honores puedan desviar nuestras rectas intenciones.» Y añadió luego con la misma imperturbable decisión: «*Mamá, le dices a mi hermano José que lo espero en el CIELO.*»

Se puso en seguida en camino, acompañado de otro joven amigo suyo, llamado Manuel Melgarejo; y en el tren hacia Zamora se les juntó el general Cepeda, vestido de paisano. Entabló conversación con ellos, fingiéndose católico, y les mostró unas medallas y un crucifijo, para así ganarse su confianza. Mas al llegar a Zamora, les dijo: «Amigos, están ustedes perdidos: los tenemos presos.» A lo que replicó Joaquín: «A mí, máteme o haga lo que quiera; pero a este joven, que sólo tiene 17 años, déjelo usted libre.» El jovencito Melgarejo intervino en seguida, diciendo: «No, Joaquín, yo quiero morir contigo.» Fueron los dos apresados y llevados al cuartel, y de aquí al cementerio, donde debían ser fusilados.

FIELES AL JURAMENTO. — En el camino sacaron ambos sus rosarios, y fueron rezándolo en voz alta, contestando el pueblo que, afligido, les acompañaba. Instigados por uno de los soldados a que tiraran el rosario, respondió Joaquín con energía: «*Mientras yo tenga vida, nadie podrá quitarme mi rosario.*»

Cuando llegaron al panteón y les formaron cuadro, quisieron vendar a Joaquín los ojos; mas él les dijo: «No me venden, porque no soy un criminal. Yo mismo les daré la señal para disparar; cuando diga: ¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!, entonces pueden disparar.» Antes les dirigió un discurso conmovedor, diciéndoles que los perdonaba, y que moría por Dios y por la patria. Varios se conmovieron, y uno de los soldados, vencido por la emoción, arrojó el rifle, diciendo: «Yo no tiro, joven, yo pienso como usted, yo soy católico.» Esto le valió ser martirizado al día siguiente.

Joaquín, volviéndose a Melgarejo, le dijo: «Descúbrete, porque vamos a comparecer delante de Dios», y luego dió un grito sonoro, entusiasta, que debió de repercutir en los CIELOS y que se ha oído en toda la tierra: ¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE! Sonó la descarga y su cuerpo se desplomó, acribillado a balazos. Al ver esto el joven Melgarejo, cayó desmayado, y estando en tierra sin conocimiento, abrazado al cuerpo del mártir, fué, también, cobardemente asesinado.

CUMPLIENDO UNA PROMESA. — A la misma hora, su hermano José, que se hallaba en Estados Unidos, oía con toda claridad, sin saber de dónde, que le llamaban por su propio nombre.

«Era, según declara él mismo, la voz de Joaquín, a quien Dios permitió me avisase de esta manera su muerte, para que mis ojos derramasen, aunque fuera de una manera inconsciente, todas las lágrimas que tenían, sobre el cuerpo querido de mi hermano, acibillado por las balas...»

Gentes buenas y piadosas que presenciaron la muerte de estos *dos heroicos jóvenes*, cubrieron en seguida de flores sus cadáveres, y todos a porfía les proporcionaban lo necesario para una honrosa sepultura.

PADRES DE MÁRTIRES. — Aún no está completo *este cuadro de heroísmo*; aún encierra algo más ese *bellísimo espectáculo*. Esa *sangre noble y generosa* ha circulado antes por otras venas, *nobles y generosas* también. El águila osada no nace de tímida paloma, y los *esforzados y valientes* son *frutos naturales de ánimos esforzados y valientes* también.

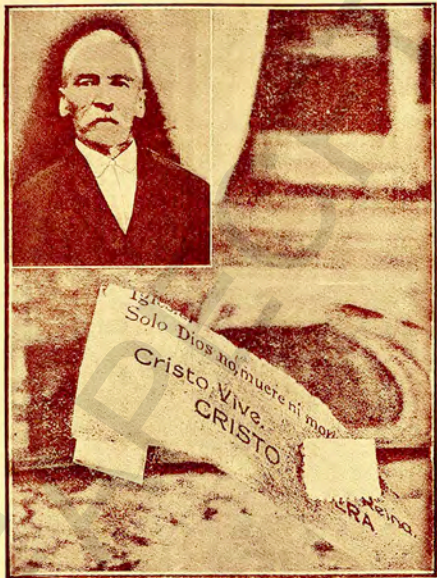
Al tener noticia el señor Silva, padre de Joaquín, de la muerte de su hijo, aunque la recibió con gran consuelo, por ver que *había derramado su sangre* por tan NOBLE CAUSA, temió, sin embargo, que el padre del joven Melgarejo recibiera mal la nueva, puesto que su hijo había sido el autor de este viaje de *propaganda católica*, y el que había invitado a Melgarejo para que le acompañara. Estando, pues, el señor Silva pensando cómo dar la noticia al señor Melgarejo, se presentó éste, y su primer saludo fué: «Dame un abrazo, porque somos padres de *mártires*. Vengo a felicitarte por ello.» Entonces le refirió el señor Silva los temores que tenía de que hubiera sentido demasiado el fusilamiento de su hijo. A lo que contestó el señor Melgarejo: «No tienes porqué apenarte, pues me considero feliz de haber dado a la IGLESIA un *hijo mártir*.»

CRISTO CRUCIFICADO RESUCITA. — Cristo Rey ha sido crucificado con los jóvenes mejicanos, muertos por defender su FE; pero Cristo crucificado siempre resucita: la Historia lo comprueba. ¡Quiera Dios que la actitud viril y el esfuerzo de tan *gloriosos mártires* merezcan que con Cristo resucite la patria queridísima, pronto y definitivamente, y que el *bellísimo espectáculo* dado al mundo, a los ÁNGELES y a los hombres, fortifique en la FE los corazones de nuestras Juventudes, para *derramar por Cristo hasta la última gota de su sangre!*

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A. — BALMES, 141. — TELÉF. G. 26. — BARCELONA

EL MÁRTIR DE PUEBLA (MÉJICO)



RETRATO DE JOSÉ GARCÍA FARFÁN
Y FOTOGRAFÍA DEL ESCAPARATE
DESPUÉS DE SELLADO POR EL GOBIERNO

*Llamamos mártir a Farfán, sin intención de prevenir el juicio
de la Iglesia*

SÓLO DIOS NO MUERE

Tal es el *grito de victoria* que de todos y de cada uno de los cadalsos y tumbas de los *confesores* de la FE se levanta vibrante y amenazador. Cada gota de sangre del *mártir cristiano*, es un voto más en favor del **reinado de Jesucristo**. El CRISTIANISMO, para votar contra el imperio opresor de los Césares, no se vistió la blanca y severa toga del ciudadano romano, sino *las vestiduras ensangrentadas del mártir cristiano*. Así *triunfó siempre* la IGLESIA de sus perseguidores y así *triunfará también en Méjico*; por eso sobre la tumba de una de las primeras víctimas está escrito ya el grito de victoria: ¡DIOS NO MUERE!

EL VETERANO DE CRISTO REY. — Un comerciante de la ciudad de Puebla, llamado José García Farfán, hombre de avanzada edad y *católico de profundas convicciones*, por cuyos cansados miembros corría aún *vigorosa la sangre de mártires*, puso en el escaparate de su tienda varias hojas de *propaganda religiosa* y un gran letrero que decía: ¡VIVA CRISTO REY! Farfán no teme las iras de los perseguidores; está dispuesto a *derramar su sangre por Dios*, y quiere que conste a la ciudad que aquélla es la casa de un veterano del REY PERSEGUIDO.

Pronto vió el *valiente católico* cumplidos sus deseos, pues el odio de los enemigos de Cristo no se hizo esperar.

El 20 de julio de 1926, al pasar el general Amaya, jefe de las armas de Puebla, frente al escaparate que proclamaba la *realeza de Cristo*, se detiene, indignado, ante aquella inscripción, entra inmediatamente en la tienda y manda con imperio a Farfán que retire aquellas hojas.

— ¡No! — responde a secas el anciano levantando tranquilamente la cabeza.

El general, enfurecido al ver la *entereza del cristiano*, lo insulta soezmente e intenta golpearlo; mas Farfán sabe defender con *valor y energía* sus derechos de hombre y de *creyente*. Entonces uno de los oficiales, para hacer méritos ante su jefe, dispara sobre el indefenso comerciante, pero sin lograr matarlo.

EN LAS PRISIONES. — De allí, por orden del mismo general, es conducido Farfán a uno de los cuarteles de la ciudad, donde queda recluso entre los malhechores.

Proceden a formarle un consejo de guerra sumarísimo, cosa jamás vista, por tratarse de un civil. Entre tanto los familiares del prisionero y los miembros de la «Unión Popular Católica» em-

piezan a gestionar un *amparo* ante el juez numerario y otro ante el supernumerario, con el fin de impedir la ejecución.

LA TIRANÍA ANTE EL DERECHO. — Los abogados corren inútilmente a presentar el *amparo* a los que tramitan la ejecución, y son rechazados sin permitirseles la entrada. Van entonces en busca del jefe de las operaciones, y también éste se niega a recibirlos. A las ocho de la noche se presenta uno de los defensores al jefe de la guardia, para hacer entrega, ante un notario, del pliego que ampara al *prisionero*; por toda respuesta el oficial le pone el revólver al pecho, amenazándole con disparar si no se aparta inmediatamente de allí. Ante esta violación del derecho, el abogado arroja el pliego y se retira. Algunos de los militares que forman parte del tribunal manifiestan no ser conforme a derecho que se juzgue a un *civil militarmente*; nada, sin embargo, convence a los partidarios del general Amaya. Al proclamar Farfán públicamente la *realeza de Cristo* parece haber cometido el más horrendo de los crímenes; y si al mismo Cristo le costó la vida declarar públicamente que El era Rey de las naciones, no es extraño que el vasallo *muera por la confesión de esta misma verdad*. Ni debe admirarnos que en la muerte de Farfán se violen las leyes y se proceda contra toda justicia, pues no se procedió de otro modo en la de Cristo.

A las nueve de la noche se hace la consignación a uno de los juzgados federales, pero con la condición de que no se entregaría el prisionero sino hasta el siguiente día, por ser ya muy avanzada la hora.

Entre tanto la *ilustre víctima*, como los primeros mártires de las cárceles romanas, espera con ansia que se rompan los cerrojos de sus prisiones para ser arrojado a las fieras y triturado entre sus garras. Ni el peso de los años ni las afrentas y trabajos de aquel día han hecho decaer el ánimo del mártir.

AL ABRIGO DE LAS TINIEBLAS. EL MARTIRIO. — Apenas amaneció el nuevo día, protegidos aún por las tinieblas, sacan a Farfán en un camión custodiado por un oficial y veinte soldados. El odio de los enemigos de Cristo no puede contenerse ya, y antes de llegar al lugar destinado para la ejecución, en una de las calles de la ciudad, el mártir cae acibillado a balazos. Y como si esto fuera poco, se acercan al cuerpo venerando de la *victima* para inferirle nuevos ultrajes, destrozándole los dientes.

Así acabó aquel veterano de Cristo Rey. Sobre la nieve blanca de sus cabellos ostenta hoy la *corona de un ilustre martirio*. Y este triunfo es tanto más glorioso y digno de encomio, cuanto que los enemigos de Cristo son vencidos esta vez no por un *vigoroso atleta*, sino por un *anciano de cansados y torpes miembros*.

¡Farfán murió por la causa de Dios, pero Dios no muere! ¡La sangre del nuevo mártir es un voto más en favor de la realeza de Jesucristo!

CALUMNIAS Y CONTRADICCIONES. — Dos señoritas que vivían en la misma calle donde se martirizó a Farfán, al oír las descargas salieron al balcón y vieron cómo huían los soldados y el oficial, dejando el cuerpo del mártir sobre el camión.

El general Amaya redactó inmediatamente un telegrama para el perseguidor Calles, en que contaba mil falsedades, siendo la primera que la víctima había disparado un revólver, cosa enteramente falsa. El mismo general, en otro telegrama a la Prensa, quiso explicar el hecho de haber encontrado a Farfán muerto en un camión a causa de haberlo querido defender los católicos, cosa igualmente falsa.

EL PRIMER GRITO DE VICTORIA. — Una vez aprehendido Farfán, Amaya abre el escaparate, rompe las hojas de propaganda religiosa que en él había, las arroja fuera y lo sella; mas, no sin misterio, un solo fragmento de las hojas destruidas queda adherido al cristal del escaparate. Es un grito de aliento para los católicos perseguidos y una amenaza terrible para los perseguidores. En él se leen estas significativas palabras: **¡SOLO DIOS NO MUERE, NI MORIRA JAMAS! ¡CRISTO VIVE! ¡CRISTO REINA! ¡CRISTO IMPERA!** Grito eterno de victoria que lanza el CRISTIANISMO a través de los siglos.

LA ALEGORÍA DE UN SELLO. — *Coincidencia especial:* las anteriores palabras han quedado resguardadas por el sello de la jefatura de armas, puesto por el general sobre ellas al clausurar el escaparate; de este modo, pues, queda autorizada por el mismo gobierno perseguidor, con todos los requisitos de la ley, la verdad en ellas proclamada, como quedó también la resurrección de Cristo con los sellos puestos a su sepulcro.

Este hecho no es sino una bellísima alegoría del triunfo de la IGLESIA en Méjico, triunfo que está resguardado por los sellos con que Calles ha clausurado las escuelas, los templos y todo aquello que lleva el nombre de Dios; sin ellos no hubiéramos contemplado tanto heroísmo y tanto valor cristiano en los perseguidos católicos, que saben ir a las cárceles y a los patíbulos con la sonrisa en los labios y el grito de **¡VIVA CRISTO REY!** por contraseña; sin esos sellos jamás hubiéramos visto esa falange de nobles y generosos jóvenes que van sembrando los senderos de su juventud con rosas de martirio.

¡Católicos, orad por Méjico!

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

J. H. S.

A vosotros, pues, amigos míos, os digo:

No temáis a aquellos que matan el cuerpo y después de esto no tienen más que hacer.

Mas yo os enseñaré a quiénes habéis de temer:

Temed al que después de quitar la vida tiene poder para arrojaros al infierno.

(Luc., XII-4-5.)

Bienaventurados los que mueren en el Señor.
(Apoc., XIV-13.)

Cuán agradable es, en la presencia del Señor, la muerte de los santos.
(Ps., CXV-13.)

Que la sangre de nuestros mártires aplaque la cólera del cielo y su intercesión nos alcance el remedio de nuestros males.

EL DOMINGO, 6 DEL PRESENTE
OFRECIÓ AL SEÑOR

EL SACRIFICIO DE SU VIDA, A
LOS 62 AÑOS DE EDAD Y 34 DE
SACERDOTE, EL SEÑOR CURA

D. MATEO CORREA

DE LA DIÓCESIS DE ZACATECAS
SIENDO PASADO POR LAS ARMAS
EN LA CIUDAD DE DURANGO
POR ORDEN DEL
GENERAL EULOGIO ORTIZ.

R. I. P.

VÍCTIMAS SAGRADAS

El artero y premeditado silencio de la Prensa y el cable en lo que se refiere a la *persecución religiosa* en Méjico está privando al mundo entero, muy en particular a los católicos, de contemplar uno de los espectáculos más bellos y sublimes que se registran en la historia de la IGLESIA.

Centenares y millares de sacerdotes sufren en estos momentos en el suelo mejicano los más atroces y vergonzosos suplicios, por el crimen de defender su FE y predicar la Doctrina de Cristo. Mas ellos han preferido el martirio a la apostasia; y no importa que el odio de los enemigos de Jesucristo haya hecho de ellos el blanco de sus iras, porque Dios se ha constituido en defensor y glorificador de ese clero tan vilmente injuriado, infundiendo en su corazón la fortaleza del mártir.

LA VOZ DEL PAPA. — «Los sacerdotes, por su parte, imitaron la preclara constancia de los Obispos y la han hecho suya a través de las penalidades del conflicto, de tal modo que sus egregios ejemplos de virtud, que han sido para Nos de sumo consuelo, los ponemos ante los ojos de todo el mundo católico y los alabamos *porque son dignos de ello*».

»Y sobre este punto, cuando pensamos que, aunque en Méjico se emplearon todos los artificios y los esfuerzos y vejaciones de los adversarios tendían sobre todo a alejar al pueblo y al clero de la SAGRADA JERARQUÍA y de la SEDE APOSTÓLICA, no hubo, sin embargo, entre todos los sacerdotes, sino uno o dos tan sólo que miserablemente traicionaron su sagrado deber; nos parece que todo lo podemos esperar del clero mejicano. Vemos, en efecto, a esos sacerdotes muy unidos entre sí y obedecer de corazón y con respeto los mandatos de sus Prelados, a pesar de que en general no puede hacerse esto sin graves daños; vivir del sagrado ministerio, y siendo pobres y no teniendo con qué sustentarlos la IGLESIA, soportar la pobreza y la miseria con ánimo valeroso...

»¿Quién, pues, se maravillará de que la ira y la rabia de los adversarios ante todo y principalmente se dirija contra los sacerdotes? Éstos, en cambio, no han vacilado en afrontar, cuando ha sido necesario, la cárcel y la misma muerte, con rostro sereno y ánimo valiente.»

ANTE LOS TRIBUNALES. — Los sesenta y un sacerdotes que a principios de enero de 1927 quedaban en la Archidiócesis de Durango son llamados al cuartel por orden del Jefe de las armas. Una vez allí reunidos, el general Madrigal les presenta un escrito exigiéndoles que lo firmen. El escrito contiene una declaración de apostasia. Por eso el Vicario General, en nombre de todos levanta su voz y rechaza, indignado, la propuesta. Instales el militar con innobles ofrecimientos y tremendas amenazas; mas los sesenta y un sacerdotes, como obedeciendo todos a un mismo impulso, declaran unánimes con varonil entereza estar dispuestos a todos los tormentos antes que se

pararse de la Cátedra de Pedro. Este acto de valor cristiano les mereció el ser conducidos inmediatamente a las inmundas prisiones de la ciudad de Méjico.

UNA LEY INJUSTA Y UN CRIMEN SIN NOMBRE. — Tal calificativo merece la ley dictada en el mes de enero, por la que se obligaba a los sacerdotes a presentarse en las oficinas del gobierno, forzándolos a emprender largos y penosos viajes. A todos aquellos que fueron reconcentrados en la capital por la fuerza, se les recluyó en las prisiones militares, donde se cometió con ellos el infame crimen de inyectarles gérmenes de diversas enfermedades contagiosas, cuyo solo nombre nos horroriza.

CAMINO DEL CALVARIO. — El 22 de marzo pasaban por la ciudad de Salamanca (Guanajuato), en un vagón de carga adherido al tren de pasajeros, dos sacerdotes: uno de ellos con la lengua cortada y un brazo hecho pedazos; el otro con los brazos y las manos destrozados, con una herida debajo del cuello y tirado en un charco de sangre. Iban además amarrados. Ni siquiera se les permitió la asistencia de un médico, que en la misma estación se ofrecía a atenderles. Cuadros tan imponentes y tristes como éste se han repetido en otros sacerdotes.

EN EL CALVARIO. — En la imposibilidad de narrar en estas breves páginas todos los martirios de los sacerdotes, nos limitaremos a exponer brevemente tan sólo tres o cuatro.

EL PROTOMÁRTIR. — En el Estado de Nayarit, un diputado partidario del régimen opresor se presenta un domingo en el momento mismo que en la IGLESIA se celebran LOS DIVINOS OFICIOS, y se apodera del SAGRADO RECINTO haciendo alarde de fuerza. El anciano Párroco, al ver el sacrilego atentado, pide razón del atropello. El diputado responde con arrogancia: «La MISA está prohibida», y al mismo tiempo le intima la orden de arresto. El indefenso sacerdote pide un momento tan sólo para consumir las Sagradas Especies. Por toda respuesta ve arrebatado del altar el CÁLIZ. Entonces ya no piensa sino en librar de igual profanación la Sagrada Hostia, que consume inmediatamente. Un instante después cae en el suelo atravesado por las balas. Así unió aquel esforzado mártir al SACRIFICIO INCRUENTO, que acababa de celebrar, el de su propia vida.

EL MÁRTIR DEL SIGILO SACRAMENTAL. — El Presbítero Mateo Correa, de la Diócesis de Zacatecas, llevaba un día el VIÁTICO a un enfermo. De pronto es sorprendido por un grupo de soldados, y advirtiéndole que éstos trataban de burlarse de la Sagrada Eucaristía, les dijo: «Vosotros me mataréis, pero jamás permitiré que se cometa semejante sacrilegio», y retrocediendo un poco, consumió rápidamente la Sagrada Hostia. Furiosos los soldados, se arrojan contra el Sacerdote, y después de haberle llenado de injurias y malos tratamientos, lo conducen ante el Jefe de armas, acusándole de estar en connivencia con los libertadores católicos. El militar le dice: «Va

usted a confesar a esos bandidos rebeldes que ve ahí y que serán fusilados en seguida. Después veremos lo que hacemos con usted.» *El Sacerdote confiesa y alienta a bien morir a aquellos valientes católicos.* «Ahora, le dice de nuevo el militar, revéleme lo que estos criminales le acaban de decir.» — «*Jamás lo haré,* responde indignado. — «¿Cómo jamás?, replica el tirano: Al momento será usted fusilado.» — «*Puede usted hacerlo, pero no ignora que un sacerdote debe guardar secreto de lo que oye en confesión. Estoy dispuesto a morir.*» El general ordena que inmediatamente sea pasado por las armas. Así murió gloriosamente, el 6 de febrero de 1927, este **nuevo mártir** del SIGILO SACRAMENTAL.

EL PRECIO DE LA VICTORIA. — El 14 de agosto es apresado el Párroco de Chalchihuites, don Luis Batis, en su casa particular. Después de una noche de injurias y tormentos, al día siguiente le conducen fuera de la ciudad en compañía de varios católicos. El pueblo, indignado, se amotina en torno de su amado Párroco y sólo las exhortaciones de éste logran calmar los ánimos. Una vez fuera de la ciudad se comunica al P. Batis y a sus fieles compañeros de martirio la orden de fusilamiento dictada contra ellos. El valiente Sacerdote, al mirar a sus compañeros expuestos a la muerte por él, se arrodilla, y con un lenguaje sublime, exclama, dirigiéndose a los verdugos: «Yo os doy mi vida, disponed de ella; pero os pido por amor de Dios... que no hagáis nada a estos jóvenes». Y señalando a uno de ellos, añadió: «Este, Manuel Morales, es casado, tiene su esposa y tres hijos pequeñitos». Y luego, volviéndose a los otros dos jóvenes, añadió: «Estos jovencitos son el sostén de sus familias; sus ancianas madres no cuentan con más apoyo que ellos.»

Al terminar el P. Batis, se adelanta Morales y dice con intrepidez: «Señor Cura, con gusto doy mi vida y se la entrego a Dios. Yo muero: Dios no muere. Él cuidará de mi esposa y de mis hijitos.»

Entonces el Párroco mártir exclama: «Morimos por la causa de Dios; no importa, otros verán el triunfo. Dios no muere. ¡VIVA CRISTO REY!»

Y los cuatro, a una, entonaron el grito de combate: ¡VIVA CRISTO REY! Se oyen las descargas, y los cuerpos del Párroco y Manuel Morales caen al suelo teñidos en la púrpura de su sangre. Poco después una nueva descarga coronaba de igual gloria a los otros jóvenes.

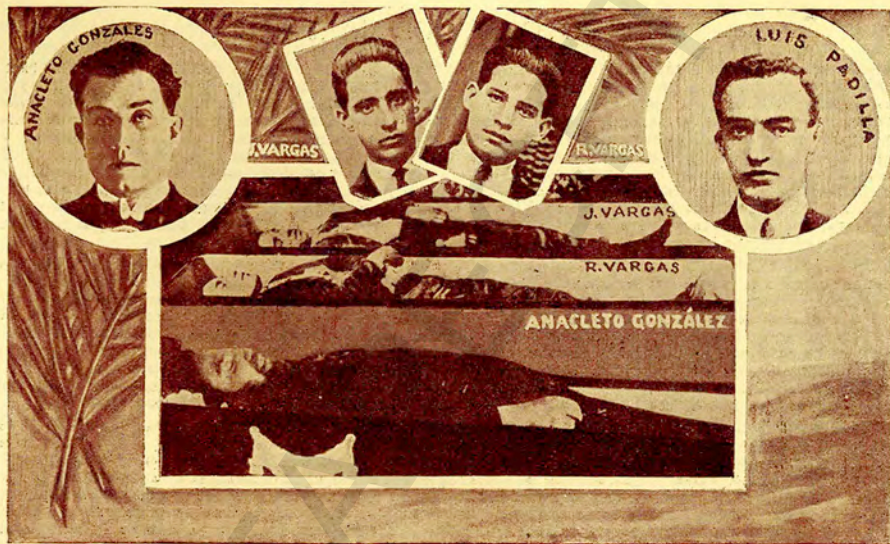
CRUELDAD SIN LÍMITES. — En la llamada Semana Roja fueron fusilados en un cementerio de la capital diecisiete sacerdotes. Se les coloca al borde de una zanja, y se hace fuego a una sobre todos ellos. Muchos caen aún vivos, y en este estado se les sepulta inmediatamente.

Por testimonios fidedignos se sabe que estas escenas se han repetido varias veces.

¡CATÓLICOS! ¿Por qué callamos ante estos actos de crueldad y de heroísmo?

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos sacerdotes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia



MÁRTIRES DE GUADALAJARA (MÉJICO)

EL VOTO DE LOS MÁRTIRES

Contra el imperio satánico de emperadores paganos y gobiernos impíos que han pretendido raer de la tierra el **reinado de Jesucristo**, siempre ha contado la IGLESIA con la *sangre de sus hijos* que han ido no a las urnas de los comicios, sino a los potros y cadalsos a depositar el *voto de su propia vida* en favor de la **realza de Cristo**; con razón, pues, una de las *víctimas más gloriosas* de la actual *persecución religiosa en Méjico*, Anacleto González Flores, al ver proscrito a Jesucristo de su patria y desconocidos y conculcados los *derechos de los ciudadanos católicos*, escribió pocos meses antes de su *martirio* estas valientes frases, señalando con ellas el camino que deben seguir los *católicos mejicanos* en la reconquista de la *libertad religiosa*: «*Hoy no votaremos con hojas de papel marcadas con el sello de una oficina municipal. Hoy votaremos con las vidas*». Y el *mártir*, como lo había escrito, se presentó, no a las urnas electorales, sino al cadalso, para depositar en él, rubricado con su *sangre*, el *voto de su propia vida*, en favor del **reinado de Jesucristo**.

LA PRISIÓN. -- En la madrugada del primero de abril de 1927 es asaltada con lujo de fuerza la casa donde se oculta el *gran campeón* de la *defensa católica* en el Estado de Jalisco, Anacleto González Flores, a quien los perseguidores buscaban hacia tiempo. Ante tal atropello, lejos de intimidarse el *valiente católico*, sale al encuentro a sus verdugos y les dice con *sublime entereza*, imitando a Jesucristo: «*Si a mí me buscáis, prendedme; pero dejad ir a éstos*», refiriéndose a los tres jóvenes Ramón, Jorge y Florentino Vargas, en cuya casa se albergaba. La súplica no es atendida. Los soldados se apoderan de ellos inmediatamente y los conducen al cuartel colorado, el nuevo *Coliseo de los católicos jaliscienses*. Al mismo tiempo apresan al joven Luis Padilla, presidente de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana en Guadalajara, y le conducen a la misma prisión; allí se une a sus *compañeros de apostolado y de martirio*.

EN EL POTRO. -- Reunidas las *cinco víctimas*, se da principio a su *martirio*. Suspenden a Anacleto de los dedos pulgares; le desnudan; le azotan y hieren, con el fin de obligarle a declarar el sitio en que se oculta el Arzobispo de Guadalajara y a traicionar importantes secretos de la *defensa católica*. El tormento se prolonga durante varias horas, sin que las torturas logren doblegar la constancia de aquel *invicto luchador*. Era, en verdad, Anacleto una de esas *almas grandes* nacidas para la *lucha y el sacrificio*. Sentía sed ardiente de que por sus miembros corriera, como él lo había dicho, copiosamente la sangre, para derrocar y triunfar de la *tiranía antirreligiosa*. Por eso, al verse suspendido y bañado ya en su *propia sangre*, es tal el *ardor* y la elocuencia con que anima a sus *compañeros a perseverar firmes* en su FE, que los soldados encargados de la ejecución se niegan a ello. El capitán de la escolta se ve obligado a re-

14
mudar los verdugos, y creyendo tal vez que las horas de tortura habrían debilitado el *ánimo del mártir*, reitera su vil interrogatorio. Por toda respuesta exclama el *invicto confesor* de la FE con tono viril y profético: «*Una sola cosa diré, y es que he trabajado con todo desinterés por defender la CAUSA de Jesucristo y de su IGLESIA. Vosotros me arrancaréis la vida; pero sabed que conmigo no morirá la CAUSA: muchos están detrás de mí dispuestos a defenderla hasta el martirio. Me voy; pero con la seguridad de que veré pronto desde el CIELO el triunfo de la RELIGIÓN en mi patria*».

EL MARTIRIO. -- Después de estas *sublimes palabras*, pide, que de ser martirizados, sea él el postrero, a fin de animar a sus *compañeros* en el tormento y *apurar el cáliz hasta la última gota*. Mas los verdugos se niegan a acceder a sus deseos y *sucumbe gloriosamente* el primero, acribillado a puñaladas. Momentos después, una descarga cerrada une a los jóvenes Luis Padilla, Ramón y Jorge Vargas al *triunfo de su caudillo*.

Transcurrida una hora de este *sangriento martirio*, son entregados a sus familias los *venerables despojos de las víctimas*, cuya *sangre*, aún fresca, es recogida en lienzos con gran veneración. Sobre los ataúdes de los hermanos Vargas se depositan coronas de rosas blancas y rojas entrecruzadas con palmas. El rostro de Anacleto queda con la placidez de un sueño de gloria; y en sus labios se dibuja dulce y franca sonrisa. El mayor de sus dos hijitos, que sólo cuenta tres años, pide que lo acerquen al cuerpo de su padre; lo besa, y al preguntarle qué le había pasado a su papá, contesta: «*Unos hombres malos lo han matado porque quería mucho al Niño Dios*».

LA MADRE DE LOS MACABEOS. -- Al devolver los cadáveres de los *mártires*, sale también de la prisión el joven Florentino Vargas, a quien Dios ha querido conservar como testigo fiel de este *heroico martirio*. Su madre, al verle llegar con los cuerpos de sus dos hermanos, le dice: «*¡Ay, hijito! ¡Qué cerca de ti estuvo la corona y no la alcanzaste! Ahora estás más obligado a ser más bueno para merecerla*». Y el *cristiano padre* de estos dos jóvenes responde a cuantos le dan el pésame: «*No, no es el pésame lo que deben darme; sino felicitarme, porque tengo el inmerecido honor de tener en el CIELO dos hijos mártires*».

APOTEOSIS. -- Así podemos llamar con verdad el entierro de los *mártires de Gnadalajara*. El cadáver de Anacleto es conducido hasta la fosa en hombros de sus amigos y admiradores. Un momento antes de salir de su casa, en el dintel mismo de la puerta, se detiene el féretro y un obrero reza en alta voz la deprecación que tanto había propagado el *mártir*: «*Que te dignes confundir y humillar a los enemigos de la SANTA IGLESIA*». «*Te rogamos; óyenos*», contesta con entusiasmo aquella compacta multitud de millares y millares de *católicos*: «**REINA de los Mártires**», añade el obrero. «*Ruega por nosotros y por la Unión Popular*». vuelve a repetir con más ardor aquella multitud, que se siente fortalecida con la *sangre de los nuevos confesores* de la FE.

Durante el trayecto, hasta llegar al cementerio, aumenta más y más la comitiva. Una vez en él, dos jóvenes y un obrero hacen el elogio del *gran caudillo* de la CAUSA CATÓLICA, y vitorean a Cristo Rey y a los *mártires*; sus palabras hallan eco en la multitud, que lanza nuevos vivas, entusiasmada; los cuerpos de Luis Padilla, Ramón y Jorge Vargas llegan poco después y reciben las mismas aclamaciones.

SANGRE GENEROSA Y FECUNDA.—Tal fué la de *estos mártires*, que apenas caída en tierra, hace germinar nuevas *rosas de martirio*. Dos de los oradores que habían hablado en el cementerio son apresados inmediatamente y fusilados; y esa misma tarde capturan también a los dos hermanos Ezequiel y Salvador Huerta, exigiéndoles que revelen el lugar donde se ocultan sus dos hermanos sacerdotes. Ellos se niegan. A media noche los conducen al cementerio; allí los atormentan sin poder doblegar sus ánimos. Ya formado el cuadro para fusilarlos, Salvador tiene un *rasgo sublime*, comparable con los más bellos de los *primeros cristianos*: pide una vela; descubre su pecho, y alumbrándolo con ella, exclama: «¡Aquí está este corazón dispuesto a morir por su Dios; porque lo ama mucho...!». A las dos de la mañana, estos dos *nuevos confesores* de la FE vuelan a recibir, de manos de los ANGELES, la *palma del martirio*. Sus cuerpos son inmediatamente sepultados, para impedir nuevas manifestaciones de triunfo; y a sus familias, por única noticia, se les envían las boletas del entierro. Ezequiel deja once hijos. Salvador, diez. Esta numerosa descendencia sólo ha heredado de ellos un *nombre glorioso* y una *sangre de héroes*.

¡GLORIA A LA IGLESIA MEJICANA!—Este es el grito que lanza el *orbe católico* al contemplar las escenas de *sangre* y de *heroísmo* de sus hermanos de Méjico. ¡Gloria a esa IGLESIA, *perseguida y humillada*, es verdad; pero que está dando las pruebas más palpables de su *vitalidad*, de su *amor* a Jesucristo y a su *Madre* del Tepeyac! ¡He aquí, diremos con el *mártir* Anacleto González, que si en la solemnidad de la *Virgen de Guadalupe* no han caído cargas de flores sobre sus altares, ni se ha nublado el espacio con el incienso quemado a sus plantas, ni se ha ensordecido la vieja torre con el voltear de las campanas; la REINA, sin embargo, ha recibido la *ofrenda* de *nuestros mártires*; ha visto llenarse las cárceles con los *audaces seguidores* de su Hijo; ha oído resonar y temblar los calabozos y estremecerse las bayonetas con la proclamación del reinado de su Hijo, hecha en un delirio de *atrevimiento santo*, de *osadía sagrada*; y *ese homenaje* debe haberle bañado el rostro de llanto y hecho sentir orgullo de *sus hijos*. Y seguirá la *ofrenda*; porque ya sabemos los *católicos* que hay que proclamar a Cristo por encima de las bayonetas, por encima de los puños crispados de los verdugos, por encima de las cárceles, del potro, del martirio y de los resopliados de la bestia infernal de la persecución. Y seguirá habiendo *mártires fieles* hasta ganar la batalla y dar el último asalto y llevar el «*ayate*» (lienzo en que está pintada la *Virgen de Guadalupe*) hecho *bandera de victoria* hacia todos los vientos». Así cantó divinamente Anacleto su *propio martirio* y el *triunfo* de la IGLESIA en su patria.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

MÁRTIRES DE PARRAS (MÉJICO)



Yo, JUDÓ SOLEMNEMENTE POR Cristo crucificado,
POR LA Santísima Virgen de Guadalupe, REINA
DE MÉJICO, Y POR LA SALVACIÓN DE MI ALMA, LA
CUAL ENTENDO BIEN QUE COMPROMETO SI FALTO A
mi juramento:

PRIMERO: GUARDAR EL MÁS ABSOLUTO SECRETO
SOBRE TODO AQUELLO QUE PUEDA COMPROMETER
EN LO MÁS MENUDO LA SANTA CAUSA QUE
DEFIENDO.

SEGUNDO: DEFENDER CON LAS ARMAS EN LA
MANO LA COMPLETA libertad religiosa EN
MÉJICO.

ES VALIDO MI JURAMENTO HASTA TANTO QUE SE CONSERVE
EXTERIORMENTE ESA MISMA libertad religiosa QUE
DESEAMOS. «SI CUMPLO, QUE DIOS ME PERDIE; SI NO
CUMPLO, QUE DIOS Y SUS HERMANDOS ME CASTIGUEN.»

RAZA DE HÉROES Y MÁRTIRES

Tal es con toda verdad la Asociación Católica de la Juventud Mejicana. De sus filas han salido ya escuadrones de guerreros para defender con las armas los derechos de Jesucristo, desconocidos y conculcados por el odio satánico de un gobernante impío. Ni cárceles ni tormentos, ni el sacrificio de la propia vida han arretrado a estos *valientes luchadores* en su afán de reivindicar la completa *libertad religiosa* para su patria. Han saludado la muerte con la sonrisa en los labios, y el grito de ¡VIVA CRISTO REY! por divisa.

No son ya sólo uno o dos de estos jóvenes los que han derramado *su sangre* por Cristo; es toda una legión la que se presenta a los ojos del mundo ostentando en sus manos *la palma* de un *ilustre martirio*, conquistado en los albores de la vida.

Ante este *sublime espectáculo de valor cristiano* dado por una *juventud noble y generosa*, que corona sus frentes no con rosas de placeres, sino con *palmas de martirio*, bien podemos exclamar con orgullo: *La IGLESIA no ha muerto en México.*

NUEVOS CRUZADOS.—UN JURAMENTO SUBLIME

El 3 de enero de 1927, un grupo de católicos de la ciudad de Parras, capitaneados por miembros de la Juventud Católica, se levanta en armas para reconquistar la *libertad religiosa*. No es la esperanza de futuras riquezas u honores lo que los impulsa a la lucha; es únicamente el deseo de romper las ligaduras con que se ha aprisionado a la IGLESIA en su patria; por eso cada uno de ellos, antes de empuñar las armas, con el crucifijo en la mano pronuncia este juramento:

«Yo, N. N., juro solemnemente por Cristo crucificado, por la Santísima Virgen de Guadalupe, REINA de México, y por la salvación de mi alma, la cual entiendo bien que comprometo si falto a mi juramento:

PRIMERO: Guardar el más absoluto secreto sobre todo aquello que pueda comprometer en lo más mínimo la SANTA CAUSA que defiendo.

SEGUNDO: Defender con las armas en la mano la completa libertad religiosa en México.

Es válido mi juramento hasta tanto que se consiga enteramente esa misma libertad religiosa que deseamos. Si cumplo, que Dios me premie; si no cumplo, que Dios y mis hermanos me castiguen».

Ni es sólo este *magnífico juramento* lo que nos descubre la alteza de miras con que se aprestan a la lucha: uno de ellos, Benito Ceballos, deja no solamente sus bienes, sino también a su esposa y a tres hijas pequeñas. Otro, Pedro Vargas, no se contenta con ofrecer *su propia vida*, sino que lleva a la pelea a sus tres hijos mayores, deja al cuidado de su anciana madre a cuatro hijos pequeños. Y a los que intentan disuadirle de tan *magnánimo sacrificio*, responde con este *sublime lenguaje*: «¿Qué importa? Por Dios estoy dispuesto a perderlo todo, hasta el último centavo». Tal es el espíritu que alienta a los nuevos cruzados.

EN VÍSPERAS DEL COMBATE.—La noche del 2 de enero de 1927, *el puñado de valientes que había jurado defender a la IGLESIA*, se encamina sigilosamente a una apartada finca. Allí, en aquella *moderna catacumba*, entre las sombras silenciosas de la noche, permanecen en adoración ante *Jesús Sacramentado* y al despuntar el nuevo día cobran fortaleza con el PAN DE LOS FUERTES. No es, pues, de extrañar que ninguno de estos *atletas* del CRISTIANISMO flaqueara al descender a la lucha, y que todos a una ofrecieran sus cuerpos al verdugo antes que traicionar su FE.

En las primeras horas del 3 de enero se apoderan de la ciudad sin derramar una sola gota de sangre e inmediatamente empiezan a organizarse para hacer frente a las tropas del perseguidor. Mas la perfidia de unos cuantos hace que éstas se presenten antes de haber terminado *los católicos* el reclutamiento de hombres y municiones, obligándoles a retirarse a los montes vecinos, sin lograr hacer en sus filas, las tropas del gobierno que los persiguen, una sola baja. La aspereza de la sierra les da un seguro albergue, pero pone a prueba su constancia. El hambre les acosa, el frío les atormenta, el desaliento les invade; pero ninguna de estas cosas logra extinguir *las llamas de su amor a Cristo* y el deseo de la *libertad religiosa de su patria*. Ocho días permanecen ocultos, hasta que una nueva traición entrega en manos de los soldados de Calles a *nueve de estos valientes jóvenes* que, inexpertos, caen en una vil celada; mas antes de rendirse al enemigo se batían con tal bravura y heroicidad, que obliga a decir a uno de los coroneles callistas: «Si estos jóvenes hubieran tenido parque, no queda vivo ni uno de nosotros».

LA PRUEBA SUPREMA.—Una vez capturados los *nueve jóvenes*, se les conduce a pie hasta la ciudad, e inmediatamente, sin formación de juicio, se les lleva al cementerio para ser fusilados. Francisco Guzmán, obrero de 25 años, jefe de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, que había estado preso ya varias veces por la CAUSA CATÓLICA, pide morir de rodillas y con los brazos en cruz, y tiene para sus *compañeros de martirio* palabras de aliento y de consuelo, a la vez que de perdón para sus verdugos. Muñiz, el jefe local de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, anima también a todos a *perseverar constantes* en su FE, recordándoles que *van a morir sólo por Dios y por su IGLESIA*, y lanza al mismo tiempo el grito de victoria de

los *mártires mejicanos*: ¡VIVA CRISTO REY!, que es contestado con entusiasmo por los demás *campeones y esforzados defensores* de la FE.

Los soldados encargados de la ejecución tiemblan ante este *sublime espectáculo*; y así, a la primera descarga, sólo caen en tierra *seis de las víctimas*; a la segunda, *dos*. Entonces, furioso, el coronel increpa a los soldados y les manda disparar todos a una sobre el que aún queda en pie. Es éste un joven de 19 años, llamado Isidro Pérez, a quien ni las balas ni la muerte sangrienta de sus compañeros que yacen a sus pies amedrentan ni hacen vacilar su FE. Suena la descarga y el joven cae en tierra, no muerto, sino desmayado. Al desplomarse, se lleva la mano a la frente en ademán de hacer *la señal de la cruz*, y en ese mismo instante se acerca el coronel para darle el tiro de gracia. Mas la bala da en un anillo que *el héroe* lleva en la mano, el cual se le incrusta en el cráneo. Todos le creyeron muerto como a los demás; pero al recoger los cadáveres, advirtieron que aún vivía. Dios ha querido conservarle como testigo del *martirio* de sus compañeros.

HOMENAJE POPULAR. — Apenas fueron entregados los cuerpos de los *mártires* a sus familiares, Dios empezó la glorificación de los *nuevos confesores* de la FE. La multitud se agolpa en torno de los cadáveres para besar sus pies y manos, empapar lienzos en *su sangre* y cortar pedazos de sus vestidos.

Las familias de los *mártires*, al mismo tiempo que dolor, decían sentir grandísima satisfacción por haber los suyos muerto por tan SANTA CAUSA. *Remordimiento sentiría*, exclama una madre, *si llorase a mis dos hijos muertos por su FE*.

UN NUEVO MÁRTIR. — Algunos días después de este *martirio*, el joven Manuel Verasate, de la misma ciudad de Parras, que no se había podido unir a los luchadores por falta de armas y que permaneció oculto durante algunos días, volvió de nuevo a la fábrica donde trabajaba; mas inmediatamente fué capturado y se le fusiló, asociándose de este modo al *triumfo* de sus *compañeros*.

Los nombres de las víctimas que han llegado hasta nosotros son los siguientes: Francisco Guzmán, Antonio Muñoz, José Arciniaga, José Rodríguez, Dolores Rodríguez, José Fuantos, Francisco Fuantos, Bernardo Morales y Manuel Verasate.

¡GLORIA ETERNA A LA IGLESIA MEJICANA, MADRE FECUNDA DE HÉROES Y MÁRTIRES!

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

MARTIRES DE PARRAS (MÉJICO)



RAZA DE HÉROES Y MÁRTIRES

Tal es con toda verdad la Asociación Católica de la Juventud Mejicana. De sus filas han salido ya escuadrones de guerreros para defender con las armas los derechos de Jesucristo, desconocidos y conculcados por el odio satánico de un gobernante impío. Ni cárceles ni tormentos, ni el sacrificio de la propia vida han arregrado a estos *valientes luchadores* en su afán de reivindicar la completa *libertad religiosa* para su patria. Han saludado la muerte con la sonrisa en los labios, y el grito de ¡VIVA CRISTO REY! por divisa.

No son ya sólo uno o dos de estos jóvenes los que han derramado *su sangre* por Cristo; es toda una legión la que se presenta a los ojos del mundo ostentando en sus manos *la palma* de un *ilustre martirio*, conquistado en los albores de la vida.

Ante este *sublime espectáculo* de *valor cristiano* dado por una *juventud noble y generosa*, que corona sus frentes no con rosas de placeres, sino con *palmas de martirio*, bien podemos exclamar con orgullo: *La IGLESIA no ha muerto en Méjico.*

NUEVOS CRUZADOS.—UN JURAMENTO SUBLIME

El 3 de enero de 1927, un grupo de católicos de la ciudad de Parras, capitaneados por miembros de la Juventud Católica, se levanta en armas para reconquistar la *libertad religiosa*. No es la esperanza de futuras riquezas u honores lo que los impulsa a la lucha; es únicamente el deseo de romper las ligaduras con que se ha aprisionado a la IGLESIA en su patria; por eso cada uno de ellos, antes de empuñar las armas, con el crucifijo en la mano pronuncia este juramento:

«Yo, N. N., juro solemnemente por Cristo crucificado, por la Santísima Virgen de Guadalupe, REINA de Méjico, y por la salvación de mi alma, la cual entiendo bien que comprometo si falto a mi juramento:

PRIMERO: Guardar el más absoluto secreto sobre todo aquello que pueda comprometer en lo más mínimo la SANTA CAUSA que defiendo.

SEGUNDO: Defender con las armas en la mano la completa libertad religiosa en Méjico.

Es válido mi juramento hasta tanto que se consiga enteramente esa misma libertad religiosa que deseamos. Si cumplo, que Dios me premie; si no cumplo, que Dios y mis hermanos me castiguen».

Ni es sólo este *magnífico juramento* lo que nos descubre la alteza de miras con que se aprestan a la lucha: uno de ellos, Benito Ceballos, deja no solamente sus bienes, sino también a su esposa y a tres hijas pequeñas. Otro, Pedro Vargas, no se contenta con ofrecer *su propia vida*, sino que lleva a la pelea a sus tres hijos mayores, deja al cuidado de su anciana madre a cuatro hijos pequeños. Y a los que intentan disuadirle de tan *magnánimo sacrificio*, responde con este *sublime lenguaje*: «¿Qué importa? Por Dios estoy dispuesto a perderlo todo, hasta el último centavo». Tal es el espíritu que alienta a los *nuevos cruzados*.

EN VÍSPERAS DEL COMBATE.—La noche del 2 de enero de 1927, *el puñado de valientes que había jurado defender a la IGLESIA*, se encamina sigilosamente a una apartada finca. Allí, en aquella *moder-na catacumba*, entre las sombras silenciosas de la noche, permanecen en adoración ante *Jesús Sacramentado* y al despuntar el nuevo día cobran fortaleza con el PAN DE LOS FUERTES. No es, pues, de extrañar que ninguno de estos *atletas* del CRISTIANISMO flaqueara al descender a la lucha, y que todos a una ofrecieran sus cuerpos al verdugo antes que traicionar su Fe.

En las primeras horas del 3 de enero se apoderan de la ciudad sin derramar una sola gota de sangre e inmediatamente empiezan a organizarse para hacer frente a las tropas del perseguidor. Mas la perfidia de unos cuantos hace que éstas se presenten antes de haber terminado *los católicos* el reclutamiento de hombres y municiones, obligándoles a retirarse a los montes vecinos, sin lograr hacer en sus filas, las tropas del gobierno que los persiguen, una sola baja. La aspereza de la sierra les da un seguro albergue, pero pone a prueba su constancia. El hambre les acosa, el frío les atormenta, el desaliento les invade; pero ninguna de estas cosas logra extinguir *las llamas de su amor a Cristo* y el deseo de la *libertad religiosa de su patria*. Ocho días permanecen ocultos, hasta que una nueva traición entrega en manos de los soldados de Calles a *nueve de estos valientes jóvenes* que, inexpertos, caen en una vil celada; mas antes de rendirse al enemigo se baten con tal bravura y heroicidad, que obliga a decir a uno de los coroneles callistas: «Si estos jóvenes hubieran tenido parque, no queda vivo ni uno de nosotros».

LA PRUEBA SUPREMA.—Una vez capturados los *nueve jóvenes*, se les conduce a pie hasta la ciudad, e inmediatamente, sin formación de juicio, se les lleva al cementerio para ser fusilados. Francisco Guzmán, obrero de 25 años, jefe de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, que había estado preso ya varias veces por la CAUSA CATÓLICA, pide morir de rodillas y con los brazos en cruz, y tiene para sus *compañeros de martirio* palabras de aliento y de consuelo, a la vez que de perdón para sus verdugos. Muñiz, el jefe local de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, anima también a todos a *perseverar constantes* en su Fe, recordándoles que *van a morir sólo por Dios y por su IGLESIA*, y lanza al mismo tiempo el grito de victoria de

los *mártires mejicanos*: ¡VIVA CRISTO REY!, que es contestado con entusiasmo por los demás *campeones y esforzados defensores* de la FE.

Los soldados encargados de la ejecución tiemblan ante este *sublime espectáculo*; y así, a la primera descarga, sólo caen en tierra *seis* de las *víctimas*; a la segunda, *dos*. Entonces, furioso, el coronel increpa a los soldados y les manda disparar todos a una sobre el que aún queda en pie. Es éste un joven de 19 años, llamado Isidro Pérez, a quien ni las balas ni la muerte sangrienta de sus compañeros que yacen a sus pies amedrentan ni hacen vacilar su FE. Suena la descarga y el joven cae en tierra, no muerto, sino desmayado. Al desplomarse, se lleva la mano a la frente en ademán de hacer *la señal de la cruz*, y en ese mismo instante se acerca el coronel para darle el tiro de gracia. Mas la bala da en un anillo que *el héroe* lleva en la mano, el cual se le incrusta en el cráneo. Todos le creyeron muerto como a los demás; pero al recoger los cadáveres, advirtieron que aún vivía. Dios ha querido conservarle como testigo del *martirio* de sus compañeros.

HOMENAJE POPULAR. — Apenas fueron entregados los cuerpos de *los mártires* a sus familiares, Dios empezó la glorificación de los *nuevos confesores* de la FE. La multitud se agolpa en torno de los cadáveres para besar sus pies y manos, empapar lienzos en *su sangre* y cortar pedazos de sus vestidos.

Las familias de *los mártires*, al mismo tiempo que dolor, decían sentir grandísima satisfacción por haber los suyos muerto por tan SANTA CAUSA. *Remordimiento sentiría*, exclama una madre, *si llorase a mis dos hijos muertos por su FE*.

UN NUEVO MÁRTIR. — Algunos días después de este *martirio*, el joven Manuel Verasate, de la misma ciudad de Parras, que no se había podido unir a los luchadores por falta de armas y que permaneció oculto durante algunos días, volvió de nuevo a la fábrica donde trabajaba; mas inmediatamente fué capturado y se le fusiló, asociándose de este modo al *triumfo* de sus *compañeros*.

Los nombres de las víctimas que han llegado hasta nosotros son los siguientes: Francisco Guzmán, Antonio Muñiz, José Arciniaga, José Rodríguez, Dolores Rodríguez, José Fuantos, Francisco Fuantos, Bernardo Morales y Manuel Verasate.

¡GLORIA ETERNA A LA IGLESIA MEJICANA, MADRE FECUNDA DE HÉROES Y MÁRTIRES!

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

SACERDOTES MÁRTIRES (MÉJICO)—II



FOTOGRAFÍA POR LA CUAL FUE RECONOCIDO
EL P. SOLÀ COMO SACERDOTE

SACERDOTES Y VÍCTIMAS

Nada tan bello y sublime en estos momentos de intensa y *cruel persecución* al CATOLICISMO en Méjico, como ver esa *pléyade ilustre* de sus *sacerdotes* subir las gradas del ALTAR para ofrecer el *sacrificio* de su *propia vida* en defensa de la FE.

LA PRIMERA OFRENDA.—El *clero extranjero*, primer blanco de las iras del perseguidor Calles, que con tanto heroísmo ha sabido *sufrir* por Cristo, cárceles, deportaciones inhumanas y ultrajes de toda clase, debía también asociarse al *gran sacrificio* que la IGLESIA CATÓLICA Mejicana ofrece a Cristo *inmolando* a sus *propios hijos* como *homenaje* a su realeza. El *elegido* del Señor para este *primer holocausto*, fué un *misionero* del Corazón de María, el P. Andrés Solá, de nacionalidad española.

NUEVOS HEROES.—Corría el mes de abril de 1927. Dos *celosos sacerdotes*, ocultos en casa de una caritativa familia, en la ciudad de León, ejercitaban los MINISTERIOS SAGRADOS aún a despecho de las iras de los perseguidores. Es el uno el P. Trinidad Rangel, Vicario de la parroquia de Silao; el otro, el intrépido y *celoso misionero* P. Andrés Solá, quien durante los difíciles días de la persecución no cesa de repartir diariamente la *Sagrada Eucaristía* por distintas partes de la ciudad. Día hay en que la lleva a 20 casas distintas. Mas no ya los sudores: la *propia sangre* debían derramar estos dos *fervorosos apóstoles*.

ANHELOS DE MARTIRIO.—Vivos en verdad eran los del P. Solá. El siguiente fragmento de una carta escrita a un discípulo suyo dos meses antes de ser *martirizado* es la prueba más fehaciente de ello: «No recuerdo si le diría a V. R. cuando estábamos en el colegio que tenía gran deseo de ser mártir. ¿Quién sabe si ahora el Señor me concederá esta gracia! Si así fuera, que acepte mi sangre por el triunfo de la IGLESIA en Méjico.» La víctima fué agradable a Dios y el sacrificio acepto.

ULTIMOS COMBATES Y PRIMEROS TRIUNFOS.—El P. Rangel, en alas de su *ardiente celo*, sale decidido a celebrar la Semana Santa en San Francisco del Rincón. Aquí es sorprendido y llevado prisionero a la cárcel de León, donde por espacio de dos días le niegan todo alimento. Algunas personas piadosas se dirigen al general David Sánchez, jefe del cuartel, suplicando les permita llevar algo de comer al *ilustre prisionero*. Después de recibir muchos desaires, salen satisfechos por haber obtenido el logro de sus deseos, al mismo tiempo que el astuto general ordena a dos soldados que las sigan. Llegan ellas a la casa donde se oculta el P. Solá, sin percatarse de que eran observadas. Inmediatamente entran en ella los esbirros del perseguidor. En la sala-oratorio encuentran arrodillado al joven Leonardo Pérez, que da gracias después de haber comulgado; le toman por sacerdote, y, sin dar oídos a las negativas de los circunstantes, le incluyen en el número de los *prisioneros de Cristo*. Hallan poco después al P. Solá.—¿Quién es usted?, le preguntan.—Soy un *pasajero*, contesta el interpelado.—¿Dónde está su habitación?—Ahí, dice mostrándoles su aposento. Penetran

en él los soldados. Entre los objetos del *misionero* encuentran una fotografía en que aparece revestido con los *ornamentos sacerdotales*, dando la PRIMERA COMUNIÓN a una niña. No hay duda: es sacerdote, dicen los soldados, y lo llevan prisionero juntamente con el joven Leonardo Pérez.

En la cárcel tiene, sin embargo, el consuelo de compartir las penas de la prisión con su antiguo *compañero de apostolado*. Allí permanecen hasta las ocho de la noche.

EN EL TRIBUNAL.—A los cargos que el juez le hace, el P. Solá no cesa de repetir con la intrepidez de los *primeros mártires* ante las amenazas de los procónsules romanos: «*Mi único delito es haber cumplido con el deber de un misionero*».

CAMINO DEL SACRIFICIO. EL CÁNTICO DE LOS MÁRTIRES.—Custodiados por la tropa, que dirige sus bayonetas hacia la multitud, salen del cuartel los *tres elegidos* del Señor. ¡Sublime espectáculo! Entre los silbidos del viento y la inclemencia de una lluvia tenaz y copiosa sólo se percibe la voz dulce y sonora del P. Rangel, que reza el Salmo «*Cantate Domino canticum novum*». Era, en verdad, el preludio de aquel *nuevo canto* que pronto entonarían en el CIELO en torno del Cordero, tremolando en sus manos la *palma de la victoria*.

LA INMOLACIÓN.—Después de una noche de tormentos y de ultrajes llegaron las *tres víctimas* al lugar destinado para el *sacrificio*, entre las estaciones de Mira y Salas. El P. Solá, al ver los preparativos para la ejecución, alienta a sus compañeros a *perseverar firmes*, como hasta entonces, en la *confesión* de la FE. «¡Adelante!, les dice, ¡valor! El sufrimiento es de sólo un momento, y la gloria es eterna.» Perdona a sus verdugos y regala el reloj a uno de ellos. Cruza los brazos ante el pecho y grita: «¡VIVA CRISTO REY!» Inmediatamente suena la descarga y caen en tierra los *tres nuevos confesores* de la FE. El P. Rangel y el joven Leonardo Pérez vuelan inmediatamente al CIELO a recibir la *palma del martirio*.

EL ÚLTIMO ADIOS. MENSAJE DE TRIUNFO.—El P. Solá sobrevive tres horas, durante las cuales no cesa de repetir: ¡Jesús, *misericordia!* ¡Señor, muero por tu CAUSA!»

Y en medio de aquella prolija y cruel agonía acude a su mente el recuerdo querido de su madre, y queriendo asociarla a la *gloria* de su *martirio*, le envía un último adiós, que es a la vez un *mensaje de triunfo*: «Decid a mi madre, dice, que tiene un *hijo mártir*.» Jamás quizá los labios de un hijo moribundo se cerraron a la vida con una despedida más tierna y sublime.

En aquel mismo lugar sepultan inmediatamente a los *tres nuevos mártires*.

PRIMERAS ACLAMACIONES.—Cuatro días después de su *martirio*, el 29 de abril, el hermano de Leonardo Pérez obtiene permiso para exhumar los cadáveres y trasladarlos a la ciudad de Lagos. Al llegar a ésta, gran multitud se acerca a los ferétros y, llena de entusiasmo y veneración, aclama a los *nuevos confesores* de la FE. Los cubre de flores, corta pedazos de sus vestidos y toca a sus *venerandos despojos* objetos piadosos.

CONSTANCIA INVICTA.—La primera diligencia de las tropas del perseguidor después de entrar en Tototlán es capturar al presbítero Sabás Reyes, Vicario de la Parroquia, con el fin de obligarle a declarar el sitio dónde se encuentra el Párroco. *Niégase con entereza* el Vicario a hacer *tal delación*. Entonces los soldados, obedeciendo a las órdenes del general, dan principio a *uno de los martirios más crueles de la actual persecución*, atando de una de las columnas del pórtico de la Iglesia al *sacerdote*, de tal manera que los pies no tengan contacto con el suelo. Un nuevo interrogatorio sobre el Paradero del Párroco sigue a *este suplicio*, al que *el sacerdote* nuevamente se niega a responder. *Tan sublime ejemplo de entereza y valor cristiano* sólo sirve para enardecer más el odio de los enemigos de la IGLESIA. El mismo general con su propia espada, y después los soldados con sus bayonetas, empiezan a destrozarse el cuerpo del **esforzado mártir**. Durante tres días se repiten *estas escenas* cada vez que se le vuelve a interrogar, pues de sus labios *no arrancan ni una sola palabra*. *Tres días y tres noches estuvo expuesto a la intemperie, suspendido de la columna, sin comer ni beber*, aquel **ilustre confesor** de la FE, al cabo de los cuales se le sujeta a un nuevo tormento: *le desuellan los pies*, se los *untan con gasolina*, y *le prenden fuego*. Después le desatan de la columna, y en *aquel estado, chorreando aún sangre*, le obligan a caminar por su propio pie al cementerio, donde una lluvia de balas otorga por fin de manos de los ANGELES **la palma del martirio a la ilustre víctima**.

EN LAS GARRAS DEL LOBO.—Existe oculta, en un pueblecito cercano a Mazatlán, una comunidad de Religiosas Adoratrices. El anciano capellán, que mora lejos del Convento, al dirigirse a él, una mañana, amparado aún por las sombras de la noche, para decirles la MISA, es detenido por varios soldados.—¡Alto ahí! ¿Sois sacerdote? ¿Adónde vais? —*Hijos míos, a decir MISA*, responde el *santo anciano*. —¡Pues qué! ¿Ignoráis que está absolutamente prohibido? —*Hijitos, a mí, nadie me ha hecho semejante prohibición*. —Tenéis que dar un ¡Viva Calles! —*Vosotros, queridos hijos, podréis gritar ¡Viva Calles!, pero yo no puedo, en conciencia, decir tal cosa*. —Pues lo habéis de dar. Entonces *el sacerdote* exclama: ¡VIVA CRISTO REY! Aún no había terminado, y una bala le atraviesa el pecho. Algunas personas audaces que han presenciado la escena se aproximan al *santo mártir* y lo conducen a su pobre morada.

Avisadas las Religiosas, disfrázase la Hermana Enfermera y vuela en socorro del *sacerdote*.

—¡Padre mío!, ¿qué os ha sucedido?

—¡Esos valientes me envían al CIELO, hija mía! No os toméis ningún trabajo por mí, no necesitáis cuidarme. Me voy al CIELO. *¡Allí rogaré al Señor que Él sea vuestro amparo!* Y *el mártir* entregó su *alma a Dios*.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

SACERDOTES MÁRTIRES (MÉJICO).—II



FOTOGRAFÍA POR LA CUAL FUÉ RECONOCIDO EL P. SOLÁ COMO SACERDOTE

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección?
Si no las ha leído, pídalas inmediatamente

SACERDOTES Y VÍCTIMAS

Nada tan bello y sublime en estos momentos de intensa y cruel persecución al CATOLICISMO en Méjico, como ver esa pléyade ilustre de sus sacerdotes subir las gradas del ALTAR para ofrecer el sacrificio de su propia vida en defensa de la FE.

LA PRIMERA OFRENDA. — El Clero extranjero, primer blanco de las iras del perseguidor Calles, que con tanto heroísmo ha sabido sufrir por Cristo, cárceles, deportaciones inhumanas y ultrajes de toda clase, debía también asociarse al gran sacrificio que la IGLESIA CATÓLICA MEJICANA ofrece a Cristo inmolando a sus propios hijos como homenaje a su realeza. El elegido del Señor para este primer holocausto, fué un misionero del Corazón de María, el P. Andrés Solá, de nacionalidad española.

NUEVOS HÉROES. — Corría el mes de abril de 1927. Dos celosos sacerdotes, ocultos en casa de una caritativa familia, en la ciudad de León, ejercitaban los MINISTERIOS SAGRADOS aún a despecho de las iras de los perseguidores. Es el uno el P. Trinidad Rangel, Vicario de la Parroquia de Silao; el otro, el intrépido y celoso misionero P. Andrés Solá, quien durante los difíciles días de la persecución no cesa de repartir diariamente la Sagrada Eucaristia por distintas partes de la ciudad. Día hay en que la lleva a 20 casas distintas. Mas no ya los sudores: la propia sangre debían derramar estos dos fervorosos apóstoles.

ANHELOS DE MARTIRIO. — Vivos en verdad eran los del P. Solá. El siguiente fragmento de una carta escrita a un condiscípulo suyo dos meses antes de ser martirizado, es la prueba más fehaciente de ello: — «No recuerdo si le diría a V. R. cuando estábamos en el Colegio que tenía gran deseo de ser mártir. ¡Quién sabe si ahora el Señor me concederá esta gracia! Si así fuera, que acepte mi sangre por el triunfo de la IGLESIA en Méjico.» La víctima fué agradable a Dios, y el sacrificio acepto.

ÚLTIMOS COMBATES Y PRIMEROS TRIUNFOS. — El P. Rangel, en alas de su ardiente celo, sale decidido a celebrar la Semana Santa en San Francisco del Rincón. Aquí es sorprendido y llevado prisionero a la cárcel de León, donde por espacio de dos días le niegan todo alimento. Algunas personas piadosas se dirigen al general David Sánchez, jefe del cuartel, suplicando les

22

permita llevar algo de comer al ilustre prisionero. Después de recibir muchos desaires, salen satisfechos por haber obtenido el logro de sus deseos, al mismo tiempo que el astuto general ordena a dos soldados que las sigan. Llegan ellas a la casa donde se oculta el P. Solá, sin percatarse de que eran observadas. Inmediatamente entran en ella los esbirros del perseguidor. En la sala-oratorio encuentran arrodillado al joven Leonardo Pérez, que da gracias después de haber comulgado; le toman por sacerdote, y, sin dar oídos a las negativas de los circunstantes, le incluyen en el número de los prisioneros de Cristo. Hallan poco después al P. Solá. — «¿Quién es usted?», le preguntan. — «Soy un pasajero», contesta el interpelado. — «¿Dónde está su habitación?» — «Ahí», dice mostrándoles su aposento. Penetran en él los soldados. Entre los objetos del misionero encuentran una fotografía en que aparece revestido con los ornamentos sacerdotales, dando la PRIMERA COMUNIÓN a una niña. «No hay duda: es sacerdote», dicen los soldados, y lo llevan prisionero juntamente con el joven Leonardo Pérez.

En la cárcel tiene, sin embargo, el consuelo de compartir las penas de la prisión con su antiguo compañero de Apostolado. Allí permanecen hasta las ocho de la noche.

EN EL TRIBUNAL. — A los cargos que el juez le hace, el P. Solá no cesa de repetir con la intrepidez de los primeros mártires ante las amenazas de los procónsules romanos: — «Mi único delito es haber cumplido con el deber de un misionero.»

CAMINO DEL SACRIFICIO. EL CÁNTICO DE LOS MÁRTIRES. — Custodiados por la tropa, que dirige sus bayonetas hacia la multitud, salen del cuartel los tres elegidos del Señor. ¡Sublime espectáculo! Entre los silbidos del viento y la inclemencia de una lluvia tenaz y copiosa, sólo se percibe la voz dulce y sonora del P. Rangel, que reza el Salmo «Cantate Domino canticum novum». Era, en verdad, el preludio de aquel nuevo canto que pronto entonarían en el CIELO en torno del Cordero, tremolando en sus manos la palma de la victoria.

LA INMOLACIÓN. — Después de una noche de tormentos y de ultrajes, llegaron las tres víctimas al lugar destinado para el sacrificio, entre las estaciones de Mira y Salas. El P. Solá, al ver los preparativos para la ejecución, alienta a sus compañeros a perseverar firmes, como hasta entonces, en la confesión de la FE. — «¡Adelante!, les dice, ¡valor! El sufrimiento es de sólo un momento, y la gloria es eterna.» Perdona a sus verdugos y regala el reloj a uno de ellos. Cruza los brazos ante el pecho y grita: «¡VIVA CRISTO REY!». Inmediatamente suena la descarga y caen en tierra los tres nuevos confesores de la FE. El P. Rangel y el joven Leonardo Pérez vuelan inmediatamente al CIELO a recibir la palma del martirio.

EL ÚLTIMO ADIÓS. MENSAJE DE TRIUNFO. — El P. Solá sobrevive tres horas, durante las cuales no cesa de repetir: «¡Jesús, misericordia! ¡Señor, muero por tu CAUSA!

Y en medio de aquella prolija y cruel agonía, acude a su mente el recuerdo querido de su madre, y queriendo asociarla a la gloria de su martirio, le envía un último adiós, que es a la vez un mensaje de triunfo: — «Decid a mi madre, dice, que tiene un hijo mártir.» Jamás quizá los labios de un hijo moribundo se cerraron a la vida con una despedida más tierna y sublime.

En aquel mismo lugar sepultan inmediatamente a los tres nuevos mártires.

PRIMERAS ACLAMACIONES. — Cuatro días después de su martirio, el 29 de abril, el hermano de Leonardo Pérez obtiene permiso para exhumar los cadáveres y trasladarlos a la ciudad de Lagos. Al llegar a ésta, gran multitud se acerca a los féretros y, llena de entusiasmo y veneración, aclama a los nuevos confesores de la FE. Los cubre de flores, corta pedazos de sus vestidos y toca a sus venerandos despojos objetos piadosos.

EN LAS GARRAS DEL LOBO. — Existe oculta, en un pueblecito cercano a Mazatlán, una comunidad de Religiosas Adoratrices. El anciano Capellán, que mora lejos del Convento, al dirigirse a él, una mañana, amparado aún por las sombras de la noche, para decirles la Misa, es detenido por varios soldados.

— ¡Alto ahí! ¿Sois sacerdote? ¿Adónde vais?

— «Hijos míos, a decir MISA», responde el santo anciano.

— ¡Pues qué! ¿Ignoráis que está absolutamente prohibido?

— «Hijitos, a mí nadie me ha hecho semejante prohibición.»

— Tenéis que dar un ¡Viva Calles!

— «Vosotros, queridos hijos, podréis gritar ¡Viva Calles!, pero yo no puedo, en conciencia, decir tal cosa.»

— Pues lo habéis de dar.

Entonces el Sacerdote exclama: «¡VIVA CRISTO REY!» Aún no había terminado, y una bala le atraviesa el pecho. Algunas personas audaces que han presenciado la escena se aproximan al Santo Mártir y lo conducen a su pobre morada.

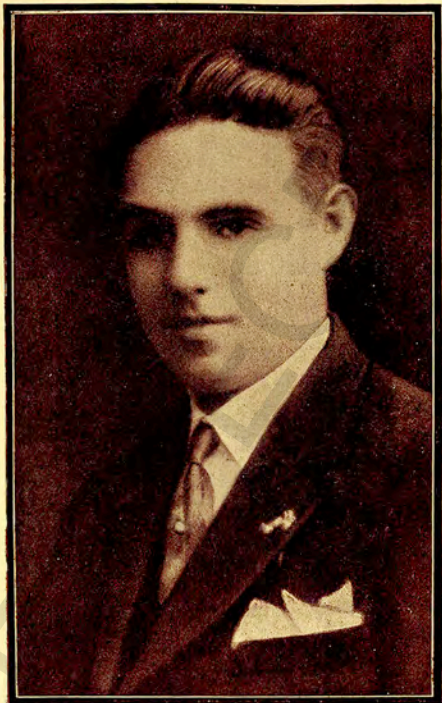
Avisadas las Religiosas, disfrázase la Hermana Enfermera y vuela en socorro del Sacerdote.

— «¡Padre mío!, ¿qué os ha sucedido?»

— «¡Esos valientes me envían al CIELO, hija mía! No os toméis ningún trabajo por mí, no necesitáis cuidarme. Me voy al CIELO. ¡Allí rogaré al Señor que El sea vuestro amparo!» Y el Mártir entregó su alma a Dios.

Les llamamos mártires sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia. (CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

EL MÁRTIR DE TLALPAM (MÉJICO)



DEDICATORIA DE BONILLA EN UN RETRATO A SU HERMANA
«Mercedes: He ofrecido *mi vida* a Dios y lucho por SU CAUSA
SANTA, principalmente por los míos. Espero que El acepte *mi*
sacrificio...» MANUEL.

LA ERA DE LOS MÁRTIRES

El odio de los perseguidores de Cristo en Méjico ha querido renovar en aquel heroico y cristiano pueblo todos los tormentos y martirios de los primeros tiempos de la IGLESIA. El suelo mejicano, como en otro tiempo la pagana Roma, ve los potros y cadalsos teñidos, no en sangre de malhechores, sino de *inocentes niños, de indefensas vírgenes, de esforzados jóvenes y decrepitos ancianos*. El fuego ha vuelto a alimentarse con *carne de cristianos*, y las CRUCES son saludadas por los *confesores de la Fe*. La nueva era, pues, de *mártires*, ha dado ya principio en el pueblo mejicano.

El 15 de abril de 1927, los emisarios del perseguidor levantaban en lo alto de una CRUZ, para parodiar la PASIÓN de Jesucristo, a un joven. Era éste Juan Manuel Bonilla, presidente de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, y *apóstol infatigable* de la CAUSA CATÓLICA en su patria, a la que había consagrado todos los entusiasmos de su corazón juvenil y por la que supo hacer *el sacrificio*, no sólo de dejar a su anciana madre, para alistarse en las filas de los *Libertadores*, sino también el de *su propia vida*.

[A LAS ARMAS!—Agotados todos los medios pacíficos para lograr la libertad de la IGLESIA y la reconquista de los *derechos humanos*, Manuel Bonilla, como la mayor parte de los mejicanos, vió que no le quedaba otro recurso que lanzarse a la lucha armada, y se lanzó a ella con *ánimo magnánimo y generoso*. El diario que durante los días de la campaña llevó nos revela la nobleza de miras que le impulsaron a la defensa armada, a la vez que las horas amargas y terribles pruebas que en ella sufrió *aquel corazón noble y generoso*, es verdad, pero al mismo tiempo dotado de una sensibilidad exquisita.

ESPIGANDO EN SU DIARIO.—Las cortas líneas de que disponemos nos obligan a desflorar tan sólo los hermosos y nobles sentimientos que respira todo el diario del *mártir*.

«Marzo, 15... ¡Oh Señor, sabes que te amo y que sólo por Ti luto y sufro! Te he ofrendado *mi vida y mi sangre*. ¡Tú, Señora, sabes muy bien que soy sincero! Dile a tu Hijo que se apresure, que ya es tiempo de que reine en mi patria, de la cual Tú eres Reina. Ofrece este *incienso de sacrificios y estas vidas* que sucumben en el campo de la lucha: estos *actos heroicos* de las madres y de las esposas, al dejar con resignación a las prendas amadas de su corazón. Ofrece todo esto, y tal vez porque Tú lo pides obtendremos la *pronta libertad* de que carecemos. Tú conoces también, Madre mía, mis sufrimientos desde que tomé las armas. Tú has visto gotear sangre de mi corazón al pensar en los que, como Tú, han visto mis sufrimientos... Sin comer ni beber, muchas veces; otras, sin dormir o haciéndolo en el duro suelo; frío que hiela hasta los huesos; sol que quema o cansancio que mata; sufrimientos morales, al ver la inconstancia de los que nos acompañan...»

Hay páginas en que el ánimo de Bonilla nos revela con toda ingenuidad las horas de lucha que pasan por su espíritu. El recuerdo de su anciana madre, a quien ha dejado en la indigencia; la falta de todo lo nece-

sario, muchas veces, para continuar en la defensa armada, y el ver la inconstancia de algunos, de tal modo impresionan su alma, que le hacen escribir trozos como éste: «¡Dios mío, siento *mi ánimo* decaer! Pienso en huir, dejar esta vida de penas, correr adonde están *los míos*. Se me figura que *mis sacrificios* son inútiles... ¡Qué lucha tan atroz, superior a mis fuerzas!... Soy de carne, y ella me grita para negarme al *sacrificio*. ¡Dame ánimo, dame valor, dame entusiasmo! Si consideras que esta cruz que pesa sobre mí te es grata, la acepto; mas no me niegues lo que te pido: *gracia*, más *gracia*, para sobrenaturalizar mis actos todos y no desmayar ni un momento. Mis propósitos son de ver *el triunfo* de la CAUSA, o morir antes de dar media vuelta. En tus manos estoy, y Tú sabes lo que haces.»

El 3 de abril, las penas interiores han pasado, y *el mártir* vuelve a dejarnos ver a través de su pluma la serenidad y fervor de su alma noble y cristiana.

«3 de abril. Amanece. Domingo, día de oír Misa... ¡Dios mío, te amo con toda mi alma! Por eso he venido a sufrir. Confío ciegamente en Ti... Espero que, ya que no puedo recibirme sacramentalmente, al menos espiritualmente... Madre del CIELO, cuida y protege a mi madre y a Luz (su prometida)... Y en la hora de mi muerte, *que sea recibido en tus brazos*».

LA PRISIÓN.—El 15 de abril, al amanecer, es capturado por las tropas del perseguidor. De su prisión nos habla él mismo en estas lacónicas frases a su hermano, escritas desde el cuartel, poco antes de su muerte: «Hoy es Viernes Santo, día de recuerdos tristes. Hoy me han hecho prisionero, y tal vez me fusilen. Pide y reza por mí».

LAS ÚLTIMAS CARTAS.—Bonilla amaba a su madre con pasión, podemos decir, con delirio. Su recuerdo no le abandona ni un instante, y en medio de las penas o de las alegrías, siempre su corazón se vuelve a ella. Intimamente unido al amor filial estaba el de sus hermanos y el de su prometida. Basta hojear las páginas de su diario para convencernos de ello. No es, pues, extraño que, al ver la proximidad del *sacrificio*, se hayan escapado de su corazón las últimas llamadas de *aquel amor tan intensamente tierno*, pero a la vez tan sólido, puesto que supo sacrificarlo por Dios cuando fué necesario.

«Amada madrecita, dice en la carta de despedida, *te digo adiós por última vez*. Dios así lo ha querido. Sé que tu corazón va a sufrir mucho y a desgarrarse al leer las presentes líneas... El pensamiento de abandonarte dejándote sin recursos es lo que me desgarró el alma. Muero tranquilo, eso sí. Dios Nuestro Señor me está dando fortaleza. No llores: reza nada más y confórmate... En la otra vida nos uniremos, para no separarnos jamás. Ofrece el sacrificio de tus lágrimas por tantos hermanos nuestros que están ciegos y no quieren ver. Tu hijo que te ama, JUAN».

Y a continuación escribió otras tres cartas, de las que también vamos a transcribir unos cuantos párrafos. «Amada hermana: Llegó el momento de despedirme de ti para siempre. Ha querido Dios Nues-

tro Señor tomar *mi sangre y mi vida*. Estoy tranquilo ante *el sacrificio*: pero sufro cruelmente al pensar en ustedes. Mi pobre madre sufrirá mucho, y esos sufrimientos, ¡que sirvan para conseguir de Dios la conversión de tantos ciegos que no quieren ver! ¡La Santísima Virgen tenga en cuenta estos sufrimientos!»

«Querido hermano:... Dios acepta *mi sangre* y la toma, y yo con gusto se la doy... Modela tu corazón al calor de los SACRAMENTOS. Jamás des media vuelta delante de las dificultades que se presenten para la consecución de tus ideales...»

La última carta está dirigida a su prometida, y contiene sin duda la más bella y explícita *confesión de la causa de su muerte*. «Amada Luz: En los postreros momentos de mi existencia te escribo las presentes letras... Ha querido Dios aceptar *el sacrificio de mi vida*. *Mi sangre se derramará hasta la última gota por confesar la Fe* de quien es el Creador de todo lo existente. El recuerdo mío jamás se borre de tu mente, amada mía. Sufro porque te abandono. Me cogieron prisionero, y dentro de poco me fusilarán. No hay poder humano que me salve. Estoy en las manos de Dios, y El sabrá lo que decida de mi vida. Conformate, porque así lo ha querido Dios. Recibe el recuerdo de un corazón que te amó hasta la muerte y te seguirá amando en la eternidad.—Tu JUAN».

LA CRUCIFIXIÓN.—Dios había aceptado *el sacrificio generoso* de aquel joven, y quiso recompensárselo, no sólo otorgándole *la palma del martirio*, sino también concediéndole *morir en una cruz*. ¡Así glorifica Dios a los que *le glorifican*! El 15 de abril, cerca de las 12 del día, Bonilla es conducido al suplicio, donde la soldadesca, ebria de odio a Jesucristo, va a mofarse parodiando las escenas de la PASIÓN, precisamente en el día y hora en que conmemoramos la MUERTE de Jesucristo.

Al llegar al lugar designado para *el sacrificio, el mártir*, sintiendo ya las alegrías del *triunfo*, escribe estas sublimes palabras: «*La materia impide al alma remontarse, bañarse en lo perfecto... El alma quiere gozar de paz, de dicha eterna, para llenar el vacío que deja la vida material... Quiere la vida perfecta. Por eso no asusta la muerte: alegra su llegada.*» A continuación pide que le dejen orar por última vez. Se arrodilla, ora, pasa lentamente el ROSARIO por sus dedos, y escribe en un trozo de papel estas palabras, *epitafio sublime* escrito por el mismo mártir: «*Muero por Dios.*—MANUEL BONILLA».

Después le atan a una cruz, y en ella permanece tres horas, recibiendo, como Cristo, los ultrajes de sus verdugos, que se habían propuesto remedar en el *invicto joven* las amarguras de Cristo crucificado. Pasadas estas tres horas, una descarga de fusilería vino a acabar con la *ilustre víctima*, al mismo tiempo que de sus labios escapaba, sonoro y vibrante, el grito de «¡VIVA CRISTO REY!», que debió ser contestado por los ANGELES al otorgarle *Cristo la palma del martirio*. Eran las tres de la tarde del Viernes Santo.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

EL MÁRTIR DE TLALPAM (MÉJICO)



DEDICATORIA DE BONILLA EN UN RETRATO A SU HERMANA
«Mercedes: He ofrecido mi vida a Dios y lucho por SU CAUSA
SANTA, principalmente por los míos. Espero que El acepte mi
sacrificio...» MANUEL.

LA ERA DE LOS MÁRTIRES

El odio de los perseguidores de **Cristo** en Méjico ha querido renovar en *aquel heroico y cristiano pueblo* todos los tormentos y martirios de los primeros tiempos de la IGLESIA. El suelo mejicano, como en otro tiempo la pagana Roma, ve los potros y cadalsos teñidos, no en sangre de malhechores, sino de *inocentes niños, de indefensas vírgenes, de esforzados jóvenes y decrepitos ancianos*. El fuego ha vuelto a alimentarse con *carne de cristianos*, y los patíbulos son saludados por los confesores de la FE. La nueva era, pues, de *mártires*, ha dado ya principio en el pueblo mejicano.

¡A LAS ARMAS! — Agotados todos los medios pacíficos para lograr la libertad de la IGLESIA y la reconquista de los derechos humanos, Manuel Bonilla, como la mayor parte de los mejicanos, vió que no le quedaba otro recurso que lanzarse a la lucha armada, y se lanzó a ella con ánimo magnánimo y generoso. El diario que durante los días de la campaña llevó nos revela la nobleza de miras que le impulsaron a la defensa armada, a la vez que las horas amargas y terribles pruebas que en ella sufrió *aquel corazón* dotado de una sensibilidad exquisita.

ESPIGANDO EN SU DIARIO. — Las cortas líneas de que disponemos nos obligan a desflorar tan sólo los hermosos y nobles sentimientos que respira todo el diario del Mártir.

«Marzo, 15... ¡Oh Señor, sabes que te amo y que sólo por Ti lucho y sufro! Te he ofrendado mi vida y mi sangre. ¡Tú, Señora, sabes muy bien que soy sincero. Dile a tu Hijo que se apresure, que ya es tiempo de que reine en mi patria, de la cual Tú eres Reina. Ofrece este incienso de sacrificios y estas vidas que sucumben en el campo de la lucha; estos actos heroicos de las madres y de las esposas, al dejar con resignación a las prendas de su corazón. Ofrece todo esto, y tal vez porque Tú lo pides obtendremos la pronta libertad de que carecemos. Tú conoces también, Madre mía, mis sufrimientos desde que tomé las armas. Tú has visto gotear sangre de mi corazón al pensar en los que, como Tú, han visto mis sufrimientos... Sin comer ni beber, muchas veces; otras, sin dormir o haciéndolo en el duro suelo; frío que hiela hasta los huesos; sol que quema o cansancio que mata; sufrimientos morales, al ver la inconstancia de los que nos acompañan.»

Hay páginas en que el ánimo de Bonilla nos revela con toda ingenuidad las horas de lucha que pasan por su espíritu. El recuerdo de su anciana madre, a quien ha dejado en la indigencia; la falta de todo lo necesario, muchas veces, para continuar en la defensa armada, y el ver la incons-

tancia de algunos, de tal modo impresionan su alma, que le hacen escribir trozos como éste: «¡Dios mío, siento mi ánimo decaer! Pienso en huir, dejar esta vida de penas, correr adonde están los míos. Se me figura que mis sacrificios son inútiles... ¡Qué lucha tan atroz, superior a mis fuerzas!... Soy de carne, y ella me grita para negarme al sacrificio. ¡Dame ánimo, dame valor, dame entusiasmo! Si consideras que esta CRUZ que pesa sobre mí te es grata, la acepto; mas no me niegues lo que te pido: gracia, más gracia, para sobrenaturalizar mis actos todos y no desmayar ni un momento. Mis propósitos son de ver el triunfo de la CAUSA, o morir antes de dar media vuelta. En tus manos estoy, y Tú sabes lo que haces.»

El 3 de abril, las penas interiores han pasado, y el Mártir vuelve a dejarnos ver a través de su pluma la serenidad y fervor de su alma noble y cristiana.

«3 de abril. Amanece. Domingo, día de oír MISA... ¡Dios mío, te amo con toda mi alma! Por eso he venido a sufrir. Confío ciegamente en Ti... Espero que, ya que no puedo recibirme sacramentalmente, al menos espiritualmente... Madre del CIELO, cuida y protege a mi madre y a Luz (su prometida)... Y en la hora de mi muerte, que sea recibido en tus brazos.»

LA PRISIÓN. — El 15 de abril, al amanecer, es capturado por las tropas del perseguidor. De su prisión nos habla él mismo en estas lacónicas frases a su hermano, escritas desde el cuartel, poco antes de su muerte: «Hoy es Viernes Santo, día de recuerdos tristes. Hoy me han hecho prisionero, y tal vez me fusilen. Pide y reza por mí.»

LAS ÚLTIMAS CARTAS. — Bonilla amaba a su madre con pasión, podemos decir, con delirio. Su recuerdo no le abandona ni un instante, y en medio de las penas o de las alegrías, siempre su corazón se vuelve a ella. Íntimamente unido al amor filial estaba el de sus hermanos y el de su prometida. Basta hojear las páginas de su diario para convencernos de ello. No es, pues, extraño que, al ver la proximidad del sacrificio, se hayan escapado de su corazón las últimas llamadas de *aquel amor tan intensamente tierno*, pero a la vez tan sólido, puesto que supo sacrificarlo por Dios cuando fué necesario.

«Amada madrecita, dice en la carta de despedida, te digo adiós por última vez. Dios así lo ha querido. Sé que tu corazón va a sufrir mucho y a desgarrarse al leer las presentes líneas... El pensamiento de abandonarte dejándote sin recursos es lo que me desgarró el alma. Muero tranquilo, eso sí. Dios Nuestro Señor me está dando fortaleza. No llores: reza nada más y confórmate... En LA OTRA VIDA nos uniremos, para no separarnos jamás. Ofrece el sacrificio de tus lágrimas por tantos hermanos nuestros que están ciegos y no quieren ver. Tu hijo que te ama, JUAN.»

Y a continuación escribió otras tres cartas, de las que también vamos a transcribir unos cuan-

tos párrafos. *«Amada hermana: Llegó el momento de despedirme de ti para siempre. Ha querido Dios Nuestro Señor tomar mi sangre y mi vida. Estoy tranquilo ante el sacrificio: pero sufro cruelmente al pensar en ustedes. Mi pobre madre sufrirá mucho, y esos sufrimientos, ¡que sirvan para conseguir de Dios la conversión de tantos ciegos que no quieren ver! ¡La Santísima Virgen tenga en cuenta estos sufrimientos!»*

«Querido hermano:... Dios acepta mi sangre y la toma, y yo con gusto se la doy... Modela tu corazón al calor de los SACRAMENTOS. Jamás des media vuelta delante de las dificultades que se presenten para la consecución de tus ideales...»

La última carta está dirigida a su prometida, y contiene sin duda la más bella y explícita confesión de la causa de su muerte. *«Amada Luz: En los postreros momentos de mi existencia te escribo las presentes letras... Ha querido Dios aceptar el sacrificio de mi vida. Mi sangre se derramará hasta la última gota por confesar la FE de quien es el Creador de todo lo existente. El recuerdo mío jamás se borre de tu mente, amada mía. Sufro porque te abandono. Me cogieron prisionero, y dentro de poco me fusilarán. No hay poder humano que me salve. Estoy en las manos de Dios, y El sabrá lo que decida de mi vida. Confórmate, porque así lo ha querido Dios. Recibe el recuerdo de un corazón que te amó hasta la muerte y te seguirá amando en la eternidad. Tu JUAN.»*

«MUERO POR DIOS». — El 15 de abril, cerca de las doce del día, Bonilla es conducido al suplicio, donde la soldadesca, ebria de odio a **Jesucristo**, va a sacrificar a este joven, precisamente en el día y hora en que conmemoramos la MUERTE de **Jesucristo**.

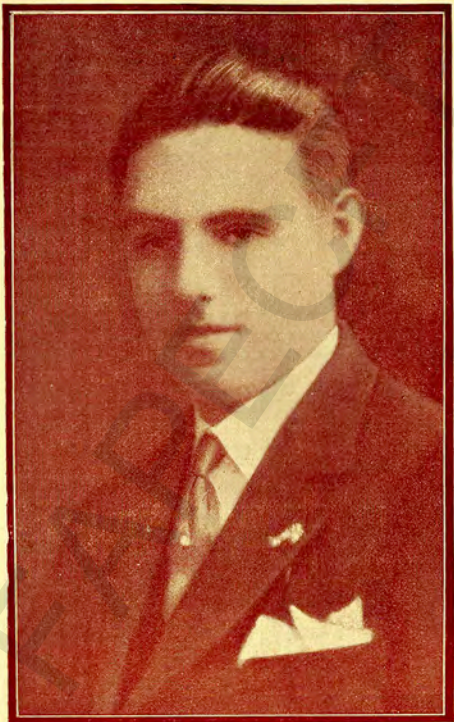
Al llegar al lugar designado para el sacrificio, el Mártir, sintiendo ya las alegrías del triunfo, escribe estas sublimes palabras: *«La materia impide al alma remontarse, bañarse en lo perfecto... El alma quiere gozar de paz, de dicha eterna, para llenar el vacío que deja la vida material... Quiere la vida perfecta. Por eso no asusta la muerte: alegra su llegada.»* A continuación pide que le dejen orar por última vez. Se arrodilla, ora, pasa lentamente el ROSARIO por sus dedos, y escribe en un trozo de papel estas palabras, epitafio sublime escrito por el mismo Mártir: **«Muero por Dios. MANUEL BONILLA.»** Después se pone en pie, abre los brazos en forma de cruz, y una descarga de fusilería vino a acabar con aquella vida inmolada a Dios, al mismo tiempo que se escapaba de sus labios, sonoro y vibrante, el grito de **«¡VIVA CRISTO REY!»**

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A., BALMES, 141, BARCELONA.—TELÉF. G. 26. CABLES Y TELEGRAMAS: IDESA

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Si no las ha leído, pídaslas inmediatamente

EL MÁRTIR DE TIALPAM (MÉJICO)



DEDICATORIA DE BONILLA EN UN RETRATO A SU HERMANA
«Mercedes: He ofrecido mi vida a Dios y lucho por su CAUSA
SANTA, principalmente por los míos. Espero que El acepte mi
sacrificio...» MANUEL.

LA ERA DE LOS MÁRTIRES

El odio de los perseguidores de Cristo en Méjico ha querido renovar en aquel heroico y cristiano pueblo todos los tormentos y martirios de los primeros tiempos de la IGLESIA. El suelo mejicano, como en otro tiempo la pagana Roma, ve los potros y cadalsos teñidos, no en sangre de malhechores, sino de inocentes niños, de indefensas vírgenes, de esforzados jóvenes y decrepitos ancianos. El fuego ha vuelto a alimentarse con carne de cristianos, y los patibulos son saludados por los confesores de la Fe. La nueva era, pues, de mártires, ha dado ya principio en el pueblo mejicano.

¡A LAS ARMAS! — Agotados todos los medios pacíficos para lograr la libertad de la IGLESIA y la reconquista de los derechos humanos, Manuel Bonilla, como la mayor parte de los mejicanos, vió que no le quedaba otro recurso que lanzarse a la lucha armada, y se lanzó a ella con ánimo magnánimo y generoso. El diario que durante los días de la campaña llevó nos revela la nobleza de miras que le impulsaron a la defensa armada, a la vez que las horas amargas y terribles pruebas que en ella sufrió aquel corazón dotado de una sensibilidad exquisita.

ESPIGANDO EN SU DIARIO. — Las cortas líneas de que disponemos nos obligan a desflorar tan sólo los hermosos y nobles sentimientos que respira todo el diario del Mártir.

«Marzo, 15... ¡Oh Señor, sabes que te amo y que sólo por Ti lucho y sufro! Te he ofrendado mi vida y mi sangre. ¡Tú, Señora, sabes muy bien que soy sincero. Dile a tu Hijo que se apresure, que ya es tiempo de que reine en mi patria, de la cual Tú eres Reina. Ofrece este incienso de sacrificios y estas vidas que sucumben en el campo de la lucha: estos actos heroicos de las madres y de las esposas, al dejar con resignación a las prendas de su corazón. Ofrece todo esto, y tal vez porque Tú lo pides obtendremos la pronta libertad de que carecemos. Tú conoces también, Madre mía, mis sufrimientos desde que tomé las armas. Tú has visto gotear sangre de mi corazón al pensar en los que, como Tú, han visto mis sufrimientos... Sin comer ni beber, muchas veces; otras, sin dormir o haciéndolo en el duro suelo; frío que hiela hasta los huesos; sol que quema o cansancio que mata; sufrimientos morales, al ver la inconstancia de los que nos acompañan.»

Hay páginas en que el ánimo de Bonilla nos revela con toda ingenuidad las horas de lucha que pasan por su espíritu. El recuerdo de su anciana madre, a quien ha dejado en la indigencia; la falta de todo lo necesario, muchas veces, para continuar en la defensa armada, y el ver la incons-

tancia de algunos, de tal modo impresionan su alma, que le hacen escribir trozos como éste: «¡Dios mío, siento mi ánimo decaer! Pienso en huir, dejar esta vida de penas, correr adonde están los míos. Se me figura que mis sacrificios son inútiles... ¡Qué lucha tan atroz, superior a mis fuerzas!... Soy de carne, y ella me grita para negarme al sacrificio. ¡Dame ánimo, dame valor, dame entusiasmo! Si consideras que esta CRUZ que pesa sobre mí te es grata, la acepto; mas no me niegues lo que te pido: gracia, más gracia, para sobrenaturalizar mis actos todos y no desmayar ni un momento. Mis propósitos son de ver el triunfo de la CAUSA, o morir antes de dar media vuelta. En tus manos estoy, y Tú sabes lo que haces.»

El 3 de abril, las penas interiores han pasado, y el Mártir vuelve a dejarnos ver a través de su pluma la serenidad y fervor de su alma noble y cristiana.

«3 de abril. Amanece. Domingo, día de oír MISA... ¡Dios mío, te amo con toda mi alma! Por eso he venido a sufrir. Confío ciegamente en Ti... Espero que, ya que no puedo recibirme sacramentalmente, al menos espiritualmente... Madre del CIELO, cuida y protege a mi madre y a Luz (su prometida)... Y en la hora de mi muerte, que sea recibido en tus brazos.»

LA PRISIÓN. — El 15 de abril, al amanecer, es capturado por las tropas del perseguidor. De su prisión nos habla él mismo en estas lacónicas frases a su hermano, escritas desde el cuartel, poco antes de su muerte: «Hoy es Viernes Santo, día de recuerdos tristes. Hoy me han hecho prisionero, y tal vez me fusilen. Pide y reza por mí.»

LAS ÚLTIMAS CARTAS. — Bonilla amaba a su madre con pasión, podemos decir, con delirio. Su recuerdo no le abandona ni un instante, y en medio de las penas o de las alegrías, siempre su corazón se vuelve a ella. Íntimamente unido al amor filial estaba el de sus hermanos y el de su prometida. Basta hojear las páginas de su diario para convencernos de ello. No es, pues, extraño que, al ver la proximidad del sacrificio, se hayan escapado de su corazón las últimas llamadas de aquel amor tan intensamente tierno, pero a la vez tan sólido, puesto que supo sacrificarlo por Dios cuando fué necesario.

«Amada madrecita, dice en la carta de despedida, te digo adiós por última vez. Dios así lo ha querido. Sé que tu corazón va a sufrir mucho y a desgarrarse al leer las presentes líneas... El pensamiento de abandonarte dejándote sin recursos es lo que me desgarró el alma. Muero tranquilo, eso sí. Dios Nuestro Señor me está dando fortaleza. No llores: reza nada más y confórmate... En LA OTRA VIDA nos uniremos, para no separarnos jamás. Ofrece el sacrificio de tus lágrimas por tantos hermanos nuestros que están ciegos y no quieren ver. Tu hijo que te ama, JUAN.»

Y a continuación escribió otras tres cartas, de las que también vamos a transcribir unos cuan-

tos párrafos. «*Amada hermana: Llegó el momento de despedirme de ti para siempre. Ha querido Dios Nuestro Señor tomar mi sangre y mi vida. Estoy tranquilo ante el sacrificio: pero sufro cruelmente al pensar en ustedes. Mi pobre madre sufrirá mucho, y esos sufrimientos, ¡que sirvan para conseguir de Dios la conversión de tantos ciegos que no quieren ver! ¡La Santísima Virgen tenga en cuenta estos sufrimientos!*»

«*Querido hermano:... Dios acepta mi sangre y la toma, y yo con gusto se la doy... Modela tu corazón al calor de los SACRAMENTOS. Jamás des media vuelta delante de las dificultades que se presenten para la consecución de tus ideales...*»

La última carta está dirigida a su prometida, y contiene sin duda la más bella y explícita confesión de la causa de su muerte. «*Amada Luz: En los postreros momentos de mi existencia te escribo las presentes letras... Ha querido Dios aceptar el sacrificio de mi vida. Mi sangre se derramará hasta la última gota por confesar la FE de quien es el Creador de todo lo existente. El recuerdo mío jamás se borre de tu mente, amada mía. Sufro porque te abandono. Me cogieron prisionero, y dentro de poco me fusilarán. No hay poder humano que me salve. Estoy en las manos de Dios, y El sabrá lo que decida de mi vida. Confórmate, porque así lo ha querido Dios. Recibe el recuerdo de un corazón que te amó hasta la muerte y te seguirá amando en la eternidad. Tu JUAN.*»

«**MUERO POR DIOS.**» — El 15 de abril, cerca de las doce del día, Bonilla es conducido al suplicio, donde la soldadesca, ebria de odio a **Jesucristo**, va a sacrificar a este joven, precisamente en el día y hora en que conmemoramos la MUERTE de **Jesucristo**.

Al llegar al lugar designado para el sacrificio, el Mártir, sintiendo ya las alegrías del triunfo, escribe estas sublimes palabras: «*La materia impide al alma remontarse, bañarse en lo perfecto... El alma quiere gozar de paz, de dicha eterna, para llenar el vacío que deja la vida material... Quiere la vida perfecta. Por eso no asusta la muerte: alegra su llegada.*» A continuación pide que le dejen orar por última vez. Se arrodilla, ora, pasa lentamente el ROSARIO por sus dedos, y escribe en un trozo de papel estas palabras, epitafio sublime escrito por el mismo Mártir: «**Muero por Dios. MANUEL BONILLA.**» Después se pone en pie, abre los brazos en forma de cruz, y una descarga de fusilería vino a acabar con aquella vida inmolada a Dios, al mismo tiempo que se escapaba de sus labios, sonoro y vibrante, el grito de «**¡VIVA CRISTO REY!**»

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A., BALMES, 141, BARCELONA.—TELÉF. G. 26. CABLES Y TELEGRAMAS: IDESA

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Si no las ha leído, pídaslas inmediatamente

EL PRIMER MÁRTIR JESUÍTA DE CRISTO REY



EL REVERENDO PADRE PRO, CAMINO DEL SUPPLICIO

Pida usted, también, las siguientes Hojitas de esta Colección

APÓSTOL Y MÁRTIR

Llamamos mártir al P. Pro, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

DOS GRANDES ANHELOS. — «*Salvar almas y morir mártir.*» He aquí los dos grandes anhelos del P. Pro; a través de sus cartas se perciben los latidos de su corazón de Apóstol y su alma de Mártir. El 13 de noviembre de 1926 escribía: «*Las víctimas son muchas, los mártires aumentan cada día... ¡Oh, si me tocara la lotería!*» Y algunos meses después, refiriéndose a los días en que por obediencia estuvo oculto, nos dice: «*Momento por momento llegaban a mis oídos las quejas de los que me rodeaban, lamentando la prisión de fulano, el destierro de Zutano, el asesinato de mengano... Y yo, enjaulado... y ardiendo en ansias de lanzarme a la palestra y animar a tantos campeones de nuestra FE, a ver si por casualidad me tocaba la suerte de ellos... Pero no se hizo la miel para la boca del que esto escribe, y tuve que resignarme, ofreciendo a Dios los deseos en aras de la obediencia.*»

HACIA EL IDEAL. — El 17 de noviembre de 1927, a la madrugada es aprehendido el P. Pro, en compañía de sus dos hermanos, por agentes de la policía reservada, y conducido a la Inspección General de Policía, prisión provisional de presuntos reos, que inmediatamente deben ser consignados a la autoridad judicial para ser juzgados conforme a la ley. Se le interna en un sótano, estrecho y húmedo, donde se le tiene rigurosamente incomunicado durante seis días. El 22, por la tarde, la única vez que se le permite hablar con personas de fuera, el Padre, al ser interrogado por los reporteros del periódico *Excelsior*, hace las siguientes declaraciones: — «*¿Es usted sacerdote?* — «*Sí, señor, sacerdote jesuita.*» — «*¿Quiere usted hacernos alguna declaración?* — «*Ninguna declaración quiero hacer... Yo soy absolutamente ajeno a este asunto, pues soy persona de orden. Estoy completamente tranquilo y espero que resplandecerá la justicia. NIEGO terminantemente haber tomado alguna participación en el complot.*» Luego los reos no estaban «convictos y confesos» como lo acababa de declarar el jefe de la Inspección de Policía, ya que delante de él hacía el Padre esta declaración.

SED DE SANGRE. — Llegó el día 23 de noviembre. Los diarios de la mañana anuncian que el Padre, con otros tres compañeros de prisión, van a ser consignados a quien corresponda para que sean debidamente juzgados. Mas, con sorpresa increíble de todo el mundo, a las once de esa misma mañana circula la noticia de que el P. Pro, su hermano Humberto, el ingeniero Segura y un honrado obrero han sido fusilados. ¿Qué había ocurrido?



EL REVERENDO PADRE PRO, ORANDO

La víspera de la ejecución, por la tarde, el general Cruz, inspector de policía, había recibido «orden terminante» de Calles de «matar cuanto antes al *Padre* y a *sus compañeros de prisión*». Preguntando Cruz qué forma se podría dar a la ejecución para que tuviese alguna apariencia de legalidad, respondió Calles estas textuales palabras: «No quiero formas, lo que quiero es el hecho.»

EN EL MODERNO ANFITEATRO. — El jardín de la Inspección de Policía, el «Moderno Anfiteatro de los *Mártires Mejicanos*», está materialmente ocupado por tropas. La gendarmería montada forma el cuadro ocupando todos los sitios disponibles, dejando en el centro un espacio libre a los cuatro pelotones encargados de las ejecuciones. Una voz de mando se escucha: — «Pelotón, ¡firmes!, de frente, ¡marchen!», y el primer grupo de soldados avanza hasta colocarse frente a las siluetas que sirven de «blancos»; entonces el militar da la voz de «¡Carguen!»; los soldados obedecen y permanecen en posición de «firmes» esperando órdenes.

Entre tanto, el jefe de las Comisiones de seguridad, acompañado de otros agentes, se dirige a los sótanos, a fin de conducir al patíbulo al *primer mártir*, al P. Miguel A. Pro: éste, al oír su nombre y viendo de qué se trata, entra de nuevo para llevar su ropa más arreglada al presentarse en público, y con un simple «hasta luego», da un adiós jovial a su hermano menor, Roberto; se despide también del agente que lo había aprehendido, y al pedirle éste perdón por lo que había hecho con él, le dice: — «No sólo te perdono, sino que te doy las gracias.» Se dirige entonces, acompañado por los militares, al *lugar del martirio*: camina con *paso firme y sereno*. Al aparecer en el jardín, se oye de nuevo la voz del Mayor Torres: — «¡Tercien armas!» Se acerca el *Padre* al militar que da las voces de mando; éste le pregunta su nombre y luego le indica que manifieste «su última voluntad»; el *Mártir* sólo pide *un instante para orar*; se arrodilla con profunda devoción, se santigua pausadamente, junta las manos y ofrece a Dios el sacrificio de su vida por la IGLESIA perseguida: hace el acto de contrición y una breve recomendación del alma. Besa después con amor el pequeño CRUCIFIJO que lleva al cuello, «afirma ser inocente del crimen que ha servido de pretexto para condenarle», perdona a sus verdugos, y con la sublimidad y valor de los mártires de los anfiteatros paganos, se pone de pie, toma en una mano el CRUCIFIJO y en la otra el ROSARIO, abre tranquilamente sus brazos hasta quedar en cruz y, mirando sin pestañear los rifles, dice con tono mesurado: «¡VIVA CRISTO REY!». Suena la descarga y cae exánime, con los brazos todavía en cruz. El grito de «¡VIVA CRISTO REY!», fórmula sagrada de los modernos mártires mejicanos, no tenía en sus labios el bravo acento marcial de otros testigos de nuestra FE; parecía ver-



EL MÁRTIR, RECIBIENDO LA DESCARGA

daderamente la fórmula de la CONSAGRACIÓN con que el Sacerdote sacrifica la Víctima Divina; él moría también por la realeza de Cristo, pero como Ministro del ALTAR.

Los circunstantes estaban profundamente conmovidos; les sorprendía en un ajusticiado ese valor no sólo sereno, sino envuelto en una dulce y apacible sonrisa. Los amigos íntimos del P. Pro tenían, en cambio, la clave de este secreto. Su obsesión constante, desde que se desencadenó la actual persecución religiosa, fué la de «morir mártir» y «víctima completa», no con muerte sólo física, sino también moral, «deshonrado», a fin de que pudiera también decirse de él como se dijo de Nuestro Señor Jesucristo: «Y fué contado entre los criminales».

Por supuesto que la tal deshonra, fruto de «la calumniosa acusación», estaba sólo en el ánimo perverso del tirano y en el piadoso anhelo del Jesuita. Toda la gente de la ciudad de Méjico está cada día más persuadida de su inocencia. El mismo inspector de policía declaró la víspera a un conocido abogado del partido triunfante, que: «ni al Padre ni a ninguno de sus tres compañeros se les había comprobado que fuesen verdaderamente reos del crimen de que se les acusaba.»

PRIMEROS DESTELLOS DE UNA APOTEOSIS. — Desde que se instalan los cadáveres en la casa del padre del Jesuita mártir, una inusitada romería de devotos visitantes, pertenecientes a todas las clases sociales, empieza a invadir la casa, creciendo por momentos cada vez más; los mismos «agentes del tráfico particular» tienen que intervenir para facilitar el acceso y la salida de la casa. Las lágrimas son silenciosas, de pena, sí, pero más de ternura y devoción. Todo el mundo lleva CRUCIFIJOS, ROSARIOS y otros muchos objetos piadosos que quieren a porfía tocar a los cuerpos de los mártires. Muchísimos son los que después de contemplar un rato aquellos rostros venerandos se santiguan como ante una imagen bendita. Entre ellos se señala el heroico padre de los dos confesores de Jesucristo, que con un valor cristiano inenarrable, de rodillas entre los dos cadáveres, no hace sino ofrecer a Dios aquellas víctimas puras. A los que se afligen demasiado por el tremendo espectáculo de aquella sala, les dice, para consolarlos: — «El Padre fué un Apóstol; mi Humberto, un ángel toda su vida... murieron por Dios, ya gozan de El en el CIELO.» Claro está que el llanto no cesa por estos razonamientos, pero sí se transfigura en algo sobrehumano. Una hija suya, modesta, fina y delicada, pero también valiente, contempla la escena comparable a aquellas en que intervenían las Ineses y Cecilias.

SEMILLA DE CRISTIANOS. — Una pobre anciana que llevaba en brazos a un niño pequeño, toma una rosa blanca de las que depositaban los «peregrinos» sobre la caja del Padre, y frotando

con ella el cristal que le cubre el rostro, persigna con ella al niño y lo acerca luego para que bese como una reliquia aquellos santos despojos. Otra señora de elevada clase social lleva de la mano a su hijito de 10 años de edad, y le dice con toda la vehemencia de su alma: — «Hijito mío, fíjate en estos mártires, por eso te he traído, para que se te grave bien en la mente lo que estás viendo, para que cuando tú seas grande, sepas dar tu vida por defender la FE de Cristo y morir como ellos, inocentes, y con gran valor...»

NOCHE DE CATACUMBAS. — Durante la noche que permanecen los cadáveres de los mártires en la casa de su padre, un numeroso grupo de personas permanece a su lado. Habían prometido que a las dos de la mañana se permitiría al otro hermano de los dos confesores de la FE, Roberto, preso también por Cristo, ir a ver a sus hermanos. A fin de poderle dar con esa ocasión la SAGRADA COMUNIÓN, de la que es devotísimo, se lleva en un relicario una HOSTIA CONSAGRADA, que depositada a ruegos de la familia sobre los féretros, ofrece la oportunidad a los católicos allí reunidos, de tener una adoración de Su Divina Majestad, muy parecida a las de las Catacumbas. De once a doce tiene lugar una piadosa HORA SANTA. El pobre Roberto no llega al fin, pero el anuncio de su visita proporciona a los concurrentes la visita real de «su grande Amigo», como él le llama. Entre cuatro y cinco de la mañana se celebran dos MISAS con COMUNIÓN general de todos los presentes. Y a las seis de la mañana se abren las puertas de la casa, porque así lo exige la multitud agolpada en la calle. Son casi todos obreros y gente humilde, que quieren visitar a «su Padre» antes de ir al trabajo. Con esto se reanuda, enormemente aumentada, la romería de la víspera.

MARCHA TRIUNFAL. — A las tres de la tarde, hora en que debían salir los cadáveres para el Cementerio, la aglomeración de personas y de toda suerte de carruajes frente a la casa y en todas las calles vecinas, es de lo que raras veces se ve en un entierro. Al anunciarse que va a salir el féretro del Padre, un repentino silencio y quietud sucede a la confusión que todo lo invade; pero, apenas aparece en el umbral de la puerta, un grito atronador y unánime sale de millares de pechos: «¡VIVA CRISTO REY!»..., resuenan nutridos aplausos, al mismo tiempo que cae por doquiera una lluvia copiosa de flores. ¿Quién creyera que aquello es un entierro? Es una beatificación por aclamación popular; es, sobre todo, el amor del pueblo que en este caso reproduce la voz de Dios, respondiendo a «la calumnia del tirano»: «Tú dices que es dinamitero, Dios dice que es un Santo.» Porque, en verdad, es humanamente inexplicable que cuando por el terror

reinante sólo puede esperarse en el entierro de los ajusticiados el pánico y la desolación, un desbordamiento de valor, de entusiasmo y de santa intrepidez anima a muchos millares de personas.

¡PASO A LOS MÁRTIRES! — Con muchísimo trabajo, por el ímpetu de la multitud que se lanza en verdaderas oleadas humanas a tocar los féretros, se puede organizar al fin la pompa fúnebre o marcha triunfal hacia el Cementerio de «Dolores».

Cuatro interminables filas de automóviles (eran cerca de 500) protegen en dos bandas el centro de la procesión, formada por los acompañantes que, caminando de cuatro en fondo, rezan continuamente el ROSARIO. En las bocacalles, la gente se agolpa, arrodillándose y santiguándose al paso de los mártires; los tranvías y otros vehículos se vacían, para sumarse sus pasajeros al cortejo. Al acercarse a «Dolores» aparece toda la extensa planicie ocupada por una gran multitud, mayor quizá que la que subía; toda ella sale a recibir a los mártires. El fervor, en estos momentos, es desbordante, pero un fervor singular, mezcla de triunfo y de duelo que constituye la nota propia de este sepelio: empiezan los himnos y los cantos a **CRISTO REY**, en forma que parece una catarsis de voces que de la meseta del Cementerio se despeña por todo el valle, envolviendo a su paso al vecino alcázar de Chapultepec, consternando, sin duda, a su olímpico señor el «Nerón de la IGLESIA Mejicana», cuyo odio a Cristo produce a despecho suyo esas públicas manifestaciones.

LA ÚLTIMA PLEGARIA. — Al descender a la cripta de la Compañía de Jesús el cadáver del Padre Pro, un profundo silencio sobrecoge de nuevo a la multitud; momentos después, al quedar ya depositados los sagrados despojos, se renueva aumentada la animación, que se desborda al oírse este grito: «¡Viva el primer mártir jesuita de CRISTO REY!»... En medio de los obligados vítores y cánticos, avanza el pueblo hasta la fosa del otro Mártir. Nuevo intervalo de silencio mientras se bendice el sepulcro y al bajar el cadáver. El noble anciano, padre del ferviente Mártir, toma la pala y echa a la fosa la primera tierra que se convertirá en sagrada reliquia al contacto de aquellos restos, y luego, avanzando con paso firme, dice: «Hemos terminado. TE DEUM LAUDAMUS...» ¿Cómo describir la impresión que produce esta invitación al himno de acción de gracias? Lo entona aquella multitud con voces entrecortadas por los sollozos, expresión de sentimientos desconocidos a la mayoría de los mortales... ¿Quién ante tales escenas dudará de que CRISTO REY tiene un amor de predilección por este pueblo de Santa María de Guadalupe?

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EL PRIMER MÁRTIR JESUÍTA DE CRISTO REY



EL REVERENDO PADRE PRO, CAMINO DEL SUPPLICIO

Pida usted, también, las siguientes Hojitas de esta Colección

APÓSTOL Y MÁRTIR

Llamamos mártir al P. Pro, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

DOS GRANDES ANHELOS. — «*Salvar almas y morir mártir.*» He aquí los dos grandes anhelos del P. Pro; a través de sus cartas se perciben los latidos de su corazón de Apóstol y su alma de Mártir. El 13 de noviembre de 1926 escribía: «*Las víctimas son muchas, los mártires aumentan cada día... ¡Oh, si me tocara la lotería!*» Y algunos meses después, refiriéndose a los días en que por obediencia estuvo oculto, nos dice: «*Momento por momento llegaban a mis oídos las quejas de los que me rodeaban, lamentando la prisión de fulano, el destierro de Zutano, el asesinato de mengano... Y yo, enjaulado... y ardiendo en ansias de lanzarme a la palestra y animar a tantos campeones de nuestra FE, a ver si por casualidad me tocaba la suerte de ellos... Pero no se hizo la miel para la boca del que esto escribe, y tuve que resignarme, ofreciendo a Dios los deseos en aras de la obediencia.*»

HACIA EL IDEAL. — El 17 de noviembre de 1927, a la madrugada es aprehendido el P. Pro, en compañía de sus dos hermanos, por agentes de la policía reservada, y conducido a la Inspección General de Policía, prisión provisional de presuntos reos, que inmediatamente deben ser consignados a la autoridad judicial para ser juzgados conforme a la ley. Se le interna en un sótano, estrecho y húmedo, donde se le tiene rigurosamente incomunicado durante seis días. El 22, por la tarde, la única vez que se le permite hablar con personas de fuera, el Padre, al ser interrogado por los reporteros del periódico *Excelsior*, hace las siguientes declaraciones: — «¿Es usted sacerdote? — «Sí, señor, sacerdote jesuita.» — «¿Quiere usted hacernos alguna declaración? — «Ninguna declaración quiero hacer... Yo soy absolutamente ajeno a este asunto, pues soy persona de orden. Estoy completamente tranquilo y espero que resplandecerá la justicia. NIEGO terminantemente haber tomado alguna participación en el complot.» Luego los reos no estaban «convictos y confesos» como lo acababa de declarar el jefe de la Inspección de Policía, ya que delante de él hacía el Padre esta declaración.

SED DE SANGRE. — Llegó el día 23 de noviembre. Los diarios de la mañana anuncian que el Padre, con otros tres compañeros de prisión, van a ser consignados a quien corresponda para que sean debidamente juzgados. Mas, con sorpresa increíble de todo el mundo, a las once de esa misma mañana circula la noticia de que el P. Pro, su hermano Humberto, el ingeniero Segura y un honrado obrero han sido fusilados. ¿Qué había ocurrido?



EL REVERENDO PADRE PRO, ORANDO

La víspera de la ejecución, por la tarde, el general Cruz, inspector de policía, había recibido «orden terminante» de Calles de «matar cuanto antes al *Padre* y a sus *compañeros de prisión*». Preguntando Cruz qué forma se podría dar a la ejecución para que tuviese alguna apariencia de legalidad, respondió Calles estas textuales palabras: «No quiero formas, lo que quiero es el hecho.»

EN EL MODERNO ANFITEATRO. — El jardín de la Inspección de Policía, el «Moderno Anfiteatro de los *Mártires Mejicanos*», está materialmente ocupado por tropas. La gendarmería montada forma el cuadro ocupando todos los sitios disponibles, dejando en el centro un espacio libre a los cuatro pelotones encargados de las ejecuciones. Una voz de mando se escucha: — «Pelotón, ¡firmes!, de frente, ¡marchen!», y el primer grupo de soldados avanza hasta colocarse frente a las siluetas que sirven de «blancos»; entonces el militar da la voz de «¡Carguen!»; los soldados obedecen y permanecen en posición de «firmes» esperando órdenes.

Entre tanto, el jefe de las Comisiones de seguridad, acompañado de otros agentes, se dirige a los sótanos, a fin de conducir al patíbulo al *primer mártir*, al P. Miguel A. Pro: éste, al oír su nombre y viendo de qué se trata, entra de nuevo para llevar su ropa más arreglada al presentarse en público, y con un simple «hasta luego», da un adiós jovial a su hermano menor, Roberto; se despide también del agente que lo había aprehendido, y al pedirle éste perdón por lo que había hecho con él, le dice: — «No sólo te perdono, sino que te doy las gracias.» Se dirige entonces, acompañado por los militares, al *lugar del martirio*: camina con *paso firme y sereno*. Al aparecer en el jardín, se oye de nuevo la voz del Mayor Torres: — «¡Tercien armas!» Se acerca el *Padre* al militar que da las voces de mando; éste le pregunta su nombre y luego le indica que manifieste «su última voluntad»; el *Mártir* sólo pide un *instante para orar*; se arrodilla con profunda devoción, se *santigua* pausadamente, junta las manos y ofrece a Dios el sacrificio de su vida por la *IGLESIA perseguida*; hace el *acto de contrición* y una breve recomendación del alma. Besa después con amor el pequeño CRUCIFIJO que lleva al cuello, «afirma ser inocente del crimen que ha servido de pretexto para condenarle», perdona a sus verdugos, y con la sublimidad y valor de los *mártires de los anfiteatros paganos*, se pone de pie, toma en una mano el CRUCIFIJO y en la otra el ROSARIO, abre tranquilamente sus brazos hasta quedar en *cruz* y, mirando sin pestañear los rifles, dice con tono mesurado: «¡VIVA CRISTO REY!». Suena la descarga y cae exánime, con los brazos todavía en *cruz*. El grito de «¡VIVA CRISTO REY!», fórmula sagrada de los modernos mártires mejicanos, no tenía en sus labios el bravío acento marcial de otros testigos de nuestra FE; parecía ver-



EL MÁRTIR, RECIBIENDO LA DESCARGA

daderamente la fórmula de la CONSAGRACIÓN con que el Sacerdote sacrifica la Víctima Divina; él moría también por la realeza de Cristo, pero como Ministro del ALTAR.

Los circunstantes estaban profundamente conmovidos; les sorprendía en un ajusticiado ese valor no sólo sereno, sino envuelto en una dulce y apacible sonrisa. Los amigos íntimos del P. Pro tenían, en cambio, la clave de este secreto. Su obsesión constante, desde que se desencadenó la actual persecución religiosa, fué la de «morir mártir» y «víctima completa», no con muerte sólo física, sino también moral, «deshonrado», a fin de que pudiera también decirse de él como se dijo de Nuestro Señor Jesucristo: «Y fué contado entre los criminales».

Por supuesto que la tal deshonra, fruto de «la calumniosa acusación», estaba sólo en el ánimo perverso del tirano y en el piadoso anhelo del Jesuita. Toda la gente de la ciudad de Méjico está cada día más persuadida de su inocencia. El mismo inspector de policía declaró la víspera a un conocido abogado del partido triunfante, que: «ni al Padre ni a ninguno de sus tres compañeros se les había comprobado que fuesen verdaderamente reos del crimen de que se les acusaba.»

PRIMEROS DESTELLOS DE UNA APOTEOSIS.— Desde que se instalan los cadáveres en la casa del padre del Jesuita mártir, una inusitada romería de devotos visitantes, pertenecientes a todas las clases sociales, empieza a invadir la casa, creciendo por momentos cada vez más; los mismos «agentes del tráfico particular» tienen que intervenir para facilitar el acceso y la salida de la casa. Las lágrimas son silenciosas, de pena, sí, pero más de ternura y devoción. Todo el mundo lleva CRUCIFIJOS, ROSARIOS y otros muchos objetos piadosos que quieren a porfía tocar a los cuerpos de los mártires. Muchísimos son los que después de contemplar un rato aquellos rostros venerandos se santiguan como ante una imagen bendita. Entre ellos se señala el heroico padre de los dos confesores de Jesucristo, que con un valor cristiano inenarrable, de rodillas entre los dos cadáveres, no hace sino ofrecer a Dios aquellas víctimas puras. A los que se afligen demasiado por el tremendo espectáculo de aquella sala, les dice, para consolarlos: — «El Padre fué un Apóstol; mi Humberto, un ángel toda su vida... murieron por Dios, ya gozan de El en el CIELO.» Claro está que el llanto no cesa por estos razonamientos, pero sí se transfigura en algo sobrehumano. Una hija suya, modesta, fina y delicada, pero también valiente, contempla la escena comparable a aquellas en que intervenían las Ineses y Cecilias.

SEMILLA DE CRISTIANOS.— Una pobre anciana que llevaba en brazos a un niño pequeño, toma una rosa blanca de las que depositaban los «peregrinos» sobre la caja del Padre, y frotando

con ella el cristal que le cubre el rostro, persigna con ella al niño y lo acerca luego para que bese como una reliquia aquellos santos despojos. Otra señora de elevada clase social lleva de la mano a su hijito de 10 años de edad, y le dice con toda la vehemencia de su alma: — «Hijito mío, fíjate en estos mártires, por eso te he traído, para que se te grave bien en la mente lo que estás viendo, para que cuando tú seas grande, sepas dar tu vida por defender la FE de Cristo y morir como ellos, inocentes, y con gran valor...»

NOCHE DE CATACUMBAS.— Durante la noche que permanecen los cadáveres de los mártires en la casa de su padre, un numeroso grupo de personas permanece a su lado. Habían prometido que a las dos de la mañana se permitiría al otro hermano de los dos confesores de la FE, Roberto, preso también por Cristo, ir a ver a sus hermanos. A fin de poderle dar con esa ocasión la SAGRADA COMUNIÓN, de la que es devotísimo, se lleva en un relicario una HOSTIA CONSAGRADA, que depositada a ruegos de la familia sobre los féretros, ofrece la oportunidad a los católicos allí reunidos, de tener una adoración de Su Divina Majestad, muy parecida a las de las Catacumbas. De once a doce tiene lugar una piadosa HORA SANTA. El pobre Roberto no llega al fin, pero el anuncio de su visita proporciona a los concurrentes la visita real de «su grande Amigo», como él le llama. Entre cuatro y cinco de la mañana se celebran dos MISAS con COMUNIÓN general de todos los presentes. Y a las seis de la mañana se abren las puertas de la casa, porque así lo exige la multitud agolpada en la calle. Son casi todos obreros y gente humilde, que quieren visitar a «su Padre» antes de ir al trabajo. Con esto se reanuda, enormemente aumentada, la romería de la víspera.

MARCHA TRIUNFAL.— A las tres de la tarde, hora en que debían salir los cadáveres para el Cementerio, la aglomeración de personas y de toda suerte de carruajes frente a la casa y en todas las calles vecinas, es de lo que raras veces se ve en un entierro. Al anunciarse que va a salir el féretro del Padre, un repentino silencio y quietud sucede a la confusión que todo lo invade; pero, apenas aparece en el umbral de la puerta, un grito atronador y unánime sale de millares de pechos: «¡VIVA CRISTO REY!»..., resuenan nutridos aplausos, al mismo tiempo que cae por doquiera una lluvia copiosa de flores. ¿Quién creyera que aquello es un entierro? Es una beatificación por aclamación popular; es, sobre todo, el amor del pueblo que en este caso reproduce la voz de Dios, respondiendo a «la calumnia del tirano»: «Tú dices que es dinamitero, Dios dice que es un Santo.» Porque, en verdad, es humanamente inexplicable que cuando por el terror

reinante sólo puede esperarse en el entierro de los ajusticiados el pánico y la desolación, un desbordamiento de *valor*, de *entusiasmo* y de *santa intrepidez* anima a muchos millares de personas.

¡PASO A LOS MÁRTIRES! — Con muchísimo trabajo, por el ímpetu de la multitud que se lanza en verdaderas oleadas humanas a tocar los féretros, se puede organizar al fin la pompa fúnebre o marcha triunfal hacia el Cementerio de «Dolores».

Cuatro interminables filas de automóviles (eran cerca de 500) protegen en dos bandas el centro de la procesión, formada por los acompañantes que, caminando de cuatro en fondo, rezan continuamente el ROSARIO. En las bocacalles, la gente se agolpa, arrodillándose y santiguándose al paso de *los mártires*; los tranvías y otros vehículos se vacían, para sumarse sus pasajeros al cortejo. Al acercarse a «Dolores» aparece toda la extensa planicie ocupada por una gran multitud, mayor quizá que la que subía; toda ella sale a recibir a *los mártires*. El fervor, en estos momentos, es desbordante, pero un *fervor singular*, mezcla de *triumfo* y de *duelo* que constituye la nota propia de este sepelio: empiezan *los himnos* y *los cantos* a **CRISTO REY**, en forma que parece una caratara de voces que de la meseta del Cementerio se despeña por todo el valle, envolviendo a su paso al vecino alcázar de Chapultepec, consternando, sin duda, a su olímpico señor el «Nerón de la IGLESIA Mejicana», cuyo odio a **Cristo** produce a despecho suyo esas públicas *manifestaciones*.

LA ÚLTIMA PLEGARIA. — Al descender a la cripta de la Compañía de Jesús el cadáver del Padre Pro, un profundo silencio sobrecoge de nuevo a la multitud; momentos después, al quedar ya depositados *los sagrados despojos*, se renueva aumentada la animación, que se desborda al oírse este grito: «¡Viva el primer mártir jesuita de **CRISTO REY**!»... En medio de los obligados *víttores* y *cánticos*, avanza el pueblo hasta la fosa del otro *Mártir*. Nuevo intervalo de silencio mientras se bendice el sepulcro y al bajar el cadáver. El noble anciano, padre del *ferviente Mártir*, toma la pala y echa a la fosa la primera tierra que se convertirá en *sagrada reliquia* al contacto de aquellos restos, y luego, avanzando con paso firme, dice: «Hemos terminado. **TE DEUM LAUDAMUS...**» ¿Cómo describir la impresión que produce esta invitación al *himno de acción de gracias*? Lo entona aquella multitud con voces entrecortadas por los sollozos, expresión de sentimientos desconocidos a la mayoría de los mortales... ¿Quién ante *tales escenas* dudará de que **CRISTO REY** tiene un amor de predilección por este pueblo de **Santa María de Guadalupe**?

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



MÁRTIRES DE MOMAX

.....

MANUEL CAMPOS

RAFAEL CAMPOS

RAFAEL CAMPOS (HIJO) Y

BENJAMÍN DÍAZ

*Los llamamos mártires, sin intención de prevenir el juicio
de la Iglesia*

PRIMERAS AVANZADAS

El 22 de agosto de 1926 caía en Momax, pequeña población del Estado de Zacatecas, teñida en la púrpura de su sangre, una de las primeras avanzadas de héroes y mártires de la CAUSA CATÓLICA que al grito de «¡VIVA CRISTO REY!» «¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!» arrancaban de las manos de sus verdugos la palma del martirio.

LOS ELEGIDOS. — Tres fueron las víctimas gloriosas: Manuel Campos, Rafael Campos y Benjamín Díaz. El primero une a los esplendores de la santidad, la gloria de los confesores de la FE. Su espíritu se ha fortalecido para la lucha al pie del SAGRARIO en las horas de íntima y no interrumpida conversación con el «Unico Amigo», como él llamaba a Jesús Sacramentado, y en el crisol del sufrimiento. «Puedo decir—escribía a uno de sus hijos—que no pasa día sin que tenga una mortificación grave»; pero el sufrimiento no es para él pesada carga que oprime y debilita, sino regalada muestra de amor que fortalece y sostiene en las horas difíciles de la vida; por eso, al hablarnos de sus penas, lo hace con el lenguaje de los Santos: «¡Bendito sea Dios—dice—que con esto me da a entender que soy su hijo y no se olvida de mí, pues es buen Cirineo y me ayuda con la CRUZ; muchas veces casi Él sólo la lleva, porque yo se la dejo!» Y en otra ocasión, dejaba escapar de su pluma estas bellísimas palabras de resignación cristiana: «¡Tienes razón, hijito mío, tienes razón! ¡Dios me quiere humilde! ¡Dios me quiere humillado!»

EL SOCIALISTA MÁRTIR. — A los carismas de la santidad se asocian esta vez las lágrimas del penitente para ser coronadas de igual gloria; pues uno de los mártires, Benjamín Díaz, poco tiempo antes de sellar con su sangre la FE CRISTIANA, abandonando las falsas doctrinas socialistas, volvía al redil del Buen Pastor; y con tales muestras de arrepentimiento, que públicamente recorre de rodillas, en señal de penitencia, las calles que conducen a la Iglesia, dejando el suelo ensangrentado a su paso; y al oír que alguien se admira de su proceder, responde: «Sí, pero yo tengo que pagar a Dios más que los otros.» Y al ser conducido, entre golpes e injurias, al patíbulo, dice con sublime mansedumbre cristiana a los que le ultrajan: «Porque sospecho el motivo porque se me golpea, por eso lo permito.» La gracia había triunfado: el altivo socialista se había convertido en manso cordero...

TRAICIÓN. — El 20 de agosto los principales habitantes de Momax se reunieron para acordar el modo de proceder en lo sucesivo, pues se decía que los soldados del gobierno llegarían de día a otro para cerrar el Templo y dar garantías a los enemigos de la RELIGIÓN. Se nombró presidente a un falso convertido de las filas socialistas y que se hacía pasar por defensor de los

intereses de Jesucristo. Acordaron que en caso de que los soldados intentaran clausurar el recinto sagrado, se presentarían diez de ellos para impedirlo, y que si aún a pesar de esto no accedieran a sus ruegos y quisieran cometer alguna profanación, todos aun por la fuerza lo impedirían; estando dispuestos a que pasaran por sus cadáveres antes que permitir un sacrilego desacato. Después de ésta y otras varias determinaciones, se levanta Manuel Campos, y dice en voz alta: — «Ya sabéis que tenemos enemigos de nuestra RELIGIÓN en el mismo pueblo y pueden saber todo esto. Mañana o pasado vendrán las fuerzas del gobierno y entonces nos querrán dañar. Yo estoy dispuesto a todo, siempre que se trate de defender los DERECHOS SAGRADOS. ¿Estáis, por lo tanto, conformes en que caiga la maldición del CIELO sobre quien revele lo que se ha acordado en esta junta? Todos a una voz contestaron: — «¡Sí, que caiga!» — «Entonces gritad: «¡VIVA CRISTO REY!» — «¡VIVA!»», responden todos con entusiasmo. — «¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!»; exclamación que es contestada con igual fervor. El falso presidente de aquella reunión, quebrantando el solemne juramento, y uniendo a su perjurio «la calumnia», no sólo reveló lo acordado, sino que denunció a los católicos como rebeldes.

HORAS DE TERROR. — Amparados por las primeras sombras de la noche, se precipitan el día 22 sobre el indefenso y pacífico vecindario de Momax las tropas del gobierno perseguidor. Capturan a cuantos varones encuentran a su paso y les conducen al Cementerio; una vez allí reunidos, no se encuentra en ninguno de ellos la culpa digna de castigo; el coronel, que había ordenado la prisión, consulta luego al jefe de armas de Zacatecas, quien ordena se proponga a los católicos la adhesión al gobierno y la separación de la IGLESIA.

APOSTASÍA O MARTIRIO. — La orden del jefe de armas se cumple fielmente y entre injurias e imprecaciones se propone a los católicos o la adhesión al gobierno, separándose de la IGLESIA, o la muerte. Con acento viril, hijo de una fe profunda, levanta su voz uno de los prisioneros, y dice: — «Nosotros no podemos desobedecer a los Sacerdotes que no son lo que vosotros decís; obedeceremos al gobierno en todo lo que mande, siempre que no ataque los DERECHOS de la RELIGIÓN ni intente apartarnos de ella por medio de sus leyes inicuas contra la IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA Y ROMANA.» Estas palabras, dichas con la entereza de un hombre y un cristiano que no se doblega ante las falsas promesas, fueron motivo de cruellísimos azotes. La actitud enérgica y decidida de los católicos que «prefieren la muerte a la apostasía», obliga al coronel a pedir nuevas instrucciones, pues no se atreve a cumplir el mandato de matar a todos los que se nieguen a acatar las disposiciones del gobierno sectario. Se ordena entonces que se fusile a varios de los prisioneros, y a los demás, después de ser azotados, se les ponga en libertad.

El militar insiste en su impía proposición, pero sólo obtiene por respuesta nuevas y firmes

* *protestas de inquebrantable fidelidad a la CAUSA CATÓLICA de Jesucristo. Entonces se golpea cruelmente a los detenidos, dejándoles después en libertad.*

LAS VÍCTIMAS. — Entra a continuación al interior del Cementerio donde han sido reclusos cuatro de los valientes confesores de la FE, a quienes nuevamente hace instancia para apartarlos de la IGLESIA. Ni promesas ni amenazas consiguen doblegar aquellos héroes. Al fervoroso *Mártir Benjamín Díaz* ofrece librarlo de la muerte si vuelve de nuevo a ingresar en el partido socialista; a esta vil oferta, responde el *Mártir* con ánimo sereno: —«*He prometido a Dios que no volvería a hacerlo y no tengo más que una palabra. Por lo tanto, podéis hacer lo que queráis.*» Irritado el verdugo al ver frustrados sus intentos, ordena inmediatamente la ejecución. Los tres elegidos se arrodillan; Manuel Campos perdona a sus verdugos, abre los brazos en forma de cruz, y pide permiso de exclamar por vez postrera, y con todas las fuerzas de su alma grita: «**¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE GUADALUPE!**»; exclamaciones que encuentran eco en los corazones de los otros compañeros de martirio. Momentos después, sus cuerpos, teñidos en la púrpura de su sangre, caían por tierra, mientras sus almas recibían la palma y la corona de la victoria.

PROFANACIÓN. — Esta plegaria sublime de los tres fidelísimos vasallos de **CRISTO REY** fué profanada por risas burlescas y sarcásticas de los sacrílegos sayones. A la mañana siguiente fueron recogidos los cuerpos venerandos de los mártires. Manuel permanecía en tierra con los brazos aún abiertos y la cabeza inclinada... dormía el sueño de los justos.

DESCENDENCIA GLORIOSA. — Meses después, el hijo de **Rafael Campos**, era traído prisionero a Momax y fusilado también por la CAUSA CATÓLICA: de este modo se unía victorioso a la gloria y triunfo de su padre.

HIJOS DE MÁRTIRES. — Uno de los hijos de Manuel Campos comunicaba a su hermano la noticia de la muerte de su padre con esta exclamación de triunfo y de alegría: «*Hoy prepárate para el mayor consuelo, para el único consuelo posible: ¡nuestro santo padre fué Mártir! ¡Alégrate santamente, hermano mío, en el Señor!*».

FELICITACIÓN O PÉSAME. — La siguiente carta nos trae a la memoria las saluciones con que los primeros cristianos celebraban los triunfos de sus mártires...

«*Supongo que ya sabe* — escribía el Ilustrísimo señor Obispo de San Luis de Potosí, al hijo de uno de estos mártires — *la terrible noticia, y cumplo con el deber de amistad de darle el pésame; pero quisiera felicitarle. Su padre fué verdadero Mártir... Encomendaré mucho a su padre, aunque créame que no lo necesita; y pido a Dios que usted se alegre por llevar en sus venas sangre de Mártir...*»

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)



MÁRTIRES DE MOMAX

MANUEL CAMPOS

RAFAEL CAMPOS

RAFAEL CAMPOS (HIJO) Y

BENJAMÍN DÍAZ

*Los Ramamos mártires, sin intención de prevenir el juicio
de la Iglesia*

PRIMERAS AVANZADAS

El 22 de agosto de 1926 caía en Momax, pequeña población del Estado de Zacatecas, teñida en la púrpura de su sangre, una de las primeras avanzadas de héroes y mártires de la CAUSA CATÓLICA que al grito de «¡VIVA CRISTO REY!» «¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!» arrancaban de las manos de sus verdugos la palma del martirio.

LOS ELEGIDOS.—Tres fueron las víctimas gloriosas: Manuel Campos, Rafael Campos y Benjamín Díaz. El primero une a los esplendores de la santidad, la gloria de los confesores de la FE. Su espíritu se ha fortalecido para la lucha al pie del SAGRARIO en las horas de íntima y no interrumpida conversación con el «Unico Amigo», como él llamaba a Jesús Sacramentado, y en el crisol del sufrimiento. «Puedo decir—escribía a uno de sus hijos—que no pasa día sin que tenga una mortificación grave»; pero el sufrimiento no es para él pesada carga que oprime y debilita, sino regalada muestra de amor que fortalece y sostiene en las horas difíciles de la vida; por eso, al hablarnos de sus penas, lo hace con el lenguaje de los Santos: «¡Bendito sea Dios—dice—que con esto me da a entender que soy su hijo y no se olvida de mí, pues es buen Cirineo y me ayuda con la Cruz; muchas veces casi El sólo la lleva, porque yo se la dejo!» Y en otra ocasión, dejaba escapar de su pluma estas bellísimas palabras de resignación cristiana: «¡Tienes razón, hijito mío, tienes razón! ¡Dios me quiere humilde! ¡Dios me quiere humillado!»

EL SOCIALISTA MÁRTIR.—A los carismas de la santidad se asocian esta vez las lágrimas del penitente para ser coronadas de igual gloria; pues uno de los mártires, Benjamín Díaz, poco tiempo antes de sellar con su sangre la FE CRISTIANA, abandonando las falsas doctrinas socialistas, volvía al redil del Buen Pastor; y con tales muestras de arrepentimiento, que públicamente recorre de rodillas, en señal de penitencia, las calles que conducen a la Iglesia, dejando el suelo ensangrentado a su paso; y al oír que alguien se admira de su proceder, responde: «Sí, pero yo tengo que pagar a Dios más que los otros.» Y al ser conducido, entre golpes e injurias, al patíbulo, dice con sublime mansedumbre cristiana a los que le ultrajan: «Porque sospecho el motivo porque se me golpea, por eso lo permito.» La gracia había triunfado: el altivo socialista se había convertido en manso cordero...

TRAICIÓN.—El 20 de agosto los principales habitantes de Momax se reunieron para acordar el modo de proceder en lo sucesivo, pues se decía que los soldados del gobierno llegarían de un día a otro para cerrar el Templo y dar garantías a los enemigos de la RELIGIÓN. Se nombró presidente a un falso convertido de las filas socialistas y que se hacía pasar por defensor de los

40
intereses de Jesucristo. Acordaron que en caso de que los soldados intentaran clausurar el recinto sagrado, se presentarían diez de ellos para impedirlo, y que si aún a pesar de esto no accedieran a sus ruegos y quisieran cometer alguna profanación, todos aun por la fuerza lo impedirían; estando dispuestos a que pasaran por sus cadáveres antes que permitir un sacrilego desacato. Después de ésta y otras varias determinaciones, se levanta Manuel Campos, y dice en voz alta: —«Ya sabéis que tenemos enemigos de nuestra RELIGIÓN en el mismo pueblo y pueden saber todo esto. Mañana o pasado vendrán las fuerzas del gobierno y entonces nos querrán dañar. Yo estoy dispuesto a todo, siempre que se trate de defender los DERECHOS SAGRADOS. ¿Estáis, por lo tanto, conformes en que caiga la maldición del CIELO sobre quien revele lo que se ha acordado en esta junta? Todos a una voz contestaron: —«¡Sí, que caiga!» —«Entonces gritad: «¡VIVA CRISTO REY!» —«¡VIVA!», responden todos con entusiasmo. —«¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!»; exclamación que es contestada con igual fervor. El falso presidente de aquella reunión, quebrantando el solemne juramento, y uniendo a su perjurio «la calumnia», no sólo reveló lo acordado, sino que denunció a los católicos como rebeldes.

HORAS DE TERROR.—Amparados por las primeras sombras de la noche, se precipitan el día 22 sobre el indefenso y pacífico vecindario de Momax las tropas del gobierno perseguidor. Capturan a cuantos varones encuentran a su paso y les conducen al Cementerio; una vez allí reunidos, no se encuentra en ninguno de ellos la culpa digna de castigo; el coronel, que había ordenado la prisión, consulta luego al jefe de armas de Zacatecas, quien ordena se proponga a los católicos la adhesión al gobierno y la separación de la IGLESIA.

APOSTASÍA O MARTIRIO.—La orden del jefe de armas se cumple fielmente y entre injurias e imprecaciones se propone a los católicos o la adhesión al gobierno, separándose de la IGLESIA, o la muerte. Con acento viril, hijo de una fe profunda, levanta su voz uno de los prisioneros, y dice: —«Nosotros no podemos desobedecer a los Sacerdotes que no son lo que vosotros decís; obedeceremos al gobierno en todo lo que mande, siempre que no ataque los DERECHOS de la RELIGIÓN ni intente apartarnos de ella por medio de sus leyes inicuas contra la IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA Y ROMANA.» Estas palabras, dichas con la entereza de un hombre y un cristiano que no se doblega ante las falsas promesas, fueron motivo de cruellísimos azotes. La actitud enérgica y decidida de los católicos que «prefieren la muerte a la apostasía», obliga al coronel a pedir nuevas instrucciones, pues no se atreve a cumplir el mandato de matar a todos los que se nieguen a acatar las disposiciones del gobierno sectario. Se ordena entonces que se fusile a varios de los prisioneros, y a los demás, después de ser azotados, se les ponga en libertad.

El militar insiste en su impía proposición, pero sólo obtiene por respuesta nuevas y firmes

protestas de inquebrantable fidelidad a la CAUSA CATÓLICA de Jesucristo. Entonces se golpea cruelmente a los detenidos, dejándoles después en libertad.

LAS VÍCTIMAS. — Entra a continuación al interior del Cementerio donde han sido reclusos cuatro de los valientes confesores de la FE, a quienes nuevamente hace instancia para apartarlos de la IGLESIA. Ni promesas ni amenazas consiguen doblegar aquellos héroes. Al fervoroso Mártir Benjamín Díaz ofrece librarlo de la muerte si vuelve de nuevo a ingresar en el partido socialista; a esta vil oferta, responde el Mártir con ánimo sereno: —«*He prometido a Dios que no volvería a hacerlo y no tengo más que una palabra. Por lo tanto, podéis hacer lo que queráis.*» Irritado el verdugo al ver frustrados sus intentos, ordena inmediatamente la ejecución. Los tres elegidos se arrodillan; Manuel Campos perdona a sus verdugos, abre los brazos en forma de cruz, y pide permiso de exclamar por vez postrera, y con todas las fuerzas de su alma grita: «¡**VIVA CRISTO REY! ¡VIVA NUESTRA MADRE SANTISIMA DE GUADALUPE!**!»; exclamaciones que encuentran eco en los corazones de los otros compañeros de martirio. Momentos después, sus cuerpos, teñidos en la púrpura de su sangre, caían por tierra, mientras sus almas recibían la palma y la corona de la victoria.

PROFANACIÓN. — Esta plegaria sublime de los tres fidelísimos vasallos de **CRISTO REY** fué profanada por risas burlescas y sarcásticas de los sacrílegos sayones. A la mañana siguiente fueron recogidos los cuerpos venerandos de los mártires. Manuel permanecía en tierra con los brazos aún abiertos y la cabeza inclinada... dormía el sueño de los justos.

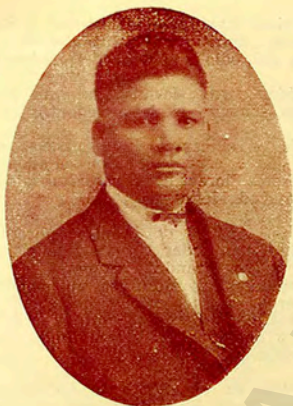
DESCENDENCIA GLORIOSA. — Meses después, el hijo de Rafael Campos, era traído prisionero a Momax y fusilado también por la CAUSA CATÓLICA: de este modo se unía victorioso a la gloria y triunfo de su padre.

HIJOS DE MÁRTIRES. — Uno de los hijos de Manuel Campos comunicaba a su hermano la noticia de la muerte de su padre con esta exclamación de triunfo y de alegría: «*Hoy prepárate para el mayor consuelo, para el único consuelo posible: ¡nuestro santo padre fué Mártir! ¡Alégrate santamente, hermano mío, en el Señor!*».

FELICITACIÓN O PÉSAME. — La siguiente carta nos trae a la memoria las salutations con que los primeros cristianos celebraban los triunfos de sus mártires...

«*Supongo que ya sabe* — escribía el Ilustrísimo señor Obispo de San Luis de Potosí, al hijo de uno de estos mártires — *la terrible noticia, y cumplo con el deber de amistad de darle el pésame; pero quisiera felicitarle. Su padre fué verdadero Mártir... Encomendaré mucho a su padre, aunque créame que no lo necesita; y pido a Dios que usted se alegre por llevar en sus venas sangre de Mártir...*»

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)



FLORENTINO ÁLVAREZ

EL OBRERO MÁRTIR

.....

FLORENTINO ÁLVAREZ

PRESIDENTE DEL «SINDICATO CATÓLICO»
EN LA CIUDAD DE LEÓN (MÉJICO)

*Le llamamos mártir, sin intención de prevenir
el juicio de la Iglesia*

EL OBRERO MÁRTIR

Calles, el hipócrita e interesado amigo del proletariado, ha visto levantarse majestuosa y digna la figura del obrero católico, para saludarlo con el «Ave. Caesar, morituri te salutant» con que lo han saludado ya tantos católicos mejicanos al caer víctimas del odio a Cristo del nuevo perseguidor de la IGLESIA.

La sangre inocente de los obreros martirizados por el presidente rojo, levanta ya ante la faz del mundo su voz potente e irresistible, para dar un «mentís» solemne al falso redentor de la clase obrera.

León, que pocos meses antes había visto caer gloriosamente en el campo de LA DEFENSA RELIGIOSA a varios de sus hijos ceñidos con la corona del martirio, iba a contemplar por segunda vez el triunfo de un nuevo atleta del CRISTIANISMO, en el joven obrero Florentino Álvarez, Presidente del «Sindicato Católico» y de la «Asociación Católica de la Juventud Mejicana».

ALMA DE APÓSTOL. — Florentino fué con toda verdad un Apóstol de la clase obrera; a ella consagró, ya desde la fundación del «Sindicato Católico» de León, todas las energías y todos los entusiasmos de su noble y generosa alma, abierta siempre a las «grandes empresas».

Como Presidente del Sindicato, su espíritu activo y emprendedor no descansó un momento, a fin de procurar el bienestar moral y económico de los obreros. Y fué, en las horas difíciles porque atraviesa la IGLESIA en Méjico, el que mantuvo entre sus compañeros el espíritu cristiano vivo y presto para la defensa de sus derechos como hombres y como católicos. El Sindicato no cerró sus puertas hasta que Florentino salió de él para la prisión.

LA APREHENSIÓN. — El 7 de agosto de 1927 se presentan en el «Sindicato Católico» el general Daniel Sánchez, acompañado de varios militares; al enterarse Florentino, que en aquel momento presidía una junta de obreros, sale al encuentro del general y le pregunta cuál es el objeto de su visita.

— ¿Quién es usted? — le dice el militar, al mismo tiempo que lanza sobre él una mirada arrogante.

— Florentino Álvarez.

— Pues a usted busco. ¿Ustedes son de esas agrupaciones que gritan ¡VIVA CRISTO REY!?

— Sí, señor.

— Pues Cristo no es Rey... Ustedes se reúnen aquí para conspirar contra el gobierno.

— Miente usted — responde, indignado, Florentino —; *estoy plenamente convencido de que Cristo es Rey. Nosotros nos reunimos aquí, no para conspirar contra el gobierno, sino para procurar nuestro bienestar moral y económico.*

Fuera de sí el general ante el arrojo del valiente obrero, descarga sobre él una recia bofetada.

— ¡VIVA CRISTO REY! — exclama el Mártir, en un arranque de sublime entereza y manse-dumbre cristianas, al sentirse ultrajado.

La ira del inicuo perseguidor al ver este nuevo e inesperado acto de valor, es aún mayor, y con la pistola en la mano se lanza sobre el indefenso católico, al mismo tiempo que le dice: — ¿Miento yo, desgraciado? Interviene entonces el coronel e impide que el general dispare sobre el obrero.

EN LAS PRISIONES. — Inmediatamente son llevados a la prisión todos los obreros allí reunidos. Tres días permanecen encarcelados, sin que se logre su libertad.

El día 9 se anuncia a varios de los principales prisioneros que tres de ellos serán fusilados. Todos se niegan a dar crédito a este aviso, por carecer en absoluto de culpa digna de tal pena, menos Florentino, que, presintiendo ya la proximidad de su muerte, exhorta a sus compañeros a prepararse para el martirio.

Como los primeros mártires del CRISTIANISMO esperaban en oración la hora de ser estirados en los potros o arrojados a las fieras, así estos nuevos atletas de la FE se congregan para orar y fortalecer de este modo su espíritu para la «última prueba». Su oración, como la de todos los mártires mejicanos, termina con el rezo del ROSARIO, el cual se ve obligado a interrumpir Florentino por la abundancia de consuelos celestiales que inundan su alma.

Terminada la oración, se retiran a descansar; únicamente uno de ellos permanece en vela: es el heroico Presidente, que aguarda el momento de ser coronado con la aureola del martirio.

LA ÚLTIMA VICTORIA. — Poco después de la una de la mañana del día 10 resuena en los calabozos la voz de un soldado que llama a Florentino. Sale éste inmediatamente, y a dos de sus compañeros de prisión que le preguntan qué es lo que pasa, responde sereno: — «Nada, que llegó mi hora... Adiós, oren por mí y vean cómo no vacilo...»

Los soldados le atan por detrás las manos, y le conducen fuera de la ciudad; durante todo el camino, *el Mártir* ora en voz alta; llegados al lugar de la ejecución, los verdugos empiezan a martirizar al *valiente atleta* de la FE, con escarnios y heridas; mas éste, en medio de los tormentos, no cesa de exclamar: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!»; y a los soldados que con escarnio le preguntan «¿Quién vive?», responde, en medio de las agonías de aquella muerte cruel: —«CRISTO REY vive en mí y yo en Él». El martirio se prolonga, pero la víctima, lejos de rendirse, sigue exclamando: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!». Tras una descarga de fusilería vuela a recibir la palma de la victoria.

¡VENCISTE! — *El Mártir* ha vencido a sus enemigos y éstos, temerosos, sin duda, de una nueva y esplendorosa manifestación de FE en el entierro de la víctima, se niegan a entregar los sagrados despojos a sus familiares; a la caída de la tarde, y cuando no pueden ser observados de nadie, los mismos soldados conducen al cementerio el cadáver del CONFESOR DE LA FE, y lo sepultan.

No han conseguido, pues, un triunfo sobre la IGLESIA, sino una derrota; ya que, ellos mismos lo confiesan con su conducta temerosa, el cadáver de Florentino no es terror lo que despierta entre los perseguidos católicos, sino valor y entusiasmo, pues «por cada Mártir cristiano que cae en el campo de la lucha, surgen millares de católicos para disputarse el puesto vacío».

AROMA DE CATACUMBAS — Tal es el que se percibe al leer la esquila que la familia del Mártir ha repartido entre sus deudos y amigos. Toda ella está impregnada de ese aroma suave y confortante a la vez que se respira a través de los epitafios de LOS PRIMEROS CONFESORES DE NUESTRA FE:

«¡VIVA CRISTO REY!

El señor don Florentino Álvarez, originario de León (Guanajuato), murió confesando a Jesucristo, a la edad de 37 años, el día 10 de agosto de 1927.

Su madre, esposa, parientes y amigos, con inmenso regocijo lo participan a usted, para que pida por el triunfo de la RELIGIÓN en Méjico, poniendo por valioso intercesor el alma de Florentino. (León, agosto de 1927.)»

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A., BALMES, 141, BARCELONA.—TELÉF. G. 26. CABLES Y TELEGRAMAS: IDESA



FLORENTINO ÁLVAREZ

EL OBRERO MÁRTIR

FLORENTINO ÁLVAREZ

PRESIDENTE DEL «SINDICATO CATÓLICO»
EN LA CIUDAD DE LEÓN (Méjico)

*Le llamamos mártir, sin intención de prevenir
el juicio de la Iglesia*

EL OBRERO MÁRTIR

Calles, el hipócrita e interesado amigo del proletariado, ha visto levantarse majestuosa y digna la figura del obrero católico, para saludarlo con el *«Ave. Caesar, morituri te salutant»* con que lo han saludado ya tantos católicos mejicanos al caer víctimas del odio a Cristo del nuevo perseguidor de la IGLESIA.

La sangre inocente de los obreros martirizados por el presidente rojo, levanta ya ante la faz del mundo su voz potente e irresistible, para dar un «mentís» solemne al falso redentor de la clase obrera.

León, que pocos meses antes había visto caer gloriosamente en el campo de LA DEFENSA RELIGIOSA a varios de sus hijos ceñidos con la corona del martirio, iba a contemplar por segunda vez el triunfo de un nuevo atleta del CRISTIANISMO, en el joven obrero Florentino Álvarez, Presidente del «Sindicato Católico» y de la «Asociación Católica de la Juventud Mejicana».

ALMA DE APÓSTOL. — Florentino fué con toda verdad un Apóstol de la clase obrera; a ella consagró, ya desde la fundación del «Sindicato Católico» de León, todas las energías y todos los entusiasmos de su noble y generosa alma, abierta siempre a las «grandes empresas».

Como Presidente del Sindicato, su espíritu activo y emprendedor no descansó un momento, a fin de procurar el bienestar moral y económico de los obreros. Y fué, en las horas difíciles porque atraviesa la IGLESIA en Méjico, el que mantuvo entre sus compañeros el espíritu cristiano vivo y presto para la defensa de sus derechos como hombres y como católicos. El Sindicato no cerró sus puertas hasta que Florentino salió de él para la prisión.

LA APREHENSIÓN. — El 7 de agosto de 1927 se presentan en el «Sindicato Católico» el general Daniel Sánchez, acompañado de varios militares; al enterarse Florentino, que en aquel momento presidía una junta de obreros, sale al encuentro del general y le pregunta cuál es el objeto de su visita.

— ¿Quién es usted? — le dice el militar, al mismo tiempo que lanza sobre él una mirada arrogante.

— Florentino Álvarez.

— Pues a usted busco. ¿Ustedes son de esas agrupaciones que gritan ¡VIVA CRISTO REY!?

— Sí, señor.

— Pues Cristo no es Rey... Ustedes se reúnen aquí para conspirar contra el gobierno.

— Miente usted — responde, indignado, Florentino —; *estoy plenamente convencido de que Cristo es Rey. Nosotros nos reunimos aquí, no para conspirar contra el gobierno, sino para procurar nuestro bienestar moral y económico.*

Fuera de sí el general ante el arrojo del valiente obrero, descarga sobre él una recia bofetada.

— ¡VIVA CRISTO REY! — exclama el Mártir, en un arranque de sublime entereza y manse-
dumbre cristianas, al sentirse ultrajado.

La ira del inicuo perseguidor al ver este nuevo e inesperado acto de valor, es aún mayor, y con la pistola en la mano se lanza sobre el indefenso católico, al mismo tiempo que le dice: — ¿Miento yo, desgraciado? Interviene entonces el coronel e impide que el general dispare sobre el obrero.

EN LAS PRISIONES. — Inmediatamente son llevados a la prisión todos los obreros allí reunidos. Tres días permanecen encarcelados, sin que se logre su libertad.

El día 9 se anuncia a varios de los principales prisioneros que tres de ellos serán fusilados. Todos se niegan a dar crédito a este aviso, por carecer en absoluto de culpa digna de tal pena, menos Florentino, que, presintiendo ya la proximidad de su muerte, exhorta a sus compañeros a prepararse para el martirio.

Como los primeros mártires del CRISTIANISMO esperaban en oración la hora de ser estirados en los potros o arrojados a las fieras, así estos nuevos atletas de la FE se congregan para orar y fortalecer de este modo su espíritu para la «última prueba». Su oración, como la de todos los mártires mejicanos, termina con el rezo del ROSARIO, el cual se ve obligado a interrumpir Florentino por la abundancia de consuelos celestiales que inundan su alma.

Terminada la oración, se retiran a descansar; únicamente uno de ellos permanece en vela: es el heroico Presidente, que aguarda el momento de ser coronado con la aureola del martirio.

LA ÚLTIMA VICTORIA. — Poco después de la una de la mañana del día 10 resuena en los calabozos la voz de un soldado que llama a Florentino. Sale éste inmediatamente, y a dos de sus compañeros de prisión que le preguntan qué es lo que pasa, responde sereno: — *«Nada, que llegó mi hora... Adiós, oren por mí y vean cómo no vacilo...»*

Los soldados le atan por detrás las manos, y le conducen fuera de la ciudad; durante todo el camino, *el Mártir* ora en voz alta; llegados al lugar de la ejecución, los verdugos empiezan a martirizar al *valiente atleta* de la FE, con escarnios y heridas; mas éste, en medio de los tormentos, no cesa de exclamar: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!»; y a los soldados que con escarnio le preguntan «¿Quién vive?», responde, en medio de las agonías de aquella muerte cruel: — «CRISTO REY vive en mí y yo en Él». El martirio se prolonga, pero la víctima, lejos de rendirse, sigue exclamando: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!». Tras una descarga de fusilería vuela a recibir la palma de la victoria.

¡VENCISTE! — El Mártir ha vencido a sus enemigos y éstos, temerosos, sin duda, de una nueva y esplendorosa manifestación de FE en el entierro de la víctima, se niegan a entregar los sagrados despojos a sus familiares; a la caída de la tarde, y cuando no pueden ser observados de nadie, los mismos soldados conducen al cementerio el cadáver del CONFESOR DE LA FE, y lo sepultan.

No han conseguido, pues, un triunfo sobre la IGLESIA, sino una derrota; ya que, ellos mismos lo confiesan con su conducta temerosa, el cadáver de Florentino no es terror lo que despierta entre los perseguidos católicos, sino valor y entusiasmo, pues «por cada Mártir cristiano que cae en el campo de la lucha, surgen millares de católicos para disputarse el puesto vacío».

AROMA DE CATACUMBAS — Tal es el que se percibe al leer la esquila que la familia del Mártir ha repartido entre sus deudos y amigos. Toda ella está impregnada de ese aroma suave y confortante a la vez que se respira a través de los epitafios de LOS PRIMEROS CONFESORES DE NUESTRA FE:

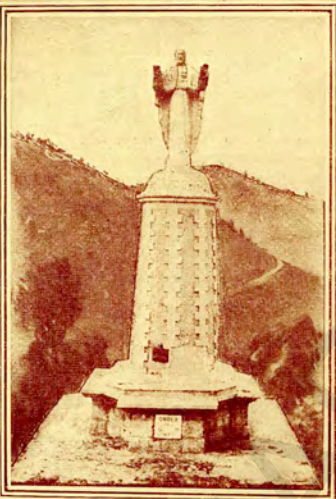
«¡VIVA CRISTO REY!

El señor don Florentino Álvarez, originario de León (Guanajuato), murió confesando a Jesucristo, a la edad de 37 años, el día 10 de agosto de 1927.

Su madre, esposa, parientes y amigos, con inmenso regocijo lo participan a usted, para que pida por el triunfo de la RELIGIÓN en Méjico, poniendo por valioso intercesor el alma de Florentino. (León, agosto de 1927.)»

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A., BALMES, 141, BARCELONA.—TELÉF. G. 26. CABLES Y TELEGRAMAS: IDESA



¡VIVA CRISTO REY!

POSTRER ALIENTO
DE LOS
MÁRTIRES
MEJICANOS



¡GLORIA CHRISTI!

*ET PALMAE IN MANIBUS EORUM!
SANGUIS MARTYRUM SEMEN. . . !*

PP. PÍO XI

MONUMENTO NACIONAL ERIGIDO A ¡CRISTO REY! EN LA MONTAÑA DE "EL CUBILETE" (Gro., MEJICO)
POR EL AMOR ARDIENTE DE LOS CATÓLICOS MEJICANOS. — FUÉ INAUGURADO EL 11 DE ABRIL DE 1920

¡REX SUM EGO!

¡YO SOY REY! — ¡Palabra brotada de los divinos labios de la Sabiduría increada, sentencia que encierra toda la razón de ser del homenaje que el hombre debe rendir a Dios, la criatura a su Criador, la nada al que es el SER por esencia!

¡YO SOY REY! ¡Pronunció el que es la VERDAD misma, delante del juez inicuo que le condenaba, sin duda, para enseñar al hombre a defender los sagrados e inalienables derechos de Dios, su Soberano dominio, su misión sagrada, su Realeza que, por los títulos más legítimos, le corresponde!

Cristo, en efecto, al ser acusado y calumniado, no se defendió contra las falsas imputaciones que pudieran servir para condenarlo; pero sí habló, y habló con la majestad de todo un Dios, cuando se puso en duda públicamente su origen eterno, cuando se quiso arrebatarse la gloria de su Padre celestial, y afirmó con solemnidad: ¡REX SUM EGO!

Más aún, como para descorrernos el velo de lo invisible, añadió que su Reino no es de este mundo, pero no quiso decir que este mundo no le perteneciese.

Cristo es verdadero Rey por su igualdad de naturaleza con el Padre, autor de todo lo que existe, puesto que El y el Padre son la misma cosa, como lo enseña el Apóstol San Juan: Cristo es verdadero Rey, porque es Hijo verdadero de Dios, y se sienta a la diestra del Padre, teniendo por escabel a sus enemigos. (Salmo 102.) Jesucristo, el llamado León de la Tribu de Judá, es Rey legítimo de la Humanidad, ya que la conquistó arrancándola del poder del demonio, devolviéndole el derecho al CIELO, y pagando por ella a la divina justicia, no con oro ni con plata, como dice el Apóstol San Pedro, sino con la misma Preciosísima Sangre del Cordero Inmaculado. Cristo, en fin, es verdadero Rey de la Humanidad, por aclamación entusiasta de la misma, que, subyugada por las dulzuras del amor de Jesús, ha corrido en pos de El, a partir del momento del SACRIFICIO que llena con su historia todos los siglos.

Jesucristo ha querido sentirse y ser proclamado Rey, de un modo nuevo, no solamente desconocido, pero ni imaginado por los Reyes de la tierra y menos aún igualado por ellos, Rey por el amor, o, lo que es igual, Rey de los corazones; Rey de lo más propio que tiene el hombre, y así esa Realeza es sublime, única, inalienable, completa en toda su extensión.

Los Profetas que anunciaron la venida del Mesías hablaron de su REINADO. Luego, Jesucristo mismo habló, con claridad absoluta, y momentos antes de aparecer en la más esplendorosa mani-

festación de su Realeza, con una pompa inimitable, nunca soñada por los monarcas de la tierra.

El había nacido para Rey, como lo declaró a Pilatos, y así, cuando llegó su hora, su aparición esparció un eco que dura y durará en todos los siglos: ¡REX SUM EGO! ¡Ostenta su Majestad excelsa sobre la CRUZ BENDITA, símbolo de amor sublime, de sacrificio inmenso; empuña el cetro del dolor, y como quien abraza con amor indecible el sufrimiento, con su desgarrada mano estrecha los simbólicos clavos; permite que el amor le traspase los pies, para no dejarle hollar las nefandas cabezas de sus verdugos; sostiene en sus divinas sienes una rica corona de espinas, que no podrán ceñirse los mortales que se llaman reyes; se cubre con la bermeja clámide que simboliza el precio del rescate de las almas, el derecho a entrar en el Reino verdadero!

¡VIVA CRISTO REY! — Cuando el mal lo invade todo, cuando el pecado todo lo corrompe, cuando los dominios de Dios se ven amenazados, cuando el infierno se levanta contra Dios y contra su Cristo, surge un nuevo David y lanza la piedra contra el gigante atrevido que quiere conculcar lo divino, negar a Cristo y pisotear su Soberanía.

¡VIVA CRISTO REY! estalló en la cumbre bendecida del glorioso monte «Cubilete», para responder al mundo que duda de la Soberanía de Cristo, y fué el HIMNO GLORIOSO que saludó al Monarca de los siglos cuando asentó sus reales en la tierra de los mártires que dicen adiós a esta vida con la FÓRMULA SAGRADA que les abre el PARAÍSO. ¡VIVA CRISTO REY! brotó de un corazón, incendió millares de corazones, lo cantaron en el paroxismo del entusiasmo cien mil gargantas, sus melodías se esparcieron por todo Méjico, los ecos traspusieron los mares, y con la silueta de héroes de la gloriosa epopeya que glorifica a la IGLESIA SANTA, va penetrando por todos los ámbitos del globo!

¡LA PRUEBA DE LA SANGRE! — ¡Yo soy tu Rey! ¡En todos los momentos del tiempo ha seguido sonando la voz de Jesús, y Méjico católico la ha escuchado, y ha respondido: YO SOY TU VASALLO; y sabrá darlo a conocer a todos sus hermanos, y ante la faz de la tierra ha de proclamarlo, escribiendo EL EMBLEMA con sangre en sus banderas, como el Divino Jesús lo había pedido al hablar a Santa Margarita María, así Méjico ha escrito EL SÍMBOLO de su epopeya no sólo en la bandera, sino en el suelo mismo de la Patria que Dios le dió con la sangre inocente de los mártires de CRISTO REY!

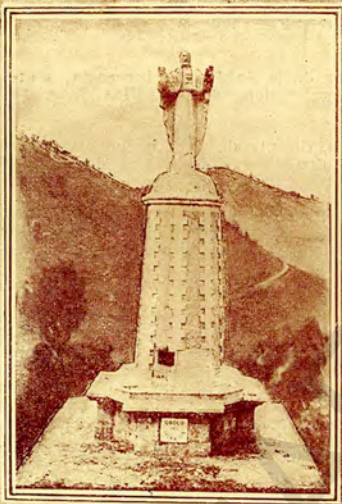
¡EL IDEAL! — O renovarse o morir, es la fórmula que encierra un secreto en la vida de los seres. En los pueblos ha de acontecer lo propio. O renovarse o morir, y cuando se trata de la

vida moral de los mismos, esto es más verdad. Cuando Dios envió el diluvio a la tierra, toda carne había corrompido su camino. En nuestros días, demasiado patentes son los yerros de la humanidad. *Méjico cristiantísimo* resurgía pujante, *sacudiendo* la ola de cieno en que le había enfogado «el liberalismo»; miró horrorizado hacia la vorágine con que le amenazaban los males de hoy día, y decidió llamar en su ayuda al Divino Piloto para pedirle que lo salve. Había que restaurarlo todo en Cristo. *«Instaurare omnia in Christo»*. He allí el ideal. *Ganar nuevos corazones de vasallos para el Rey del amor, y extender sus dominios sobre todo su país amado*. Dejar el hombre viejo, revestirse del hombre nuevo, revestirse de Cristo en frase de San Pablo, obrar en todo y en todos una verdadera renovación, en el único que puede hacerse, en Cristo, para tener una sociedad y un pueblo *ardorosamente cristiano, verdadero y fidelísimo vasallo de CRISTO REY*.

¡LA LUCHA! — Se aprestaron las fuerzas generosas de los buenos, pero a la vez igualmente se aparejaron los poderes del infierno, y vino la lucha, tremenda, titánica, sangrienta, gloriosa, inolvidable, sembrada de victorias de Cristo, como no se había visto en la historia de la IGLESIA SANTA, según las frases del SUMO PONTÍFICE; *tan heroica como las de los primeros siglos del CRISTIANISMO*; más cruel que entonces; más feroz que allá en la Roma de Nerón y sus émulos; pero exaltando de *entusiasmo enloquecedor a los mártires* que por millares han caído ungiéndose en su propia sangre; *para vivir la vida de la inmortalidad* en el TRONO que les tiene señalado el Supremo Juez, en cuya mano poderosa están los destinos de los hombres y de los pueblos.

¡LA EPOPEYA! — Cristo, el Alfa y la Omega, el principio y el fin de todo, es el centro de la RELIGIÓN VERDADERA, y El, a decir del Apóstol San Pablo, es el Dominador de todos los tiempos. CHRISTUS HERI ET HODIE, IPSE ET IN SAECULA. — Cristo ayer, Cristo hoy, Cristo en todos los siglos. Esta doctrina, profundamente arraigada en el noble corazón mejicano, es el poderoso impulsor que la ha puesto frente al tirano de la conciencia, diciendo sin temor al martirio: «NON POSSUMUS». No pueden pisotear la LEY de Dios, ni pueden traicionar la conciencia, ni pueden tolerar el insulto que se hace a su REY y SENOR, y así proclaman su Soberanía, última síntesis, como si dijéramos, de la RELIGIÓN, y van serenos al cadalso; *con la frente erguida*, porque nunca se mancharon con el crimen; *con el corazón palpitando de heroísmo*, porque con la gracia divina son valientes hasta la muerte; y mueren con su ¡VIVA CRISTO REY! en los labios, porque, en efecto, son vasallos de Cristo, que es el REY Inmortal de los siglos.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)



¡VIVA CRISTO REY!

POSTRER Aliento
de los
Mártires
Mejicanos



*¡GLORIA CHRISTI!
ET PALMAE IN MANIBUS EORUM!
SANGUIS MARTYRUM SEMEN. . . !*

PP. Pío XI

MONUMENTO NACIONAL ERIGIDO A ¡CRISTO REY! EN LA MONTAÑA DE "EL CUBILETE" (Gto., MEJICO)
POR EL AMOR ARDIENTE DE LOS CATÓLICOS MEJICANOS. — FUÉ INAUGURADO EL 11 DE ABRIL DE 1920

¡REX SUM EGO!

¡YO SOY REY! — ¡Palabra brotada de los divinos labios de la Sabiduría increada, sentencia que encierra toda la razón de ser del homenaje que el hombre debe rendir a Dios, la criatura a su Criador, la nada al que es el SER por esencia!

¡YO SOY REY! ¡Pronunció el que es la VERDAD misma, delante del juez inicuo que le condenaba, sin duda, para enseñar al hombre a defender los sagrados e inalienables derechos de Dios, su Soberano dominio, su misión sagrada, su Realeza que, por los títulos más legítimos, le corresponde!

Cristo, en efecto, al ser acusado y calumniado, no se defendió contra las falsas imputaciones que pudieran servir para condenarlo; pero sí habló, y habló con la majestad de todo un Dios, cuando se puso en duda públicamente su origen eterno, cuando se quiso arrebatár la gloria de su Padre celestial, y afirmó con solemnidad: ¡REX SUM EGO!

Más aún, como para descorrernos el velo de lo invisible, añadió que su Reino no es de este mundo, pero no quiso decir que este mundo no le perteneciese.

Cristo es verdadero Rey por su igualdad de naturaleza con el Padre, autor de todo lo que existe, puesto que El y el Padre son la misma cosa, como lo enseña el Apóstol San Juan: Cristo es verdadero Rey, porque es Hijo verdadero de Dios, y se sienta a la diestra del Padre, teniendo por escabel a sus enemigos. (Salmo 102.) Jesucristo, el llamado León de la Tribu de Judá, es Rey legítimo de la Humanidad, ya que la conquistó arrancándola del poder del demonio, devolviéndole el derecho al CIELO, y pagando por ella a la divina justicia, no con oro ni con plata, como dice el Apóstol San Pedro, sino con la misma Preciosísima Sangre del Cordero Inmaculado. Cristo, en fin, es verdadero Rey de la Humanidad, por aclamación entusiasta de la misma, que, subyugada por las dulzuras del amor de Jesús, ha corrido en pos de El, a partir del momento del SACRIFICIO que llena con su historia todos los siglos.

Jesucristo ha querido sentirse y ser proclamado Rey, de un modo nuevo, no solamente desconocido, pero ni imaginado por los Reyes de la tierra y menos aún igualado por ellos, Rey por el amor, o, lo que es igual, Rey de los corazones; Rey de lo más propio que tiene el hombre, y así esa Realeza es sublime, única, inalienable, completa en toda su extensión.

Los Profetas que anunciaron la venida del Mesías hablaron de su REINADO. Luego, Jesucristo mismo habló, con claridad absoluta, y momentos antes de aparecer en la más esplendorosa mani-

festación de su Realeza, con una pompa inimitable, nunca soñada por los monarcas de la tierra.

El había nacido para Rey, como lo declaró a Pilatos, y así, cuando llegó su hora, su aparición esparció un eco que dura y durará en todos los siglos: ¡REX SUM EGO! ¡Ostenta su Majestad excelsa sobre la CRUZ BENDITA, símbolo de amor sublime, de sacrificio inmenso; empuña el cetro del dolor, y como quien abraza con amor indecible el sufrimiento, con su desgarrada mano estrecha los simbólicos clavos; permite que el amor le traspase los pies, para no dejarle hollar las nefandas cabezas de sus verdugos; sostiene en sus divinas sienes una rica corona de espinas, que no podrán ceñirse los mortales que se llaman reyes; se cubre con la bermeja clámide que simboliza el precio del rescate de las almas, el derecho a entrar en el Reino verdadero!

¡VIVA CRISTO REY! — Cuando el mal lo invade todo, cuando el pecado todo lo corrompe, cuando los dominios de Dios se ven amenazados, cuando el infierno se levanta contra Dios y contra su Cristo, surge un nuevo David y lanza la piedra contra el gigante atrevido que quiere conculcar lo divino, negar a Cristo y pisotear su Soberanía.

¡VIVA CRISTO REY! estalló en la cumbre bendecida del glorioso monte «Cubilete», para responder al mundo que duda de la Soberanía de Cristo, y fué el HIMNO GLORIOSO que saludó al Monarca de los siglos cuando asentó sus reales en la tierra de los mártires que dicen adiós a esta vida con la FÓRMULA SAGRADA que les abre el Paraíso. ¡VIVA CRISTO REY! brotó de un corazón, incendió millares de corazones, lo cantaron en el paroxismo del entusiasmo cien mil gargantas, sus melodías se esparcieron por todo Méjico, los ecos traspusieron los mares, y con la silueta de héroes de la gloriosa epopeya que glorifica a la IGLESIA SANTA, va penetrando por todos los ámbitos del globo!

¡LA PRUEBA DE LA SANGRE! — ¡Yo soy tu Rey! ¡En todos los momentos del tiempo ha seguido sonando la voz de Jesús, y Méjico católico la ha escuchado, y ha respondido: YO SOY TU VASALLO; y sabrá dárlo a conocer a todos sus hermanos, y ante la faz de la tierra ha de proclamarlo, escribiendo EL EMBLEMA con sangre en sus banderas, como el Divino Jesús lo había pedido al hablar a Santa Margarita María, así Méjico ha escrito EL SÍMBOLO de su epopeya no sólo en la bandera, sino en el suelo mismo de la Patria que Dios le dió con la sangre inocente de los mártires de CRISTO REY!

¡EL IDEAL! — O renovarse o morir, es la fórmula que encierra un secreto en la vida de los seres. En los pueblos ha de acontecer lo propio. O renovarse o morir, y cuando se trata de la

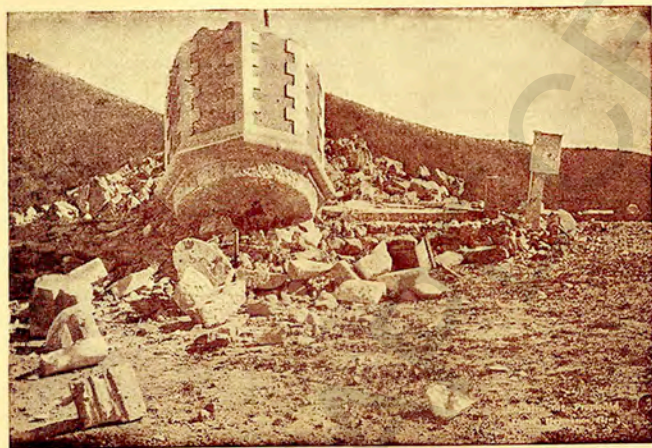
vida moral de los mismos, esto es más verdad. Cuando Dios envió el diluvio a la tierra, toda carne había corrompido su camino. En nuestros días, demasiado patentes son los yerros de la humanidad. Méjico cristianísimo resurgía pujante, sacudiendo la ola de cieno en que le había enfangado «el liberalismo»; miró horrorizado hacia la vorágine con que le amenazaban los males de hoy día, y decidió llamar en su ayuda al Divino Piloto para pedirle que lo salve. Había que restaurarlo todo en Cristo. *«Instaurare omnia in Christo»*. He allí el ideal. Ganar nuevos corazones de vasallos para el Rey del amor, y extender sus dominios sobre todo su país amado. Dejar el hombre viejo, revestirse del hombre nuevo, revestirse de Cristo en frase de San Pablo, obrar en todo y en todos una verdadera renovación, en el único que puede hacerse, en Cristo, para tener una sociedad y un pueblo ardorosamente cristiano, verdadero y fidelísimo vasallo de CRISTO REY.

¡LA LUCHA! — Se aprestaron las fuerzas generosas de los buenos, pero a la vez igualmente se aparejaron los poderes del infierno, y vino la lucha, tremenda, titánica, sangrienta, gloriosa, inolvidable, sembrada de victorias de Cristo, como no se había visto en la historia de la IGLESIA SANTA, según las frases del SUMO PONTÍFICE; tan heroica como las de los primeros siglos del CRISTIANISMO; más cruel que entonces; más feroz que allá en la Roma de Nerón y sus émulos; pero exaltando de entusiasmo enloquecedor a los mártires que por millares han caído ungiéndose en su propia sangre; para vivir la vida de la inmortalidad en el TRONO que les tiene señalado el Supremo Juez, en cuya mano poderosa están los destinos de los hombres y de los pueblos.

¡LA EPOPEYA! — Cristo, el Alfa y la Omega, el principio y el fin de todo, es el centro de la RELIGIÓN VERDADERA, y El, a decir del Apóstol San Pablo, es el Dominador de todos los tiempos. CHRISTUS HERI ET HODIE, IPSE ET IN SAECULA. — Cristo ayer, Cristo hoy, Cristo en todos los siglos. Esta doctrina, profundamente arraigada en el noble corazón mejicano, es el poderoso impulsor que la ha puesto frente al tirano de la conciencia, diciendo sin temor al martirio: «NON POSSUMUS». No pueden pisotear la LEY de Dios, ni pueden traicionar la conciencia, ni pueden tolerar el insulto que se hace a su REY y SEÑOR, y así proclaman su Soberanía, última síntesis, como si dijéramos, de la RELIGIÓN, y van serenos al cadalso; con la frente erguida, porque nunca se mancharon con el crimen; con el corazón palpitando de heroísmo, porque con la gracia divina son valientes hasta la muerte; y mueren con su ¡VIVA CRISTO REY! en los labios, porque, en efecto, son vasallos de Cristo, que es el REY Inmortal de los siglos.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

!!! DIOS NO MUERE !!!



¡REINA, **Jesús**, DE TU MONTAÑA SANTA !
¡REINA, **Jesús**, SOBRE TU ARDIENTE GREY !
MÉJICO TODO TUS AMORES CANTA
CON ESTE GRITO : ¡ **VIVA CRISTO REY** !

*Himno del pueblo
Católico Mejicano a
la Divina Realeza
de Cristo.*

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

EL MONUMENTO NACIONAL A **CRISTO REY**, LEVANTADO POR EL amor ardiente DE LOS CATÓLICOS MEJICANOS EN LA MONTAÑA DE «EL CUBILETE» (SILAO, GTO. - MÉJICO) Y DEDICADO EL DÍA 11 DE ABRIL DE 1920, FUÉ MANDADO DESTRUIR CON DINAMITA, POR EL ODIÓ DIABÓLICO DE CALLES, EL DÍA 30 DE ENERO DE 1928.

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Si no las ha leído, pídalas inmediatamente

¡¡¡DIOS NO MUERE!!!

...¡Allí estaba su Trono, donde El lo quiso, en la rocallosa cima del glorioso monte, que llevó desde aquel venturoso día el nombre de **MONTAÑA DE CRISTO REY!**...

...¡Fué una tibia mañana del mes de abril cuando se desarrolló el magnífico acontecimiento de la **ENTRONIZACION DEL REY ETERNO**, sobre todo su Méjico amado!... ¡El primer rayo del sol fué testigo singular de la emocionante escena, y alumbró el soberbio cuadro en que podía verse a una Nación postrada reverente, sobre la roca viva, haciendo una ofrenda simbólica, presentando al **REY de amor su corazón entero**, y para ello trepando hasta la enhiesta cumbre, como si fuera para sentirse más cerca del CIELO!... ¡Y hubo auras perfumadas, soplos vírgenes venidos de la áspera sierra cercana, luz a raudales del sol que brotaba de Oriente, codicioso de verlo todo; músicas, cantos, plegarias, lágrimas de felicidad, gozo desbordante, enloquecedor, latir hervoroso de corazones, y... ansias de eternidad... sensaciones de dicha no soñada... y, algo así como la fusión de aquellos millares de corazones en una alma sola, y... la formación de un corazón gigante que constituiría la ofrenda de aquel pueblo, y... al fin... la explosión inaudita... un latido colosal de amor vivo, que en sus alas impalpables cruzó los espacios, rasgó los cielos, llegó hasta el trono mismo del **REY** e hirió de amor su **Corazón Sagrado!**...

¡¡¡VIVA CRISTO REY!!!... — ¡Pensamiento sublime, confesión espontánea, sencilla, ferviente, completa, única de la Soberanía Augusta de Jesucristo, y del rendimiento del verdadero vasallo; y, expresión fiel de la devoción sincerísima, del amor verdadero, del entusiasmo sin nombre del pueblo que, muy luego, debería sellar con sangre su juramento, subir por una larga senda de martirios hasta la elevada cumbre del sufrimiento, y allí, como águila caudal mirando de hito en hito al Sol Divino que todo lo inunda con sus fulgores, que todo lo calienta con su lumbre sagrada, repetir la fórmula bendita que brotó de lo más íntimo del alma mejicana y afirmar así el pacto del amor que nunca acaba!

El día 11 de abril de 1920 ocupa un lugar privilegiado en la historia del CATÓLICO PUEBLO MEJICANO, porque en él se proclamaba la Divina Realeza de Jesucristo sobre aquel pueblo, se asentaba firmemente en los corazones la base indestructible de su Reinado. En aquella fecha memorable se dedicaba un pequeño Monumento a **CRISTO REY**, y unos meses después, todo el Episcopado Mejicano declaraba solemnemente, por medio de una Carta Pastoral Colectiva, que aquel Monumento era un **HOMENAJE NACIONAL**.

Al despuntar el alba del día 11 de abril de 1920, el Ilmo. Sr. Obispo de León, Dr. D. Emeterio Valverde Téllez, seguido de varios millares de fieles, dedicaba el **SIMBÓLICO HOMENAJE**, y proclamaba en aquella tierra de la manera más absoluta el reconocimiento de la **Realeza de Jesucristo**; y de sus labios brotaba el ¡¡¡VIVA CRISTO REY!!! que, cual un lema impercedero, había de grabarse muy hondo en los corazones mejicanos... ¡Los clamores de aquel momento de cielo bajaron de la cúspide del místico **HOEB**, cual torrente impetuoso, cual gigantesca catarata, y todo lo inundaron!...

¡Aquello fué un nuevo **TABOR** por el simbolismo, pues la nivea silueta de Cristo, labrada sobre humilde piedra, atrayente, amorosa, rodeada de majestad y a la vez de mansedumbre, se elevaba triunfante en el centro geográfico de la Nación Mejicana, es decir, sobre el corazón de aquella tierra; y a sus plantas, apretándose en torno suyo, estaba el pueblo fiel tributándole un vasallaje de amor, tan espléndido como sólo puede rendirlo el verdadero amor a todo un Dios!... ¡Jesús pareció transfigurarse delante de las multitudes y mostrar el apogeo de su gloria!...

¡La ofrenda fué humilde, pero no mezquina; muy sencilla, pero generosa como el alma de aquella raza; blanca como la pureza de las intenciones; de recia roca como la Fe inquebrantable que la consagraba; en la cima de un elevado monte, para que correspondiera a la nobleza y elevación del ideal sublime de establecer el **Reino de Cristo**; y, aunque sólo alcanzaba nueve metros de altura, la Fe gigante del novel vasallo sabría hacerla crecer tanto como sus horizontes, levantarla al nivel de sus ansias, y asemejarla mucho a un **TRONO!**

Desde aquel día el corazón de **MÉJICO** CATÓLICO vivió en la montaña santa, quedó arrobado a los pies de Cristo, crecieron sus anhelos y se entregó febril a edificar un nuevo trono a su **SEÑOR Y REY**, para honrar ante propios y extraños su excelsa Majestad. Los esfuerzos titánicos cristalizaban en la colocación de la **Primera Piedra** del soberbio Monumento que mediría **CIENT METROS DE ALTURA** y que hubiera sido el primero en todo el mundo.

Esto se efectuaba el día 11 de enero de 1923. Unas **CIENT MIL ALMAS** estuvieron presentes. Presidía la ceremonia el **DELEGADO APOSTÓLICO** en representación del PAPA, y se encontraba presente la mayor parte del **Episcopado mejicano**. La ceremonia fué imponente, magnífica, no imaginada. El homenaje rendido a **JESUCRISTO REY**, grandioso, sólo digno del verdadero y **UNICO REY**, y sólo digno de aquel pueblo. La rabia del demonio estalló en toda su fuerza, y comenzó la lucha. El **DELEGADO** de SU SANTIDAD fué ignominiosamente expulsado de Méjico, procesados los Obispos, y prohibida la continuación del **NUEVO MONUMENTO NACIONAL A CRISTO REY**.

Alvaro Obregón, Presidente, al prohibir que se llevara a cabo la construcción del Monumento a **CRISTO REY**, sin pensarlo, hacía una profecía, como nuevo Caifás, pues en el Decreto de prohibición dijo que no podía permitirse la construcción del proyectado Monumento a **CRISTO REY**,

porque ESA ADVOCACIÓN ERA SUMAMENTE LLAMATIVA, Y FÁCILMENTE ATRAERÍA LAS MASAS... ¡Y cómo no! ¡Claro que había de atraerlas, si el mismo **Cristo** había dicho un día a los discípulos: **CUM EXALTATUS FUERO A TERRA, OMNIA TRAHAM AD ME IPSUM!**

Jesucristo había obrado en Méjico un verdadero milagro desde que se elevó su Trono en la montaña. Un poderoso resurgimiento se obró en él. La Nación a quien se había atado al ominoso carro de la tiranía liberalasca, se irguió, rompió sus ligaduras, y cual nuevo **Lázaro** salió de su sepulcro, arrojó las mortajas, y apareció rebosante de vida, de la vida de **Cristo**.

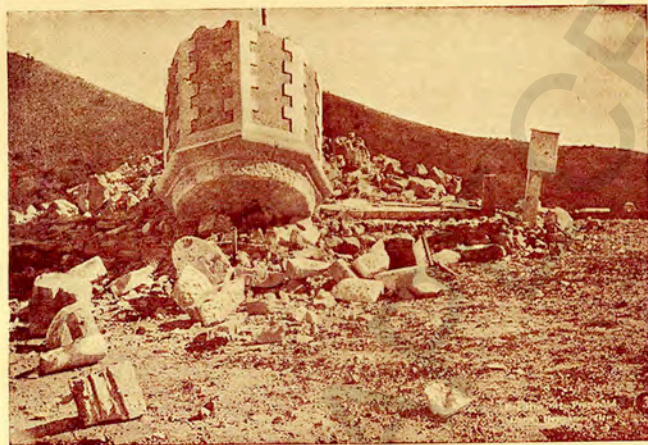
Cuando los enemigos de **Jesús** vieron que había resucitado a **Lázaro** y que las multitudes corrían en seguimiento del **Nazareno**, se reunieron en consejo y decidieron quitarle la vida, no sea, decían ellos, que el pueblo, entusiasmado, crea en **El** y le siga.

...¡Rugió el MONSTRUO al ver que MÉJICO CATÓLICO enarbolaba el estandarte de **Cristo**; formaron consejo los enemigos de **Dios** y se confabularon contra **El**, y decidieron arrancar su Imagen del suelo mejicano, para que su Nombre no se escuchara jamás!...

¡Méjico bajó del TABOR glorioso, se abrazó heroicamente con el dolor más acerbo y comenzó a subir hacia el Calvario, entre mofas y desprecios, insultos y martirios, y... cuando Satanás aguardaba verle rendido, MÉJICO CRISTIANÍSIMO parece responderle aquella frase inmortal de San Pablo: **OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT!** Esfuerzo vano de los enemigos de **Dios**; la savia de la resistencia indomable está en el amor purísimo de Méjico hacia su **CRISTO REY!**

...**REUS EST MORTIS!!!** ...**ES REO DE MUERTE!!!** ¡Que caiga el ídolo! ¡Que baje de su trono, y así estará ganada la batalla!... ¡Eso es otra quimera! ¡Pero llegó hasta allá la osadía y se consumó el sacrilegio, como para aturdir al mundo con el clamor del atentado!... ¡La blanca figura de **CRISTO REY** fué aniquilada por la mano criminal, sacrílega, sangrante, del **DIABÓLICO VERDUGO DE MÉJICO**, en la embriaguez del odio y de la sangre!... ¡Este **Cristo** seduce a las turbas, ha rugido Calles, como su padre Caifás! ¡*Nolumus hunc regnare super nos!* ¡**NO QUEREMOS QUE ÉSTE REINE SOBRE NOSOTROS!**... ¡**REUS EST MORTIS!**... ¡Lo condenó a muerte, y la sentencia fué ejecutada el día 30 de enero de 1928, a las cinco de la tarde, por la soldadesca desenfrenada; el ruin verdugo se llama General **JAIME CARRILLO**; y, permítase el paralelismo; al momento terrible de la explosión de la dinamita, precedió la orgía, la infame orgía... y hubo mofas, procaces insultos, inauditas blasfemias, desafíos cobardes, como en la **crucifixión de Jesús...**, luego... un estallido que estremeció los senos de la montaña, y el eco se fué repitiendo en las ondulaciones de las cañadas... como un gran gemido que volaba en los aires para llevar la tristísima nueva al **PUEBLO MÁRTIR**, y acordarle que **Cristo crucificado resucitó glorioso al tercer día**, porque... **DIOS NO MUERE!!!**

III DIOS NO MUERE!!!



¡REINA, Jesús, DE TU MONTAÑA SANTA!

¡REINA, Jesús, SOBRE TU ARDIENTE GREY!

MÉJICO TODO TUS AMORES CANTA

CON ESTE GRITO: ¡VIVA CRISTO REY!

*Himno del pueblo
Católico Mejicano a
la Divina Realeza
de Cristo.*

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

EL MONUMENTO NACIONAL A CRISTO REY, LEVANTADO POR EL amor ardiente DE LOS CATÓLICOS MEJICANOS EN LA MONTAÑA DE «EL CUBILETE» (SILAO, GTO. - MÉJICO) Y DEDICADO EL DÍA 11 DE ABRIL DE 1920, FUÉ MANDADO DESTRUIR CON DINAMITA, POR EL ODO DIABÓLICO DE CALLES, EL DÍA 30 DE ENERO DE 1928.

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Si no las ha leído, pídalas inmediatamente

¡¡¡DIOS NO MUERE!!!

...¡Allí estaba su Trono, donde El lo quiso, en la rocallosa cima del glorioso monte, que llevó desde aquel venturoso día el nombre de **MONTAÑA DE CRISTO REY!**...

...¡Fué una tibia mañana del mes de abril cuando se desarrolló el magnífico acontecimiento de la **ENTRONIZACION DEL REY ETERNO**, sobre todo su Méjico amado!... ¡El primer rayo del sol fué testigo singular de la emocionante escena, y alumbró el soberbio cuadro en que podía verse a una Nación postrada reverente, sobre la roca viva, haciendo una ofrenda simbólica, presentando al **REY de amor su corazón entero**, y para ello trepando hasta la enhiesta cumbre, como si fuera para sentirse más cerca del CIELO!... ¡Y hubo auras perfumadas, soplos vírgenes venidos de la áspera sierra cercana, luz a raudales del sol que brotaba de Oriente, codicioso de verlo todo; músicas, cantos, plegarias, lágrimas de felicidad, gozo desbordante, enloquecedor, latir hervoroso de corazones, y... ansias de eternidad... sensaciones de dicha no soñada... y, algo así como la fusión de aquellos millares de corazones en una alma sola, y... la formación de un corazón gigante que constituiría la ofrenda de aquel pueblo, y... al fin... la explosión inaudita... un latido colosal de amor vivo, que en sus alas impalpables cruzó los espacios, rasgó los cielos, llegó hasta el trono mismo del REY e hirió de amor su Corazón Sagrado!...

¡¡¡VIVA CRISTO REY!!!... — ¡Pensamiento sublime, confesión espontánea, sencilla, ferviente, completa, única de la Soberanía Augusta de Jesucristo, y del rendimiento del verdadero vasallo; y, expresión fiel de la devoción sincerísima, del amor verdadero, del entusiasmo sin nombre del pueblo que, muy luego, debería sellar con sangre su juramento, subir por una larga senda de martirios hasta la elevada cumbre del sufrimiento, y allí, como águila caudal mirando de hito en hito al Sol Divino que todo lo inunda con sus fulgores, que todo lo calienta con su lumbre sagrada, repetir la fórmula bendita que brotó de lo más íntimo del alma mejicana y afirmar así el pacto del amor que nunca acaba!

El día 11 de abril de 1920 ocupa un lugar privilegiado en la historia del CATÓLICO PUEBLO MEJICANO, porque en él se proclamaba la Divina Realeza de Jesucristo sobre aquel pueblo, se asentaba firmemente en los corazones la base indestructible de su Reinado. En aquella fecha memorable se dedicaba un pequeño Monumento a CRISTO REY, y unos meses después, todo el Episcopado Mejicano declaraba solemnemente, por medio de una Carta Pastoral Colectiva, que aquel Monumento era un HOMENAJE NACIONAL.

Al despuntar el alba del día 11 de abril de 1920, el Ilmo. Sr. Obispo de León, Dr. D. Emeterio Valverde Téllez, seguido de varios millares de fieles, dedicaba el SIMBÓLICO HOMENAJE, y proclamaba en aquella tierra de la manera más absoluta el reconocimiento de la Realeza de Jesucristo; y de sus labios brotaba el ¡¡¡VIVA CRISTO REY!!! que, cual un lema imperecedero, había de grabarse muy hondo en los corazones mejicanos... ¡Los clamores de aquel momento de cielo bajaron de la cúspide del místico HOREB, cual torrente impetuoso, cual gigantesca catarata, y todo lo inundaron!...

¡Aquello fué un nuevo TABOR por el simbolismo, pues la nívea silueta de Cristo, labrada sobre humilde piedra, atrayente, amorosa, rodeada de majestad y a la vez de mansedumbre, se elevaba triunfante en el centro geográfico de la Nación Mejicana, es decir, sobre el corazón de aquella tierra; y a sus plantas, apretándose en torno suyo, estaba el pueblo fiel tributándole un vasallaje de amor, tan espléndido como sólo puede rendirlo el verdadero amor a todo un Dios!... ¡Jesús pareció transfigurarse delante de las multitudes y mostrar el apogeo de su gloria!...

¡La ofrenda fué humilde, pero no mezquina; muy sencilla, pero generosa como el alma de aquella raza; blanca como la pureza de las intenciones; de recia roca como la FE inquebrantable que la consagraba; en la cima de un elevado monte, para que correspondiera a la nobleza y elevación del ideal sublime de establecer el Reino de Cristo; y, aunque sólo alcanzaba nueve metros de altura, la FE gigante del novel vasallo sabría hacerla crecer tanto como sus horizontes, levantarla al nivel de sus ansias, y asemejarla mucho a un TRONO!

Desde aquel día el corazón de MÉJICO CATÓLICO vivió en la montaña santa, quedó arrobado a los pies de Cristo, crecieron sus anhelos y se entregó febril a edificar un nuevo trono a su SEÑOR Y REY, para honrar ante propios y extraños su excelsa Majestad. Los esfuerzos titánicos cristalizaban en la colocación de la Primera Piedra del soberbio Monumento que mediría CIEN METROS DE ALTURA y que hubiera sido el primero en todo el mundo.

Esto se efectuaba el día 11 de enero de 1923. Unas CIEN MIL ALMAS estuvieron presentes. Presidía la ceremonia el DELEGADO APOSTÓLICO en representación del PAPA, y se encontraba presente la mayor parte del Episcopado mejicano. La ceremonia fué imponente, magnífica, no imaginada. El homenaje rendido a JESUCRISTO REY, grandioso, sólo digno del verdadero y ÚNICO REY, y sólo digno de aquel pueblo. La rabia del demonio estalló en toda su fuerza, y comenzó la lucha. El DELEGADO de SU SANTIDAD fué ignominiosamente expulsado de Méjico, procesados los Obispos, y prohibida la continuación del NUEVO MONUMENTO NACIONAL A CRISTO REY.

Álvaro Obregón, Presidente, al prohibir que se llevara a cabo la construcción del Monumento a CRISTO REY, sin pensarlo, hacía una profecía, como nuevo Caifás, pues en el Decreto de prohibición dijo que no podía permitirse la construcción del proyectado Monumento a CRISTO REY,

porque ESA ADVOCACIÓN ERA SUMAMENTE LLAMATIVA, Y FÁCILMENTE ATRAERÍA LAS MASAS... ¡Y cómo no! ¡Claro que había de atraerlas, si el mismo Cristo había dicho un día a los discípulos: *CUM EXALTATUS FUERO A TERRA, OMNIA TRAHAM AD ME IPSUM!*

Jesucristo había obrado en Méjico un verdadero milagro desde que se elevó su Trono en la montaña. Un poderoso resurgimiento se obró en él. La Nación a quien se había atado al ominoso carro de la tiranía liberalasca, se irguió, rompió sus ligaduras, y cual nuevo Lázaro salió de su sepulcro, arrojó las mortajas, y apareció rebosante de vida, de la vida de Cristo.

Cuando los enemigos de Jesús vieron que había resucitado a Lázaro y que las multitudes corrían en seguimiento del Nazareno, se reunieron en consejo y decidieron quitarle la vida, no sea, decían ellos, que el pueblo, entusiasmado, crea en El y le siga.

...¡Rugió el MONSTRUO al ver que MÉJICO CATÓLICO enarbolaba el estandarte de Cristo; formaron consejo los enemigos de Dios y se confabularon contra El, y decidieron arrancar su Imagen del suelo mejicano, para que su Nombre no se escuchara jamás!...

¡Méjico bajó del TABOR glorioso, se abrazó heroicamente con el dolor más acerbo y comenzó a subir hacia el Calvario, entre mofas y desprecios, insultos y martirios, y... cuando Satanás aguardaba verle rendido, MÉJICO CRISTIANÍSIMO parece responderle aquella frase inmortal de San Pablo: *OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT!* Esfuerzo vano de los enemigos de Dios; la savia de la resistencia indomable está en el amor purísimo de Méjico hacia su CRISTO REY!

...*REUS EST MORTIS!!!* ...*ES REO DE MUERTE!!!* ¡Que caiga el ídolo! ¡Que baje de su trono, y así estará ganada la batalla!... ¡Eso es otra quimera! ¡Pero llegó hasta allá la osadía y se consumó el sacrilegio, como para aturdir al mundo con el clamor del atentado!... ¡La blanca figura de CRISTO REY fué aniquilada por la mano criminal, sacrílega, sangrante, del DIABÓLICO VERDUGO DE MÉJICO, en la embriaguez del odio y de la sangre!... ¡Este Cristo seduce a las turbas, ha rugido Calles, como su padre Caifás! *¡Nolumus hunc regnare super nos!* ¡NO QUEREMOS QUE ÉSTE REINE SOBRE NOSOTROS!... *REUS EST MORTIS!*... ¡Lo condenó a muerte, y la sentencia fué ejecutada el día 30 de enero de 1928, a las cinco de la tarde, por la soldadesca desenfrenada; el ruin verdugo se llama General JAIME CARRILLO; y, permítase el paralelismo; al momento terrible de la explosión de la dinamita, precedió la orgía, la infame orgía... y hubo mofas, procaces insultos, inauditas blasfemias, desafíos cobardes, como en la crucifixión de Jesús..., luego... un estallido que estremeció los senos de la montaña, y el eco se fué repitiendo en las ondulaciones de las cañadas... como un gran gemido que volaba en los aires para llevar la tristísima nueva al PUEBLO MÁRTIR, y acordarle que Cristo crucificado resucitó glorioso al tercer día, porque... *¡¡DIOS NO MUERE!!!*

EL MÁRTIR DE TOTOTLÁN



P. SABÁS REYES

*Le llamamos mártir, sin intención de prevenir el juicio
de la Iglesia*

EL PRECIO DE LA VICTORIA

¡Con qué gallarda muestra de HEROÍSMO CRISTIANO en medio de los más crueles e inauditos suplicios desmiente el CLERO MEJICANO a la faz del mundo las calumnias que contra él han esparcido los enemigos de la IGLESIA! *Raza de héroes y mártires* podemos apellidar con toda verdad y justicia a los *sacerdotes mejicanos*; porque han tenido *el valor y la osadía santa* de los **primeros confesores** de la FE prefiriendo la muerte a la apostasía.

Entre todos estos *modernos campeones* de la CAUSA CATÓLICA sobresale de un modo particular el P. Sabás Reyes, vicario de un pequeño pueblecito del Estado de Jalisco; por *la invicta constancia* con que supo sufrir los prolongados e inhumanos tormentos a que se le sujetó durante tres días seguidos. Cansados ya los sayones de tan largo suplicio sin conseguir doblegar *el ánimo esforzado* del MINISTRO del Señor, al tercer día le matan con crueldad neroniana.

EN BUSCA DE LAS VÍCTIMAS. — Se presentan de improviso en Tototlán las tropas del gobierno. Su primera diligencia aquí, como en otras partes, es buscar a *los sacerdotes*; sujetan a una sirvienta del P. Reyes a tormento colgándola varias veces, a fin de obligarla a declarar la casa donde se halla éste; ella se niega a hacer tal delación, hasta que al fin, falta ya de fuerzas, declara dónde se hospeda *el Sacerdote*. Corren tumultuosamente al lugar indicado; aprehenden al Vicario y, en medio de ultrajes y golpes, le conducen a la plaza pública. El general exige al prisionero que descubra el lugar de refugio del Párroco. *«Lo ignoro, y aun cuando lo supiera no lo declararía»*, responde con entereza *el Mártir*.

LOS HIJOS DE NERÓN. — Al ver el militar el ánimo resuelto de su *Sacerdote*, determina doblegarlo a fuerza de tormentos. La soldadesca impía empieza por destrozarle la ropa; le arrastran después hacia el pórtico de la Iglesia, a una de cuyas columnas le atan, en tal forma, que los pies

no tengan apoyo en el suelo, para que la posición en suspenso sea más violenta y resultasen más dolorosas las ligaduras. Entonces, entre amenazas y blasfemias, vuelven a preguntarle: — ¿Dónde está el Cura Vizcarra? — *«No lo sé, y aunque lo supiera no lo diría»*, respondió de nuevo con igual entereza. Esta pregunta y esta respuesta se repite varias veces, *sin que el ánimo del Mártir ceda a la instancia y crueldad del interrogatorio*.

El general con su espada y los soldados con sus bayonetas, empiezan a herir por todas partes aquel cuerpo inmóvil y sin fuerzas. A estos nuevos ultrajes, *el Padre* responde *«que jamás declarará lo que se le pregunta, aunque sea necesario para salvar su vida; y que si le hieren por odio a Cristo y porque es sacerdote, gustosamente padece aquel tormento por Quien ha padecido y muerto por los hombres»*.

Tres días y tres noches pasó *el Mártir* atado dolorosamente a la columna; expuesto durante la noche al frío y durante el día a los ardientes rayos del sol. Tres días y tres noches sin comer ni beber; porque no se permitía a nadie acercarse a él para aliviar de algún modo sus penas y dolores.

Varias veces al día, durante ese tiempo, el general se presenta de nuevo para renovar el mismo interrogatorio y las heridas al *Mártir*, sin que éste dé la menor señal de debilidad en el tormento.

La espada y las bayonetas abren de continuo nuevas heridas o renuevan las ya abiertas. Cansados ya los verdugos de *la constancia* del P. Reyes, inventaron un nuevo tormento, esperando así rendir a *aquel esforzado campeón de Cristo*.

Le desuellan primero las plantas de los pies y luego se los rocían de gasolina y prenden fuego; cuando ésta deja de arder, prenden la que forma charco al pie de la columna, y las llamas continúan cebándose en la carne viva y llagada de aquellos pies destrozados.

EL VENCEDOR. — Concluido este tormento y persuadidos de la imposibilidad de doblegar *aquel ánimo invicto*, sueltan las ligaduras que por tres días habían sujetado y martirizado el cuerpo del

Sacerdote, que, extenuado por la fatiga, el hambre y la falta de sangre, cae al suelo. Los verdugos le obligan a levantarse por sí mismo y a caminar hacia el patíbulo; y aquel *incansable luchador* de **Cristo** hace *el último esfuerzo* y con la entereza con que ha soportado las torturas del potro, *camina sereno* con los pies desollados y quemados. *Aquellas plantas benditas* van santificando el suelo en que se posan y dejando *regueros de sangre* que se convertirán bien pronto en *campo fértil de nuevos y esforzados defensores de Cristo*.

Llega al lugar destinado para el sacrificio, y allí se renuevan las blasfemias, las amenazas y los tormentos, hasta que sucumbe el 14 de abril de 1927 en manos de sus verdugos *aquella víctima preciosa*.

SILENCIO CRIMINAL. — *Los cristianos* moradores de Tototlán recogen *los venerandos despojos* del *Mártir* para guardarlos como *sagrada reliquia* y *glorioso trofeo* arrancado a los enemigos de **Cristo** después de cruel y prolongado combate.

Si *el martirio* del P. Sabás Reyes constituye *una gloria imperecedera* para la IGLESIA CATÓLICA, MADRE FECUNDA DE HÉROES, es también una infamia para nuestro siglo, que no sólo contempla indiferente tales actos de barbarie, sino que defiende al tirano o se empeña en ocultar la verdad de los hechos.

Diremos con el actual PONTÍFICE, único que ha tenido *el valor de defender a las víctimas*, que «son crímenes sin nombre y hechos salvajes».

Un católico, por amor a la IGLESIA, por amor a la libertad humana, no puede, no debe permanecer por más tiempo callado ante tales crímenes.

CATÓLICOS: ¿Qué habéis hecho por México? ¿Será posible que esos sacerdotes tan cruelmente martirizados no conmuevan los ánimos de los hombres libres?

Es necesario correr en defensa de las víctimas, aunque, para ello, tengamos nosotros que pagar su libertad con el precio de su sangre.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

EL MÁRTIR DE TOTOTLÁN



P. SABÁS REYES

*Le llamamos mártir, sin intención de prevenir el juicio
de la Iglesia*

EL PRECIO DE LA VICTORIA

¡Con qué gallarda muestra de **HEROÍSMO CRISTIANO** en medio de los más crueles e inauditos suplicios desmiente el **CLERO MEJICANO** a la faz del mundo las calumnias que contra él han esparcido los enemigos de la **IGLESIA**! *Raza de héroes y mártires* podemos apellidar con toda verdad y justicia a los **sacerdotes mejicanos**; porque han tenido *el valor y la osadía santa* de los **primeros confesores** de la **FE** prefiriendo la muerte a la apostasía.

Entre todos estos *modernos campeones* de la **CAUSA CATÓLICA** sobresale de un modo particular el **P. Sabás Reyes**, vicario de un pequeño pueblecito del Estado de Jalisco; por *la invicta constancia* con que supo sufrir los prolongados e inhumanos tormentos a que se le sujetó durante tres días seguidos. *Cansados* ya los sayones de tan largo suplicio sin conseguir doblegar *el ánimo esforzado* del **MINISTRO** del Señor, al tercer día le matan con crueldad *neroniana*.

EN BUSCA DE LAS VÍCTIMAS. — Se presentan de improviso en Tototlán las tropas del gobierno. Su primera diligencia aquí, como en otras partes, es buscar a *los sacerdotes*; sujetan a una sirvienta del **P. Reyes** a tormento colgándola varias veces, a fin de obligarla a declarar la casa donde se halla éste; ella se niega a hacer tal delación, hasta que al fin, falta ya de fuerzas, declara dónde se hospeda *el Sacerdote*. Corren tumultuosamente al lugar indicado; aprehenden al Vicario y, en medio de ultrajes y golpes, le conducen a la plaza pública. El general exige al prisionero que descubra el lugar de refugio del **Párroco**. «*Lo ignoro, y aun cuando lo supiera no lo declararía*», responde con entereza *el Mártir*.

LOS HIJOS DE NERÓN. — Al ver el militar el ánimo resuelto de su *Sacerdote*, determina doblegarlo a fuerza de tormentos. La soldadesca impía empieza por destrozarle la ropa; le arrastran después hacia el pórtico de la Iglesia, a una de cuyas columnas le atan, en tal forma, que los pies

no tengan apoyo en el suelo, para que la posición en suspenso sea más violenta y resultasen más dolorosas las ligaduras. Entonces, entre amenazas y blasfemias, vuelven a preguntarle: — ¿Dónde está el Cura Vizcarra? — «*No lo sé, y aunque lo supiera no lo diría*», respondió de nuevo con igual entereza. Esta pregunta y esta respuesta se repite varias veces, *sin que el ánimo del Mártir ceda a la instancia y crueldad del interrogatorio*.

El general con su espada y los soldados con sus bayonetas, empiezan a herir por todas partes aquel cuerpo inmóvil y sin fuerzas. A estos nuevos ultrajes, *el Padre* responde «*que jamás declarará lo que se le pregunta, aunque sea necesario para salvar su vida; y que si le hieren por odio a Cristo y porque es sacerdote, gustosamente padece aquel tormento por Quien ha padecido y muerto por los hombres*».

Tres días y tres noches pasó *el Mártir* atado dolorosamente a la columna; expuesto durante la noche al frío y durante el día a los ardientes rayos del sol. Tres días y tres noches sin comer ni beber; porque no se permitía a nadie acercarse a él para aliviar de algún modo sus penas y dolores.

Varias veces al día, durante ese tiempo, el general se presenta de nuevo para renovar el mismo interrogatorio y las heridas al *Mártir*, sin que éste dé la menor señal de debilidad en el tormento.

La espada y las bayonetas abren de continuo nuevas heridas o renuevan las ya abiertas. *Cansados* ya los verdugos de *la constancia* del **P. Reyes**, inventaron un nuevo tormento, esperando así rendir a *aquel esforzado campeón* de **Cristo**.

Le desuellan primero las plantas de los pies y luego se los rocían de gasolina y prenden fuego; cuando ésta deja de arder, prenden la que forma charco al pie de la columna, y las llamas continúan cebándose en la carne viva y llagada de aquellos pies destrozados.

EL VENCEDOR. — Concluido este tormento y persuadidos de la imposibilidad de doblegar *aquel ánimo invicto*, sueltan las ligaduras que por tres días habían sujetado y martirizado el cuerpo del

Sacerdote, que, extenuado por la fatiga, el hambre y la falta de sangre, cae al suelo. Los verdugos le obligan a levantarse por sí mismo y a caminar hacia el patíbulo; y aquel *incansable luchador de Cristo* hace *el último esfuerzo* y con la *entereza* con que ha soportado las torturas del potro, *camina sereno* con los pies desollados y quemados. *Aquellas plantas benditas* van santificando el suelo en que se posan y dejando *regueros de sangre* que se convertirán bien pronto en *campo fértil de nuevos y esforzados defensores de Cristo*.

Llega al lugar destinado para el sacrificio, y allí se renuevan las blasfemias, las amenazas y los tormentos, hasta que sucumbe el 14 de abril de 1927 en manos de sus verdugos *aquella víctima preciosa*.

SILENCIO CRIMINAL. — *Los cristianos* moradores de Tototlán recogen los *venerandos despojos del Mártir* para guardarlos como *sagrada reliquia* y *glorioso trofeo* arrancado a los enemigos de *Cristo* después de cruel y prolongado combate.

Si *el martirio* del P. Sabás Reyes constituye una *gloria imperecedera* para la IGLESIA CATÓLICA, MADRE FECUNDA DE HÉROES, es también una infamia para nuestro siglo, que no sólo contempla indiferente tales actos de barbarie, sino que defiende al tirano o se empeña en ocultar la verdad de los hechos.

Diremos con el actual PONTÍFICE, único que ha tenido *el valor de defender a las víctimas*, que «son crímenes sin nombre y hechos salvajes».

Un *católico*, por amor a la IGLESIA, por amor a la libertad humana, no puede, no debe permanecer por más tiempo callado ante tales crímenes.

CATÓLICOS: ¿Qué habéis hecho por México? ¿Será posible que esos sacerdotes tan cruelmente martirizados no conmuevan los ánimos de los hombres libres?

Es necesario correr en defensa de las víctimas, aunque, para ello, tengamos nosotros que pagar su libertad con el precio de la sangre.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

EL MÁRTIR DE TOTOTLÁN



P. SABÁS REYES

*Le llamamos mártir, sin intención de prevenir el juicio
de la Iglesia*

EL PRECIO DE LA VICTORIA

¡Con qué gallarda muestra de HEROÍSMO CRISTIANO en medio de los más crueles e inauditos suplicios desmiente el CLERO MEJICANO a la faz del mundo las calumnias que contra él han esparcido los enemigos de la IGLESIA! Raza de héroes y mártires podemos apellidar con toda verdad y justicia a los sacerdotes mejicanos; porque han tenido el valor y la osadía santa de los primeros confesores de la FE prefiriendo la muerte a la apostasía.

Entre todos estos modernos campeones de la CAUSA CATÓLICA sobresale de un modo particular el P. Sabás Reyes, vicario de un pequeño pueblecito del Estado de Jalisco; por la invicta constancia con que supo sufrir los prolongados e inhumanos tormentos a que se le sujetó durante tres días seguidos. Cansados ya los sayones de tan largo suplicio sin conseguir doblegar el ánimo esforzado del MINISTRO del Señor, al tercer día le matan con crueldad neroniana.

EN BUSCA DE LAS VÍCTIMAS. — Se presentan de improviso en Tototlán las tropas del gobierno. Su primera diligencia aquí, como en otras partes, es buscar a los sacerdotes; sujetan a una sirvienta del P. Reyes a tormento colgándola varias veces, a fin de obligarla a declarar la casa donde se halla éste; ella se niega a hacer tal delación, hasta que al fin, falta ya de fuerzas, declara dónde se hospeda el Sacerdote. Corren tumultuosamente al lugar indicado; aprehenden al Vicario y, en medio de ultrajes y golpes, le conducen a la plaza pública. El general exige al prisionero que descubra el lugar de refugio del Párroco. «Lo ignoro, y aun cuando lo supiera no lo declararía», responde con entereza el Mártir.

LOS HIJOS DE NERÓN. — Al ver el militar el ánimo resuelto de su Sacerdote, determina doblegarlo a fuerza de tormentos. La soldadesca impía empieza por destrozarle la ropa; le arrastran después hacia el pórtico de la Iglesia, a una de cuyas columnas le atan, en tal forma, que los pies

no tengan apoyo en el suelo, para que la posición en suspenso sea más violenta y resultasen más dolorosas las ligaduras. Entonces, entre amenazas y blasfemias, vuelven a preguntarle: — ¿Dónde está el Cura Vizcarra? — «No lo sé, y aunque lo supiera no lo diría», respondió de nuevo con igual entereza. Esta pregunta y esta respuesta se repite varias veces, sin que el ánimo del Mártir ceda a la instancia y crueldad del interrogatorio.

El general con su espada y los soldados con sus bayonetas, empiezan a herir por todas partes aquel cuerpo inmóvil y sin fuerzas. A estos nuevos ultrajes, el Padre responde «que jamás declarará lo que se le pregunta, aunque sea necesario para salvar su vida; y que si le hieren por odio a Cristo y porque es sacerdote, gustosamente padece aquel tormento por Quien ha padecido y muerto por los hombres».

Tres días y tres noches pasó el Mártir atado dolorosamente a la columna; expuesto durante la noche al frío y durante el día a los ardientes rayos del sol. Tres días y tres noches sin comer ni beber; porque no se permitía a nadie acercarse a él para aliviar de algún modo sus penas y dolores.

Varias veces al día, durante ese tiempo, el general se presenta de nuevo para renovar el mismo interrogatorio y las heridas al Mártir, sin que éste dé la menor señal de debilidad en el tormento.

La espada y las bayonetas abren de continuo nuevas heridas o renuevan las ya abiertas. Cansados ya los verdugos de la constancia del P. Reyes, inventaron un nuevo tormento, esperando así rendir a aquel esforzado campeón de Cristo.

Le desuellan primero las plantas de los pies y luego se los rocían de gasolina y prenden fuego; cuando ésta deja de arder, prenden la que forma charco al pie de la columna, y las llamas continúan cebándose en la carne viva y llagada de aquellos pies destrozados.

EL VENCEDOR. — Concluido este tormento y persuadidos de la imposibilidad de doblegar aquel ánimo invicto, sueltan las ligaduras que por tres días habían sujetado y martirizado el cuerpo del

Sacerdote, que, extenuado por la fatiga, el hambre y la falta de sangre, cae al suelo. Los verdugos le obligan a levantarse por sí mismo y a caminar hacia el patíbulo; y aquel incansable luchador de Cristo hace el último esfuerzo y con la entereza con que ha soportado las torturas del potro, camina sereno con los pies desollados y quemados. Aquellas plantas benditas van santificando el suelo en que se posan y dejando regueros de sangre que se convertirán bien pronto en campo fértil de nuevos y esforzados defensores de Cristo.

Llega al lugar destinado para el sacrificio, y allí se renuevan las blasfemias, las amenazas y los tormentos, hasta que sucumbe el 14 de abril de 1927 en manos de sus verdugos *aquella víctima preciosa.*

SILENCIO CRIMINAL. — *Los cristianos moradores de Tototlán recogen los venerandos despojos del Mártir para guardarlos como sagrada reliquia y glorioso trofeo arrancado a los enemigos de Cristo después de cruel y prolongado combate.*

Si el martirio del P. Sabás Reyes constituye una gloria imperecedera para la IGLESIA CATÓLICA, MADRE FECUNDA DE HÉROES, es también una infamia para nuestro siglo, que no sólo contempla indiferente tales actos de barbarie, sino que defiende al tirano o se empeña en ocultar la verdad de los hechos.

Diremos con el actual PONTÍFICE, único que ha tenido *el valor de defender a las víctimas*, que «son crímenes sin nombre y hechos salvajes».

Un católico, por amor a la IGLESIA, por amor a la libertad humana, no puede, no debe permanecer por más tiempo callado ante tales crímenes.

CATÓLICOS: *¿Qué habéis hecho por México? ¿Será posible que esos sacerdotes tan cruelmente martirizados no conmuevan los ánimos de los hombres libres?*

Es necesario correr en defensa de las víctimas, aunque, para ello, tengamos nosotros que pagar su libertad con el precio de su sangre.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

SACERDOTES MÁRTIRES (MÉJICO).—III



El P. Francisco Vera en el momento de ser fusilado. (Esta fotografía la mandaron sacar los militares callistas)

«INTROIBO AD ALTARE DEI»

Corona de magníficos rubíes puso sobre su frente la SANTA IGLESIA al sublimar S. S. Pío XI a los ALTARES a ciento noventa y un hijos ilustres, que por no haber prestado el juramento cismático de la República, fenecieron envueltos en aquel torbellino de sangre que se llamó Revolución Francesa. Al presentar a la veneración a los Mártires parisienses, el pensamiento y corazón del PONTÍFICE voló a la INVICTA IGLESIA de Méjico, confiando, como lo aseguró después a dos Obispos, de agregar El mismo al *Catálogo de los Mártires*, a los que en Méjico han preferido las vejaciones y la cuchilla, que apostatar la FE CATÓLICA.

EL EMBLEMA DE FIDELIDAD. — La solemne Beatificación la presidieron una numerosa romería de sacerdotes franceses; y postrados a los pies de Su SANTIDAD le ofrecieron, en testimonio de su adhesión, una escultura, que representaba al abate recién beatificado, Natal Pinot, revestido con los ornamentos sacerdotales, juntas las manos en actitud de comenzar la MISA, y grabadas al pie, las palabras que pronunció al ascender las gradas del patíbulo: «Introibo ad altare Dei»: «Me llegaré hasta el ALTAR de Dios...»

Meses más tarde entregaba Pío XI esta estatua del Beato Pinot a una comisión de Obispos, venidos de Méjico, para que fuese en su nombre ofrendada al heroico Clero de su nación, como emblema de su fidelidad al báculo de sus Pastores y de su adhesión a la Tiara del PAPA. El día que la SANTA SEDE glorifique esa Legión de Sacerdotes, martirizados por la impiedad de Calles, tienen ya un modelo para labrar en plata, y consagrarlo al PADRE SANTO en retorno de amor y de veneración; y este modelo es el sacerdote Francisco Vera, inmolado en el momento sublime de comenzar el SANTO SACRIFICIO, trocando la Víctima incruenta del ALTAR por la ofrenda de su vida.

DOS SANTOS DE UN MISMO MOLDE. — Acontece con los Santos lo que pasa con las flores, que, pasado el frío invierno, vuelven a florecer en primavera con la misma galanura de colores y fragancia de aromas, como si aquellos marchitos pétalos que deshojó el vendaval de otoño, hubieran recobrado la vida y primera frescura. Así sucede con estas dos almas gemelas, el Beato Natal Pinot y el Mártir Francisco Vera. El mismo espantajo de ley que oprimió al primero, ha tenido una segunda edición en Méjico, sacrificando al segundo, quien, lo propio que el Abate francés, desechó la estúpida pretensión del Poder civil, desempeñando, aun a costa de la vida, el MINISTERIO

SACERDOTAL por todas las alquerías de la redonda, en donde los cristianos se congregaban, sedientos de los auxilios espirituales, y confortando a los que desmayaban, a vista de las atrocidades con que se castigaba el delito monstruoso de ser católico... Y por serlo tanto, no hay sitio seguro en Méjico, ni aun lo recóndito de las habitaciones particulares, donde se puedan pasar las cuentas de un Rosario, sin ser asaltados inesperadamente y encarcelados o pasados a cuchillo... En Francia sólo se practicaban estas pesquisas con los sacerdotes que se habían cerrado en banda, como el Beato Pinot; el cual, precedió con el ejemplo al Mártir Vera en andar errante de caserío en caserío, sufriendo privaciones sin cuento, por remediar las de los infelices, desposeídos de todo asilo por los rigores de la persecución. Este celo y sacrificio les hizo a entrambos merecedores de una misma corona, esmaltada de la misma pedrería, dignos del mismo apoteosis, exclusivamente propio, suyo entre todos los que forman la pléyade brillante de Mártires del CRISTIANISMO.

DEL ALTAR AL CADALSO. — Se disponía a celebrar la MISA el Beato Pinot, cuando fué apresado por la denuncia de uno de los que había alimentado con sus limosnas. «Sus jueces — dice el abate Gruget que presencié la escena — le preguntaron si, para mayor realce del espectáculo, no sería preferible que fuese con las vestiduras litúrgicas al suplicio.» — «Si — les respondió —; eso será para mí una gran satisfacción.» — «Bien — replicaron sus verdugos —, saldrás por esas calles revestido, y serás ejecutado con ese traje ridículo.»

Cruzó en esa guisa la población de Angers, atado codo con codo, precedido de tambores y escoltado por guardias y soldados, hasta llegar a la plaza del Ralliement, donde se alzaba el siniestro patíbulo. Llegado ante las gradas, a punto de subir el primer peldaño, el bienaventurado Sacerdote tuvo una inspiración sublime. La vista de los ornamentos sacerdotales que le revestían le recordó el SACRIFICIO de la SANTA MISA, tan parecido, en su sentido místico, al que iba a realizar. Levantando, pues, los ojos al CIELO, pronunció con profunda emoción el versículo con que los Sacerdotes dan comienzo al SANTO SACRIFICIO: «Introibo ad altare Dei»: «Ascenderé hasta el ALTAR de Dios...» A estas palabras, los miembros de la comisión militar que le habían condenado, comenzaron a gritar: «¡Viva la República!» Esta era la señal convenida para la ejecución: inclinóse Pinot, y la cuchilla hizo rodar su cabeza venerable por las gradas del cadalso...

SACERDOTE Y VÍCTIMA. — A punto estaba de dar comienzo a la escena de la PASIÓN de Cristo, cuando fué asaltada la casa en que se iban a celebrar los SAGRADOS MISTERIOS; y empujado a golpes y denuesos el abnegado Sacerdote Vera, fué conducido por la soldadesca criminal al

lugar del suplicio. Allí, emocionado también de verse con los *sagrados paramentos*, juntó las manos ante el pecho, levantó su mirada al ALTAR de la **Majestad de Dios**, en donde son escuchadas las *plegarias de justos*, y pronunció el versículo, *sublime síntesis de su ofrenda y Sacerdocio*: «*Introibo ad altare Dei*»: «Ascenderé hasta el ALTAR de Dios». Irguiéronse los fusiles amenazantes, y al grito entusiasta y fervoroso de «¡VIVA CRISTO REY!», se consumó aquel *precioso sacrificio*, confundiéndose en uno *sacrificante y hostia*, a imitación del SACRIFICIO del **Sumo Sacerdote Jesucristo** que consagró el leño de la CRUZ en ara del holocausto, hecho a la vez *Víctima y Sacerdote*...

EL TITULO DE LA CRUZ. — Sobre el madero en que crucificaron al **Salvador** clavaron sus enemigos el título de su causa: «**Rey de los Judíos**». Y sobre los *venerandos despojos del Mártir Francisco Vera* han querido sus verdugos que campease a la vista de las naciones esa interesante fotografía, a manera de título por el que ha sido sacrificado: «*Este fué sacerdote Romano*». ¡Ciegos y criminales! ¿Cómo tendréis desfachatez para negar que *«la salvaje persecución»* que lleváis adelante es contra los DOGMAS y MISTERIOS de la SANTA IGLESIA? Si *ese modesto Sacerdote* indígena hubiese firmado el acta de afiliación al Cisma, de fijo se viera hoy retratado con grande fausto y ostentación, colmado de insignias y riquezas. ¡Más vale la *justicia y santidad* llena de oprobios, que la iniquidad y la felonía cubierta de honores y agasajos!...

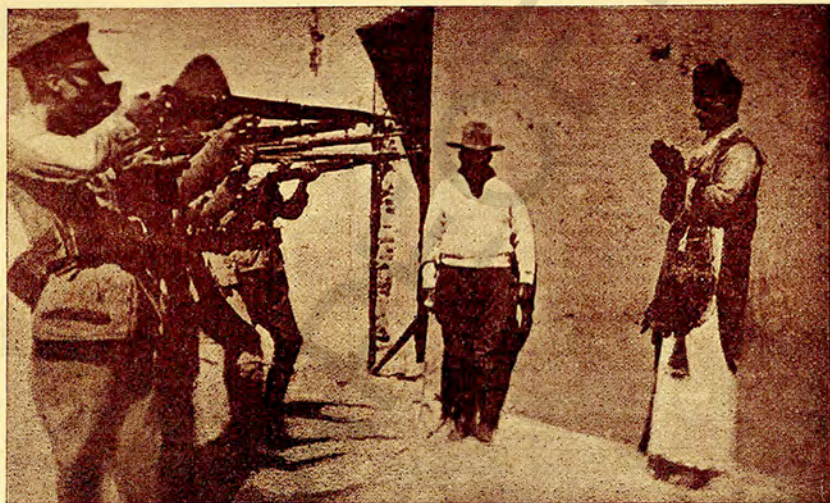
LAS TROMPETAS DEL COMBATE. — Cuenta Santa Teresa de Jesús, que, leyendo de niña, con su hermanito, los *martirios de los Santos*, cobraron tales deseos de *morir mártires*, que «concentaron irse a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá los descabezasen».

Si la mera lectura pudo en ánimos infantiles excitar tan vivas ansias, ¿qué tal debe ser el enardecimiento en Méjico a la vista de placas y películas, que representan a los *mártires* con el *gesto sublime* de arrebatar la *corona de su triunfo*? Mal les salió la cuenta, pensando amedrentar los ánimos con estas fotografías truculentas, pues han resultado verdaderas trompetas que llaman al combate, hasta el punto de comparecer en las Oficinas de la Inspección de policía una comisión de monjas con la siguiente súplica: «*Señores, cuando comiencen a matar mujeres, religiosas, tengan presente nuestra dirección, pues no deseamos otra cosa que morir por Cristo*».

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártir a este sacerdote, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

SACERDOTES MÁRTIRES (MÉJICO).—III



El P. Francisco Vera en el momento de ser fusilado. (Esta fotografía la mandaron sacar los militares callistas)

«INTROIBO AD ALTARE DEI»

Corona de magníficos rubíes puso sobre su frente la SANTA IGLESIA al sublimar S. S. Pío XI a los ALTARES a *ciento noventa y un hijos ilustres*, que por no haber prestado el juramento cismático de la República, fenecieron envueltos en aquel torbellino de sangre que se llamó Revolución Francesa. Al presentar a la *veneración a los Mártires parisienses*, el pensamiento y corazón del PONTÍFICE voló a la INVICTA IGLESIA de Méjico, confiando, como lo aseguró después a dos Obispos, de agregar El mismo al *Catálogo de los Mártires*, a los que en Méjico han preferido las vejaciones y la cuchilla, que apostatar la FE CATÓLICA.

EL EMBLEMA DE FIDELIDAD. — La solemne Beatificación la presidieron una numerosa *romería de sacerdotes franceses*; y postrados a los pies de SU SANTIDAD le ofrecieron, *en testimonio de su adhesión*, una escultura, que representaba al abate recién *beatificado*, Natal Pinot, revestido con los *ornamentos sacerdotales*, juntas las manos en actitud de comenzar la MISA, y grabadas al pie, las palabras que pronunció al ascender las gradas del patíbulo: «*Introibo ad altare Dei*»: «Me llegaré hasta el ALTAR de Dios...»

Meses más tarde entregaba Pío XI esta estatua del Beato Pinot a una comisión de Obispos, venidos de Méjico, para que fuese en su nombre ofrendada al *heroico Clero* de su nación, como *emblema de su fidelidad al báculo de sus Pastores y de su adhesión a la Tiara del PAPA*. El día que la SANTA SEDE glorifique esa *Legión de Sacerdotes*, martirizados por la impiedad de Calles, tienen ya un modelo para labrar en plata, y consagrarlo al PADRE SANTO en retorno de amor y de *veneración*; y este modelo es el sacerdote Francisco Vera, inmolado en el *momento sublime* de comenzar el SANTO SACRIFICIO, trocando la *Víctima* incruenta del ALTAR por la *ofrenda de su vida*.

DOS SANTOS DE UN MISMO MOLDE. — Acontece con los Santos lo que pasa con las flores, que, pasado el frío invierno, vuelven a florecer en primavera con la misma galanura de colores y fragancia de aromas, como si aquellos marchitos pétalos que deshojó el vendaval de otoño, hubieran recobrado la vida y primera frescura. Así sucede con *estas dos almas gemelas*, el Beato Natal Pinot y el *Mártir* Francisco Vera. El mismo espantajo de ley que oprimió al primero, ha tenido una segunda edición en Méjico, sacrificando al segundo, quien, lo propio que el Abate francés, desechó la estúpida pretensión del Poder civil, desempeñando, aun a costa de la vida, el MINISTERIO

62
SACERDOTAL por todas las alquerías de la redonda, en donde los *cristianos* se congregaban, sedientos de los *auxilios espirituales*, y confortando a los que desmayaban, a vista de las atrocidades con que se castigaba el delito monstruoso de *ser católico*... Y por serlo tanto, no hay sitio seguro en Méjico, ni aun lo recóndito de las habitaciones particulares, donde se puedan pasar las cuentas de un Rosario, sin ser asaltados inesperadamente y encarcelados o pasados a cuchillo... En Francia sólo se practicaban estas pesquisas con los *sacerdotes* que se habían cerrado en banda, como el Beato Pinot; el cual, precedió con el ejemplo al *Mártir Vera* en andar errante de caserío en caserío, sufriendo privaciones sin cuento, por remediar las de los infelices, desposeídos de todo asilo por los rigores de la persecución. Este *celo y sacrificio* les hizo a entrambos merecedores de una misma *corona*, esmaltada de la misma *pedrería*, dignos del mismo *apoteosis*, exclusivamente propio, suyo entre todos los que forman la *pléyade brillante de Mártires del CRISTIANISMO*.

DEL ALTAR AL CADALSO. — Se disponía a celebrar la MISA el Beato Pinot, cuando fué apremiado por la denuncia de uno de los que había alimentado con sus limosnas. «Sus jueces — dice el abate Gruget que presenció la escena — le preguntaron si, para mayor realce del espectáculo, no sería preferible que fuese con las *vestiduras litúrgicas* al suplicio.» — «Si — les respondió —; eso será para mí una gran satisfacción.» — «Bien — replicaron sus verdugos —, saldrás por esas calles revestido, y serás ejecutado con ese traje ridículo.»

Cruzó en esa guisa la población de Angers, atado codo con codo, precedido de tambores y escoltado por guardias y soldados, hasta llegar a la plaza del Ralliement, donde se alzaba el siniestro patíbulo. Llegado ante las gradas, a punto de subir el primer peldaño, el *bienaventurado Sacerdote* tuvo una *inspiración sublime*. La vista de los *ornamentos sacerdotales* que le revestían le recordó el SACRIFICIO de la SANTA MISA, tan parecido, en su sentido místico, al que iba a realizar. Levantando, pues, los ojos al CIELO, pronunció con profunda emoción el versículo con que los *Sacerdotes* dan comienzo al SANTO SACRIFICIO: «*Introibo ad altare Dei*»: «Ascenderé hasta el ALTAR de Dios...» A estas palabras, los miembros de la comisión militar que le habían condenado, comenzaron a gritar: «¡Viva la República!» Ésta era la señal convenida para la ejecución: inclinóse Pinot, y la cuchilla hizo rodar su *cabeza venerable* por las gradas del *cadalso*...

SACERDOTE Y VÍCTIMA. — A punto estaba de dar comienzo a la escena de la PASIÓN de Cristo, cuando fué asaltada la casa en que se iban a celebrar los SAGRADOS MISTERIOS; y empujado a golpes y denuetos el *abnegado Sacerdote Vera*, fué conducido por la soldadesca criminal al

lugar del suplicio. Allí, emocionado también de verse con los *sagrados paramentos*, juntó las manos ante el pecho, levantó su mirada al ALTAR de la **Majestad de Dios**, en donde son escuchadas las *plegarias de justos*, y pronunció el versículo, *sublime síntesis de su ofrenda y Sacerdocio*: «*Introibo ad altare Dei*»: «Ascenderé hasta el ALTAR de Dios». Irguiéronse los fusiles amenazantes, y al grito entusiasta y fervoroso de «¡VIVA CRISTO REY!», se consumó aquel *precioso sacrificio*, confundiéndose en uno *sacrificante y hostia*, a imitación del SACRIFICIO del Sumo Sacerdote Jesucristo que consagró el leño de la CRUZ en ara del holocausto, hecho a la vez Víctima y Sacerdote...

EL TITULO DE LA CRUZ. — Sobre el madero en que crucificaron al Salvador clavaron sus enemigos el título de su causa: «*Rey de los Judíos*». Y sobre los *venerandos despojos* del Mártir Francisco Vera han querido sus verdugos que campease a la vista de las naciones esa interesante fotografía, a manera de título por el que ha sido sacrificado: «*Este fué sacerdote Romano*». ¡Ciegos y criminales! ¿Cómo tendréis desfachatez para negar que «*la salvaje persecución*» que lleváis adelante es contra los DOGMAS y MISTERIOS de la SANTA IGLESIA? Si *ese modesto Sacerdote* indígena hubiese firmado el acta de afiliación al Cisma, de fijo se viera hoy retratado con grande fausto y ostentación, colmado de insignias y riquezas. ¡Más vale la *justicia y santidad* llena de oprobios, que la iniquidad y la felonía cubierta de honores y agasajos!...

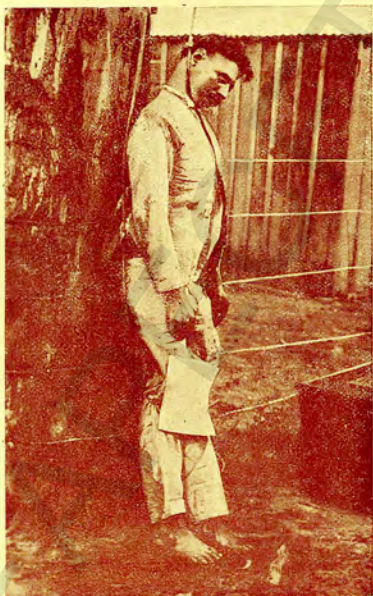
LAS TROMPETAS DEL COMBATE. — Cuenta Santa Teresa de Jesús, que, leyendo de niña, con su hermanito, los *martirios de los Santos*, cobraron tales deseos de *morir mártires*, que «concer-taron irse a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá los descabezasen».

Si la mera lectura pudo en ánimos infantiles excitar tan vivas ansias, ¿qué tal debe ser el enardecimiento en Méjico a la vista de placas y películas, que representan a los *mártires* con el *gesto sublime* de arrebatar la corona de su triunfo? Mal les salió la cuenta, pensando amedrentar los ánimos con estas fotografías truculentas, pues han resultado verdaderas trompetas que llaman al combate, hasta el punto de comparecer en las Oficinas de la Inspección de policía una comisión de monjas con la siguiente súplica: «*Señores, cuando comiencen a matar mujeres, religiosas, tengan presente nuestra dirección, pues no deseamos otra cosa que morir por Cristo*».

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártir a este sacerdote, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

EL MÁRTIR DE CIUDAD GUZMÁN



EL CADÁVER DEL P. SEDANO EXPUESTO AL PÚBLICO
POR LOS SOLDADOS DEL PRESIDENTE CALLES

Ayude V. a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren.

LUZ Y SOMBRAS

Tal podemos llamar al martirio del P. Sedano, invicto Sacerdote de la perseguida IGLESIA de Méjico. El heroísmo de la víctima contrasta fuertemente con la crueldad y barbarie de los verdugos.

El martirio del P. Sedano arroja nuevos torrentes de luz sobre las páginas gloriosas de la historia de la IGLESIA CATÓLICA, que en todas las latitudes y en todos los tiempos ha sabido formar héroes y mártires. Y ese mismo martirio es una mancha y una injuria para nuestra generación que ve no sólo con indiferencia tales crueldades, sino que aún procura justificar al verdugo de todo un pueblo.

La sola fotografía que acompaña la narración de la muerte gloriosa del Sacerdote mejicano es suficiente para darnos idea de la crueldad de este nuevo martirio.

PRECIO DE SANGRE. — El 6 de septiembre de 1927 se presenta en la casa donde se oculta el Padre Sedano, una anciana que falsamente se hace pasar por una pordiosera; después de recibir la limosna que pedía y de cerciorarse de la presencia del Sacerdote, se dirige al capitán Urbina, a quien dice:

- Si usted me da una gratificación, yo le comunicaré algo que le interesa.
- ¿Qué puede ser? — responde el militar.
- Diga usted la gratificación que me dará, pues es cosa que a usted le conviene saber.
- Le daré a usted un peso.
- No, deme dos pesos.

Por fin, el capitán le ofrece 1,50 \$ y la infeliz pordiosera por tan vil cantidad entrega al Sacerdote; para mayor seguridad, ella misma acompaña al militar hasta la casa donde se oculta el P. Sedano; una vez reconocido el lugar y consumado este nefando contrato, se despide la anciana del perseguidor.

Ese mismo día, al anochecer, el capitán Urbina en persona, acompañado de varios soldados, captura al P. Sedano.

Al siguiente día, juntamente con otros prisioneros, sale en un camión hacia la estación del ferrocarril, sitio destinado para el martirio. Lejos de intimidarse al ver la proximidad de su muerte, comienza a exclamar lleno de gozo: — «Venid a ver cómo mueren los cristianos.» Este fué el grito de triunfo que el Mártir repitió durante todo el camino hasta llegar al lugar del sacrificio.

Ejecutan primero a los compañeros del P. Sedano, suspendiendo después de los árboles sus

cadáveres. Ni este bárbaro asesinato intimida al Mártir, que espera ansioso el momento de ser él inmolado.

Al ver que se acerca ya el momento de su martirio, pide al capitán la última gracia, poder hablar a todos los que le rodean. Una vez obtenido el permiso, con la entereza y valor propio de los mártires cristianos, dice: — «Hermanos, la muerte no es la que me arredra ni atormenta; supuesto que dentro de breves momentos estaré gozando de Aquel en quien siempre he esperado y a quien siempre he servido con todas mis fuerzas en el SANTO MINISTERIO SACERDOTAL; lo que me arredra y atormenta es el temor de que no vaya yo a ser un verdadero Mártir: es decir, un verdadero soldado que sepa desprenderse de esta vida mortal y perecedera.

»Mi delito no es otro, lo confieso, sino ser del número de los sacerdotes; ser del número de los que en esta vida son los encargados de llevar las almas a Cristo Nuestro Redentor. Mas tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber hasta los últimos momentos en que Dios Nuestro Señor me va a llamar a su TRIBUNAL SAGRADO, en donde tengo que dar cuenta de todos y de cada uno de los fieles que me han sido confiados en mi parroquia.

»Espero en la infinita misericordia de Dios que sabe perdonar y olvidar las ofensas de sus hijos, y que sabe absolver a los que se entregan en sus manos.

»No os pido otra cosa sino que siempre confeséis a Cristo en todo lugar y en todo momento; "Todo lo podemos en Aquél que nos conforta", como dice el Espíritu Santo.

»Animo, hermanos, y si sabéis luchar hasta el fin, nos veremos en el CIELO... Ya terminé, capitán.» Así habló alquel esforzado atleta de Cristo. Sus palabras nos traen a la memoria las de los primeros confesores de nuestra FE ante los tribunales paganos; en ellas se percibe el mismo acento de sublime fortaleza que ha sido a través de todos los siglos la contraseña del mártir cristiano.

Apenas había terminado de hablar, cuando el mismo capitán le ordena que se descalce; obedece al instante; entonces manda a los soldados que le desuelen los pies; tal es el dolor que causa a la víctima este nuevo y bárbaro tormento, que se le ve comprimir y pulverizar en sus manos los terrones de tierra sobre que descansa y de sus ojos se desprenden dos lágrimas, y en medio de este acerbo sufrimiento, dice con frase digna del gran mártir de Antioquía: — «Lloro, no porque sienta dolor, sino por la dilación de estos hombres en quitarme la vida y así gozar ya de mi Cristo.»

Palabras verdaderamente sublimes que quedarán immortalizadas en las páginas de gloria del martirologio cristiano.

Una vez terminado este tormento, el jefe de la escolta le manda que se ponga en pie y le obliga a caminar, cosa que el Sacerdote no pudo cumplir por tener las plantas de los pies destrazadas; le ponen después los soldados una sogá al cuello y le suspenden de un árbol; mas la rama

se desgaja y el cuerpo cae en tierra; por segunda vez le suspenden, pero con igual resultado; ordena entonces el capitán que le suspendan por tercera vez y apoyen el cuerpo en una de las grietas del árbol. Haciendo el último esfuerzo *el intrépido luchador de Cristo*, se mantiene de pie con el cuerpo erguido, y en esta actitud espera el momento de coronar con *la palma de la victoria* el cruel y prolongado combate que sostiene; *el triunfo* no se hace esperar; una lluvia de balas le otorga *el ansiado galardón*.

Los soldados, satisfaciendo los sanguinarios deseos de su capitán, se entretienen en hacer blanco sobre *los sagrados despojos* de su víctima.

El cadáver del P. Sedano queda también expuesto al público en uno de los árboles de la estación. Y para dar mayor publicidad a su crimen mandan los militares sacar fotografías del *Mártir*.

Es, pues, un misterio, por qué la Prensa mundial se empeña en ocultar estos crímenes cometidos contra LOS INDEFENSOS CATÓLICOS MEJICANOS, cuando el mismo Calles y sus secuaces con tanto alarde de información los publican.

A LOS PIES DEL CÉSAR. — Los autores de este *nefando crimen* no tardaron en ponerlo en conocimiento de su Señor, pues sin duda con ello halagarían su sectarismo. El general Ferreira dirigió al presidente Calles los telegramas que había recibido de Ciudad Guzmán con estas frases de acatamiento y respeto:

«Hónrome en transcribirle los siguientes mensajes que me han dirigido desde Ciudad Guzmán...»

El último y más importante de estos documentos, que transcribimos literalmente del periódico *Excelsior*, de la ciudad de Méjico, dice así:

«Hónrome en participar a usted que en estos momentos acabo de aprehender al cura Sedano, pasándolo por las armas con cinco fanáticos más. Los cadáveres se exhiben en la estación de Ciudad Guzmán.»

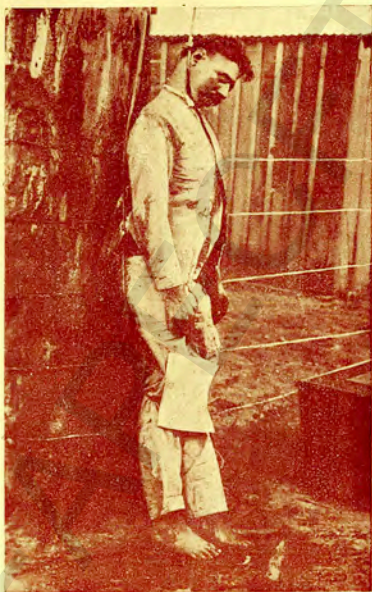
El general Ferreira termina su mensaje de triunfo al César con estas palabras: «Lo que transcribo para su superior conocimiento. Respetuosamente... J. M. Ferreira.»

No obran, por lo tanto, los empleados y militares de Calles independientemente en la obra de exterminio de LOS CATÓLICOS MEJICANOS. El sanguinario César dirige y está al tanto de todos los crímenes que se cometen. Y, sin embargo, de esta complicidad evidente, Calles recibe de los grandes señores presentes y honores, mientras *muchos católicos* ven con indiferencia sucumbir a sus hermanos en RELIGIÓN que *mueren heroicamente* por la FE; por esa misma FE de que tanto se glorían *muchos católicos*.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártir a este Sacerdote, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

EL MÁRTIR DE CIUDAD GUZMÁN



EL CADÁVER DEL P. SEDANO EXPUESTO AL PÚBLICO
POR LOS SOLDADOS DEL PRESIDENTE CALLES

LUZ Y SOMBRAS

Tal podemos llamar al martirio del P. Sedano, invicto Sacerdote de la perseguida IGLESIA de Méjico. El heroísmo de la víctima contrasta fuertemente con la crueldad y barbarie de los verdugos.

El martirio del P. Sedano arroja nuevos torrentes de luz sobre las páginas gloriosas de la historia de la IGLESIA CATÓLICA, que en todas las latitudes y en todos los tiempos ha sabido formar héroes y mártires. Y ese mismo martirio es una mancha y una injuria para nuestra generación que ve no sólo con indiferencia tales crueldades, sino que aún procura justificar al verdugo de todo un pueblo.

La sola fotografía que acompaña la narración de la muerte gloriosa del Sacerdote mejicano es suficiente para darnos idea de la crueldad de este nuevo martirio.

PRECIO DE SANGRE. — El 6 de septiembre de 1927 se presenta en la casa donde se oculta el Padre Sedano, una anciana que falsamente se hace pasar por una pordiosera; después de recibir la limosna que pedía y de cerciorarse de la presencia del Sacerdote, se dirige al capitán Urbina, a quien dice:

- Si usted me da una gratificación, yo le comunicaré algo que le interesa.
- ¿Qué puede ser? — responde el militar.
- Diga usted la gratificación que me dará, pues es cosa que a usted le conviene saber.
- Le daré a usted un peso.
- No, deme dos pesos.

Por fin, el capitán le ofrece 1,50 \$ y la infeliz pordiosera por tan vil cantidad entrega al Sacerdote; para mayor seguridad, ella misma acompaña al militar hasta la casa donde se oculta el P. Sedano; una vez reconocido el lugar y consumado este nefando contrato, se despiden la anciana del perseguidor.

Ese mismo día, al anochecer, el capitán Urbina en persona, acompañado de varios soldados, captura al P. Sedano.

Al siguiente día, juntamente con otros prisioneros, sale en un camión hacia la estación del ferrocarril, sitio destinado para el martirio. Lejos de intimidarse al ver la proximidad de su muerte, comienza a exclamar lleno de gozo: — «Venid a ver cómo mueren los cristianos.» Éste fué el grito de triunfo que el Mártir repitió durante todo el camino hasta llegar al lugar del sacrificio.

Ejecutan primero a los compañeros del P. Sedano, suspendiendo después de los árboles sus

cadáveres. Ni este bárbaro asesinato intimida al Mártir, que espera ansioso el momento de ser él inmolado.

Al ver que se acerca ya el momento de su martirio, pide al capitán la última gracia, poder hablar a todos los que le rodean. Una vez obtenido el permiso, con la entereza y valor propio de los mártires cristianos, dice: — «Hermanos, la muerte no es la que me arredra ni atormenta; supuesto que dentro de breves momentos estaré gozando de Aquel en quien siempre he esperado y a quien siempre he servido con todas mis fuerzas en el SANTO MINISTERIO SACERDOTAL; lo que me arredra y atormenta es el temor de que no vaya yo a ser un verdadero Mártir: es decir, un verdadero soldado que sepa desprenderse de esta vida mortal y perecedera.

«Mi delito no es otro, lo confieso, sino ser del número de los sacerdotes; ser del número de los que en esta vida son los encargados de llevar las almas a Cristo Nuestro Redentor. Mas tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber hasta los últimos momentos en que Dios Nuestro Señor me va a llamar a su TRIBUNAL SAGRADO, en donde tengo que dar cuenta de todos y de cada uno de los fieles que me han sido confiados en mi parroquia.

«Espero en la infinita misericordia de Dios que sabe perdonar y olvidar las ofensas de sus hijos, y que sabe absolver a los que se entregan en sus manos.

«No os pido otra cosa sino que siempre confeséis a Cristo en todo lugar y en todo momento; "Todo lo podemos en Aquél que nos conforta", como dice el Espíritu Santo.

«Animo, hermanos, y si sabéis luchar hasta el fin, nos veremos en el CIELO... Ya terminé, capitán.»

Así habló aquel esforzado atleta de Cristo. Sus palabras nos traen a la memoria las de los primeros confesores de nuestra FE ante los tribunales paganos; en ellas se percibe el mismo acento de sublime fortaleza que ha sido a través de todos los siglos la contraseña del mártir cristiano.

Apenas había terminado de hablar, cuando el mismo capitán le ordena que se descalce; obedece al instante; entonces manda a los soldados que le desuelen los pies; tal es el dolor que causa a la víctima este nuevo y bárbaro tormento, que se le ve comprimir y pulverizar en sus manos los terrones de tierra sobre que descansa y de sus ojos se desprenden dos lágrimas, y en medio de este acerbo sufrimiento, dice con frase digna del gran mártir de Antioquía: — «Lloro, no porque sienta dolor, sino por la dilación de estos hombres en quitarme la vida y así gozar ya de mi Cristo.»

Palabras verdaderamente sublimes que quedarán inmortalizadas en las páginas de gloria del martirologio cristiano.

Una vez terminado este tormento, el jefe de la escolta le manda que se ponga en pie y le obliga a caminar, cosa que el Sacerdote no pudo cumplir por tener las plantas de los pies destrozadas; le ponen después los soldados una soga al cuello y le suspenden de un árbol; mas la rama

se desgaja y el cuerpo cae en tierra; por segunda vez le suspenden, pero con igual resultado; ordena entonces el capitán que le suspendan por tercera vez y apoyen el cuerpo en una de las grietas del árbol. Haciendo el último esfuerzo *el intrépido luchador de Cristo*, se mantiene de pie con el cuerpo erguido, y en esta actitud espera el momento de coronar con *la palma de la victoria* el cruel y prolongado combate que sostiene; *el triunfo* no se hace esperar; una lluvia de balas le otorga *el ansiado galardón*.

Los soldados, satisfaciendo los sanguinarios deseos de su capitán, se entretienen en hacer blanco sobre *los sagrados despojos* de su víctima.

El cadáver del P. Sedano queda también expuesto al público en uno de los árboles de la estación. Y para dar mayor publicidad a su crimen mandan los militares sacar fotografías del *Mártir*.

Es, pues, un misterio, por qué la Prensa mundial se empeña en ocultar estos crímenes cometidos contra LOS INDEFENSOS CATÓLICOS MEJICANOS, cuando el mismo Calles y sus secuaces con tanto alarde de información los publican.

A LOS PIES DEL CÉSAR. — Los autores de este *nefando crimen* no tardaron en ponerlo en conocimiento de su Señor, pues sin duda con ello halagarían su sectarismo. El general Ferreira dirigió al presidente Calles los telegramas que había recibido de Ciudad Guzmán con estas frases de acatamiento y respeto:

«Hónrome en transcribirle los siguientes mensajes que me han dirigido desde Ciudad Guzmán...»

El último y más importante de estos documentos, que transcribimos literalmente del periódico *Excelsior*, de la ciudad de Méjico, dice así:

«Hónrome en participar a usted que en estos momentos acabo de aprehender al cura Sedano, pasándolo por las armas con cinco fanáticos más. Los cadáveres se exhiben en la estación de Ciudad Guzmán.»

El general Ferreira termina su mensaje de triunfo al César con estas palabras: «Lo que transcribo para su superior conocimiento. Respetuosamente... J. M. Ferreira.»

No obran, por lo tanto, los empleados y militares de Calles independientemente en la obra de exterminio de LOS CATÓLICOS MEJICANOS. El sanguinario César dirige y está al tanto de todos los crímenes que se cometen. Y, sin embargo, de esta complicidad evidente, Calles recibe de los grandes señores presentes y honores, mientras *muchos católicos* ven con indiferencia sucumbir a sus hermanos en RELIGIÓN que *mueren heroicamente* por la FE; por esa misma FE de que tanto se glorían *muchos católicos*.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártir a este Sacerdote, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

UN MÁRTIR, APÓSTOL DEL SAGRADO CORAZÓN



P. JOSÉ M.^a ROBLES

...AL CIELO UN PADRE ESPERA ALLÍ... A SUS HIJOS TODOS. RUEGA
POR MÍ. TE BENDIGO EN EL CIELO

(PALABRAS DE LA ÚLTIMA CARTA DEL MÁRTIR ESCRITA DESDE LA PRISIÓN)

Propague V. la Colección de estas Hojitas para contrarrestar el
silencio de la Prensa

EL APÓSTOL DEL SAGRADO CORAZÓN

No otro nombre merece el Sacerdote don José M.^a Robles, Párroco de Tecolotlán, víctima de la persecución Callista en la noche del 25 de julio... *Apóstol* lo aclaman a grandes voces *su ejemplar y santa vida, sus obras de ardiente celo por la salvación de las almas, su heroica muerte ofrendada en sacrificio de amor al Amor de sus amores, al Sagrado Corazón de Jesús.*

EN PLENO APOSTOLADO. — En 1913, una vez terminados sus estudios en el Seminario de Guadalajara, tiene el sin igual consuelo de ser ordenado de *Sacerdote*. Desde esta fecha el *novel Ministro del Señor* entra en un período de *Apostolado* intensísimo, que desarrolla primero como Coadjutor en Nochixtlán y más tarde siendo Cura Párroco de Tecolotlán. El **CULTO DIVINO**, la predicación (para la que poseía relevantes prendas), el confesonario, la dirección espiritual, la visita a los enfermos y, sobre todo, *su conducta intachable*, llevan a cabo *la santificación de las almas* que Dios le confiaba.

EL SOCIÓLOGO CATÓLICO. — Su prodigiosa actividad la encauza el P. Robles hacia las obras de *acción católica*, tan fecundas en *frutos de gloria de Dios*. De ahí el que establezca un centro de la «Juventud Católica» con sus círculos de estudios, Sindicato Obrero con una mutualista y una cooperativa de consumo, funde un periódico, organice con los obreros y jóvenes una pequeña sección dramática, reedifique un antiguo hospital con su casa religiosa, noviciado, orphanatorio y escuela anexa, sostenga un pequeño Seminario y propague el «Apostolado de la Oración».

EL SECRETO DEL ÉXITO. — ¿Dónde hallaba el P. Robles la fuente de tantas energías? En el amor a *Jesucristo* que *abrasaba su pecho*. Él mismo nos lo descubrirá en aquellos versos de su inspirada pluma, en los que el *fervoroso Apóstol* parece vaciar los afectos más intensos al par que delicados de su ardiente corazón:

«Es tu Corazón herido
mi divina hospedería;
con sus llagas, con su sangre
se sustenta el alma mía.

Allí sana de sus males,
allí recobra el vigor,
allí olvida sus pesares,
allí se inflama de amor.»

A la verdad, en amor al **Sagrado Corazón** se inflamó ya desde un principio el P. Robles, y por eso no anhela sino *vivir la misma vida* de **Jesucristo**:

«Adornado de pureza
vida nueva llevaré;

tu propia vida de amor,
pues tu sarmiento seré.»

y da de mano a los halagos del mundo y a la propia libertad, por hacerse *su prisionero* en la *llaga del costado*:

«No la lanza, tus amores
te abrieron el corazón.
¿Quién no vuela presuroso
a esa divina mansión?

En ella, Jesús, penetro
para vivir prisionero;
puedes cerrar para siempre,
que libertad no la quiero.»

Es que **Jesucristo** era para él *todo su bien*, como lo era para San Pablo:

«Es mi nave y es mi puerto
tu Corazón, mi Jesús;
en la noche de mi vida
es perenne y cierta luz.

Marche siempre generoso
a su divino fulgor,
ya me señale el Calvario
o bien me muestre el Tabor.»

El **Sagrado Corazón** oyó las súplicas de su *Apóstol* y mostróle en esta vida el *Calvario de un doloroso martirio*, y en LA OTRA el *Tabor de GLORIA IMPERECEDERA*.

EL BUEN PASTOR. — El día 14 de enero comienza a ser perseguido por el gobierno el Padre Robles. A despecho del peligro y contra las súplicas de sus feligreses, lejos de ocultarse, continúa impávido en la brecha, persuadido de que, como él mismo decía, «no es pastor el que abandona sus ovejas», y *abrasado en vivas ansias del martirio* así exclamaba: «¡Si el **Corazón Eucarístico de Jesús** me llevara en este día!» Cediendo, sin embargo, a los consejos y ruegos de personas prudentes, se refugia por fin en una cueva fuera de la ciudad. Allí *celebra* diariamente el **SANTO SACRIFICIO** de la MISA, a la que asisten muchos fieles.

DEL ALTAR AL CIELO. — No había de durar largo tiempo esta *vida de Catacumbas*. Descubierta el lugar de refugio, el día 25 de junio es sorprendido por un pelotón de soldados mientras se revestía para *celebrar*; de su pobre y oculta morada pasa gozoso a la cárcel.

ÚLTIMO POEMA DE UN MÁRTIR. — Y aquí es donde el P. Robles, viéndose *prisionero por Cristo*, desborda los afectos de su pecho, y canta con *inspiración de cielo* no su aparente des-

gracia, sino su verdadera gloria: la gloria de ser perseguido por su Dios. Por eso entona aquel himno de amor, en que de nuevo se ofrece todo a Jesús, como lo hiciera en otro tiempo al CONSAGRAR SOLEMNEMENTE SU VICARÍA al Sagrado Corazón:

«Cetro y corona no tengo
para ofrendarte, mi Rey;
y entregarlos no pudiera
como antaño con mi grey.

Mas de mi cárcel sagrada,
con mis hijos en unión
mística, llevo a ofrendarte
lo que tengo, corazón.»

Y con él, le ofrendó también su vida, que no se saciaron sus deseos sino con el martirio.

«Quiero amar tu Corazón,
Jesús mío, con delirio,
quiero amarlo con pasión,
quiero amarlo hasta el martirio.

Con el alma te bendigo,
mi Sagrado Corazón:
dime: ¿se llega el instante
de feliz y eterna unión?»

Presintiendo la proximidad de esta feliz unión, prorrumpe el Mártir en aquella tierna y confiada súplica, en que une con lazada de oro los dos amores de todo mejicano ferviente: CRISTO REY y MARIA SANTISIMA DE GUADALUPE:

«Tiéndeme, Jesús, los brazos,
pues tu pequeñito soy:
de ellos al seguro amparo
a donde lo ordenes voy...

Al amparo de mi Madre
y de su cuenta corriendo,
ya su pequeño del alma
vuela a sus brazos sonriendo.»

PRUEBA SUPREMA DE AMOR.—Y sonriendo, con la sonrisa del HÉROE CRISTIANO camina el P. Robles hacia el lugar del suplicio en la noche del día 25. Al llegar a un montecillo cerca de la sierra de Quila, ora unos instantes: «*que mi sangre caiga sobre mi pueblo en señal de bendición y de perdón*», exclama, y bendice y perdona a los soldados, promete rogar por ellos, y al ver la soga que le presentan, tómalala en sus manos, la bendice y besa y él mismo se la pone al cuello. «*Tuyo, siempre tuyo, Corazón Eucarístico de Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*» es su postrer oración, y le suspenden de un árbol.

De esta suerte el Apóstol del Sagrado Corazón dió la suprema muestra de amor: morir por Jesucristo...

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártir a este Sacerdote, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

UN MÁRTIR, APÓSTOL DEL SAGRADO CORAZÓN



P. JOSÉ M. ROBLES

...AL CIELO UN PADRE ESPERA ALLÍ... A SUS HIJOS TODOS. RUEGA
POR MÍ. TE BENDIGO EN EL CIELO
(PALABRAS DE LA ÚLTIMA CARTA DEL MÁRTIR ESCRITA DESDE LA PRISIÓN)

Propague V. la Colección de estas Hojitas para contrarrestar el
silencio de la Prensa

EL APÓSTOL DEL SAGRADO CORAZÓN

No otro nombre merece el Sacerdote don José M.^a Robles, Párroco de Tecolotlán, víctima de la persecución Callista en la noche del 25 de julio... *Apóstol* lo aclaman a grandes voces *su ejemplar y santa vida, sus obras de ardiente celo por la salvación de las almas, su heroica muerte ofrendada en sacrificio de amor al Amor de sus amores, al Sagrado Corazón de Jesús.*

EN PLENO APOSTOLADO. — En 1913, una vez terminados sus estudios en el Seminario de Guadalajara, tiene el sin igual consuelo de ser ordenado de *Sacerdote*. Desde esta fecha *el novel Ministro del Señor* entra en un período de *Apostolado* intensísimo, que desarrolla primero como Coadjutor en Nochixtlán y más tarde siendo Cura Párroco de Tecolotlán. El **CULTO DIVINO**, la predicación (para la que poseía relevantes prendas), el confesonario, la dirección espiritual, la visita a los enfermos y, sobre todo, *su conducta intachable*, llevan a cabo *la santificación de las almas que Dios le confiaba.*

EL SOCIÓLOGO CATÓLICO. — Su prodigiosa actividad la encauza el P. Robles hacia las obras de *acción católica*, tan fecundas en *frutos de gloria de Dios*. De ahí el que establezca un centro de la «Juventud Católica» con sus círculos de estudios, Sindicato Obrero con una mutua-lista y una cooperativa de consumo, funde un periódico, organice con los obreros y jóvenes una pequeña sección dramática, reedifique un antiguo hospital con su casa religiosa, noviciado, hospital y escuela anexa, sostenga un pequeño Seminario y propague el «Apostolado de la Oración».

EL SECRETO DEL ÉXITO. — ¿Dónde hallaba el P. Robles la fuente de tantas energías? En *el amor a Jesucristo que abrasaba su pecho*. Él mismo nos lo descubrirá en aquellos versos de su inspirada pluma, en los que *el fervoroso Apóstol parece vaciar los afectos más intensos al par que delicados de su ardiente corazón:*

«Es tu Corazón herido
mi divina hospedería;
con sus llagas, con su sangre
se sustenta el alma mía.

Allí sana de sus males,
allí recobra el vigor,
allí olvida sus pesares,
allí se inflama de amor.»

A la verdad, en *amor al Sagrado Corazón* se inflamó ya desde un principio el P. Robles, y por eso no anhela sino *vivir la misma vida de Jesucristo:*

«Adornado de pureza
vida nueva llevaré;

tu propia vida de amor,
pues tu sarmiento seré.»

y da de mano a los halagos del mundo y a la propia libertad, por hacerse *su prisionero* en la llaga del costado:

«No la lanza, tus amores
te abrieron el corazón.
¿Quién no vuela presuroso
a esa divina mansión?

En ella, Jesús, penetro
para vivir prisionero;
puedes cerrar para siempre,
que libertad no la quiero.»

Es que **Jesucristo** era para él *todo su bien*, como lo era para San Pablo:

«Es mi nave y es mi puerto
tu Corazón, mi Jesús;
en la noche de mi vida
es perenne y cierta luz.

Marche siempre generoso
a su divino fulgor,
ya me señale el Calvario
o bien me muestre el Tabor.»

El **Sagrado Corazón** oyó las súplicas de su *Apóstol* y mostróle en esta vida *el Calvario de un doloroso martirio*, y en LA OTRA *el Tabor de GLORIA IMPERECEDERA.*

EL BUEN PASTOR. — El día 14 de enero comienza a ser perseguido por el gobierno el Padre Robles. A despecho del peligro y contra las súplicas de sus feligreses, lejos de ocultarse, continúa impávido en la brecha, persuadido de que, como él mismo decía, «*no es pastor el que abandona sus ovejas*», y *abrasado en vivas ansias del martirio* así exclamaba: «*¡Si el Corazón Eucarístico de Jesús me llevara en este día!*» Cediendo, sin embargo, a los consejos y ruegos de personas prudentes, se refugia por fin en una cueva fuera de la ciudad. Allí *celebra* diariamente el SANTO SACRIFICIO de la MISA, a la que asisten muchos fieles.

DEL ALTAR AL CIELO. — No había de durar largo tiempo esta *vida de Catacumbas*. Descubierta el lugar de refugio, el día 25 de junio es sorprendido por un pelotón de soldados mientras se revestía para *celebrar*; de su pobre y oculta morada pasa gozoso a la cárcel.

ÚLTIMO POEMA DE UN MÁRTIR. — Y aquí es donde el P. Robles, viéndose *prisionero* por Cristo, desborda los *afectos de su pecho*, y *canta con inspiración de cielo* no su aparente des-

* *
gracia, sino su verdadera gloria: la gloria de ser perseguido por su Dios. Por eso entona aquel himno de amor, en que de nuevo se ofrece todo a Jesús, como lo hiciera en otro tiempo al CONSAGRAR SOLEMNEMENTE SU VICARÍA al Sagrado Corazón:

«Cetro y corona no tengo
para ofrendarte, mi Rey;
y entregarlos no pudiera
como antaño con mi grey.

Mas de mi cárcel sagrada,
con mis hijos en unión
mística, llego a ofrendarte
lo que tengo, corazón.»

Y con él, le ofrendó también su vida, que no se saciaron sus deseos sino con el martirio.

«Quiero amar tu Corazón,
Jesús mío, con delirio,
quiero amarlo con pasión,
quiero amarlo hasta el martirio.

Con el alma te bendigo,
mi Sagrado Corazón:
dime: ¿se llega el instante
de feliz y eterna unión?»

Presintiendo la proximidad de esta feliz unión, prorrumpe el Mártir en aquella tierna y confiada súplica, en que une con lazada de oro los dos amores de todo mejicano ferviente: CRISTO REY y MARIA SANTÍSIMA DE GUADALUPE:

«Tiéndeme, Jesús, los brazos,
pues tu pequeñito soy;
de ellos al seguro amparo
a donde lo ordenes voy...

Al amparo de mi Madre
y de su cuenta corriendo,
ya su pequeño del alma
vuela a sus brazos sonriendo.»

PRUEBA SUPREMA DE AMOR. — Y sonriendo, con la sonrisa del HÉROE CRISTIANO camina el P. Robles hacia el lugar del suplicio en la noche del día 25. Al llegar a un montecillo cerca de la sierra de Quila, ora unos instantes; «que mi sangre caiga sobre mi pueblo en señal de bendición y de perdón», exclama, y bendice y perdona a los soldados, promete rogar por ellos, y al ver la soga que le presentan, tómalala en sus manos, la bendice y besa y él mismo se la pone al cuello. «Tuyo, siempre tuyo, Corazón Eucarístico de Jesús; Padre, en tus manos encomiando mi espíritu» es su postrer oración, y le suspenden de un árbol.

De esta suerte el Apóstol del Sagrado Corazón dió la suprema muestra de amor: morir por Jesucristo...

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártir a este Sacerdote, sin intención de prevenir el juicio ile la Iglesia

EL SOLDADO DE ¡CRISTO REY!



«USTEDES SON SOLDADOS DE UN MAL GOBIERNO.
YO SOY SOLDADO DE ¡CRISTO REY!»

(PALABRAS DEL MARTIR AL RECIBIR LA DESCARGA)

Ayude usted a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren

FLOR DE HEROÍSMO

La mano despiadada del presidente rojo continúa segando en flor la juventud católica mejicana: día tras día caen en el campo de la defensa religiosa las más bellas y puras esperanzas de la Iglesia y de la Patria.

Espectáculo sublime el de una juventud, que ofrece generosa su sangre inmaculada en aras de su Dios y de su Fe.

TRAS EL CLARIN DEL COMBATE. — Después de prolongada y heroica resistencia pasiva a los preceptos de una constitución que viola los derechos divinos y las libertades humanas, sonó para el católico pueblo mejicano el clarín del combate. Los primeros en percibir los acentos bélicos de la LUCHA SANTA fueron los jóvenes, que con gallarda valentía, despreciando un mundo de ilusiones y de amores, corren a alistarse en las filas de los nuevos cruzados.

La generación actual necesitaba el ejemplo de una juventud que, en pleno siglo XX, tuviera el valor de proclamar la Divina Realeza ante las bayonetas y fusiles de los enemigos de Cristo.

Uno de los primeros en adherirse a los escuadrones de las reconquistas cristianas, fué Antonio Acuña, joven de 21 años de edad, congregante de la Virgen y miembro de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana.

Acuña había consagrado todas sus actividades al apostolado, fué colaborador entusiasta de la revista «Militia», órgano de las juventudes católicas en Coahuila, y más tarde organizador incansable de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.

En el mes de septiembre juró solemnemente luchar hasta derramar su sangre por LA CAUSA de Jesucristo y por la sumisión a los jefes libertadores.

A LOS PIES DE LA VIRGEN. — El 10 de enero de 1927, antes de partir a los campos de la lucha, se reúnen en casa de Acuña varios de sus compañeros de armas, y, postrados a los pies de la Virgen, se consagran a Ella implorando su protección en la ardua y difícil empresa a que les lleva su amor a Jesucristo. En torno de ellos se hallan también de rodillas los padres y hermanos de los noveles guerreros de CRISTO REY, que ven, no con dolor, sino con alegría, cómo se aprestan para la lucha aquellos seres queridos. Terminada su oración, los jóvenes dan el último adiós a sus familias y se encaminan hacia las afueras de la ciudad, donde se incorporan a los demás libertadores.

PRIMERA BATALLA Y ÚLTIMOS TRIUNFOS. — Después del primer combate, Acuña recibe orden de comunicarse con otro de los grupos católicos; la obscuridad de la noche y el ignorar el camino le obligan a pernoctar en lo alto de una sierra. A las primeras horas del siguiente día reanuda su jornada; y ya en las inmediaciones de la Hacienda «El Cedrito», le capturan las avanzadas del gobierno.

— ¿Quién es usted? — pregunta al intrépido joven el jefe de las tropas.

— Antonio Acuña — responde el interpelado sin inmutarse.

— ¿De dónde viene?

— Del Saltillo.

— ¿Por qué lleva usted armas?

— Porque las necesito para mi defensa.

— Usted es de los rebeldes, pero parece buen muchacho, sin duda que anda engañado. Le dejo en libertad, pero tenga cuidado. Si de nuevo le capturan diga que ya ha sido revisado por mí.

Acuña continuó su camino sin dar la menor señal de temor. Al llegar al «Cedrito», pide al Administrador de la Hacienda, de comer. El jefe del destacamento que había acampado allí, al enterarse de la llegada del joven, le llama a su presencia: las mismas preguntas del interrogatorio anterior se repiten de nuevo y a ellas contesta Acuña con la misma serenidad y valor, y por segunda vez queda en libertad. Momentos después, un jefe socialista dice al coronel: «A este joven hay que revisarlo, pues debe ser de los libertadores.» En efecto, comienzan a registrar a Acuña minuciosamente; le encuentran una libreta con la lista de los compañeros de armas y manifiestos de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.

Una vez descubierto, los soldados se burlan de él y le injurian; con gran entereza responde el intrépido luchador de LA CAUSA CATÓLICA: «Sí, soy soldado de CRISTO REY; tengo el grado de Mayor en el ejército de la Libertad; y llevo dinero, porque estoy encargado de pagar a los soldados.»

Las palabras del joven encienden más la ira y el odio sectario de los enemigos de Cristo; y entre injurias y blasfemias le echan un lazo al cuello al mismo tiempo que dan contra él sentencia de muerte. Acuña, al oír que será pasado por las armas, no se inmuta, y sólo pide unos instantes para escribir unas cuantas líneas a su familia antes de morir. Los verdugos le otorgan sin dificultad el permiso. Al terminar la carta, consciente de que muere por odio a Cristo, se firma «Mártir». Los soldados encuentran en el postrer escrito de su víctima nuevos motivos de escarnio; la familia del Mártir no tiene el consuelo de leer sus últimas palabras, porque la carta fué destruida.

EL SOLDADO DE CRISTO REY. — Antes de morir, ante el pelotón de soldados ya dispuesto para disparar, en un gesto sublime de valor y de Fe, dice el invicto joven: — «Ustedes son sol-

dados de un mal gobierno... Yo soy soldado de CRISTO REY.» Y aquella frente pura se irguió con la gallardía del Mártir y exclamó: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!» La descarga se oyó al mismo tiempo que caía teñido en la púrpura de su sangre el Soldado de CRISTO REY.

Ante la tumba del nuevo Mártir bien podemos escribir estos inspirados versos con que un poeta mejicano ha cantado el martirio de Acuña:

«Duerme en paz en tu tumba, NOBLE SOLDADO,
con la tierra sangrienta por ataúd...
no morirá tu nombre, pues ha jurado
salvar a nuestra patria la Juventud.
No morirá tu nombre, cuando el infierno
vencido en nuestro suelo, triunfe la Ley,
será en mármol y bronce tu grito eterno:
«VOSOTROS SOIS SOLDADOS DE UN MAL GOBIERNO,
YO SOY SOLDADO DE CRISTO REY.»

EL LAZO ETERNO DE AMISTAD. — El mismo día y en el mismo lugar fué ejecutado también por Cristo, Teodoro Segovia, íntimo amigo de Acuña y que se había unido a los libertadores, atraído por los consejos de *su fiel compañero*.

Segovia se resistía mucho al principio a tomar las armas, pero al fin lo hizo, convencido de la *necesidad y justicia* de LA CAUSA a que le exhortaba Acuña, y siguiendo los descos de *su cristiana familia*.

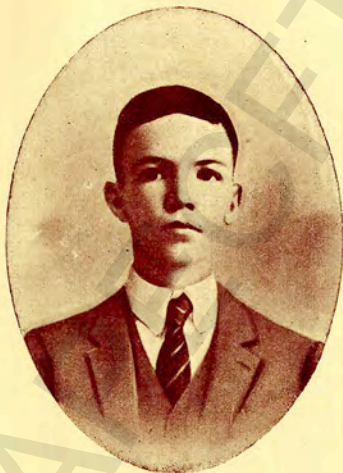
Ya formado el cuadro para fusilarlo, confesó por última vez *la alteza de miras* con que se había lanzado a la defensa armada: «Yo he venido, dijo, a pelear por la Virgen de Guadalupe. ¡VIVA CRISTO REY!»

Una nueva descarga unió con igual triunfo a aquellos dos héroes de Cristo. El lazo de amistad que en el mundo los unió hasta el martirio, no se ha roto, se ha estrechado más, pues les une en *amistad eterna*.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Mártir le llamamos, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

EL MÁRTIR DE COLIMA



«YA NO HEMOS DE PEDIR QUE CESE LA PERSECUCIÓN,
SINO QUE EN CADA CATÓLICO HAYA UN HEROE
COMO EN TIEMPO DE NERÓN.»

(DE UNA CARTA DEL MARTIR)

Ayude usted a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio
de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren

ÁNGEL Y MÁRTIR

Nada tan bello y conmovedor entre los actos de LOS MÁRTIRES CRISTIANOS como aquellos en que se narran los martirios de inocentes niños y castos adolescentes. Estas mismas páginas inmortales las ha vuelto a ver repetidas la IGLESIA CATÓLICA en la actual persecución, donde la voz de Tarcicio y Pancracio; dulce e inocente, ha vuelto a confesar a Cristo en medio de los tormentos y la muerte. El 5 de agosto de 1927 fué martirizado en Colima, Tomás de la Mora, jovencito de 10 años, por el crimen de ser cristiano.

DEL CORAZÓN A LA PLUMA. — Su alma pura y generosa, a la vez que teme mancharse con los bienes y placeres de este mundo, siente ansias de martirio. Tomás no había nacido para las cosas de la tierra, sentía la nostalgia del CIELO; pero quería volar allá llevando en sus manos la palma del martirio. El mismo nos descubre, con toda ingenuidad, estos dos afectos de su corazón, en algunas de sus cartas íntimas. Llega a sus oídos el rumor de que habían matado al señor Obispo de Ejutla, e inmediatamente escribe la siguiente bellísima carta:

«Colima, 31 de mayo de 1926. Te escribo de carrera porque acabo de cenar y porque tengo que ir a un negocio.

»Procura darte cuenta del señor Obispo de Ejutla, pues parece que es el primer mártir de esta desenfrenada persecución.

»Demos gracias a Dios porque se ha dignado darnos un héroe. A pesar de ser tan tibios y tan poco virtuosos..., según pienso, esta persecución va a ser que Méjico brille por la heroicidad de sus mártires.

»Tú, que estás junto al Santísimo Sacramento, pídele que nos dé valor a todos los católicos mejicanos para no flaquear. Ya no hemos de pedir que cese la persecución, sino que en cada católico haya un héroe como en tiempo de Nerón.

»No dejes de luchar por adelantar en la virtud, pues, si no adelantas, con toda seguridad, retrocedes.

»Fíjate, por allá, hay mucha vanidad; por eso no quiero ir, ni conocer, aunque sea muy hermoso. Ya se acabó el papel. — Tomás de la Mora.»

Pocos meses después, volvía a expresar estos mismos sentimientos en otra carta íntima:

«...¡Cuántos recuerdos lúgubres de nuestro finado abuelito entristecieron los días que permanecimos en este rancho, tan alegre y recreativo cuando estaba cuidado por su anciano dueño! Con razón los SANTOS desprecian todo lo terreno; pues las alegrías de hoy serán mañana punzantes

recuerdos que dirán al alma: «Infeliz, pensabas que siempre gozarías de nosotros; pero no; tú pronto morirás; es preciso, pues, busques bien en la eternidad.»

»Dirás: y éste, ¿qué se anda preocupando?

»Píde a Dios que sea un mártir. — Tomás de la Mora.»

EL MARTIRIO. — Bien pronto vió cumplidos sus deseos. Mientras jugaba con sus hermanos, el 5 de agosto de 1927, fué apresado Tomás por una escolta de 10 soldados.

La madre, al ver a su hijo en manos de los perseguidores, empezó a dar voces de angustia; pero Tomás, con gran valor y serenidad, le dice: «No te aflijas, mamá, dame tu bendición, y si no nos vemos en esta vida, nos veremos en el CIELO.» Se arrodilla y le pide que le bendiga por última vez.

Y aquella afligida madre ve partir a su hijo en medio de los soldados.

Presentan a Tomás ante el Jefe de las armas, quien al ver llegar al intrépido prisionero le dice:

— ¿Usted tiene correspondencia con los católicos que están en armas?

— Mientras no se me demuestre, con pruebas, no soy responsable — contesta al militar el valiente joven.

— Aquí tiene esta carta; la letra y firma son de usted.

— Es mía — dice Tomás, sin vacilar un momento, al reconocer el escrito.

— Usted es de esos valientes y aún tiene la leche en los labios — le dice el general con tono despectivo.

Entonces, con una entereza superior a sus años, le responde el Mártir:

— Si fuera valiente y bravo andaría con los que están en armas; pero como soy cobarde, desde aquí les ayudo — y añadió, con más convicción aún —: todos LOS CRISTIANOS estamos obligados a librar a la SANTA IGLESIA de la esclavitud en que la tienen los tiranos, y a reclamar su libertad; los que tenemos la leche en los labios y los que tienen barbas.»

Tan enérgica y cristiana respuesta no pudo menos de aumentar el odio sectario del general, que se vió confundido por un niño. Ordenó entonces que se le golpeará. Después de esta bárbara acción vuelve Tomás, con la cara amoratada por los golpes, a la presencia del impío general; éste, al verle en aquel estado, pensando que el tormento había doblegado su firmeza, le dice de nuevo:

— Te daré libre si tú prometes ya no comunicarte con los católicos que están en armas.

— Me comunicaré en seguida nuevamente y les contaré lo que me pasa. No puedo vivir ocioso mientras mi madre, la IGLESIA, llora.

Esta sublime respuesta que no puede menos de trasladarnos a la época de los Tarcicios y Pancracios por su acento viril y cristiano, acabó de encender el odio a Cristo del militar; y sin for-

mación ninguna de juicio, decretó la muerte de aquel niño, ordenando a la escolta que le ahorcaran. Al oír la sentencia de muerte dada contra él, lejos de acobardarse, dice lleno de gozo al general: *«La tardanza me molesta.»*

La escolta cumplió las órdenes y Tomás salió hacia el patíbulo custodiado por los soldados.

Al pasar por el Zalate de Juárez, uno de los más encarnizados enemigos de la IGLESIA y de la PATRIA MEJICANA, dijo: *«Este es lugar de ignominia; aquí cuélguenme para que se cambie en bendición este lugar de maldición.»*

El jefe de la escolta accedió a los deseos del Mártir. Al acercarse un soldado para echarle la soga al cuello, le dijo: *«No me toque, porque me mancha.»* — ¿Por qué? — le responde el soldado. — *«Porque ustedes son soldados del demonio y nosotros de CRISTO REY. Dame la soga.»* La toma y él mismo se la echa al cuello y añade: *«Ustedes se han propuesto pelear contra Dios y a Dios no le vencen; porque Dios es el triunfador.»*

— ¿Tiene que pedir alguna gracia o arreglar algún negocio? — le dice el jefe de la escolta.

— Ningún negocio me queda por arreglar en esta vida. Todo lo tengo listo para la marcha. Ante Dios tengo muchos asuntos que arreglar; primero, pedir a Dios que quite la venda que les ciega a ustedes; segundo, pedir por mis afligidos padres, y tercero, pedir por la IGLESIA y mi Patria.

El jefe, burlándose del Mártir, le dice:

— Para ti no pides, o no tienes que pedir.

— Nada pido para mí. Cristo tiene méritos adelantados para salvar a millones y sé que Él me salva, porque soy de los suyos y muero por Él.

Terminadas estas sublimes palabras, exclama: ¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN SANTÍSIMA DE GUADALUPE!

El jefe ordena a los soldados que tiren de la cuerda y el Mártir glorioso vuela al CIELO triunfante llevando la blanca estola de la inocencia y ostentando sobre su frente pura la corona del martirio.

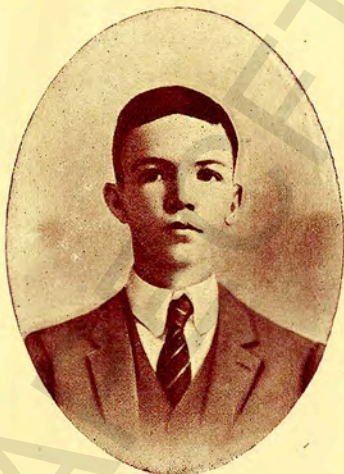
Es imposible leer esta bellísima página del martirologio mejicano sin exclamar: ¡Gloria a la IGLESIA CATÓLICA DE MÉJICO, que en pleno siglo XX ha renovado los hechos más gloriosos de la IGLESIA de las catacumbas!

UN LLAMAMIENTO A LOS NIÑOS CATÓLICOS. — Es necesario que vuestras infantiles y puras frentes se levanten por todo el mundo para pregonar las glorias de los niños mártires de Méjico y para protestar contra estos hechos de crueldad; es necesario que lleguen a los alcázares de los grandes perseguidores de los católicos mejicanos, de los que arrancan la vida a los niños inocentes e indefensos, vuestras voces de protesta.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Mártir le llamamos, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

EL MÁRTIR DE COLIMA



«YA NO HEMOS DE PEDIR QUE CESE LA PERSECUCIÓN,
SINO QUE EN CADA CATÓLICO HAYA UN HEROE
COMO EN TIEMPO DE NERÓN.»

(DE UNA CARTA DEL MÁRTIR)

Ayude usted a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio
de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren

ÁNGEL Y MÁRTIR

Nada tan bello y conmovedor entre los actos de LOS MÁRTIRES CRISTIANOS como aquellos en que se narran los martirios de inocentes niños y castos adolescentes. Estas mismas páginas inmortales las ha vuelto a ver repetidas la IGLESIA CATÓLICA en la actual persecución, donde la voz de Tarcicio y Pancracio, dulce e inocente, ha vuelto a confesar a Cristo en medio de los tormentos y la muerte. El 5 de agosto de 1927 fué martirizado en Colima, Tomás de la Mora, jovencito de 16 años, por el crimen de ser cristiano.

DEL CORAZÓN A LA PLUMA. — Su alma pura y generosa, a la vez que teme mancharse con los bienes y placeres de este mundo, siente ansias de martirio. Tomás no había nacido para las cosas de la tierra, sentía la nostalgia del CIELO; pero quería volar allá llevando en sus manos la palma del martirio. El mismo nos descubre, con toda ingenuidad, estos dos afectos de su corazón, en algunas de sus cartas íntimas. Llega a sus oídos el rumor de que habían matado al señor Obispo de Ejutla, e inmediatamente escribe la siguiente bellísima carta:

«Colima, 31 de mayo de 1926. Te escribo de carrera porque acabo de cenar y porque tengo que ir a un negocio.

»Procura darte cuenta del señor Obispo de Ejutla, pues parece que es el primer mártir de esta desenfrenada persecución.

»Demos gracias a Dios porque se ha dignado darnos un héroe. A pesar de ser tan tibios y tan poco virtuosos..., según pienso, esta persecución va a ser que Méjico brille por la heroicidad de sus mártires.

»Tú, que estás junto al Santísimo Sacramento, pídele que nos dé valor a todos los católicos mejicanos para no flaquear. Ya no hemos de pedir que cese la persecución, sino que en cada católico haya un héroe como en tiempo de Nerón.

»No dejes de luchar por adelantar en la virtud, pues, si no adelantas, con toda seguridad, retrocedes.

»Fíjate, por allá, hay mucha vanidad; por eso no quiero ir, ni conocer, aunque sea muy hermoso.

»Ya se acabó el papel. — Tomás de la Mora.»

Pocos meses después, volvía a expresar estos mismos sentimientos en otra carta íntima:

«...¡Cuántos recuerdos lúgubres de nuestro finado abuelito entristecieron los días que permanecimos en este rancho, tan alegre y recreativo cuando estaba cuidado por su anciano dueño! Con razón los SANTOS desprecian todo lo terreno; pues las alegrías de hoy serán mañana punzantes

recuerdos que dirán al alma: «Infeliz, pensabas que siempre gozarías de nosotros; pero no; tú pronto morirás; es preciso, pues, busques bien en la eternidad.»

»Dirás: y éste, ¿qué se anda preocupando?

»Pide a Dios que sea un mártir. — Tomás de la Mora.»

EL MARTIRIO. — Bien pronto vió cumplidos sus deseos. Mientras jugaba con sus hermanos, el 5 de agosto de 1927, fué apresado Tomás por una escolta de 10 soldados.

La madre, al ver a su hijo en manos de los perseguidores, empezó a dar voces de angustia; pero Tomás, con gran valor y serenidad, le dice: «No te aflijas, mamá, dame tu bendición, y si no nos vemos en esta vida, nos veremos en el CIELO.» Se arrodilla y le pide que le bendiga por última vez.

Y aquella afligida madre ve partir a su hijo en medio de los soldados.

Presentan a Tomás ante el Jefe de las armas, quien al ver llegar al intrépido prisionero le dice:

— ¿Usted tiene correspondencia con los católicos que están en armas?

— Mientras no se me demuestre, con pruebas, no soy responsable — contesta al militar el valiente joven.

— Aquí tiene esta carta; la letra y firma son de usted.

— Es mía — dice Tomás, sin vacilar un momento, al reconocer el escrito.

— Usted es de esos valientes y aún tiene la leche en los labios — le dice el general con tono despectivo.

Entonces, con una entereza superior a sus años, le responde el Mártir:

— Si fuera valiente y bravo andaría con los que están en armas; pero como soy cobarde, desde aquí les ayudo — y añadió, con más convicción aún —: todos LOS CRISTIANOS estamos obligados a librar a la SANTA IGLESIA de la esclavitud en que la tienen los tiranos, y a reclamar su libertad; los que tenemos la leche en los labios y los que tienen barbas.»

Tan enérgica y cristiana respuesta no pudo menos de aumentar el odio sectario del general, que se vió confundido por un niño. Ordenó entonces que se le golpeará. Después de esta bárbara acción vuelve Tomás, con la cara amoratada por los golpes, a la presencia del impío general; éste, al verle en aquel estado, pensando que el tormento había doblegado su firmeza, le dice de nuevo:

— Te daré libre si tú prometes ya no comunicarte con los católicos que están en armas.

— Me comunicaré en seguida nuevamente y les contaré lo que me pasa. No puedo vivir ocioso mientras mi madre, la IGLESIA, llora.

Esta sublime respuesta que no puede menos de trasladarnos a la época de los Tarcicios y Pancracios por su acento viril y cristiano, acabó de encender el odio a Cristo del militar; y sin for-

mación ninguna de juicio, decretó la muerte de aquel niño, ordenando a la escolta que le ahorcaran. Al oír la sentencia de muerte dada contra él, lejos de acobardarse, dice lleno de gozo al general: *«La tardanza me molesta.»*

La escolta cumplió las órdenes y Tomás salió hacia el patíbulo custodiado por los soldados.

Al pasar por el Zalate de Juárez, uno de los más encarnizados enemigos de la IGLESIA y de la PATRIA MEJICANA, dijo: *«Este es lugar de ignominia; aquí cuélguenme para que se cambie en bendición este lugar de maldición.»*

El jefe de la escolta accedió a los deseos del Mártir. Al acercarse un soldado para echarle la soga al cuello, le dijo: *«No me toque, porque me mancha.»* — ¿Por qué? — le responde el soldado. — *«Porque ustedes son soldados del demonio y nosotros de CRISTO REY. Dame la soga.»* La toma y él mismo se la echa al cuello y añade: *«Ustedes se han propuesto pelear contra Dios y a Dios no le vencen; porque Dios es el triunfador.»*

— ¿Tiene que pedir alguna gracia o arreglar algún negocio? — le dice el jefe de la escolta.

— Ningún negocio me queda por arreglar en esta vida. Todo lo tengo listo para la marcha. Ante Dios tengo muchos asuntos que arreglar; primero, pedir a Dios que quite la venda que les ciega a ustedes; segundo, pedir por mis afligidos padres, y tercero, pedir por la IGLESIA y mi Patria.

El jefe, burlándose del Mártir, le dice:

— Para ti no pides, o no tienes que pedir.

— Nada pido para mí. Cristo tiene méritos adelantados para salvar a millones y sé que él me salva, porque soy de los suyos y muero por él.

Terminadas estas sublimes palabras, exclama: ¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN SANTISIMA DE GUADALUPE!

El jefe ordena a los soldados que tiren de la cuerda y el Mártir glorioso vuela al CIELO triunfante llevando la blanca estola de la inocencia y ostentando sobre su frente pura la corona del martirio.

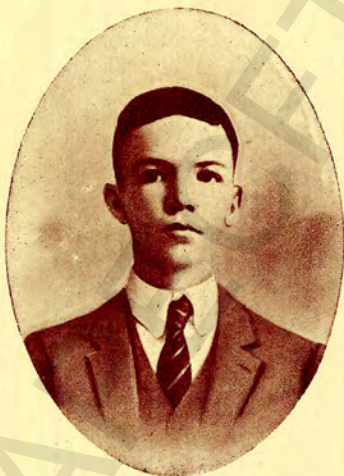
Es imposible leer esta bellísima página del martirologio mejicano sin exclamar: ¡Gloria a la IGLESIA CATÓLICA DE MÉJICO, que en pleno siglo XX ha renovado los hechos más gloriosos de la IGLESIA de las catacumbas!

UN LLAMAMIENTO A LOS NIÑOS CATÓLICOS. — Es necesario que vuestras infantiles y puras frentes se levanten por todo el mundo para pregonar las glorias de los niños mártires de Méjico y para protestar contra estos hechos de crueldad; es necesario que lleguen a los alcázares de los grandes perseguidores de los católicos mejicanos, de los que arrancan la vida a los niños inocentes e indefensos, vuestras voces de protesta.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Mártir le llamamos, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

EL MÁRTIR DE COLIMA



«YA NO HEMOS DE PEDIR QUE CESE LA PERSECUCIÓN,
SINO QUE EN CADA CATÓLICO HAYA UN HEROE
COMO EN TIEMPO DE NERÓN.»

(DE UNA CARTA DEL MÁRTIR)

Ayude usted a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio
de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren

ÁNGEL Y MÁRTIR

Nada tan bello y conmovedor entre los actos de LOS MÁRTIRES CRISTIANOS como aquellos en que se narran los martirios de inocentes niños y castos adolescentes. Estas mismas páginas inmortales las ha vuelto a ver repetidas la IGLESIA CATÓLICA en la actual persecución, donde la voz de Tarcicio y Paneracio, dulce e inocente, ha vuelto a confesar a Cristo en medio de los tormentos y la muerte. El 5 de agosto de 1927 fué martirizado en Colima, Tomás de la Mora, jovencito de 16 años, por el crimen de ser cristiano.

DEL CORAZÓN A LA PLUMA. — Su alma pura y generosa, a la vez que teme mancharse con los bienes y placeres de este mundo, siente ansias de martirio. Tomás no había nacido para las cosas de la tierra, sentía la nostalgia del CIELO; pero quería volar allá llevando en sus manos la palma del martirio. El mismo nos descubre, con toda ingenuidad, estos dos afectos de su corazón, en algunas de sus cartas íntimas. Llega a sus oídos el rumor de que habían matado al señor Obispo de Ejutla, e inmediatamente escribe la siguiente bellísima carta:

«Colima, 31 de mayo de 1926. Te escribo de carrera porque acabo de cenar y porque tengo que ir a un negocio.

»Procura darte cuenta del señor Obispo de Ejutla, pues parece que es el primer mártir de esta desenfrenada persecución.

»Demos gracias a Dios porque se ha dignado darnos un héroe. A pesar de ser tan tibios y tan poco virtuosos..., según pienso, esta persecución va a ser que Méjico brille por la heroicidad de sus mártires.

»Tú, que estás junto al Santísimo Sacramento, pídele que nos dé valor a todos los católicos mejicanos para no flaquear. Ya no hemos de pedir que cese la persecución, sino que en cada católico haya un héroe como en tiempo de Nerón.

»No dejes de luchar por adelantar en la virtud, pues, si no adelantas, con toda seguridad, retrocedes.

»Fíjate, por allá, hay mucha vanidad; por eso no quiero ir, ni conocer, aunque sea muy hermoso.

»Ya se acabó el papel. — Tomás de la Mora.»

Pocos meses después, volvía a expresar estos mismos sentimientos en otra carta íntima:

«...¡Cuántos recuerdos lúgubres de nuestro finado abuelito entristecieron los días que permanecimos en este ranchito, tan alegre y recreativo cuando estaba cuidado por su anciano dueño! Con razón los SANTOS desprecian todo lo terreno; pues las alegrías de hoy serán mañana punzantes

recuerdos que dirán al alma: «Infeliz, pensabas que siempre gozarías de nosotros; pero no; tú pronto morirás; es preciso, pues, busques bien en la eternidad.»

»Dirás: y éste, ¿qué se anda preocupando?

»Pide a Dios que sea un mártir. — Tomás de la Mora.»

EL MARTIRIO. — Bien pronto vió cumplidos sus deseos. Mientras jugaba con sus hermanos, el 5 de agosto de 1927, fué apresado Tomás por una escolta de 10 soldados.

La madre, al ver a su hijo en manos de los perseguidores, empezó a dar voces de angustia; pero Tomás, con gran valor y serenidad, le dice: «No te aflijas, mamá, dame tu bendición, y si no nos vemos en esta vida, nos veremos en el CIELO.» Se arrodilla y le pide que le bendiga por última vez.

Y aquella afligida madre ve partir a su hijo en medio de los soldados.

Presentan a Tomás ante el Jefe de las armas, quien al ver llegar al intrépido prisionero le dice:

— ¿Usted tiene correspondencia con los católicos que están en armas?

— Mientras no se me demuestre, con pruebas, no soy responsable — contesta al militar el valiente joven.

— Aquí tiene esta carta; la letra y firma son de usted.

— Es mía — dice Tomás, sin vacilar un momento, al reconocer el escrito.

— Usted es de esos valientes y aún tiene la leche en los labios — le dice el general con tono despectivo.

Entonces, con una entereza superior a sus años, le responde el Mártir:

— Si fuera valiente y bravo andaría con los que están en armas; pero como soy cobarde, desde aquí les ayudo — y añadió, con más convicción aún —: todos LOS CRISTIANOS estamos obligados a librar a la SANTA IGLESIA de la esclavitud en que la tienen los tiranos, y a reclamar su libertad; los que tenemos la leche en los labios y los que tienen barbas.»

Tan enérgica y cristiana respuesta no pudo menos de aumentar el odio sectario del general, que se vió confundido por un niño. Ordenó entonces que se le golpeará. Después de esta bárbara acción vuelve Tomás, con la cara amoratada por los golpes, a la presencia del impío general; éste, al verle en aquel estado, pensando que el tormento había doblegado su firmeza, le dice de nuevo:

— Te daré libre si tú prometes ya no comunicarte con los católicos que están en armas.

— Me comunicaré en seguida nuevamente y les contaré lo que me pasa. No puedo vivir ocioso mientras mi madre, la IGLESIA, llora.

Esta sublime respuesta que no puede menos de trasladarnos a la época de los Tarcicios y Paneracios por su acento viril y cristiano, acabó de encender el odio a Cristo del militar; y sin for-

mación ninguna de juicio, decretó la muerte de aquel niño, ordenando a la escolta que le ahorcaran. Al oír la sentencia de muerte dada contra él, lejos de acobardarse, dice lleno de gozo al general: *«La tardanza me molesta.»*

La escolta cumplió las órdenes y Tomás salió hacia el patíbulo custodiado por los soldados.

Al pasar por el Zalate de Juárez, uno de los más encarnizados enemigos de la IGLESIA y de la PATRIA MEJICANA, dijo: *«Este es lugar de ignominia; aquí cuélguenme para que se cambie en bendición este lugar de maldición.»*

El jefe de la escolta accedió a los deseos del Mártir. Al acercarse un soldado para echarle la soga al cuello, le dijo: *«No me toque, porque me mancha.»* — ¿Por qué? — le responde el soldado. — *«Porque ustedes son soldados del demonio y nosotros de CRISTO REY. Dame la soga.»* La toma y él mismo se la echa al cuello y añade: *«Ustedes se han propuesto pelear contra Dios y a Dios no le vencen; porque Dios es el triunfador.»*

— ¿Tiene que pedir alguna gracia o arreglar algún negocio? — le dice el jefe de la escolta.

— Ningún negocio me queda por arreglar en esta vida. Todo lo tengo listo para la marcha. Ante Dios tengo muchos asuntos que arreglar; primero, pedir a Dios que quite la venda que les ciega a ustedes; segundo, pedir por mis afligidos padres, y tercero, pedir por la IGLESIA y mi Patria.

El jefe, burlándose del Mártir, le dice:

— Para ti no pides, o no tienes que pedir.

— Nada pido para mí. Cristo tiene méritos adelantados para salvar a millones y sé que Él me salva, porque soy de los suyos y muero por Él.

Terminadas estas sublimes palabras, exclama: *«¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN SANTÍSIMA DE GUADALUPE!»*

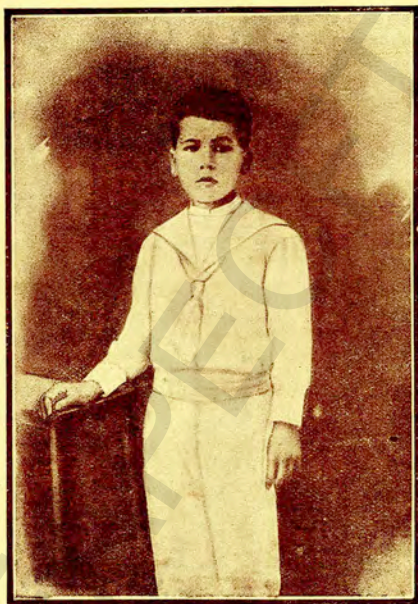
El jefe ordena a los soldados que tiren de la cuerda y el Mártir glorioso vuela al CIELO triunfante llevando la blanca estola de la inocencia y ostentando sobre su frente pura la corona del martirio.

Es imposible leer esta bellísima página del martirologio mejicano sin exclamar: ¡Gloria a la IGLESIA CATÓLICA DE MÉJICO, que en pleno siglo XX ha renovado los hechos más gloriosos de la IGLESIA de las catacumbas!

UN LLAMAMIENTO A LOS NIÑOS CATÓLICOS. — Es necesario que vuestras infantiles y puras frentes se levanten por todo el mundo para pregonar las glorias de los niños mártires de Méjico y para protestar contra estos hechos de crueldad; es necesario que lleguen a los alcázares de los grandes perseguidores de los católicos mejicanos, de los que arrancan la vida a los niños inocentes e indefensos, vuestras voces de protesta.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Mártir le llamamos, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia



EL MÁRTIR DE SAHUAYO

*Mártir le llamamos, sin intención de prevenir
el juicio de la Iglesia*

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Propague usted esta Hojita en los Colegios

DEL COLEGIO AL CAMPAMENTO

La impía persecución con que Calles ha pretendido exterminar la FE CRISTIANA del pueblo mejicano no sólo ha conmovido el corazón de los hombres de aquel hermoso país a sacrificar las delicias del hogar y lanzarse a los campos de batalla para conquistar por la fuerza sus DERECHOS DE CRISTIANOS y de hombres, sino que también ha inflamado en estos mismos deseos a inocentes niños que trocando el colegio por el campamento, están dando al mundo entero un ejemplo singular en los fastos de la historia eclesiástica.

Uno de estos infantiles guerreros, que se ha lanzado a defender con las armas LA CAUSA de ¡CRISTO REY!, fué José Sánchez del Río.

Sólo trece años y meses contaba, cuando se sumó a los ejércitos de la libertad. Temiendo que su corta edad fuera un obstáculo para que lo admitieran en ellos, escribió varias veces al jefe Prudencio Mendoza, suplicándole encarecidamente le permitiera alistarse en la milicia de Cristo; y que si no era todavía capaz de manejar el máuser, por lo menos serviría a los soldados quitándoles las espuelas, cuidando de sus caballos y sirviéndoles en todo lo demás. Y agregaba con ingenua sencillez que sabía freír alubias. Enternecido y admirado el jefe, le contestó diciéndole que le admitía. A los pocos días, el bisoño militar luchaba ya en las filas de los nuevos cruzados. Y que no le impulsara a tomar las armas sino el deseo de defender su FE lo prueban estas palabras que dijo a su madre que se oponía que tomara parte en esta empresa superior a sus años: «Nunca ha sido tan fácil ganarse el CIELO como ahora.»

La poca edad de José y su fervor religioso le ganaron las simpatías de la tropa, que le llamaba con cariño «Tarcicio».

En el combate del 5 de febrero, al ver que al general le habían matado el caballo, se apea él del suyo y le dice, con el garbo de un veterano: «Mi general: aquí está mi caballo. Sálvese usted, aunque a mí me maten. Yo no hago falta y usted sí.» Le entrega el caballo, busca él una posición estratégica y empieza a disparar hasta agotar el último cartucho. Viéndose ya sin municiones, arroja el arma sobre el enemigo, «para ver si descalabraba, como él dijo, algún demonio». Los soldados de Calles lo hacen entonces prisionero. Él, al presentarse al general, le dice con gran valentía y resolución: «Aquí estoy porque se me han acabado las balas, pero no me rindo.» Forman entonces el cuadro para fusilarle; el general, al ver la poca edad del valiente soldado de ¡CRISTO REY!, no permite la ejecución, sino le dice que le incorporará a las tropas del gobierno. Al oír tal determinación, exclama: «¡Primero muerto! ¡Odio al gobierno perseguidor! ¡Es mi enemigo! ¡Fusílenme!»

Al leer esta vívida narración, tomada de labios del mismo Mártir antes de ser fusilado, no podemos menos de recordar las hazañas de gloriosos militares. José Sánchez del Río es un niño con alma de héroe, pero un héroe de su FE.

ESCENAS DE LA PRISIÓN. — Desde Cotija, donde fué hecho prisionero, le condujeron a Sahuayo, su ciudad natal. Al enterarse que estaba allí, se presenta para verle el diputado Picazo, hombre sanguinario y cruel. Piensa encontrar al niño acobardado, y al verle imperturbable, le dice: — «¿Qué has hecho, José?» — «Pelear como los hombres»; y luego él mismo narra a uno de los compañeros del diputado, dueño del caballo que ofreció al general en el combate, todo lo ocurrido en él. Cuando terminó de narrar aquella verdadera epopeya, le pregunta uno de los que le escuchaban, si estaba dispuesto a todo: «A todo, responde; desde que tomé las armas, estoy resuelto a todo.» Y volviéndose al diputado, le dice: «Fusíleme, para que luego que llegue con Nuestro Señor, pedirle que te confunda.»

Desde Cotija escribió a su madre esta hermosa carta: «Cotija (Mich.) Febrero, lunes, 6 de 1928. — Mi querida mamá: Fui hecho prisionero en combate en este día. Creo que en los momentos actuales voy a morir, pero nada importa, mamá. Resígnate a la voluntad de Dios; yo muero contento, porque muero en la raya al lado de nuestro Dios. No te apures por mi muerte, que es lo que me mortifica; antes díles a mis otros dos hermanos que sigan el ejemplo que de su hermano el más chico les dejó, y tú haz la voluntad de Dios, ten valor y mándame la bendición juntamente con la de mi padre.

«Salúdame a todos por última vez y tú recibe por último el corazón de tu hijo que tanto te quiere y verte antes de morir deseaba. — José Sánchez del Río.»

Juntamente con él, habían hecho prisionero a otro joven a quien el temor de ser fusilado había hecho decaer de ánimo. José, para reanimar su espíritu e impedir que fuese a apostatar de su FE, aprovecha el momento en que se les presenta la comida, se le acerca y le dice: «Vamos comiendo bien; nos van a dar tiempo para todo y luego nos fusilarán. No te hagas para atrás. Duran nuestras penas mientras cerramos el ojo.» Y tal fué el valor que infundió a su compañero, que al llegar éste al lugar en que iba a ser ahorcado, se santiguó, miró al CIELO y dijo: «Ya estoy dispuesto.»

Llevado de los ardientes deseos que tenía de que llegara ya el momento de derramar su sangre por Cristo, se acerca a los soldados y les dice: «Mátenme.» Y, como si temiera que para ellos fuera un obstáculo el verlo de frente, les vuelve la espalda para que le disparen.

Durante su prisión en Cotija, según él mismo dijo, ayunó un día entero por devoción, y en Sahuayo rezó todos los días el Rosario; al terminarlo, solía cantar: «Al CIELO, al CIELO, al CIELO quiero ir», que tan bien interpretaba los grandes anhelos de su alma.

Al padre del *Mártir*, que al tener noticia de la prisión de su hijo viene en busca de él, le exigen, como rescate, 5,000 pesos. No teniendo a mano aquella cantidad, ofrece, para salvar la vida de aquel ser querido, su casa y algunos otros bienes que en ella poseía, y pide que, en caso de no ser aceptado, no maten a su hijo hasta que él esté fuera de la ciudad. Pero el impío diputado iba a saciar sus sanguinarios deseos de sacrificar a aquel inocente «en los bigotes de su padre, diera o no diera el dinero» (son palabras del mismo diputado).

El *Mártir*, al enterarse de que su padre había venido a rescatarle, dijo que le habían de haber avisado cuando él estuviera ya en el CIELO; y le mandó a decir que no diera ni un centavo por él.

LA ÚLTIMA CARTA. — Enterado ya de que se había dado la sentencia de muerte contra él, escribió a una de sus tías esta bellísima carta:

«Sahuayo, 10 de febrero de 1928.

»Querida tía: Estoy sentenciado a muerte. A las ocho y media se llegará el momento que tanto he deseado. Te doy las gracias por todos los favores que me hiciste tú y Magdalena. No me encuentro capaz de escribir a mi mamá; tú me haces favor de escribirle también a María. Dile a Magdalena que conseguí que me permitiera verla por última vez, y creo que no se negará a venir (para que le llevase la SAGRADA COMUNIÓN, antes del martirio). Salúdame a todos; y tú recibe como siempre y por último *el corazón* de tu sobrino que mucho te quiere y verte desea. ¡CRISTO VIVE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA, Y SANTA MARÍA DE GUADALUPE!

»José Sánchez del Río, que murió en defensa de su FE. No dejes de venir. Adiós.»

EL MARTIRIO. — Después de las once de la noche del 10 de febrero, le sacan del cuartel y le llevan al Cementerio. Durante el camino, *el Mártir* no cesa de gritar: «¡VIVA CRISTO REY!» Al llegar al sitio destinado para la ejecución, pregunta cuál es su sepultura, y se pone de pie al borde de ella, para que no tengan el trabajo de trasladarlo.

Los soldados empiezan a martirizarlo con puñaladas; y él, al sentir sus carnes heridas, no cesaba de repetir: «¡VIVA CRISTO REY!» El capitán le pregunta, en medio de este acerbo tormento, qué le mandaba decir a su papá; y él, con un *gesto sublime de entereza cristiana*, responde: «*Que en el CIELO nos veremos.*» «¡VIVA CRISTO REY!» El militar, al oír estas palabras, lleno de ira y reprochando, como él decía, al *invicto Mártir* su fanatismo aún en aquellos momentos, dispara contra él, hiriéndolo en la cabeza.

El NUEVO CONFESOR de la FE cae al suelo bañado en sangre y gritando: «¡VIVA CRISTO REY!» Momentos después, *su alma* volaba al CIELO.

Tal fué la conmoción de LOS CATÓLICOS de Sahuayo al enterarse el siguiente día del *martirio* del *heroico niño*, que el Cementerio estuvo todo el día custodiado por los soldados, pues todos querían ir a recoger *sangre* del *Mártir*.

CONGREGANTES MÁRTIRES



JUAN SÁNCHEZ

REFUGIO MEDINA

Dé usted a conocer esta Hojita en las Congregaciones y Centros de jóvenes

LA CINTA ENROJECIDA

Ya en los albores de las Congregaciones Marianas los lirios de pureza se unen a las palmas del martirio, en Estanislao de Kostka y Rodolfo Aquaviva. La cadena de oro de Congregantes mártires, cuyo último eslabón descansa en estos momentos en el suelo mejicano, arranca, pues, de los orígenes mismos de las Congregaciones. Allí donde la IGLESIA ha necesitado de la sangre de sus hijos para defender los derechos de Jesucristo, los primeros en ofrecerse al sacrificio y aun a la misma muerte han sido los Congregantes.

Pío XI decía por medio del Cardenal Secretario a los directores de las Congregaciones Marianas reunidos en «Insbruck»: «El espíritu sobrenatural comunica a los jóvenes congregantes aquella sólida piedad y fortaleza de carácter, que cuando es menester hace de ellos ejemplos preclaros de virtud y aun mártires, como acabamos de ver que ha sucedido en Méjico. En verdad que es consolador recordar cómo el 3 de enero de 1927, en la ciudad de León, cuatro jóvenes cayeron víctimas de la persecución aclamando a ¡CRISTO REY! y todos ellos pertenecían a las Congregaciones Marianas.»

¡NO MORIRÁ! — Al grito de exterminio, lanzado contra la IGLESIA CATÓLICA de Méjico, por las sectas y las logias anticristianas, los hijos de la Virgen respondieron en un arranque sublime de FE y entusiasmo: «¡No morirá!» Y su sangre pura selló la verdad de este juramento en los campos de batalla y en los potros y cadalsos. Abren la marcha triunfal de Congregantes mártires mejicanos Joaquín Silva y Manuel Melgarejo en Zamora; su muerte es el toque de clarín para los ejércitos de ¡CRISTO REY!; en pos de ellos camina toda una legión esforzada y valerosa de jóvenes que sólo esperan cubrirse de igual gloria. Y van cayendo bajo los estandartes del Rey de Reyes, teñidos en la púrpura de su sangre, los Congregantes de María; los que ayer perfumaron con el aroma de su virtud la IGLESIA, hoy la defienden en desigual combate hasta la muerte.

Unos sucumben con el Rosario entre las manos; otros perdonando a sus verdugos; éstos tras solemne profesión de su FE; aquellos al grito de «¡VIVA CRISTO REY!», y todos, al sentir sus pechos destrozados por la metralla, yerguen su frente pura y exclaman extáticos: «¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!»

He aquí los nombres gloriosos de los Congregantes mártires mejicanos: Joaquín Silva, Manuel Melgarejo, José Valencia Gallardo, Nicolás Navarro, Salvador Vargas, Ezequiel Gómez, Antonio Acuña, Anacleto González Flores, Miguel Agustín Pro, S. J., Luis Segura Vilchis, Salvador Gutiérrez.

NUEVOS ADALIDES. — A este escuadrón glorioso y denodado que ostentando sobre su pecho la cinta de la Congregación, tremola en sus manos la palma del martirio, han venido a unirse otros dos nuevos Congregantes: Juan Sánchez y Refugio Medina.

Durante la ocupación de Temastitlán por las tropas del presidente Calles, llega a manos del general López una fotografía de la manifestación religiosa celebrada por los habitantes de aquel CRISTIANO PUEBLO en la fiesta de ¡CRISTO REY! El impío y suspicaz militar ve en este acto de piedad un argumento de la connivencia de LOS CATÓLICOS de aquel lugar con los soldados de los ejércitos libertadores. Manda aprehender y llevar a su presencia a Juan Sánchez, que en la fotografía aparece al frente de la manifestación llevando LA IMAGEN del Corazón de Jesús. Apenas ha llegado a su presencia, el general se adelanta y le muestra la fotografía. Juan no niega su participación en las fiestas de ¡CRISTO REY!, pero al mismo tiempo hace ver que éstas han sido simplemente religiosas y no políticas. El suspicaz militar, reparando que Juan aparece en la manifestación ostentando sobre su pecho la cinta de Congregante, cree ver debajo de ella oculta una cartuchera. Una nueva e inesperada acusación lanza contra él. Le acusa de propagandista contra el gobierno de Calles por el cargo de Prefecto que ejerce en la Congregación; finalmente, le injuria por tener en su casa imágenes de Santos y un cartel en que se leía: ¡VIVA EL PAPA!

Todas estas infundadas e impías acusaciones, que serán la verdadera causa de su martirio, no hacen mella en el esforzado ánimo del CATÓLICO.

Poco después es también aprehendido Refugio Medina. Su madre, previendo la suerte que iba a correr, al enterarse que el general, no sólo tenía en su poder las fotografías, sino también el libro de las actas de la Congregación Mariana, le pide que se oculte. Refugio, al oírla, con tono festivo y bailando de alegría, le responde: «Y ¿qué, mamá? Morimos por ¡CRISTO REY! No le dé cuidado.»

El general le hace los mismos cargos que a su compañero, insistiendo además en que su firma aparece en las actas y diplomas de la Congregación. Le exige también que declare la casa donde se oculta el Párroco. Refugio conserva la misma entereza que su compañero y se niega absolutamente a delatar a su Pastor. Se ordena entonces que se le conduzca a la prisión para que aquel

mismo día salga de Temastitlán prisionero, juntamente con Juan Sánchez, uniéndose de este modo *los compañeros de Apostolado en la gloria del martirio.*

LA ÚLTIMA BENDICIÓN. — La madre de Refugio Medina, anciana *verdaderamente heroica*, al saber la determinación dictada contra su hijo, exponiéndose a mil peligros, logra llegar al sitio donde se halla recluso. Allí, en la lóbrega mansión, se levantan aquellas manos descarnadas y temblorosas para bendecir al hijo *Mártir* que cae a sus pies de rodillas; ¡cuadro *verdaderamente sublime, digno de ser inmortalizado por el arte!* Escucha luego con lágrimas los postreros consejos de su madre, que imitando a la de los Macabeos, había dicho al Señor en un arranque sublime: «Antes que el enemigo profane nuestro Templo y ultraje a nuestros Sacerdotes, sean sacrificados al defenderlos mis dos hijos.» Esta heroica oblación fué acepta en el acatamiento de Dios, pues la sangre de aquellos dos seres queridos se ha derramado ya en aras de su FE.

EL MARTIRIO. — La tropa se pone en marcha, los mártires van custodiados por un piquete de caballería que les obliga a caminar a grandes jornadas: esta violencia y las asperezas del camino bien pronto ensangrientan las plantas de LOS INTRÉPIDOS CONFESORES DE LA FE, que continúan aquel camino de dolor con ánimo esforzado. El día 8 de abril de 1927 llegan, por fin, a la Hacienda de VÍBORAS. El primero en sucumbir gloriosamente es Refugio Medina, a quien se sacrifica allí *sin piedad.*

Juan Sánchez, desde la prisión, escribe a una de sus hermanas esta conmovedora y valiente carta: «Hermana, pide a Dios que me den libre; ya me cortaron una oreja, pero no le hace: aunque sea así; y si no, que me dé fuerzas para poder sufrir.» Dios concedió la fortaleza al invicto Congregante de la Virgen para sufrir el cruel martirio con que iba a coronar aquella vida de piedad, que le caracterizó siempre. Se afirma que le arrancaron las dos orejas y otros miembros del cuerpo. Mas tan cruel suplicio no logró doblegar su ánimo, pues en medio de aquellas acerbos torturas, no cesaba de exclamar: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!»

Su última plegaria, como la de todos los mártires mejicanos, fué para los dos amores de su corazón: JESÚS Y MARIA, sellándose así sus labios con la invocación a la Virgen de Guadalupe, la primera que escuchara en el regazo maternal.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Llamamos mártires a estos jóvenes, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

PÁGINAS DE GLORIA



SALVADOR GUTIÉRREZ MORA

*Llamamos mártir a este joven, sin intención de prevenir
el juicio de la Iglesia*

**El heroísmo de este joven esta llamado a fortalecer a muchos
jóvenes en la Fe.**

EL QUE PERDIERE SU VIDA POR MI CAUSA, LA HALLARÁ

Salvador Gutiérrez de Mora nació en Tacubaya, D. F., el 16 de agosto de 1904. Desde muy temprana edad ingresó en el Colegio «Luz Savinión», a cargo de los Hermanos Maristas, y poco después de su *Primera Comunión*, se inscribió en la «Cruzada Eucarística», de la que fué *fervoroso y activo celador*, así como más tarde asiduo Congregante Mariano en la Iglesia de Santa Brígida.

Terminados sus estudios comerciales, y habiendo entrado en religión su hermano mayor, Salvador pasa a ocupar el puesto de confianza que la muerte de su amado padre había dejado vacante en el «Banco Internacional Hipotecario de Méjico», empleo que desempeña con plena satisfacción de los gerentes hasta el mes de mayo de 1927, en que fué a incorporarse a *las filas de los libertadores* que luchan por defender LOS SAGRADOS DERECHOS de **CRISTO** y de su IGLESIA.

HOMBRE DE ACCIÓN. — Ya desde 1920 trabaja por la fundación de un Centro de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana en Tacubaya, al cual se da como presagio el nombre de «Gabriel García Moreno». Salvador es elegido Jefe de la Sección de Piedad: *su celo y su constancia* lo hicieron acreedor, al iniciarse el actual «conflicto religioso», al nombramiento de Jefe de Acción. Como tal demostró todo su *entusiasmo y afecto* por la A. C. J. M.; bajo su hábil dirección el Grupo de Tacubaya se convierte en uno de los más esforzados *campeones de la libertad* de la IGLESIA. De sus filas salen *los dos primeros mártires*, Joaquín de Silva y Manuel Melgarejo, que *sucumben gloriosamente* en Zamora el 12 de septiembre de 1926.

En sus nuevas funciones, Salvador trabaja con *celo incansable*. No contento con prodigar *aliento y consejo*, predica con *el ejemplo*. Uno de sus hermanos menores, a quien se acusó de hacer propaganda sediciosa, fué condenado a pagar doscientos pesos de multa o sufrir quince días de arresto. Tan pronto como Salvador tiene conocimiento de esta alternativa, dice a su madre: «*No hay que dar ni un centavo; el que abraza esta CAUSA ha de estar dispuesto a padecer y morir por CRISTO REY. Que Gabriel sufra, pues, los quince días de prisión.*»

El cargo que ejerce en la Asociación obliga a Salvador no tan sólo a reclutar soldados, sino también a recaudar fondos para los gastos de la CAUSA. Y él es el primero en desprenderse generosamente de la gratificación que recibió del Banco con motivo del año nuevo, para entregarla a la Liga.

COMO LOS MACABEOS. — Un pensamiento lo domina por completo: unirse a *sus compañeros*, a los que habían tomado las armas contra los perseguidores de la IGLESIA. Para evitar escenas

desgarradoras que hubieran podido hacer zozobrar su corazón, guarda silencio absoluto sobre los planes que abriga. Aunque algunos sabían que estaba en connivencia con los principales jefes del *movimiento libertador*, ignoraban hasta dónde pretendía llegar. Pero Salvador debió exclamar seguramente: «*Más nos vale morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra Nación y del Santuario.*» Y en plena juventud, despreciando los halagos del mundo, *sacrificando sus tiernos afectos de amor a su cristiana madre y a sus hermanos*, cual *nuevo cruzado* va a la lucha por su Dios y por la IGLESIA.

Antes de partir escribió a su madre esta carta:

«Tacubaya, 4 de mayo de 1927.

»Muy querida mamá: Cuando recibas estas líneas tu hijo se encaminará al fin de sus ardientes deseos.

»Si al saludarte esta mañana no te dije nada de mi viaje; fué para evitar contrariedades de última hora, y sobre todo la escena de la despedida.

»Mándame tú constantemente *tus bendiciones*, pídele mucho a Dios por mí, yo le pediré a Él por ti, y no te faltará, como no te ha faltado nunca...

»Tu hijo que mucho te quiere y te pide *tu bendición*, SALVADOR.»

COMBATIENDO POR CRISTO. — Su vida de campaña es de corta duración, pero bastante larga para revelar a *sus compañeros la grandeza de su alma y su espíritu de sacrificio*.

Difícil es narrar el cúmulo de privaciones que tienen que soportar *esos pobres jóvenes*, ayer incapaces de caminar a pie por las calles asfaltadas de la capital, obligados hoy a hacer jornadas de dos días sin probar alimento, caminando noches enteras por lugares escabrosos, descansando a la intemperie, siempre alerta, prontos a volar al combate a la primera señal de alarma...

Cuando algunos de *los compañeros*, cediendo al cansancio, lamentaban los trabajos y penalidades que los agobiaban, Salvador les replicaba: «*Muchachos, hemos venido a sufrir por Dios, y a morir si Dios lo quiere. Méjico lo necesita; debe una deuda de sangre, y la tiene que pagar.*» Y se mostraba satisfecho y alegre, aunque estuviera rendido por la fatiga.

El miércoles 18 de mayo tomaron *los libertadores* el pueblo de San Gregorio, en el Estado de Guerrero, no lejos de los límites de Morelos. Un vecino del pueblo, temeroso de futuras represalias del Gobierno si no avisaba lo que ocurría, corrió a dar parte al general Adrián Castrejón, jefe de las armas de Iguala, que se hallaba en el rancho de San Andrés con unos ciento ochenta federales. Salieron éstos en dirección a San Gregorio, pero previendo *los libertadores* sus movimientos,

fueron a esperarles a medio camino. Iban muy despreocupados los federales, cuando el jueves, 19 de mayo, a las siete de la mañana, *los libertadores* tendieron una emboscada. A la primera descarga cayeron no menos de cuarenta esbirros de Calles. Salvador estaba detrás de una roca haciendo magníficos blancos. De repente, una bala le atraviesa ambas piernas y cae desmayado... Mientras tanto, *sus compañeros* ganaban un cerro vecino para consumir la victoria.

Cuando Salvador vuelve en sí, se ve rodeado de enemigos. El teniente coronel Olivares se adelanta hacia el prisionero y le dice: — «De qué partido es usted?» — «Defensor de ¡CRISTO REY!» — «¿Qué grado tiene?» — «Capitán primero.» — «¿Se rinde?» — «No, no me rindo.» — «Déme su revólver.» — «Tómelo y máteme si quiere, pero antes déjeme gritar: ¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!...»

Las maravillosas grutas de Cacahuamilpa, testigos de semejante heroísmo, enmudecieron primero, y luego, reverentes y enternecidos, repitieron *las últimas palabras del Mártir, sublime arranque de amor...*

El impío coronel, tomando la pistola, dispara sobre el héroe de Cristo, consumando su glorioso martirio.

Por la tarde entraron LOS CATÓLICOS victoriosos en el rancho de San Andrés, y dieron sepultura al Mártir en el atrio de la Iglesia. Su muerte fué muy sentida por todos sus compañeros, pues se había hecho querer por su valeroso ánimo y su confianza en Dios.

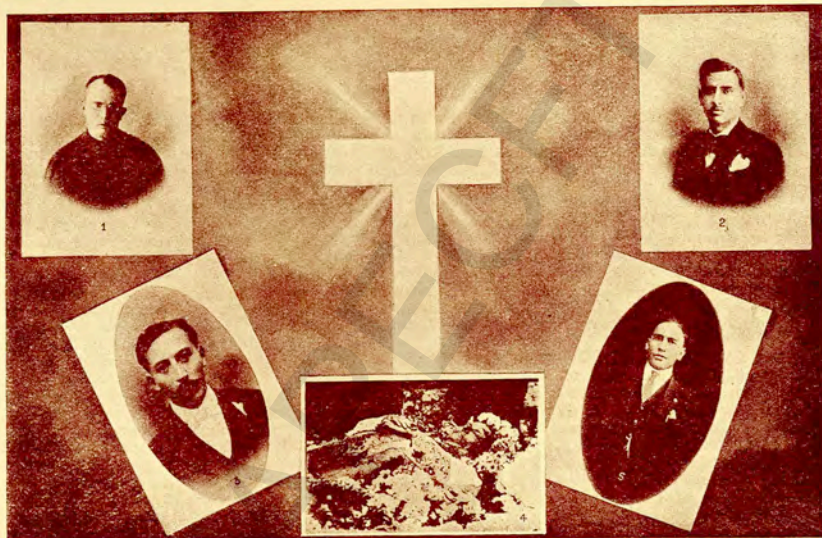
La madre pasó todo el mes de mayo en la más angustiosa incertidumbre sobre la suerte que habría corrido su hijo, hasta que al fin supo la terrible realidad. La señora Guadalupe Carrasco de Silva, madre del primer Mártir, fué la encargada de comunicarle la triste nueva. Entre estas dos madres, unidas por idéntico sacrificio, sólo hubo palabras de consuelo, lágrimas y abrazos. Fácil es comprender que a las lágrimas de dolor sucedieron lágrimas de santo orgullo. ¡Ser madre de un Mártir en pleno siglo XX...! ¡Qué hermoso timbre de gloria...!

Hoy día el grupo de la Asociación de la Juventud Católica Mejicana de Tacubaya lleva el nombre de «Joaquín Silva» y la Biblioteca del mismo el de «Salvador Gutiérrez».

¡Quiera el Dios de los ejércitos, por la valiosa mediación de estos jóvenes mártires, conceder la anhelada paz y la libertad a la IGLESIA MEJICANA, madre de tantos héroes!

A. M. D. G.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)



MÁRTIRES DE CHALCHIHU TES (MÉJICO)

1.—P. LUIS BATIS. 2.—DAVID ROLDÁN. 3.—MANUEL MORALES. 4.—CADÁVER DEL P. BATIS. 5.—SALVADOR LARA.

Ayude usted a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren.

EL APÓSTOL DE LOS JÓVENES

¿A QUIÉN BUSCAIS?—Preguntadlo al teniente Maldonado Ontiveros, quien en compañía de doce soldados, durante la noche del 14 de agosto de 1926, iba por las calles del silencioso pueblo de Chalchihuites disparando sus mausers a diestra y siniestra. Y ¿a quién han de buscar a esas horas de la noche con tanto estruendo bélico en un pueblo pacífico de sencillos y fervientes católicos? No a otro, sino al seguidor de Jesús Nazareno.

EL PRENDIMIENTO.—Rodeada la casa del Señor Cura, Don Luis Batis, le ordena el cabecilla que se levante pronto y le roba cuanto se le antoja. Después de mil vejaciones, lo llevan atado, cual si fuera un malhechor, a uno de los cuartos, para que le sirva de prisión.

¡EL TRIBUNAL...!—En aquel aposento improvisaron cárcel y juzgado. ¿Con qué derecho?... ¡Con el de los insultos y la fuerza!... Maldonado, a guisa de juez revolucionario, le pone varias veces el revólver al pecho, para que confiese el supuesto crimen.

LA ACUSACIÓN: «SEDUCE A LAS TURBAS».—Ésa fué la que contra Nuestro Salvador dieron los judíos ansiosos de condenarle a muerte. También el Padre Batis, según sus enemigos, seducía a la juventud para llevar a cabo un temible complot. R. García, secretario de Chalchihuites, acusó al Párroco y a sus jóvenes, como también a otras personas, de que preparaban contra el Gobierno una conspiración, la cual no existía sino en el miedo del general Eulogio Ortiz (*Eulogio el cruel*, según le llama el pueblo). A la acusación responde el Padre Batis con serenidad y calma, que es falso lo del complot, pues no había preparado conspiración alguna. Si él tenía siempre abiertas las puertas de su casa para los jóvenes, era porque la persecución les había hecho cerrar las de su precioso «Círculo de jóvenes».

«ES REO DE MUERTE».—Así se lo quiso persuadir el teniente, quien, sin embargo, al comunicar oficialmente al Gobierno la ejecución de las víctimas, dió como razón, no el complot, de cuya falsedad pudo convencerse al llegar al pueblo; sino que la multitud le había asaltado para dar libertad a los prisioneros, y que en la refriega les habían dado muerte. Claro está que en el

comunicado oficial no faltaba el «heroísmo» (?) de sus soldados. Como veremos después, no todos los 22 jóvenes católicos y obreros del Sindicato, hechos prisioneros, acompañaron al Padre Batis en el martirio.

«SI ME BUSCAIS A MÍ, DEJAD IR A ÉSTOS».—El día de la Asunción, por la mañana, después de haber robado sacrílegamente los mejores objetos de la IGLESIA, salía el teniente, llevando atados al Párroco, a D. David Roldán, D. Salvador Lara y D. Manuel Morales... Se arremolina el pueblo en torno de la escolta; y allí mismo mataran al teniente y a sus soldados, si el magnánimo Párroco no les suplicara con palabras llenas de caridad que se abstuvieran de la violencia. Ya en campo raso, lejos de todo peligro, el teniente Maldonado intima al noble sacerdote la sentencia de muerte. El santo Párroco, arrodillándose entonces delante del teniente y los soldados, les dijo: «Yo os ofrezco mi vida: disponed de ella. Pero os conjuro, por amor de Dios, que no hagáis mal a mis compañeros. Pensad que éste, Manuel Morales, es casado, tiene mujer y tres hijitos aún chicos. Estos dos jóvenes son el sostén de sus familias y ¡dejan a sus ancianas madres sin apoyo en la tierra!».

LA CRUZ DEL BALUARTE.—Yendo desde Chalchihuites a la estación de Walter, hay en el camino un lugar llamado «El Baluarte». En nuestros días, una sencilla cruz orlada con palmas de mártires y flores de heroísmo, recuerda al transeúnte las cuatro víctimas que dieron allí su sangre por Jesucristo el día 15 de agosto de 1926.

A la justísima petición del sacerdote para obtener la libertad de sus tres compañeros, adelantóse a contestar con palabras dignas de los primeros mártires del CRISTIANISMO el señor Morales, jefe local de la Liga N. D. R.: «Padre, con mucho gusto doy mi vida, o más bien dicho, la vuelvo a Dios. ¡Yo muero, pero Dios no muere! El velará por mi esposa y mis hijitos. ¡Hágase su santísima voluntad!». Y los jóvenes Salvador Lara y David Roldán añadieron: Señor Cura, usted sabe que queremos morir con usted, porque sabemos que vamos a morir por Cristo. El corazón de aquel apóstol de la Acción Católica, P. Luis Batis, vibró entonces de entusiasmo y exclamó: «¡Muramos por la causa de Dios!» ¡Nada importa nuestra muerte! ¡Otros verán el triunfo! ¡Dios no muere! ¡VIVA CRISTO REY!» Estas palabras, brotadas de labios de quien ya estrecha en sus manos la palma de la victoria, hallaron eco en el corazón de aquellos fervientes católicos, los cuales repitieron juntamente: «¡VIVA CRISTO REY!».

Suenan dos disparos y caen por tierra el Párroco y el Señor Morales. A los dos jóvenes,

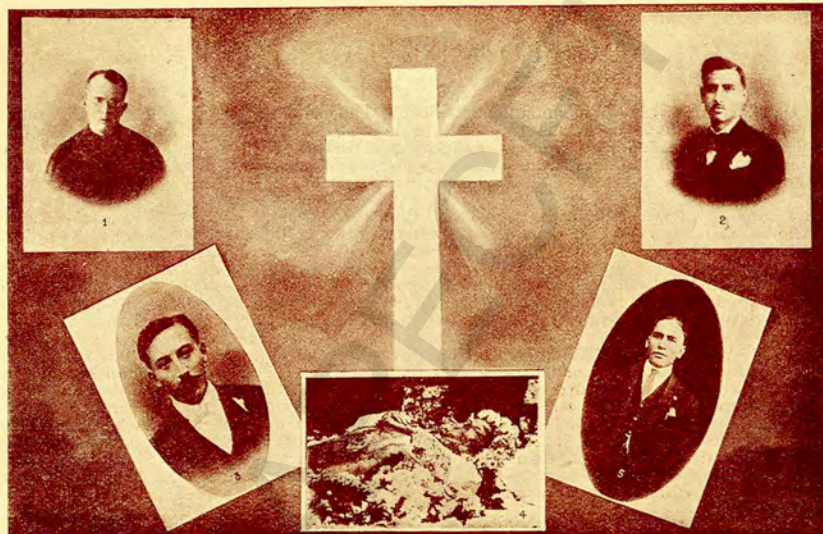
David Roldán, presidente del grupo local de la A. C. J. M., y al secretario, Salvador Lara, se les obliga a caminar todavía un trozo de carretera, y al llegar a un barranco ¡los fusilan!...

EN BUSCA DE SU PÁRROCO. — Tirados quedan los *venerables cuerpos*, mientras Maldonado prosigue su viaje, no sin haber antes despojado a sus *víctimas*. Acuden los aldeanos y llevan con *santo respeto los cadáveres de los mártires* a su pueblo. Las exequias fueron una verdadera apoteosis

PROTOMÁRTIRES DE LA ACCIÓN CATÓLICA. — De este modo han sido llamados nuestros *cuatro defensores* de los derechos de Cristo y de su IGLESIA. El alma de ese núcleo entusiasta de jóvenes era el P. Luis Batis. Celosísimo en cumplir los ministerios apostólicos, era a la vez el *perfecto sacerdote* de la Acción Católica. Fué Director espiritual del Seminario de Durango. En una de las dos Parroquias donde estuvo, *testificó el Excmo. Sr. Arzobispo* que había sido una *verdadera providencia* para aquel país, *donde levantó un suntuoso templo*, aunque su mayor solicitud se ejercitaba en el cuidado de los *templos vivos del Espíritu Santo...* Pertenecía a la ORDEN DE LOS CABALLEROS DE COLÓN. Fué *Asesor Eclesiástico del Sindicato Obrero Católico* del lugar, y *Asesor del Círculo de la Juventud Católica* de Chalchihuites. A pesar de los contratiempos, mantenía en pleno florecimiento sus obras religioso-sociales. Sabía infiltrar en el corazón de los suyos el *espíritu de heroísmo cristiano* con la profesión clara y patente de su FE, *aun a costa de la vida*. Su obsesión era formar jóvenes valientes, que supieran defender a *Jesucristo*, y con ellos se pasaba la tarde trazando el programa de acción, para que en su Parroquia *reinase el Corazón de Cristo*. Como padre cariñoso, recreaba a sus jóvenes con audiciones musicales ejecutadas por él mismo. El P. Batis fué uno de aquellos *sacerdotes* de quienes habla el *Sumo Pontífice* Pío XI en su Encíclica del 18 de noviembre de 1926, que supieron *«con el ejemplo, con los consejos y con las exhortaciones, elevar a un ideal más alto las inteligencias de los fieles y fortificarles la voluntad, para perseverar pacientemente»*. ¿Qué mejor prueba podrá darse de estas sacerdotales virtudes que la *sangre del martirio* en que sus consagradas manos volvieron a unirse, y la espléndida corona de tres jóvenes que, ennoblecidos con la *misma púrpura*, le acompañaban al presentarse ante el *Altísimo*?

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Mártires les llamamos, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia.



MÁRTIRES DE CHALCHIHU TES (MÉJICO)

1.—P. LUIS BATIS. 2.—DAVID ROLDÁN. 3.—MANUEL MORALES. 4.—CADÁVER DEL P. BATIS. 5.—SALVADOR LARA.

Ayude usted a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren.

EL APÓSTOL DE LOS JÓVENES

¿A QUIÉN BUSCAIS?—Preguntadlo al teniente Maldonado Ontiveros, quien en compañía de doce soldados, durante la noche del 14 de agosto de 1926, iba por las calles del silencioso pueblo de Chalchihuites disparando sus mausers a diestra y siniestra. Y ¿a quién han de buscar a esas horas de la noche con tanto estruendo bélico en un pueblo pacífico de sencillos y fervientes católicos? No a otro, sino al *seguidor* de **Jesús Nazareno**.

EL PRENDIMIENTO.—Rodeada la casa del *Señor Cura*, Don Luis Batis, le ordena el cabecilla que se levante pronto y le roba cuanto se le antoja. Después de mil vejaciones, lo llevan atado, *cual si fuera un malhechor*, a uno de los cuartos, para que le sirva de prisión.

¡EL TRIBUNAL...!—En aquel aposento improvisaron *cárcel* y *juzgado*. ¿Con qué derecho?... ¡Con el de los insultos y la fuerza!... Maldonado, a guisa de juez revolucionario, le pone varias veces el revólver al pecho, para que confiese el supuesto crimen.

LA ACUSACIÓN: «SEDUCE A LAS TURBAS».—Ésa fué la que contra **Nuestro Salvador** dieron los judíos ansiosos de condenarle a muerte. También el *Padre Batis*, según sus enemigos, seducía a la juventud para llevar a cabo un temible complot. R. García, secretario de Chalchihuites, acusó al Párroco y a sus jóvenes, como también a otras personas, de que preparaban contra el Gobierno una conspiración, la cual no existía sino en el miedo del general Eulogio Ortiz (*Eulogio el cruel*, según le llama el pueblo). A la acusación responde el *Padre Batis* con serenidad y calma, que es falso lo del complot, pues no había preparado conspiración alguna. Si él tenía siempre abiertas las puertas de su casa para los jóvenes, era porque la persecución les había hecho cerrar las de su precioso «*Círculo de jóvenes*».

«ES REO DE MUERTE».—Así se lo quiso persuadir el teniente, quien, sin embargo, al comunicar oficialmente al Gobierno la ejecución de las víctimas, dió como razón, no el complot, de cuya falsedad pudo convencerse al llegar al pueblo; sino que la multitud le había asaltado para dar libertad a los prisioneros, y que en la refriega les habían dado muerte. Claro está que en el

comunicado oficial no faltaba el «*heroísmo*» (?) de sus soldados. Como veremos después, no todos los 22 jóvenes católicos y obreros del Sindicato, hechos prisioneros, acompañaron al *Padre Batis* en el martirio.

«SI ME BUSCAIS A MI, DEJAD IR A ÉSTOS».—El día de la *Asunción*, por la mañana, después de haber *robado sacrilegamente* los mejores objetos de la IGLESIA, salía el teniente, llevando atados al Párroco, a D. David Roldán, D. Salvador Lara y D. Manuel Morales... Se arremolina el pueblo en torno de la escolta; y allí mismo mataran al teniente y a sus soldados, si el *magnánimo Párroco* no les suplicara con palabras llenas de caridad que se abstuvieran de la violencia. Ya en campo raso, lejos de todo peligro, el teniente Maldonado intima al *noble sacerdote* la sentencia de muerte. El *santo Párroco*, arrodillándose entonces delante del teniente y los soldados, les dijo: «Yo os ofrezco mi vida: disponed de ella. Pero os conjuro, por amor de Dios, que no hagáis mal a mis compañeros. Pensad que éste, Manuel Morales, es casado, tiene mujer y tres hijitos aún chicos. Estos dos jóvenes son el sostén de sus familias y ¡dejan a sus ancianas madres sin apoyo en la tierra!».

LA CRUZ DEL BALUARTE.—Yendo desde Chalchihuites a la estación de Walter, hay en el camino un lugar llamado «*El Baluarte*». En nuestros días, una sencilla cruz orlada con palmas de mártires y flores de heroísmo, recuerda al transeúnte las cuatro víctimas que dieron allí su sangre por Jesucristo el día 15 de agosto de 1926.

A la justísima petición del sacerdote para obtener la libertad de sus tres compañeros, adelantóse a contestar con palabras dignas de los primeros mártires del CRISTIANISMO el señor Morales, jefe local de la Liga N. D. R.: «Padre, con mucho gusto doy mi vida, o más bien dicho, la vuelvo a Dios. ¡Yo muero, pero Dios no muere! Él velará por mi esposa y mis hijitos. ¡Hágase su santísima voluntad!». Y los jóvenes Salvador Lara y David Roldán añadieron: Señor Cura, usted sabe que queremos morir con usted, porque sabemos que vamos a morir por Cristo. El corazón de aquel apóstol de la Acción Católica, P. Luis Batis, vibró entonces de entusiasmo y exclamó: «¡Muramos por la causa de Dios!» ¡Nada importa nuestra muerte! ¡Otros verán el triunfo! ¡Dios no muere! ¡VIVA CRISTO REY!» Estas palabras, brotadas de labios de quien ya estrecha en sus manos la palma de la victoria, hallaron eco en el corazón de aquellos fervientes católicos, los cuales repitieron juntamente: «¡VIVA CRISTO REY!».

Suenan dos disparos y caen por tierra el Párroco y el Señor Morales. A los dos jóvenes,

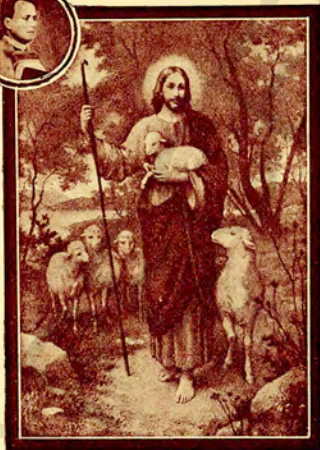
David Roldán, presidente del grupo local de la A. C. J. M., y al secretario, *Salvador Lara*, se les obliga a caminar todavía un trozo de carretera, y al llegar a un barranco ¡los fusilan!...

EN BUSCA DE SU PÁRROCO. — Tirados quedan los *venerables cuerpos*, mientras Maldonado prosigue su viaje, no sin haber antes despojado a sus *víctimas*. Acuden los aldeanos y *lleven con santo respeto los cadáveres de los mártires* a su pueblo. Las exequias fueron una verdadera apoteosis

PROTOMÁRTIRES DE LA ACCIÓN CATÓLICA. — De este modo han sido llamados nuestros *cuatro defensores* de los derechos de Cristo y de su IGLESIA. El alma de ese núcleo entusiasta de jóvenes era el *P. Luis Batis*. Celosísimo en cumplir los ministerios apostólicos, era a la vez el *perfecto sacerdote* de la Acción Católica. Fué Director espiritual del Seminario de Durango. En una de las dos Parroquias donde estuvo, *testificó el Excmo. Sr. Arzobispo* que había sido una *verdadera providencia* para aquel país, *donde levantó un suntuoso templo*, aunque su mayor solicitud se ejercitaba en el cuidado de los *templos vivos del Espíritu Santo...* Pertenecía a la ORDEN DE LOS CABALLEROS DE COLÓN. Fué *Asesor Eclesiástico del Sindicato Obrero Católico* del lugar, y *Asesor del Círculo de la Juventud Católica* de Chalchihuites. A pesar de los contratiempos, mantenía en pleno florecimiento sus obras religioso-sociales. Sabía infiltrar en el corazón de los suyos el *espíritu de heroísmo cristiano* con la profesión clara y patente de su FE, *aun a costa de la vida*. Su obsesión era formar jóvenes valientes, que supieran defender a *Jesucristo*, y con ellos se pasaba la tarde trazando el programa de acción, para que en su Parroquia *reinase el Corazón de Cristo*. Como padre cariñoso, recreaba a sus jóvenes con audiciones musicales ejecutadas por él mismo. El *P. Batis* fué uno de aquellos *sacerdotes* de quienes habla el *Sumo Pontífice* Pío XI en su Encíclica del 18 de noviembre de 1926, que supieron *«con el ejemplo, con los consejos y con las exhortaciones, elevar a un ideal más alto las inteligencias de los fieles y fortificarles la voluntad, para perseverar pacientemente»*. ¿Qué mejor prueba podrá darse de estas sacerdotales virtudes que la *sangre del martirio* en que sus consagradas manos volvieron a unirse, y la espléndida corona de tres jóvenes que, ennoblecidos con *la misma púrpura*, le acompañaban al presentarse ante el *Altísimo*?

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Mártires les llamamos, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia.



SIGUIENDO AL BUEN PASTOR

*Mártir le llamamos, sin intención de prevenir
el juicio de la Iglesia*

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Pídalas, en seguida, le interesarán...

«ME SIENTO OBLIGADO A DEFENDER MIS OVEJAS DEL LOBO FEROZ»

(Palabras del P. Uribe.)

«YO SOY EL BUEN PASTOR». — En Iguala, Estado de Guerrero, el Presbítero *Don David Uribe* tenía el campo de su apostolado. Hombre de *espíritu* verdaderamente apostólico, de *cultura no común*, de *trato afable*, de *prudencia y caridad inagotable*, atendía con sumo esmero los *intereses espirituales* de aquellos que *Dios* le había encomendado. Él les llevaba a los siempre nacientes pastos de la SANTA EUCARISTÍA, y les acompañaba a las fuentes que saltan hasta la vida eterna, al *Corazón de Jesucristo*. Era, pues, natural que su Parroquia se mantuviese en estado floreciente.

«HERIRÉ AL PASTOR Y SE DISPERSARÁN LAS OVEJAS». — Así pensaron los perseguidores, y para ello aprisionan al *celoso pastor* y lo alejan de sus fieles. A este atropello se añadía la *cesación del culto en los templos*, el *cierre de las escuelas católicas* y otras maquinaciones que su odio les dictaba. Viendo casi solos a los feligreses en la heredad de *Jesucristo*, los enemigos acariciaban la idea de destruir la *obra espiritual*, que con tanto fruto había llevado a cabo el *Padre Uribe*. Herido el pastor, las ovejas quedaban dispersas y en peligro...

LOBOS Y MERCENARIOS EN EL REDIL. — Lanzáronse, pues, como lobos hambrientos los de la C. R. O. M., y para poder mejor ejecutar su plan, echaron mano de las prédicas de los llamados cismáticos, verdaderos mercenarios del gobierno sectario de Calles. Pero pasóles lo que admirablemente expuso *Jesucristo* en la parábola: «A un extraño no le siguen las ovejas, sino que huyen de él: porque no conocen la voz de los extraños.» Así que los asalariados cismáticos predicaban en desierto, y su falso apostolado era el desprecio de los católicos...

EL AMOROSO SILBIDO DEL PASTOR. — Lejos el *Padre Uribe* de su Parroquia, tenía la Capital de la República por cárcel, a la que el «libro de asistencia» a manera de cadena, le ataba, pues debía presentarse diariamente a la Secretaría de Gobernación. Sin embargo, su corazón vivía entre sus feligreses, las noticias que le llegaban de las actividades de la C. R. O. M. le quitaban la paz del espíritu y anhelaba con toda su alma correr en busca y auxilio de sus ovejas. Desde lejos, les procuraba ayudar, llamándoles la atención para que no cayeran engañadas en los despeñaderos hacia donde las empujaban los mercenarios que habían asaltado el redil de *Jesucristo*. En una carta escrita el mes de febrero de 1927, les dice: «No pueden imaginarse lo que sufre mi

corazón de padre, lejos de mis amados hijos. Estoy resuelto a bajar a Iguala, aunque el cambio de temperatura me cause la muerte.»

«EL BUEN PASTOR DA LA VIDA POR SUS OVEJAS». — Aquel vivir lejos de su aprisco no era compatible con su *celo de apóstol*. Pero, ¿cómo salir de la ciudad de Méjico? A las 24 horas, el «libro de asistencia» ideado por los esbirros de Calles como medio seguro para saber continuamente la residencia de los sacerdotes perseguidos, delataría su desaparición. A ésta seguirían las pesquisas; y el día que cayese en manos de los improvisados jueces, cuyo código penal no conoce otros artículos que su propia afirmación «Reo es de muerte», le pasarían por las armas. Pero ¿qué importa? ¿Acaso no había leído él muchas veces en el EVANGELIO que el buen pastor da la vida por sus ovejas?... «Este es mi único deseo, éste es mi anhelo», exclamaba. En carta del 28 de febrero del mismo año, escribía a una persona de su amistad, estas hermosísimas palabras: «Me siento obligado (a volver a su Parroquia) por defender mi ovejas del lobo feroz y por el deseo ardiente de ser compañero de *Felipe de Jesús*, de *Bartolomé Laurel*, de *Bartolomé Gutiérrez*, cuya fiesta celebra la IGLESIA el 2 de marzo, fecha gloriosa de mi *Unción Sacerdotal*.» «Si fui ungido con el *óleo santo* que hace ministros del ALTÍSIMO, ¿por qué no he de ser ungido con mi sangre en defensa de las almas redimidas con la sangre de Cristo? Este es mi único deseo, éste es mi anhelo. Les suplico pidan mucho a *Jesús* me conceda esta gracia. ¡Sí!; quiero ser compañero de *Joaquín Silva* y de *Melgarejo*, martirizados en Zamora el 12 de septiembre del año pasado (1926) y del profesor *José Valencia*, y de los jóvenes *Salvador Vargas* y *Nicolás Navarro*, y de un humilde arriero martirizado en León el 3 de enero pasado. ¡Oh; qué felicidad, morir en defensa de los derechos de Dios! ¡Morir antes que desconocer al VICARIO de Cristo!...»

«YO CONOZCO A MIS OVEJAS Y ELLAS ME CONOCEN A MÍ». — Con la llegada del mes de abril, notóse en la ciudad de Iguala un verdadero resurgimiento y vigor en los ánimos de los católicos. Con el tiempo primaveral, se presentaba otra primavera interior para los espíritus, que prenunciaba frutos abundantes. Amigos y enemigos se dieron pronto cuenta del «cambio de temperaturas». No es difícil adivinar la causa: el celoso pastor, *Padre Uribe*, desoyendo las súplicas de amigos que le aseguraban iba a una muerte segura, había vuelto a la ciudad en los primeros días de abril de 1927. Oculta fué la llegada, pero los feligreses conocieron pronto su voz, y dichosos, le seguían, buscando el consuelo espiritual, que necesitaban sus corazones. El santo sacerdote se multiplicaba para asistir a los moribundos, oír confesiones, animar a los desalentados y ocuparse de una activa propaganda. Se repartieron por todas partes más de 30,000 hojas que defendían los sacrosantos derechos de la IGLESIA; con todo lo cual quedaba contrarrestada la poca influencia de las prédicas cismáticas.

EN LAS GARRAS DEL LOBO. — Al tomar el tren el *Padre Uribe* en la estación de «Vista», lo prendió personalmente el general Castrejón, jefe de las armas en Iguala. Lleno de ira por las *santas actividades del sacerdote*, había determinado darle muerte.

EL LOBO CON PIEL DE OVEJA. — El general Castrejón, apenas tuvo en su poder al *Padre*, se le fingió amigo y aun le aseguró que no le molestaría; pero bien pronto lo declara su prisionero y lo conduce a Iguala y le pone en la alternativa de dar 3,000 pesos o morir. Los católicos, ansiosos de que se les devolviera su *amado pastor*, en pocas horas reúnen la cantidad pedida y la entregan al jefe militar; pero la sed de aquel lobo no se apagó con el dinero: se había cubierto con piel de oveja, simulando condescender con el pueblo... Recibió el precio con que había tasado la vida del *apóstol*; mas el lobo no soltó la presa. Era jueves de la *semana de Dolores*. El *santo mártir* fué sacado del cuartel el *Domingo de ramos* y llevado por las calles de su Parroquia, no a las voces de «Hossanna», sino custodiado por soldados. Escortado por un piquete de federales, subió al tren. Castrejón apareció de nuevo como lobo vestido con piel de oveja..., diciendo a la multitud que a su *pastor* «se le iba a expulsar, no se le iba a matar». Según decían, al pasar los límites del Estado de Guerrero, darían libertad al *Cura Párroco*. Partió el tren y, con él, la esperanza de volver a oír la voz de su *pastor*... ¡Qué atardecer tan triste para las *ovejuelas* del aprisco!...

EL SACRIFICIO. — Hasta la madrugada del 12 de abril, *Martes Santo*, tuvieron a la *víctima* en el cuartel de Cuernavaca, Morelos. A las 4 de la mañana lo sacaron de la prisión y lo llevaron hasta cerca de la estación de «Vistahermosa», en el kilómetro 168 del camino de Méjico, y le asesinaron cobardemente, dándole un balazo en la cabeza, que le salió por un ojo, y varias puñaladas en la espalda, dejando tirado su *cadáver* en la carretera de automóviles. El *sacrificio* había sido completo. Aquel *celoso pastor* «de púrpura y de nieve... coronado», ostentaba en sus *ensangrentadas sienes el triunfo del martirio*, mientras su *alma* volaba a juntarse con el glorioso cortejo de aquellos *héroes mejicanos*, cuyo ejemplo le estimulara; y con ellos seguir al *Divino Pastor* de las almas, *Jesucristo*, en los eternos prados de la gloria, donde:

«Él va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas;
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace...»

LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE



«POR LO MUCHO QUE AMA EL Señor A SU PUEBLO, TE HA PUESTO A TÍ PARA QUE REINES SOBRE ÉL» (2 Par. 2, 11).

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Le interesarán...

«¿QUIÉN ES ÉSTA QUE VA SUBIENDO POR EL DESIERTO COMO UNA COLUMNITA DE HUMO, FORMADA DE PERFUMES DE MIRRA Y DE INCIENSO Y DE TODA ESPECIE DE AROMAS?» (CANT. 3, 6).

«LA MADRE ADMIRABLE». — El sábado nueve de diciembre de 1531, un indio se dirigía a Méjico para oír la Misa en obsequio de la Santísima Virgen. Llegando al romper del alba al pie del Tepeyac, un canto dulce y sonoro le atrajo hacia la cumbre de la colina, donde vió en medio de brillante nube rodeada por el arco iris, a una hermosísima Señora, que le dijo: «Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente como pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mejicano), ¿a dónde vas?»

Respondió el indio: «Voy, noble dueño y Señora mía, a Méjico y al barrio de Tlaltelolco, a oír la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.»

Habiéndolo oído María Santísima, le dijo así: «Sánete, hijo mío muy querido, que soy Yo la siempre Virgen María, Madre del VERDADERO Dios, AUTOR de la vida, CRIADOR de todo y Señor DEL CIELO y de LA TIERRA, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un TEMPLO en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir a la ciudad de Méjico y al Palacio del Obispo que allí reside, a quien dirás que Yo te envío, y cómo es gusto mío que me edifique un TEMPLO en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto, tú, que te agradeceré lo que por Mí hiciere en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.»

Postrándose el indio en tierra, le respondió: «Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, a poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.»

El Obispo, Señor Zumárraga, examinó con prudencia el mensaje. El pobre indio, al ver que le exigían alguna señal que confirmase su misión, dijo después a la Virgen en una de las varias apariciones: «Te ruego que envíes para esto una persona noble y principal... que ya ves que soy un pobre villano...» Pero la Virgen, que ensalza a los humildes, mandóle recoger unas rosas brotadas milagrosamente en la cumbre del árido Tepeyac. Al desdoblar su manta para ofrecerlas al Señor Obispo, apareció pintada divinamente la Virgen de Guadalupe en la tilma del afortunado Juan Diego. La verdad del mensaje era evidente. «Apareció un prodigio en el Cielo: una MUJER vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y coronada de estrellas». Era «la Madre del amor hermoso».

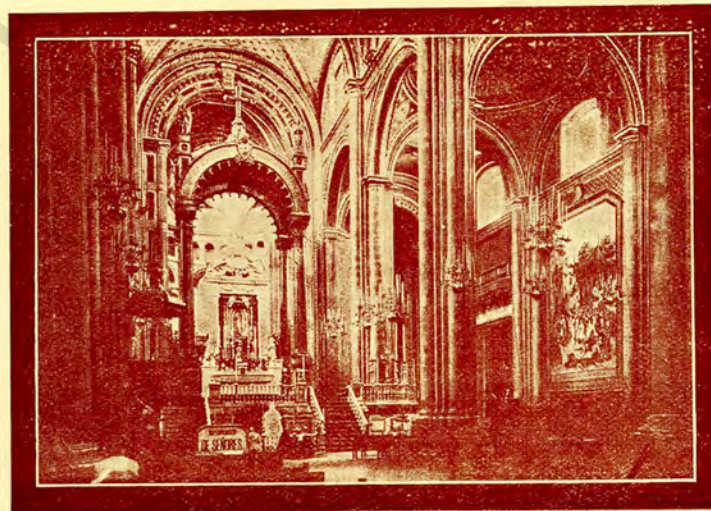
«VIRGEN PODEROSA». — La Celestial Señora había elegido y santificado el Tepeyac «para que habitase allí por siempre su gloria y su corazón». Desde entonces, «el pueblo que estaba sentado en las tinieblas y sombras de la muerte» vió la luz de la Fe y se apresuró a seguir sus derroteros. El millón y medio de bautizados ascendió, en el espacio de seis años, a nueve millones, contándose entre ellos magnates, caciques y tribus principales. De este modo surgió, a la voz y presencia de María, LA PRIMERA NACIÓN CRISTIANA del Continente Americano. Las bendiciones y gracias que la INMACULADA VIRGEN DE GUADALUPE ha irradiado desde la santa montaña, han sido a manera de «río de luz», como significa el título con que la honramos. Ya Juan Suárez de Peralta (1585), escribía: «Es una imagen devotísima, que está en Méjico, como a dos cortas leguas, la cual ha hecho MUCHOS MILAGROS.» No ha habido suceso alguno de significación, próspero o adverso, en que Ella no haya intervenido. Recordemos entre muchos el del año 1737, en que las autoridades eclesiástica y civil de la ciudad determinaron jurar por Patrona a SANTA MARIA DE GUADALUPE, para que les librase de la peste, como en efecto lo hizo. «Tu lactitia Israel» Tú eres la alegría del pueblo escogido.

Refiriéndose a los favores recibidos por el pueblo mejicano de su Virgen Poderosa, escribe un sabio historiador contemporáneo: «Uno de tales beneficios, muy principal, en que pocos se han fijado, es el ser la Virgen del Tepeyac uno de los pocos elementos que tenemos para consolidar nuestra unidad nacional. Discordes como estamos por causas etnológicas, políticas y sociales, todavía, la inmensa mayoría de la Nación se reconoce hermana con las mismas tendencias y con los

mismos amores, cuando los peregrinos de todos los Estados, las historias de todas nuestras casas y las *almas* de todo mejicano bien nacido, convergen a reconocer por su única **Reina** a la **Madre Bendita del Tepeyac**. Y al hablar del juramento del Patronato Nacional de la **Virgen**, añade: «En este día, 12 de Diciembre de 1747, puede decirse que se verificó la *unidad nacional* de Méjico.» Se cumplían una vez más aquellas palabras del *Magnificat*: *El Todopoderoso ha hecho por tu intercesión cosas maravillosas.*

LIBERTADORA DE SU PUEBLO. — «*Lábaro de la independencia, centro de unión y áncora de esperanza*», la llamó el Episcopado mejicano. Y con razón; pues la *primera bandera* de la Patria se enarboló ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**. Morelos, en un decreto publicado el 11 de Marzo de 1813, la apellida «*Defensora de este REINO*». El libertador *Iturbide*, el 12 de Octubre de 1821, rindió ante *Ella* solemnes gracias, acompañado por los principales caudillos del ejército de la Independencia. En las fiestas centenarias de 1910 generales y oficiales del ejército recorrieron las calles de la Capital, ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**, el mismo *gloriosísimo lábaro* de 1810, la *santa bandera de Hidalgo*.

REINA DE MÉJICO. — El 12 de Octubre de 1895, en nombre de Su Santidad LEÓN XIII, y con asistencia de 38 *Príncipes* de la IGLESIA, el *Ilmo. Sr. Alarcón, Arzobispo de Méjico*, ciñe las sienes de la **Virgen** con la preciosa corona de **Reina**. Ante su augusto trono caen de rodillas los Prelados, para depositar sus báculos y mitras a sus *plantas virginales*, mientras el pueblo la aclama: «¡**SALVE, Augusta Reina de los mejicanos, Madre Santísima de Guadalupe, Salve!**» Estas aclamaciones y honores regios hallaron eco el año 1920, al celebrarse las **BODAS DE PLATA** DE SU **CORONACIÓN**. Todas las clases sociales acudieron a rendirle vasallaje en tan solemne *Jubileo*, y la **Augusta Soberana** les recibía en su *trono adornado con las banderas de la América Latina*. Los pabellones de Méjico, de España y del Vaticano se enlazaban artísticamente a los *pies inmaculados* de **Maria**. Día glorioso en que de nuevo la Nación de **CRISTO REY** proclamó por **REINA** suya a **Nuestra Señora de Guadalupe**. La **Virgen**, como profetizó el Salmista, aparecía radiante de gloria, sentada en el trono, a la diestra de su **Hijo**, «*astitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato*». A su presencia vendrían los soldados de **CRISTO REY**, dentro de pocos años, a velar sus armas y ser *armados caballeros*, antes de emprender la lucha en defensa de su **FE**.



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

REINA DE LOS MÁRTIRES. — El amor de este su pueblo le lleva al *heroísmo*, rindiéndole el vasallaje de sus vidas. En las cumbres del *árido Tepeyac* brotaron hace casi cuatro siglos *encendidas rosas...* Prefiguraban a los *héroes* que a precio de *su sangre* han defendido con *AMOR* a su *REINA* y a su *Hijo*. Para Ella es la *última mirada de sus ojos* y el *postrer latido de su corazón*; y su *nombre*, el último que pronuncian sus labios moribundos: «¡**VIVA CRISTO REY!** ¡**VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!**!».

EMPERATRIZ DE LA AMÉRICA LATINA. — A concederle tan merecido título se encaminaron los trabajos y deseos de los *Padres* de lengua española asistentes al *Concilio Vaticano*. En sus manos pusieron el *cetro de América* los *Prelados* de la *Coronación* y los del *Concilio Plenario Latino-Americano*. El 24 de Agosto de 1910, Su Santidad Pío X concede oficialmente a la *Inmaculada Virgen de Guadalupe* el título de *PATRONA de toda la América Latina*. A esta *Celestial Emperatriz* han de volver sus ojos los pueblos, pues desde su *montaña santa* les ha de venir el auxilio para conservar el precioso tesoro de su *FE*, que tantos enemigos quieren arrebatarles. «Tened por verdad del todo firme y averiguada — escribía el Papa LEÓN XIII a los Obispos mejicanos — que la *FE CATÓLICA*, que es el tesoro más preciado, *durará* entre vosotros en toda su integridad y firmeza, mientras se mantenga esa piedad a la *VIRGEN DE GUADALUPE*».

“ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES” (LUC. 1,48)

LOS SUMOS PONTÍFICES. — El Papa BENEDICTO XIV, al contemplar una copia de la *milagrosa Imagen*, exclama: «*Non fecit taliter omni nationi*», con ninguna otra nación hizo tal cosa. Es obra de las manos de *María*. Representa la *Inmaculada Concepción* de la *Virgen*, que vestida de sol, de pie sobre la luna, con real corona, túnica talar color de rosa y manto azul matizado de estrellas, está sostenida por alado querubín. Su apacible y bellísimo semblante es de *noble indita azteca*; sus ojos, de mirar modesto y suavísimo, se dirigen al corazón, sus manos al *CIELO*, en actitud de humilde plegaria. A Ella, que es *MEDIANERA UNIVERSAL* de todas las gracias, han acudido *más de veinte Pontífices*, quienes colmaron de indulgencias y extraordinarios privile-

gios las *imágenes*, los *templos* y *congregaciones de Nuestra Señora de Guadalupe*. Son del Sumo Pontífice LEÓN XIII los preciosos dísticos latinos que están esculpidos al pie del rico cuadro:

«MÉJICO aquí te goza, Madre Santa,
Tu imagen honra y tu favor espera;
Hazlo feliz, y con tu auxilio, ENTERA
Guarde la FE de Cristo SACROSANTA.»

El Papa Pío X escribía a los Señores Obispos de Méjico: «Enseñad a todos los mejicanos que en el *Patrocinio* de la *Virgen de Guadalupe...* encontrarán el auxilio más eficaz para *conservar la FE* de sus mayores.» Su Santidad BENEDICTO XV, en carta al *Señor Arzobispo de Méjico*, le señalaba a la *Virgen del Tepeyac* como recto sendero para llegar a la suspirada paz. «Mas si por arcano designio de *Dios* — dice en su Encíclica el Sumo Pontífice Pío XI — está lejano este día tan deseado, quiera Ella llenar de consuelo los corazones de los fieles mejicanos y fortalecerlos para seguir luchando en favor de su libertad de profesar la *RELIGIÓN*».

LOS REYES. — También las frentes coronadas se inclinan reverentes ante el trono de *María*. Felipe II regaló a Don Juan de Austria una copia de la *Virgen de Guadalupe*, que ondeó en las banderas victoriosas de Lepanto. La Reina de España, Doña María - Ana de Austria, manifestó en diversas ocasiones su devoción a la *Celestial Patrona* de Méjico. Felipe V intervino para que la *Parroquia de Guadalupe* se erigiese en *Colegiata* y fundó la *Congregación Guadalupeña de Madrid*, de la que fué Hermano Mayor. Fernando VI obtuvo que el Oficio y Misa propia de 1.^a clase, concedido a Méjico, se extendiera a España y sus dominios. El 12 de octubre de 1928, Su Majestad Alfonso XIII, en el 33 aniversario de la *Coronación* de la *Virgen del Tepeyac*, se dirige con el *Nuncio* y el *Primado* (digna delegación del PAPA) y rodeado de su pueblo, a ceñir con *corona riquísima las sienes* de la *Virgen de Guadalupe Española*; y en aquellos solemnísimos momentos, elevan todos juntos una ferviente plegaria a la *Reina Mejicana* por su pueblo heroico y por el triunfo de la *IGLESIA*. Los antiguos Virreyes tomaban el mando en el *SANTUARIO DE GUADALUPE*.

LOS OBISPOS. — Ellos ponen bajo su protección sus trabajos apostólicos; ellos la coronaron como *Soberana*; ellos, en el *Concilio Plenario Latino-Americano*, la aclamaron: «*Inmaculada Virgen, AMANTÍSIMA Y POTENTÍSIMA PATRONA DE NUESTRA AMÉRICA LATINA*, que con dulce encanto atraes los corazones de los hombres: Tú has arrebatado los corazones de nuestros pueblos; Tú, con la *benignísima aparición* de tu *Imagen de Guadalupe*, has arraigado las primicias de la *FE* en todas nuestras naciones, y Tú también la has extendido y confirmado». Prueba patente de tan autori-

zado testimonio la ha dado el *pueblo argentino* el 22 de abril de este año 1928 en la ciudad de *Santa Fe*. Día de gloria, en que el *Excmo. Legado* del SUMO PONTÍFICE, en compañía de los Obispos de la República y de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, impone solemnemente la *valiosa corona* a la *Imagen* de la *Santísima Virgen de Guadalupe*, que los hijos de aquella noble ciudad invocan como PATRONA y veneran con ardiente devoción.

LOS GOBERNANTES. — *Hernán Cortés*, el noble conquistador, acompañado del santo Prelado, *Sr. Zumárraga*, salió a pedir *limosna* por las calles de Méjico para la construcción de una de las primeras ermitas que se erigieron a *Nuestra Señora de Guadalupe*. Muchos Presidentes, como *Victoria, Guerrero, Comonfort* y otros, fueron en peregrinación a su SANTUARIO. *La Santa Imagen* se colocó en 1822 y se conservó largos años en la Cámara de Diputados. *García Moreno*, el inmortal estadista y gobernante, hizo reedificar la esbelta cúpula del SANTUARIO dedicado a *Nuestra Señora de Guadalupe* en Guápulo, uno de los más pintorescos paisajes que fertiliza el río Machángara en las cercanías de Quito. El Congreso Pan-Americano de 1901 rindió vasallaje a la *Emperatriz* de América; pues el 29 de Diciembre sabios estadistas y acendrados patriotas se prosternaron reverentes ante la *milagrosa Imagen* y, luego de celebrado el SANTO SACRIFICIO, en solemne procesión y llevando los gloriosos pabellones de sus países, recorrieron aquellos distinguidos caballeros las naves del SANTUARIO y depositaron en el altar de la *Excelsa Patrona* de las Américas las banderas de sus naciones, reconociéndola ante el mundo como el HONOR DE NUESTRA RAZA. «*Tu honorificentia populi nostri*».

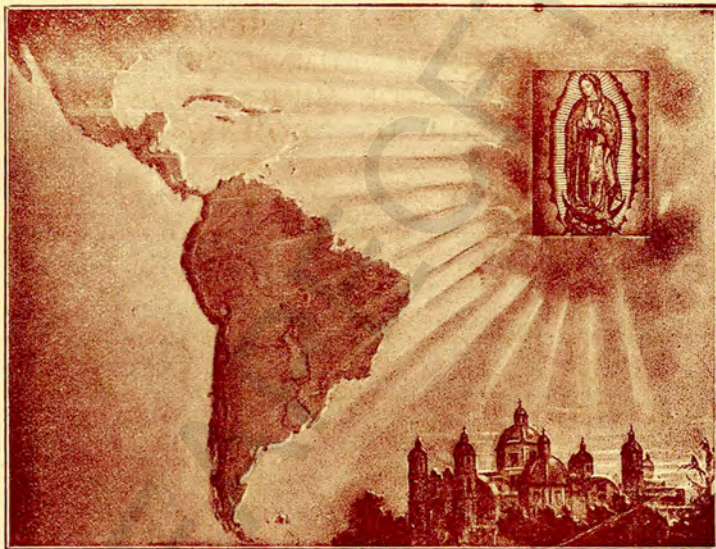
LOS PUEBLOS. — Ya en 1585 escribía el autor antes citado: «Aparecióse entre unos riscos, y a esta devoción acude toda la tierra». En casi cuatro siglos se ha difundido por toda América y muchas naciones europeas. Millones de amantes hijos han acudido a contemplar su rostro maternal e implorar su bendición. Las peregrinaciones que periódicamente se sucedían, encabezadas por celosos Obispos, no han cesado, aunque el PASTOR HAYA SIDO HERIDO CON EL INTENTO DE DISPERSAR LAS OVEJAS DEL REDIL de *Jesucristo*. Muchísimos son los templos levantados en su honor; pero son innumerales los corazones mejicanos donde esta REINA tiene su trono de amor. Sellado está su precioso relicario; pero su devoción no está muerta: *vive más ferviente que nunca...* Romperánse esos sellos por virtud del CIELO, y ese IRIS DE ESPERANZA, que se mantiene en medio de las *nubes tormentosas*, anunciará pronto el día sereno de la *resurrección* y paz para un PUEBLO CREYENTE Y HEROICO.

«SANTA MARIA DE GUADALUPE, ESPERANZA NUESTRA, SALVA A NUESTRA PATRIA. ¡VIRGEN DE GUADALUPE, Reina de MÉJICO, SALVADNOS!»

(300 días de Indulg. — Pío X.)

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE



«POR LO MUCHO QUE AMA EL Señor A SU PUEBLO, TE HA PUESTO A TI PARA QUE REINES SOBRE ÉL» (2 Par. 2, 11).

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Le interesarán...

«¿QUIÉN ES ÉSTA QUE VA SUBIENDO POR EL DESIERTO COMO UNA COLUMNITA DE HUMO, FORMADA DE PERFUMES DE MIRRA Y DE INCIENSO Y DE TODA ESPECIE DE AROMAS?» (CANT. 3, 6).

«LA MADRE ADMIRABLE». — El sábado nueve de diciembre de 1531, un indio se dirigía a Méjico para oír la Misa en obsequio de la Santísima Virgen. Llegando al romper del alba al pie del Tepeyac, un canto dulce y sonoro le atrajo hacia la cumbre de la colina, donde vió en medio de brillante nube rodeada por el arco iris, a una hermosísima Señora, que le dijo: «Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente como pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mejicano), ¿a dónde vas?»

Respondió el indio: «Voy, noble dueño y Señora mía, a Méjico y al barrio de Tlaltelolco, a oír la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.»

Habiéndolo oído María Santísima, le dijo así: «Sábetete, hijo mío muy querido, que soy Yo la siempre Virgen María, Madre del VERDADERO Dios, AUTOR de la vida, CRIADOR de todo y Señor DEL CIELO y de LA TIERRA, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un TEMPLO en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que soliciten mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oír sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir a la ciudad de Méjico y al Palacio del Obispo que allí reside, a quien dirás que Yo te envío, y cómo es gusto mío que me edifique un TEMPLO en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto, tú, que te agradeceré lo que por Mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.»

Postrándose el indio en tierra, le respondió: «Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, a poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.»

El Obispo, Señor Zumárraga, examinó con prudencia el mensaje. El pobre indio, al ver que le exigían alguna señal que confirmase su misión, dijo después a la Virgen en una de las varias apariciones: «Te ruego que envíes para esto una persona noble y principal... que ya ves que soy un pobre villano...» Pero la Virgen, que ensalza a los humildes, mandóle recoger unas rosas brotadas milagrosamente en la cumbre del árido Tepeyac. Al desdoblar su manta para ofrecerlas al Señor Obispo, apareció pintada divinamente la Virgen de Guadalupe en la tilma del afortunado Juan Diego. La verdad del mensaje era evidente. «Apareció un prodigio en el Cielo: una MUJER vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y coronada de estrellas». Era «la Madre del amor hermoso».

«VIRGEN PODEROSA». — La Celestial Señora había elegido y santificado el Tepeyac «para que habitase allí por siempre su gloria y su corazón». Desde entonces, «el pueblo que estaba sentado en las tinieblas y sombras de la muerte» vió la luz de la Fe y se apresuró a seguir sus derroteros. El millón y medio de bautizados ascendió, en el espacio de seis años, a nueve millones, contándose entre ellos magnates, caciques y tribus principales. De este modo surgió, a la voz y presencia de María, LA PRIMERA NACIÓN CRISTIANA del Continente Americano. Las bendiciones y gracias que la INMACULADA VIRGEN DE GUADALUPE ha irradiado desde la santa montaña, han sido a manera de «río de luz», como significa el título con que la honramos. Ya Juan Suárez de Peralta (1585), escribía: «Es una imagen devotísima, que está en Méjico, como a dos cortas leguas, la cual ha hecho MUCHOS MILAGROS.» No ha habido suceso alguno de significación, próspero o adverso, en que Ella no haya intervenido. Recordemos entre muchos el del año 1737, en que las autoridades eclesiástica y civil de la ciudad determinaron jurar por Patrona a SANTA MARÍA DE GUADALUPE, para que les librara de la peste, como en efecto lo hizo. «Tu laetitia Israel» Tú eres la alegría del pueblo escogido.

Refiriéndose a los favores recibidos por el pueblo mejicano de su Virgen Poderosa, escribe un sabio historiador contemporáneo: «Uno de tales beneficios, muy principal, en que pocos se han fijado, es el ser la Virgen del Tepeyac uno de los pocos elementos que tenemos para consolidar nuestra unidad nacional. Discordes como estamos por causas etnológicas, políticas y sociales, todavía, la inmensa mayoría de la Nación se reconoce hermana con las mismas tendencias y con los

misimos amores, cuando los peregrinos de todos los Estados, las historias de todas nuestras casas y las *almas* de todo mejicano bien nacido, convergen a reconocer por su única **Reina** a la **Madre Bendita del Tepeyac**. Y al hablar del juramento del Patronato Nacional de la **Virgen**, añade: «En este día, 12 de Diciembre de 1747, puede decirse que se verificó la *unidad nacional* de Méjico.» Se cumplían una vez más aquellas palabras del Magnificat: *El Todopoderoso ha hecho por tu intercesión cosas maravillosas.*

LIBERTADORA DE SU PUEBLO. — *Lábaro de la independencia, centro de unión y áncora de esperanza*, la llamó el Episcopado mejicano. Y con razón; pues la *primera bandera* de la Patria se enarboló ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**. Morelos, en un decreto publicado el 11 de Marzo de 1813, la apellida «*Defensora* de este REINO». El libertador *Iturbide*, el 12 de Octubre de 1821, rindió ante Ella solemnes gracias, acompañado por los principales caudillos del ejército de la Independencia. En las fiestas centenarias de 1910 generales y oficiales del ejército recorrieron las calles de la Capital, ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**, el mismo *gloriosísimo lábaro* de 1810, la *santa bandera de Hidalgo*.

REINA DE MEJICO. — El 12 de Octubre de 1895, en nombre de Su Santidad LEÓN XIII, y con asistencia de 38 *Príncipes* de la IGLESIA, el *Ilmo. Sr. Alarcón, Arzobispo de Méjico*, ciñe las sienes de la **Virgen** con la preciosa corona de **Reina**. Ante su augusto trono caen de rodillas los Prelados, para depositar sus báculos y mitras a sus *plantas virginales*, mientras el pueblo la aclama: «¡SALVE, Augusta Reina DE LOS MEJICANOS, MADRE SANTISIMA DE GUADALUPE, SALVE!» Estas aclamaciones y honores regios hallaron eco el año 1920, al celebrarse las **BODAS DE PLATA** DE SU **CORONACIÓN**. Todas las clases sociales acudieron a rendirle vasallaje en tan solemne *Jubileo*, y la **Augusta Soberana** les recibía en su *trono adornado con las banderas de la América Latina*. Los pabellones de Méjico, de España y del Vaticano se enlazaban artísticamente a los *pies immaculados* de María. Día glorioso en que de nuevo la Nación de **CRISTO REY** proclamó por **REINA** suya a **Nuestra Señora de Guadalupe**. La **Virgen**, como profetizó el Salmista, aparecía radiante de gloria, sentada en el trono, a la diestra de su **Hijo**, «*astitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato*». A su presencia vendrían los soldados de **CRISTO REY**, dentro de pocos años, a velar sus armas y ser *armados caballeros*, antes de emprender la lucha en defensa de su **FE**.



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

REINA DE LOS MARTIRES. — El amor de este su pueblo le lleva al heroísmo, rindiéndole el vasallaje de sus vidas. En las cumbres del árido Tepeyac brotaron hace casi cuatro siglos encendidas rosas... Prefiguraban a los héroes que a precio de su sangre han defendido con AMOR A SU REINA y a su Hijo. Para Ella es la última mirada de sus ojos y el postrer latido de su corazón; y su nombre, el último que pronuncian sus labios moribundos: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!».

EMPERATRIZ DE LA AMÉRICA LATINA. — A concederle tan merecido título se encaminaron los trabajos y deseos de los Padres de lengua española asistentes al Concilio Vaticano. En sus manos pusieron el cetro de América los Prelados de la Coronación y los del Concilio Plenario Latino-Americano. El 24 de Agosto de 1910, Su Santidad Pío X concede oficialmente a la Inmaculada Virgen de Guadalupe el título de PATRONA de toda la América Latina. A esta Celestial Emperatriz han de volver sus ojos los pueblos, pues desde su montaña santa les ha de venir el auxilio para conservar el precioso tesoro de su FE, que tantos enemigos quieren arrebatarles. «Tened por verdad del todo firme y averiguada — escribía el Papa LEÓN XIII a los Obispos mejicanos — que la FE CATÓLICA, que es el tesoro más preciado, durará entre vosotros en toda su integridad y firmeza, mientras se mantenga esa piedad a la VIRGEN DE GUADALUPE».

“ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES” (LUC. 1,48)

LOS SUMOS PONTIFICES. — El Papa BENEDICTO XIV, al contemplar una copia de la milagrosa Imagen, exclama: «Non fecit taliter omni nationi», con ninguna otra nación hizo tal cosa. Es obra de las manos de María. Representa la Inmaculada Concepción de la Virgen, que vestida de sol, de pie sobre la luna, con real corona, túnica talar color de rosa y manto azul matizado de estrellas, está sostenida por alado querubín. Su apacible y bellissimo semblante es de noble indita azteca; sus ojos, de mirar modesto y suavísimo, se dirigen al corazón, sus manos al CIELO, en actitud de humilde plegaria. A Ella, que es MEDIANERA UNIVERSAL de todas las gracias, han acudido más de veinte Pontífices, quienes colmaron de indulgencias y extraordinarios privile-

gios las imágenes, los templos y congregaciones de Nuestra Señora de Guadalupe. Son del Sumo Pontífice LEÓN XIII los preciosos dísticos latinos que están esculpidos al pie del rico cuadro:

«MÉJICO aquí te goza, Madre Santa,
Tu imagen honra y tu favor espera;
Hazlo feliz, y con tu auxilio, ENTERA
Guarde la FE de Cristo SACROSANTA.»

El Papa Pío X escribía a los Señores Obispos de Méjico: «Enseñad a todos los mejicanos que en el Patrocinio de la Virgen de Guadalupe... encontrarán el auxilio más eficaz para conservar la FE de sus mayores.» Su Santidad BENEDICTO XV, en carta al Señor Arzobispo de Méjico, le señalaba a la Virgen del Tepeyac como recto sendero para llegar a la suspirada paz. «Mas si por arcano designio de Dios — dice en su Encíclica el Sumo Pontífice Pío XI — está lejano este día tan deseado, quiera Ella llenar de consuelo los corazones de los fieles mejicanos y fortalecerlos para seguir luchando en favor de su libertad de profesar la RELIGIÓN».

LOS REYES. — También las frentes coronadas se inclinan reverentes ante el trono de María. Felipe II regaló a Don Juan de Austria una copia de la Virgen de Guadalupe, que ondeó en las banderas victoriosas de Lepanto. La Reina de España, Doña María - Ana de Austria, manifestó en diversas ocasiones su devoción a la Celestial Patrona de Méjico. Felipe V intervino para que la Parroquia de Guadalupe se erigiese en Colegiata y fundó la Congregación Guadalupeana de Madrid, de la que fué Hermano Mayor. Fernando VI obtuvo que el Oficio y Misa propia de 1.ª clase, concedido a Méjico, se extendiera a España y sus dominios. El 12 de octubre de 1928, Su Majestad Alfonso XIII, en el 33 aniversario de la Coronación de la Virgen del Tepeyac, se dirige con el Nuncio y el Primado (digna delegación del PAPA) y rodeado de su pueblo, a ceñir con corona riquísima las sienes de la Virgen de Guadalupe Española; y en aquellos solemnísimos momentos, elevan todos juntos una ferviente plegaria a la Reina Mejicana por su pueblo heroico y por el triunfo de la IGLESIA. Los antiguos Virreyes tomaban el mando en el SANTUARIO DE GUADALUPE.

LOS OBISPOS. — Ellos ponen bajo su protección sus trabajos apostólicos; ellos la coronaron como Soberana; ellos, en el Concilio Plenario Latino-Americano, la aclamaron: «Inmaculada Virgen, AMANTÍSIMA Y POTENTÍSIMA PATRONA DE NUESTRA AMÉRICA LATINA, que con dulce encanto atraes los corazones de los hombres: Tú has arrebatado los corazones de nuestros pueblos; Tú, con la benignísima aparición de tu Imagen de Guadalupe, has arraigado las primicias de la FE en todas nuestras naciones, y Tú también la has extendido y confirmado». Prueba patente de tan autori-

zado testimonio la ha dado el *pueblo argentino* el 22 de abril de este año 1928 en la ciudad de *Santa Fe*. Día de gloria, en que el *Excmo. Legado del SUMO PONTÍFICE*, en compañía de los Obispos de la República y de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, impone solemnemente la *valiosa corona* a la *Imagen* de la *Santísima Virgen de Guadalupe*, que los hijos de aquella noble ciudad invocan como *PATRONA* y veneran con ardiente devoción.

LOS GOBERNANTES. — *Hernán Cortés*, el noble conquistador, acompañado del santo Prelado, *Sr. Zumárraga*, salió a pedir *limosna* por las calles de Méjico para la construcción de una de las primeras ermitas que se erigieron a *Nuestra Señora de Guadalupe*. Muchos Presidentes, como *Victoria, Guerrero, Comonfort* y otros, fueron en peregrinación a su *SANTUARIO*. La *Santa Imagen* se colocó en 1822 y se conservó largos años en la Cámara de Diputados. *García Moreno*, el inmortal estadista y gobernante, hizo reedificar la esbelta cúpula del *SANTUARIO* dedicado a *Nuestra Señora de Guadalupe* en Guápulo, uno de los más pintorescos paisajes que fertiliza el río *Machángara* en las cercanías de Quito. El Congreso Pan - Americano de 1901 rindió vasallaje a la *Emperatriz de América*; pues el 29 de Diciembre sabios estadistas y acendrados patriotas se prosternaron reverentes ante la *milagrosa Imagen* y, luego de celebrado el *SANTO SACRIFICIO*, en solemne procesión y llevando los gloriosos pabellones de sus países, recorrieron aquellos distinguidos caballeros las naves del *SANTUARIO* y depositaron en el altar de la *Excelisa Patrona* de las *Américas* las banderas de sus naciones, reconociéndola ante el mundo como el *HONOR DE NUESTRA RAZA*. «*Tu honorificentia populi nostri*».

LOS PUEBLOS. — Ya en 1585 escribía el autor antes citado: «Aparecióse entre *unos riscos*, y a esta devoción acude toda la tierra». En casi cuatro siglos se ha difundido por toda América y muchas naciones europeas. Millones de amantes hijos han acudido a contemplar su rostro maternal e implorar su bendición. Las peregrinaciones que periódicamente se sucedían, encabezadas por celosos Obispos, no han cesado, aunque el *PASTOR HAYA SIDO HERIDO CON EL INTENTO DE DISPERSAR LAS OVEJAS DEL REDIL de Jesucristo*. Muchísimos son los templos levantados en su honor; pero son innumerales los *corazones mejicanos* donde esta *REINA* tiene su *trono de amor*. Sellado está su precioso relicario; pero su devoción no está muerta: *vive más ferviente que nunca...* Romperánse esos sellos por virtud del *CIELO*, y ese *IRIS DE ESPERANZA*, que se mantiene en medio de las *nubes tormentosas*, anunciará pronto el día sereno de la *resurrección* y paz para un *PUEBLO CREYENTE* y *HEROICO*.

«**SANTA MARIA DE GUADALUPE, ESPERANZA NUESTRA, SALVA A NUESTRA PATRIA. ¡VIRGEN DE GUADALUPE, Reina de MÉJICO, SALVADNOS!**»

(300 días de Indulg. — Pfo X.)

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE



«POR LO MUCHO QUE AMA EL Señor A SU PUEBLO, TE HA PUESTO A Tí PARA QUE REINES SOBRE ÉL» (2 Par. 2, 11).

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Le interesarán...

«¿QUIÉN ES ÉSTA QUE VA SUBIENDO POR EL DESIERTO COMO UNA COLUMNITA DE HUMO, FORMADA DE PERFUMES DE MIRRA Y DE INCIENSO Y DE TODA ESPECIE DE AROMAS?» (CANT. 3, 6).

«LA MADRE ADMIRABLE». — El sábado nueve de diciembre de 1531, un indio se dirigía a Méjico para oír la Misa en obsequio de la Santísima Virgen. Llegando al romper del alba al pie del Tepeyac, un canto dulce y sonoro le atrajo hacia la cumbre de la colina, donde vió en medio de brillante nube rodeada por el arco iris, a una hermosísima Señora, que le dijo: «Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente como pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mejicano), ¿a dónde vas?»

Respondió el indio: «Voy, noble dueño y Señora mía, a Méjico y al barrio de Tlaltelolco, a oír la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.»

Habiéndolo oído María Santísima, le dijo así: «Sábet, hijo mío muy querido, que soy Yo la siempre Virgen María, Madre del VERDADERO DIOS, AUTOR de la vida, CRIADOR de todo y Señor DEL CIELO y de LA TIERRA, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un TEMPLO en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir a la ciudad de Méjico y al Palacio del Obispo que allí reside, a quien dirás que Yo te envío, y cómo es gusto mío que me edifique un TEMPLO en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto, tú, que te agradeceré lo que por Mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.»

100
Postrándose el indio en tierra, le respondió: «Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, a poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.»

El Obispo, Señor Zumárraga, examinó con prudencia el mensaje. El pobre indio, al ver que le exigían alguna señal que confirmase su misión, dijo después a la Virgen en una de las varias apariciones: «Te ruego que envíes para esto una persona noble y principal... que ya ves que soy un pobre villano...» Pero la Virgen, que ensalza a los humildes, mandóle recoger unas rosas brotadas milagrosamente en la cumbre del árido Tepeyac. Al desdoblar su manta para ofrecerlas al Señor Obispo, apareció pintada divinamente la Virgen de Guadalupe en la tilma del afortunado Juan Diego. La verdad del mensaje era evidente. «Apareció un prodigio en el Cielo: una MUJER vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y coronada de estrellas». Era «la Madre del amor hermoso».

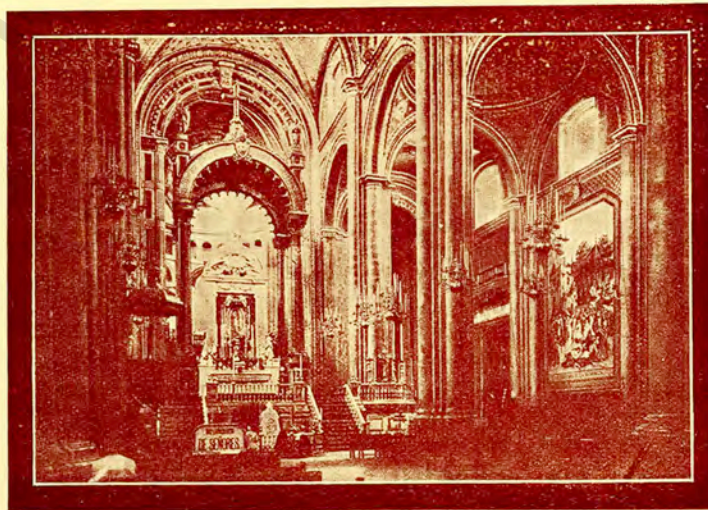
«VIRGEN PODEROSA». — La Celestial Señora había elegido y santificado el Tepeyac «para que habitase allí por siempre su gloria y su corazón». Desde entonces, «el pueblo que estaba sentado en las tinieblas y sombras de la muerte» vió la luz de la Fe y se apresuró a seguir sus derroteros. El millón y medio de bautizados ascendió, en el espacio de seis años, a nueve millones, contándose entre ellos magnates, caciques y tribus principales. De este modo surgió, a la voz y presencia de María, LA PRIMERA NACIÓN CRISTIANA del Continente Americano. Las bendiciones y gracias que la INMACULADA VIRGEN DE GUADALUPE ha irradiado desde la santa montaña, han sido a manera de «río de luz», como significa el título con que la honramos. Ya Juan Suárez de Peralta (1585), escribía: «Es una imagen devotísima, que está en Méjico, como a dos cortas leguas, la cual ha hecho MUCHOS MILAGROS.» No ha habido suceso alguno de significación, próspero o adverso, en que Ella no haya intervenido. Recordemos entre muchos el del año 1737, en que las autoridades eclesiástica y civil de la ciudad determinaron jurar por Patrona a SANTA MARÍA DE GUADALUPE, para que les librara de la peste, como en efecto lo hizo. «Tu laetitia Israel» Tú eres la alegría del pueblo escogido.

Refiriéndose a los favores recibidos por el pueblo mejicano de su Virgen Poderosa, escribe un sabio historiador contemporáneo: «Uno de tales beneficios, muy principal, en que pocos se han fijado, es el ser la Virgen del Tepeyac uno de los pocos elementos que tenemos para consolidar nuestra unidad nacional. Discordes como estamos por causas etnológicas, políticas y sociales, todavía, la inmensa mayoría de la Nación se reconoce hermana con las mismas tendencias y con los

misimos amores, cuando los peregrinos de todos los Estados, las historias de todas nuestras casas y las *almas* de todo mejicano bien nacido, convergen a reconocer por su única **Reina** a la **Madre Bendita del Tepeyac**. Y al hablar del juramento del Patronato Nacional de la **Virgen**, añade: «En este día, 12 de Diciembre de 1747, puede decirse que se verificó la *unidad nacional* de Méjico.» Se cumplían una vez más aquellas palabras del *Magnificat*: *El Todopoderoso ha hecho por tu intercesión cosas maravillosas.*

LIBERTADORA DE SU PUEBLO. — «*Lábaro de la independencía, centro de unión y áncora de esperanza*», la llamó el Episcopado mejicano. Y con razón; pues la *primera bandera* de la Patria se enarboló ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**. Morelos, en un decreto publicado el 11 de Marzo de 1813, la apellida «*Defensora de este REINO*». El libertador *Iturbide*, el 12 de Octubre de 1821, rindió ante *Ella* solemnes gracias, acompañado por los principales caudillos del ejército de la Independencia. En las fiestas centenarias de 1910 generales y oficiales del ejército recorrieron las calles de la Capital, ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**, el mismo *gloriosísimo lábaro* de 1810, la *santa bandera de Hidalgo*.

REINA DE MÉJICO. — El 12 de Octubre de 1895, en nombre de Su Santidad **LEÓN XIII**, y con asistencia de 38 *Príncipes* de la **IGLESIA**, el *Ilmo. Sr. Alarcón, Arzobispo de Méjico*, ciñe las sienes de la **Virgen** con la preciosa corona de **Reina**. Ante su augusto trono caen de rodillas los Prelados, para depositar sus báculos y mitras a *sus plantas virginales*, mientras el pueblo la aclama: «¡**SALVE, Augusta Reina de los mejicanos, MADRE SANTÍSIMA DE GUADALUPE, SALVE!**» Estas aclamaciones y honores regios hallaron eco el año 1920, al celebrarse las **BODAS DE PLATA** de su **CORONACIÓN**. Todas las clases sociales acudieron a rendirle vasallaje en tan solemne *Jubileo*, y la **Augusta Soberana** les recibía en su *trono adornado con las banderas de la América Latina*. Los pabellones de Méjico, de España y del Vaticano se enlazaban artísticamente a los pies *inmaculados* de **María**. Día glorioso en que de nuevo la Nación de **CRISTO REY** proclamó por **REINA** suya a **Nuestra Señora de Guadalupe**. La **Virgen**, como profetizó el Salmista, aparecía radiante de gloria, sentada en el trono, a la diestra de su **Hijo**, «*astitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato*». A su presencia vendrían los soldados de **CRISTO REY**, dentro de pocos años, a velar sus armas y ser *armados caballeros*, antes de emprender la lucha en defensa de su **Fe**.



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

REINA DE LOS MÁRTIRES. — El amor de este su pueblo le lleva al *heroísmo*, rindiéndole el vasallaje de sus vidas. En las cumbres del *árido Tepeyac* brotaron hace casi cuatro siglos *encendidas rosas...* Prefiguraban a los *héroes* que a precio de su sangre han defendido con AMOR A SU REINA y a su Hijo. Para Ella es la última mirada de sus ojos y el postrer latido de su corazón; y su nombre, el último que pronuncian sus labios moribundos: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!».

EMPERATRIZ DE LA AMÉRICA LATINA. — A concederle tan merecido título se encaminaron los trabajos y descos de los *Padres* de lengua española asistentes al *Concilio Vaticano*. En sus manos pusieron el *cebro de América* los *Prelados* de la *Coronación* y los del *Concilio Plenario Latino-Americano*. El 24 de Agosto de 1910, Su Santidad Pío X concede oficialmente a la *Inmaculada Virgen de Guadalupe* el título de *PATRONA de toda la América Latina*. A esta *Celestial Emperatriz* han de volver sus ojos los pueblos, pues desde su *montaña santa* les ha de venir el auxilio para conservar el precioso tesoro de su FE, que tantos enemigos quieren arrebatarles. «Tened por verdad del todo firme y averiguada — escribía el Papa LEÓN XIII a los Obispos mejicanos — que la FE CATÓLICA, que es el tesoro más preciado, *durará* entre vosotros en toda su integridad y firmeza, mientras se mantenga esa piedad a la VIRGEN DE GUADALUPE».

“ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES” (LUC. 1,48)

LOS SUMOS PONTÍFICES. — El Papa BENEDICTO XIV, al contemplar una copia de la milagrosa Imagen, exclama: «*Non fecit taliter omni nationi*», con ninguna otra nación hizo tal cosa. Es obra de las manos de María. Representa la *Inmaculada Concepción* de la Virgen, que vestida de sol, de pie sobre la luna, con real corona, túnica talar color de rosa y manto azul matizado de estrellas, está sostenida por alado querubín. Su apacible y bellísimo semblante es de noble indita azteca; sus ojos, de mirar modesto y suavísimo, se dirigen al corazón, sus manos al CIELO, en actitud de humilde plegaria. A Ella, que es MEDIANERA UNIVERSAL de todas las gracias, han acudido más de veinte Pontífices, quienes colmaron de indulgencias y extraordinarios privile-

gios las imágenes, los templos y congregaciones de Nuestra Señora de Guadalupe. Son del Sumo Pontífice LEÓN XIII los preciosos dísticos latinos que están esculpidos al pie del rico cuadro:

«MÉJICO aquí te goza, Madre Santa,
Tu imagen honra y tu favor espera;
Hazlo feliz, y con tu auxilio, ENTERA
Guarde la FE de Cristo SACROSANTA.»

El Papa Pío X escribía a los Señores Obispos de Méjico: «Enseñad a todos los mejicanos que en el *Patrocinio* de la *Virgen de Guadalupe...* encontrarán el auxilio más eficaz para *conservar* la FE de sus mayores.» Su Santidad BENEDICTO XV, en carta al *Señor Arzobispo de Méjico*, le señalaba a la *Virgen del Tepeyac* como recto sendero para llegar a la suspirada paz. «Mas si por arcano designio de Dios — dice en su Encíclica el Sumo Pontífice Pío XI — está lejano este día tan deseado, quiera Ella llenar de consuelo los corazones de los fieles mejicanos y fortalecerlos para seguir luchando en favor de su libertad de profesar la RELIGIÓN».

LOS REYES. — También las frentes coronadas se inclinan reverentes ante el trono de María. Felipe II regaló a Don Juan de Austria una copia de la *Virgen de Guadalupe*, que ondeó en las banderas victoriosas de Lepanto. La Reina de España, Doña María - Ana de Austria, manifestó en diversas ocasiones su devoción a la *Celestial Patrona* de Méjico. Felipe V intervino para que la *Parroquia de Guadalupe* se erigiese en *Colegiata* y fundó la *Congregación Guadalupeña de Madrid*, de la que fué Hermano Mayor. Fernando VI obtuvo que el Oficio y Misa propia de 1.ª clase, concedido a Méjico, se extendiera a España y sus dominios. El 12 de octubre de 1928, Su Majestad Alfonso XIII, en el 88 aniversario de la *Coronación* de la *Virgen del Tepeyac*, se dirige con el *Nuncio* y el *Primado* (digna delegación del PAPA) y rodeado de su pueblo, a ceñir con *corona riquísima* las *sienes* de la *Virgen de Guadalupe Española*; y en aquellos solemnísimos momentos, elevan todos juntos una ferviente plegaria a la *Reina Mejicana* por su *pueblo heroico* y por el triunfo de la IGLESIA. Los antiguos Virreyes tomaban el mando en el SANTUARIO DE GUADALUPE.

LOS OBISPOS. — Ellos ponen bajo su protección sus trabajos apostólicos; ellos la coronaron como *Soberana*; ellos, en el *Concilio Plenario Latino-Americano*, la aclamaron: «*Inmaculada Virgen, AMANTÍSIMA Y POTENTÍSIMA PATRONA DE NUESTRA AMÉRICA LATINA*, que con dulce encanto atraes los corazones de los hombres: Tú has arrebatado los corazones de nuestros pueblos; Tú, con la *benignísima aparición* de tu *Imagen de Guadalupe*, has arraigado las primicias de la FE en todas nuestras naciones, y Tú también la has extendido y confirmado». Prueba patente de tan autori-

zado testimonio la ha dado el *pueblo argentino* el 22 de abril de este año 1928 en la ciudad de *Santa Fe*. Día de gloria, en que el *Excmo. Legado* del SUMO PONTÍFICE, en compañía de los Obispos de la República y de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, impone solemnemente la *valiosa corona* a la *Imagen* de la *Santísima Virgen de Guadalupe*, que los hijos de aquella noble ciudad invocan como PATRONA y veneran con ardiente devoción.

LOS GOBERNANTES. — *Hernán Cortés*, el noble conquistador, acompañado del santo Prelado, *Sr. Zumárraga*, salió a pedir *limosna* por las calles de Méjico para la construcción de una de las primeras ermitas que se erigieron a *Nuestra Señora de Guadalupe*. Muchos Presidentes, como *Victoria, Guerrero, Comonfort* y otros, fueron en peregrinación a su SANTUARIO. La *Santa Imagen* se colocó en 1822 y se conservó largos años en la Cámara de Diputados. *García Moreno*, el inmortal estadista y gobernante, hizo reedificar la esbelta cúpula del SANTUARIO dedicado a *Nuestra Señora de Guadalupe* en Guápulo, uno de los más pintorescos paisajes que fertiliza el río Machángara en las cercanías de Quito. El Congreso Pan-Americano de 1901 rindió vasallaje a la *Emperatriz de América*; pues el 29 de Diciembre sabios estadistas y acendrados patriotas se prosternaron reverentes ante la *milagrosa Imagen* y, luego de celebrado el SANTO SACRIFICIO, en solemne procesión y llevando los gloriosos pabellones de sus países, recorrieron aquellos distinguidos caballeros las naves del SANTUARIO y depositaron en el altar de la *Excelsa Patrona* de las *Américas* las banderas de sus naciones, reconociéndola ante el mundo como el HONOR DE NUESTRA RAZA. *«Tu honorificentia populi nostri»*.

LOS PUEBLOS. — Ya en 1585 escribía el autor antes citado: «Aparecióse entre *unos riscos*, y a esta devoción acude toda la tierra». En casi cuatro siglos se ha difundido por toda América y muchas naciones europeas. Millones de amantes hijos han acudido a contemplar su rostro maternal e implorar su bendición. Las peregrinaciones que periódicamente se sucedían, encabezadas por celosos Obispos, no han cesado, aunque el PASTOR HAYA SIDO HERIDO CON EL INTENTO DE DISPERSAR LAS OVEJAS DEL REDIL de *Jesucristo*. Muchísimos son los templos levantados en su honor; pero son innumerables los *corazones mejicanos* donde esta REINA tiene su *trono de amor*. Sellado está su precioso relicario; pero su devoción no está muerta: *vive más ferviente que nunca...* Romperánse esos sellos por virtud del CIELO, y ese IRIS DE ESPERANZA, que se mantiene en medio de las *nubes tormentosas*, anunciará pronto el día sereno de la *resurrección y paz* para un PUEBLO CREYENTE Y HEROICO.

«SANTA MARIA DE GUADALUPE, ESPERANZA NUESTRA, SALVA A NUESTRA PATRIA. ¡VIRGEN DE GUADALUPE, Reina de Méjico, SALVADNOS!»

(300 días de Indulg. — Pío X.)

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE



«POR LO MUCHO QUE AMA EL Señor A SU PUEBLO, TE HA PUESTO A TÍ PARA QUE REINES SOBRE ÉL» (2 Par. 2, 11).

¿Ha leído usted todas las Hojitas de esta Colección? Le interesarán...

«¿QUIÉN ES ÉSTA QUE VA SUBIENDO POR EL DESIERTO COMO UNA COLUMNITA DE HUMO, FORMADA DE PERFUMES DE MIRRA Y DE INCIENSO Y DE TODA ESPECIE DE AROMAS?» (CANT. 3, 6).

«LA MADRE ADMIRABLE». — El sábado nueve de diciembre de 1531, un indio se dirigía a Méjico para oír la Misa en obsequio de la Santísima Virgen. Llegando al romper del alba al pie del Tepeyac, un canto dulce y sonoro le atrajo hacia la cumbre de la colina, donde vió en medio de brillante nube rodeada por el arco iris, a una hermosísima Señora, que le dijo: «Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente como pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mejicano), ¿a dónde vas?»

Respondió el indio: «Voy, noble dueño y Señora mía, a Méjico y al barrio de Tlaltelolco, a oír la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.»

Habiéndolo oído María Santísima, le dijo así: «Sábetete, hijo mío muy querido, que soy Yo la siempre Virgen María, Madre del VERDADERO DIOS, AUTOR de la vida, CRIADOR de todo y Señor DEL CIELO y de LA TIERRA, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un TEMPLO en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir a la ciudad de Méjico y al Palacio del Obispo que allí reside, a quien dirás que Yo te envío, y cómo es gusto mío que me edifique un TEMPLO en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto, tú, que te agradeceré lo que por Mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.»

104
Postrándose el indio en tierra, le respondió: «Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, a poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.»

El Obispo, Señor Zumárraga, examinó con prudencia el mensaje. El pobre indio, al ver que le exigían alguna señal que confirmase su misión, dijo después a la Virgen en una de las varias apariciones: «Te ruego que envíes para esto una persona noble y principal... que ya ves que soy un pobre villano...» Pero la Virgen, que ensalza a los humildes, mandóle recoger unas rosas brotadas milagrosamente en la cumbre del árido Tepeyac. Al desdoblar su manta para ofrecerlas al Señor Obispo, apareció pintada divinamente la Virgen de Guadalupe en la tilma del afortunado Juan Diego. La verdad del mensaje era evidente. «Apareció un prodigio en el Cielo: una MUJER vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y coronada de estrellas». Era «la Madre del amor hermoso».

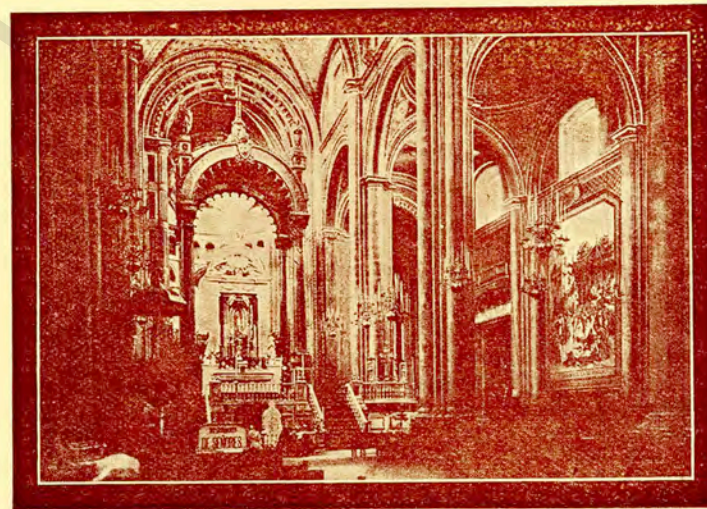
«VIRGEN PODEROSA». — La Celestial Señora había elegido y santificado el Tepeyac «para que habitase allí por siempre su gloria y su corazón». Desde entonces, «el pueblo que estaba sentado en las tinieblas y sombras de la muerte» vió la luz de la Fe y se apresuró a seguir sus derroteros. El millón y medio de bautizados ascendió, en el espacio de seis años, a nueve millones, contándose entre ellos magnates, caciques y tribus principales. De este modo surgió, a la voz y presencia de María, LA PRIMERA NACIÓN CRISTIANA del Continente Americano. Las bendiciones y gracias que la INMACULADA VIRGEN DE GUADALUPE ha irradiado desde la santa montaña, han sido a manera de «río de luz», como significa el título con que la honramos. Ya Juan Suárez de Peralta (1585), escribía: «Es una imagen devotísima, que está en Méjico, como a dos cortas leguas, la cual ha hecho MUCHOS MILAGROS.» No ha habido suceso alguno de significación, próspero o adverso, en que Ella no haya intervenido. Recordemos entre muchos el del año 1737, en que las autoridades eclesiástica y civil de la ciudad determinaron jurar por Patrona a SANTA MARIA DE GUADALUPE, para que les librase de la peste, como en efecto lo hizo. «Tu laetitia Israel» Tú eres la alegría del pueblo escogido.

Refiriéndose a los favores recibidos por el pueblo mejicano de su Virgen Poderosa, escribe un sabio historiador contemporáneo: «Uno de tales beneficios, muy principal, en que pocos se han fijado, es el ser la Virgen del Tepeyac uno de los pocos elementos que tenemos para consolidar nuestra unidad nacional. Discordes como estamos por causas etnológicas, políticas y sociales, todavía, la inmensa mayoría de la Nación se reconoce hermana con las mismas tendencias y con los

mismos amores, cuando los peregrinos de todos los Estados, las historias de todas nuestras casas y las *almas* de todo mejicano bien nacido, convergen a reconocer por su única **Reina** a la **Madre Bendita del Tepeyac**. Y al hablar del juramento del Patronato Nacional de la **Virgen**, añade: «En este día, 12 de Diciembre de 1747, puede decirse que se verificó la *unidad nacional* de Méjico.» Se cumplían una vez más aquellas palabras del *Magnificat*: **El Todopoderoso ha hecho por tu intercesión cosas maravillosas.**

LIBERTADORA DE SU PUEBLO. — «*Lábaro de la independencia, centro de unión y áncora de esperanza*», la llamó el Episcopado mejicano. Y con razón; pues la *primera bandera* de la Patria se enarboló ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**. Morelos, en un decreto publicado el 11 de Marzo de 1813, la apellida «*Defensora de este REINO*». El libertador *Iturbide*, el 12 de Octubre de 1821, rindió ante Ella solemnes gracias, acompañado por los principales caudillos del ejército de la Independencia. En las fiestas centenarias de 1910 generales y oficiales del ejército recorrieron las calles de la Capital, ostentando la **Imagen veneranda** de **NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**, el mismo *gloriosísimo lábaro* de 1810, la *santa bandera de Hidalgo*.

REINA DE MÉJICO. — El 12 de Octubre de 1895, en nombre de Su Santidad LEÓN XIII, y con asistencia de 38 *Príncipes* de la IGLESIA, el *Ilmo. Sr. Alarcón, Arzobispo de Méjico*, ciñe las sienes de la **Virgen** con la preciosa corona de **Reina**. Ante su augusto trono caen de rodillas los Prelados, para depositar sus báculos y mitras a *sus plantas virginales*, mientras el pueblo la aclama: «¡**SALVE, Augusta Reina de los mejicanos, MADRE SANTÍSIMA DE GUADALUPE, SALVE!**!» Estas aclamaciones y honores regios hallaron eco el año 1920, al celebrarse las **BODAS DE PLATA** DE SU **CORONACIÓN**. Todas las clases sociales acudieron a rendirle vasallaje en tan solemne *Jubileo*, y la **Augusta Soberana** les recibía en su *trono adornado con las banderas de la América Latina*. Los pabellones de Méjico, de España y del Vaticano se enlazaban artísticamente a los *pies inmaculados* de María. Día glorioso en que de nuevo la Nación de **CRISTO REY** proclamó por **REINA** suya a **Nuestra Señora de Guadalupe**. La **Virgen**, como profetizó el Salmista, aparecía radiante de gloria, sentada en el trono, a la diestra de su **Hijo**, «*astitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato*». A su presencia vendrían los soldados de **CRISTO REY**, dentro de pocos años, a velar sus armas y ser *armados caballeros*, antes de emprender la lucha en defensa de su Fe.



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

REINA DE LOS MARTIRES. — El amor de este su pueblo le lleva al *heroísmo*, rindiéndole el vasallaje de sus vidas. En las cumbres del *árido Tepeyac* brotaron hace casi cuatro siglos *encendidas rosas...* Prefiguraban a los *héroes* que a precio de su sangre han defendido con AMOR A SU REINA y a su Hijo. Para Ella es la *última mirada de sus ojos y el postrer latido de su corazón*; y su nombre, el último que pronuncian sus labios moribundos: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!».

EMPERATRIZ DE LA AMÉRICA LATINA. — A concederle tan merecido título se encaminaron los trabajos y deseos de los *Padres* de lengua española asistentes al *Concilio Vaticano*. En sus manos pusieron el *etro de América* los *Prelados* de la *Coronación* y los del *Concilio Plenario Latino-Americano*. El 24 de Agosto de 1910, Su Santidad Pío X concede oficialmente a la *Inmaculada Virgen de Guadalupe* el título de *PATRONA de toda la América Latina*. A esta *Celestial Emperatriz* han de volver sus ojos los pueblos, pues desde su *montaña santa* les ha de venir el auxilio para conservar el precioso tesoro de su FE, que tantos enemigos quieren arrebatárles. «Tened por verdad del todo firme y averiguada — escribía el Papa LEÓN XIII a los Obispos mejicanos — que la FE CATÓLICA, que es el tesoro máspreciado, durará entre vosotros en toda su integridad y firmeza, mientras se mantenga esa piedad a la VIRGEN DE GUADALUPE».

“ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES” (Luc. 1,48)

LOS SUMOS PONTÍFICES. — El Papa BENEDICTO XIV, al contemplar una copia de la *milagrosa Imagen*, exclama: «*Non fecit taliter omni nationi*», con ninguna otra nación hizo tal cosa. Es obra de las manos de María. Representa la *Inmaculada Concepción* de la Virgen, que vestida de sol, de pie sobre la luna, con real corona, túnica talar color de rosa y manto azul matizado de estrellas, está sostenida por alado querubín. Su apacible y bellísimo semblante es de *noble indita azteca*; sus ojos, de mirar modesto y suavísimo, se dirigen al corazón, sus manos al CIELO, en actitud de humilde plegaria. A Ella, que es *MEDIANERA UNIVERSAL* de todas las gracias, han acudido *más de veinte Pontífices*, quienes colmaron de indulgencias y extraordinarios privile-

gios las imágenes, los templos y congregaciones de Nuestra Señora de Guadalupe. Son del Sumo Pontífice LEÓN XIII los preciosos dísticos latinos que están esculpidos al pie del rico cuadro:

«MÉJICO aquí te goza, Madre Santa,
Tu imagen honra y tu favor espera;
Hazlo feliz, y con tu auxilio, ENTERA
Guarde la FE de Cristo SACROSANTA.»

El Papa Pío X escribía a los Señores Obispos de Méjico: «Enseñad a todos los mejicanos que en el *Patrocinio* de la *Virgen de Guadalupe...* encontrarán el auxilio más eficaz para *conservar la FE* de sus mayores.» Su Santidad BENEDICTO XV, en carta al *Señor Arzobispo de Méjico*, le señalaba a la *Virgen del Tepeyac* como recto sendero para llegar a la suspirada paz. «Mas si por arcano designio de Dios — dice en su Encíclica el Sumo Pontífice Pío XI — está lejano este día tan deseado, quiera Ella llenar de consuelo los corazones de los fieles mejicanos y fortalecerlos para seguir luchando en favor de su libertad de profesar la RELIGIÓN».

LOS REYES. — También las frentes coronadas se inclinan reverentes ante el trono de María. Felipe II regaló a Don Juan de Austria una copia de la *Virgen de Guadalupe*, que ondeó en las banderas victoriosas de Lepanto. La Reina de España, Doña María - Ana de Austria, manifestó en diversas ocasiones su devoción a la *Celestial Patrona* de Méjico. Felipe V intervino para que la *Parroquia de Guadalupe* se erigiese en *Colegiata* y fundó la *Congregación Guadalupana de Madrid*, de la que fué Hermano Mayor. Fernando VI obtuvo que el Oficio y Misa propia de 1.^a clase, concedido a Méjico, se extendiera a España y sus dominios. El 12 de octubre de 1928, Su Majestad Alfonso XIII, en el 33 aniversario de la *Coronación* de la *Virgen del Tepeyac*, se dirige con el *Nuncio* y el *Primado* (digna delegación del PAPA) y rodeado de su pueblo, a ceñir con *corona riquísima las sienes de la Virgen de Guadalupe Española*; y en aquellos solemnísimos momentos, elevan todos juntos una ferviente plegaria a la *Reina Mejicana* por su *pueblo heroico* y por el triunfo de la IGLESIA. Los antiguos Virreyes tomaban el mando en el SANTUARIO DE GUADALUPE.

LOS OBISPOS. — Ellos ponen bajo su protección sus trabajos apostólicos; ellos la coronaron como *Soberana*; ellos, en el *Concilio Plenario Latino-Americano*, la aclamaron: «*Inmaculada Virgen, AMANTÍSIMA Y POTENTÍSIMA PATRONA DE NUESTRA AMÉRICA LATINA*, que con dulce encanto atrae los corazones de los hombres: Tú has arrebatado los corazones de nuestros pueblos; Tú, con la *benignísima aparición* de tu *Imagen de Guadalupe*, has arraigado las primicias de la FE en todas nuestras naciones, y Tú también la has extendido y confirmado». Prueba patente de tan autori-

zado testimonio la ha dado el *pueblo argentino* el 22 de abril de este año 1928 en la ciudad de *Santa Fe*. Día de gloria, en que el *Excmo. Legado del SUMO PONTÍFICE*, en compañía de los Obispos de la República y de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, impone solemnemente la *valiosa corona* a la *Imagen* de la *Santísima Virgen de Guadalupe*, que los hijos de aquella noble ciudad invocan como *PATRONA* y veneran con ardiente devoción.

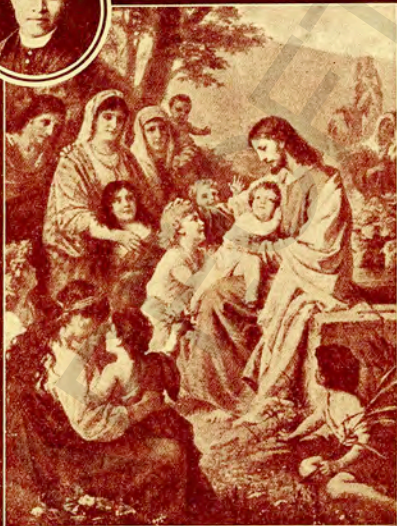
LOS GOBERNANTES. — *Hernán Cortés*, el noble conquistador, acompañado del santo Prelado, *Sr. Zumárraga*, salió a pedir *limosna* por las calles de Méjico para la construcción de una de las primeras ermitas que se erigieron a *Nuestra Señora de Guadalupe*. Muchos Presidentes, como *Victoria, Guerrero, Comonfort* y otros, fueron en peregrinación a su *SANTUARIO*. La *Santa Imagen* se colocó en 1822 y se conservó largos años en la Cámara de Diputados. *García Moreno*, el inmortal estadista y gobernante, hizo reedificar la esbelta cúpula del *SANTUARIO* dedicado a *Nuestra Señora de Guadalupe* en Guápulo, uno de los más pintorescos paisajes que fertiliza el río *Machángara* en las cercanías de Quito. El Congreso Pan-Americano de 1901 rindió vasallaje a la *Emperatriz de América*; pues el 29 de Diciembre sabios estadistas y acendrados patriotas se prosternaron reverentes ante la *milagrosa Imagen* y, luego de celebrar el *SANTO SACRIFICIO*, en solemne procesión y llevando los gloriosos pabellones de sus países, recorrieron aquellos distinguidos caballeros las naves del *SANTUARIO* y depositaron en el altar de la *Excelsa Patrona* de las *Américas* las banderas de sus naciones, reconociéndola ante el mundo como el *HONOR DE NUESTRA RAZA*. «*Tu honorificentia populi nostri*».

LOS PUEBLOS. — Ya en 1585 escribía el autor antes citado: «*Aparecióse entre unos riscos, y a esta devoción acude toda la tierra*». En casi cuatro siglos se ha difundido por toda América y muchas naciones europeas. Millones de amantes hijos han acudido a contemplar su rostro maternal e implorar su bendición. Las peregrinaciones que periódicamente se sucedían, encabezadas por celosos Obispos, no han cesado, aunque el *PASTOR HAYA SIDO HERIDO CON EL INTENTO DE DISPERSAR LAS OVEJAS DEL REDIL de Jesucristo*. Muchísimos son los templos levantados en su honor; pero son innumerales los *corazones mejicanos* donde esta *REINA* tiene su *trono de amor*. Sellado está su precioso relicario; pero su devoción no está muerta: *vive más ferviente que nunca...* Romperánse esos sellos por virtud del *CIELO*, y ese *IRIS DE ESPERANZA*, que se mantiene en medio de las *nubes tormentosas*, anunciará pronto el día sereno de la *resurrección* y paz para un *PUEBLO CREYENTE Y HEROICO*.

«**SANTA MARÍA DE GUADALUPE**, ESPERANZA NUESTRA, SALVA A NUESTRA PATRIA. ¡**VIRGEN DE GUADALUPE**, Reina de MÉJICO, SALVADNOS!»

(300 días de Indulg. — Pío X.)

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)



EL APÓSTOL DE LOS NIÑOS

*Mártir le llamamos, sin intención de prevenir
el juicio de la Iglesia*

Ayude V. a los Católicos mejicanos dando a conocer por medio de la Colección de estas Hojitas, la horrible persecución que sufren.

COMO EL DIVINO MAESTRO

«**DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MÍ...**» — Falto de fuerzas corporales, salía de su prisión, el 22 de noviembre de 1927, un *sacerdote ejemplar*, nueva víctima callista. Eran como las diez de la mañana. La soldadesca que le conducía atado, detúvose un poco al llegar a las afueras de la ciudad de San Juan de los Lagos. Sentóse el *sacerdote* junto al puente y, viendo a unos niños que le seguían, pareció repetir a los circunstantes con su mirada bondadosa las palabras del **Divino Maestro**: «*Dejad que los niños se acerquen a Mí...*» La escena no es fácil de describir. Los pequeñuelos pronto le rodearon.

LA ÚLTIMA LECCIÓN. — No fué otra sino la que tantas veces les había inculcado: «*Estudiad el Catecismo*». Entre aquellos niños, había varios que pertenecían a sus centros; y, viendo junto a sí a uno que le merecía la debida confianza, hízole una recomendación para la directora del *Catecismo*, y exhortó a todos a que siguieran estudiando las enseñanzas de nuestra SANTA RELIGIÓN, y a que rogasen a Dios por él.

¿**QUIEN ERA EL MAESTRO?**... — Todos conocían, por su celo en la salvación de las almas, al Pbro. *Don Pedro Esqueda*. Cursó sus estudios eclesiásticos en Guadalajara y en San Juan de los Lagos, donde el 19 de noviembre de 1918 celebró su primera *Misa* en el SANTUARIO de Nuestra Señora. Este era el lugar que la Divina Providencia le entregaba, para que enseñase con la palabra y el ejemplo.

SU LIBRO PREDILECTO... FUE EL CATECISMO. — Con él habían formado sus piadosos padres el tierno corazón de nuestro *apóstol*, y con él, quería el *Padre Esqueda* preparar una nueva generación de católicos. Para ello fundó centros catequísticos, estableció escuelas, en las cuales le ayudaban excelentes catequistas; pues, en frase del mismo, «la mujer tiene que ser el principal auxiliar del Párroco en la enseñanza del *Catecismo*». Según testimonio de quien siguió muy de cerca sus actividades catequísticas, podría decirse del *Padre Esqueda* que «su pasión dominante fué formar el corazón de la niñez, por medio del *Catecismo*». Es que entendía muy bien aquellas palabras del Sumo Pontífice Pío X: «La *Obra del Catecismo* es la más excelente a que podemos dedicarnos: mejor que predicar, confesar, dar misiones, enseñar en el colegio y otros ministerios».

«**ENSENAD A TODAS LAS GENTES.**» — Pero el radio de acción de nuestro *mártir* se extendía más allá de los centros catequísticos. Así como había imitado el celo del Papa Pío X por los

catecismos, quiso también seguir sus pasos enseñando a todos la fuente de nuestra vida espiritual, **Jesús Sacramentado**. Para ello, reúne a los niños y niñas en la CRUZADA EUCARÍSTICA, y a la gente mayor de la Asociación Josefina la congrega con frecuencia en torno del SAGRARIO. Y cuando la persecución antirreligiosa privó a los fieles de tan dulce **Compañero**, el celo de nuestro *mártir* se industrió para acercar de alguna manera los corazones en torno de **Jesús Sacramentado**. Aconsejó a todos los jefes de familia que de siete a ocho de la tarde se uniesen en *espíritu*, para hacer un acto de desagravio al Santísimo Sacramento, y a las ocho se arrodillasen para recibir la bendición. Encargado del SAGRADO DEPÓSITO, hizo preparar una habitación a donde, en los días menos peligrosos, afluían algunos fieles a hacer sus horas de *Guardia de Honor*, ejercicios de desagravio, HORA SANTA los jueves, y algunos retiros nocturnos la víspera del *primer viernes*. «Sin el Santísimo Señor Sacramentado, decía el *Padre Esqueda*, la situación se hace muy triste y dolorosa. El PRISIONERO DE AMOR nos bendice.» — En cuanto a la oración, les recordaba la promesa de **Jesucristo**: «*Pedid y recibiréis*», «Cuanto pidiereis al *Padre* en mi nombre os lo concederá». Para animarles a la penitencia, les recordaba el ejemplo de los *Ninivitas*, y añadía: «Hagamos lo mismo los pecadores de estos tiempos; pidamos perdón con un corazón contrito y humillado».

«**COMO A UN LADRÓN HABÉIS SALIDO A PRENDERME.**» — Fué la queja amorosa que **Jesús** dirigió a sus enemigos en el huerto de *Getsemaní*, y la misma podría repetir el *Padre Esqueda*. Los primeros días de noviembre se ocultó fuera del pueblo, pero el cumplimiento de su deber *sacerdotal* pronto le hizo volver a la humilde casa que habitaba. El día 18, terminadas las últimas oraciones de la MISA, *tomó un crucifijo y lo besó devotamente*. Era como el beso de despedida acompañado de cánticos de amor al Corazón de Jesús. Su rostro, nos dice un testigo, rebosaba alegría. ¿Presentiría su martirio?... De 9 a 9,30, como si fuesen en busca de un malhechor, aparecieron, sitiados por soldados, varios edificios, mientras otros guardias ocupaban las azoteas, y los más fuertes asaltaban dos de las casas. Quedaban en las garras de sus enemigos, además del *Padre Esqueda*, cinco caballeros, dos señoras y cinco señoritas.

LA BOFETADA. — Rodeado de soldados, fué conducido el *sacerdote* al teniente coronel, quien en seguida le pronunció *sentencia de muerte*; buscó armas y quiso él mismo con mano sacrilega empezar la serie de tormentos que esperaban a nuestro *mártir*, descargando sobre su rostro una bofetada, con tanta furia, que le dejó *chorreando sangre*. El *Padre Esqueda* ofreció sin duda aquella humillación a **Jesucristo**, recordando la bofetada que en casa de Anás había él recibido por *nuestro amor*.

LOS AZOTES. — No satisfecho el furor del jefe, antes de salir de la casa ensañóse *azotándole fuertemente*; y luego lanzóle con tal fuerza por delante, que el *santo sacerdote* fué a dar contra el suelo. A empellones lo llevaban, sufriendo a consecuencia otras *dos caídas* antes de entrar en la prisión, donde le trataron con rigor y azotaron de nuevo cruelmente...

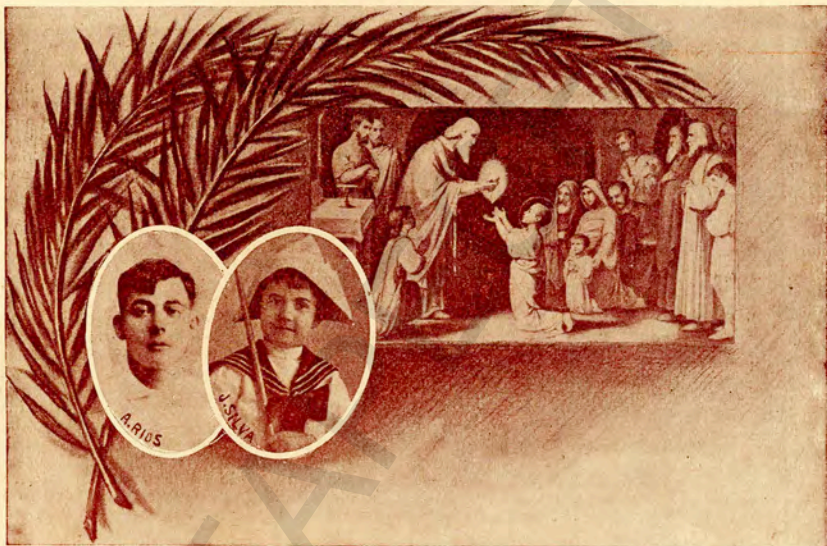
CAMINO DEL CALVARIO. — Pasados cuatro días en el cuartel, sufriendo cual *invicto mártir* los tormentos, le sacaron en medio de multitud de soldados, atado con dos sogas, y le llevaron con gran estruendo camino de *su calvario*. Según expresión de un testigo ocular, al salir de San Juan de los Lagos, el *Padre Esqueda* iba todo hecho una llaga, pues ya al prenderle le dieron tales y tan duros golpes en el rostro, que *casi totalmente se le saltó el ojo izquierdo, rompiéndole los huesos de la cara...*

«¡TENGO SED!» — En llegando a Tecualtitán, sintió sed tan abrasadora, que pidió un poco de agua: pero recordando a *Jesucristo* en la CRUZ, quiso padecerla como *Él* y se adelantó a indicar que se la negasen. Sin embargo, en el decurso del viaje, un soldado compasivo, viendo en aquel estado al *mártir de Cristo*, aprovechando la ausencia de sus compañeros, se acercó al *sacerdote* y le ofreció agua, que agradecido tomó ahora, quizá para no desfallecer antes de llegar a la Cruz que le esperaba.

EL ARBOL DE LA CRUZ. — Eran como las tres de la tarde. En las afueras de Tecualtitán la soldadesca prepara sus armas. Le mandan subir a un *mezquite* (especie de algarrobo), que tenía unas gavillas de rastrojo, para que aquel árbol le sirva de *cruz*. Pero como uno de los brazos de *nuestro mártir* estaba muy lastimado, se cayó. Esforzóse segunda y tercera vez, pero las *tres veces* vino a dar en el suelo. Entonces, al pie del árbol le dieron muerte a balazos y dejaron tirado su cuerpo. Contaba 48 años de edad.

HONROSA SEPULTURA. — Uno de los soldados, que se quedó atrás de la comitiva, avisó a unos vecinos del pueblo, y gran número salió con luces buscando el cuerpo del nuevo *mártir* de la FE. Una vez encontrado, avisaron a los vecinos de Jalostotitlán y se reunieron con luces y flores para velar aquellos *santos despojos, recoger su sangre* y prepararle honrosa sepultura. El *Padre Esqueda* había oído la voz de *Jesucristo* y tomado su CRUZ para seguirle hasta *morir en ella*.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)



LOS NIÑOS MÁRTIRES DE MÉJICO

Llamamos mártires a estos niños, sin intención de prevenir el juicio de la Iglesia

ESCENAS DE CATACUMBAS

Nada tan imponente en los anales del CRISTIANISMO, como la celebración de los MISTERIOS en aquellos sombríos subterráneos, en los que la Iglesia militante hermanaba con los cánticos de la Salmódia los himnos de triunfo de los que allí descansaban en sepulturas, y eran el ornamento de la Iglesia triunfante. Los umbrales desiertos de estos templos funerarios han vuelto los *católicos mejicanos* a traspasarlos. Y a la comitiva de jóvenes y doncellas que lucen guirnalda de lirios entreverados con espinas punzantes; de varones y ancianos que se afianzan en las palmas arrebatadas en los combates por Cristo Rey; de ministros del Santuario que han teñido las blancas estolas de su vida sacerdotal con la púrpura de su sangre: van delante, palmoteando por el entusiasmo de sus victorias, *niños tiernos*, que cubren el camino de jazmines de inocencia con pasionarias y rosas enrojecidas con su sangre, poblando los aires de cánticos parecidos a los de aquellos niños hebreos que recibieron en triunfo a Jesucristo: ¡Hosanna al Hijo de David!

EL MINISTERIO DE ÁNGELES. — Huérfana y solitaria quedaba una de las Iglesias de Méjico. al ver arrebatarse de sus altares los ministros del culto. Penetraron los *católicos* en el templo, sobrecogidos por el temor de presenciar esparcidas por el suelo las hostias consagradas, y, como tantas veces ha sucedido, conculcadas por las pezuñas de aquellas fieras. Allí estaba el Señor en el SAGRARIO, despojado de sus ministros, solitario, recibiendo tan sólo los lánguidos resplandores de la lámpara... Ningún sitio más seguro creyeron para guardarlo, que sus mismos corazones. Un caballero virtuoso se dispuso a repartir entre los concurrentes las sagradas FORMAS: alargó la mano a la llave... pero retrocedió, buscando la inocencia de un niño que supliera su indignidad... Allí se hallaba una *niñita* de pocos años: «Ven, hijita, tú eres un ángel, y sólo las manos de los Ángeles merecen tocar a Jesús. Levántola en alto mientras el angelito abría la portezuela y sacaba el copón. Pusiéronse todos de rodillas, y los Ángeles asomaban sus cabecitas formando nimbo en derredor de la diaconisa diminuta, que les hacía sonreír por el donaire con que reproducía las rúbricas del sacerdote, trayéndoles a la memoria el idilio del acólito San Tarsicio recibiendo de manos del Papa San Esteban el Sacramento de los altares, para llevarlo a los *cristianos* que gemían en las prisiones.

¡SOY CRISTIANO! — Al resonar el pregón que intimaba por orden de Daciano sacrificar a los dioses, dos niñitos, Santos Justo y Pastor, que se hallaban en la escuela, arrojando las cartillas

110
fuéronse a la presencia del ministro, y con desenfado infantil le dijeron: «Tus cuchillos no los tememos, Daciano. ¿Sacrificios exiges? Nuestros cuerpecitos ofreceremos a nuestro Dios, **único y verdadero**. ¡SOMOS CRISTIANOS!...»

Un general que cruzaba el pueblo de La Piedad en busca de *católicos* para prenderlos, tropezó con un *niño de diez años*, que llevaba, prendido del ojal, un botoncito de la Cruzada Eucarística. «¿Quién eres tú?, le preguntó con ceño el general. — Méndez Gil, para servir a Dios. — ¿Y esa insignia, qué significa? — Es el distintivo de la Cruzada Eucarística. — ¿Y tú qué eres? — Y aquí, echando mano de la gorrita, respondió con mucha gracia: ¿Yo? Soy *católico, apostólico, romano*...»

Entre los jóvenes que apresaron en Parras, estaba un muchachito de quince años. Movióle a compasión a uno de los gendarmes la corta edad; y así, con la excusa de un mensaje, quiso darlo por libre. Mas en el momento que resonaban las descargas, y la humareda de pólvora envolvía las *víctimas* cual una nube de incienso, adelanta hacia el grupo de militares el jovencito, con semblante tranquilo y reposado, diciéndoles con firmeza: «Si mis amigos han sucumbido por ser *católicos*, yo me reconozco tan culpable como ellos: vedme aquí, quiero participar de su suerte...»

De la misma suerte participó también otro *niño de trece años*, que, como soldadito de Cristo Rey, peleaba en Arandas entre las *tropas católicas*. Ante el asalto de los contrarios replegaron los *católicos*; y el *bisoñito*, sin tiempo para escapar, se vió de súbito rodeado de militares, quienes, admirando el valor de *aquel pequeño*, comenzaron con halagos a decirle: «Eres un valiente, muchacho: vente con nosotros y te abrirás camino.» Pero el *chico*, señalando el *rosario* y la *cruz* que pendían de su pecho, respondió noblemente a las lisonjas: «Ustedes combaten por un hombre, pero yo combato por mi Dios. ¡VIVA CRISTO REY!» Silbaron las balas al instante, abriendo brecha en aquel *pecho valiente* para que el alma volase al CIELO... Allí se abrazaría con otro *compañerito*, Agustín Ríos, de su misma edad, quien sufrió las *angustias de la muerte*, a imitación de Jesucristo, viendo por la carnicería y destrozo de sus amigos, que caían envueltos en sudarios de sangre, la inhumana crueldad con que habían de tronchar el lirio fresco y fragante de su vida.

EN LAS GARRAS DEL LOBO. — Cayó en manos de los verdugos otro *chiquito* que andaba distribuyendo *hojitas de propaganda religiosa*. Pregúntanle de quién las había recibido, pero no logran que conteste, aun amenazándole con azotes si guardaba silencio. Descargan vergazos sobre

sus tiernas carnes, que sólo arrancan gemidos de dolor... Esperan con plan diabólico a que su pobre madre, que le buscaba desolada, vaya a ver si está en la cárcel. Llega, en efecto, la infeliz mujer, con alimento para su hijito. Allí, delante de ella, azotan sin piedad al *valeroso niño*; pero *la madre*, como *la de los mártires Macabeos*, lo alienta a cumplir con su deber, repitiéndole entre sollozos: «¡No digas, hijo, no digas!». Acometidos de rabia los sayones, al verse vencidos por un *niño y una mujer*, quiebran los bracitos al mártir de diez años, y poco después se dormía en el Señor, para despertar en el CIELO entre los cánticos de los ángeles...

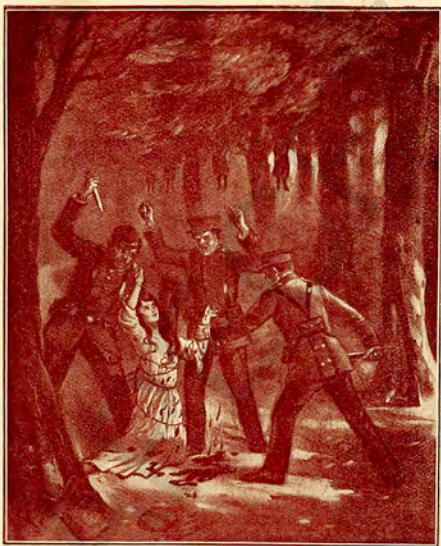
¡HOSANNA AL HIJO DE DAVID! — Repetían sus lecciones, en la escuela veinte niños mejicanos, cuando a deshora se presenta en el aula el Inspector de Instrucción Pública. Acogióronle los muchachos con el clásico ¡VIVA CRISTO REY! Saltó de cólera el magistrado y sus acompañantes, y con los puños rígidos de furor les mandó que al instante aclamasen el lema de los enemigos de la Religión: ¡Viva Calles!... Vitorearon con más ahinco a CRISTO REY; y entonces babeando de rabia lanzáronse aquellos tigres sobre los *corderillos indefensos*, y ¡oh crueldad espantosa! *cortaron aquellas lengüecitas* que habían entonado el himno de triunfo y alabanza a su REY Y SENOR...

EL RABEL DEL BUEN PASTOR. — Los balidos de estas *tiernas ovejitas* han llegado hasta las cumbres del Vaticano, donde está su Pastor cariñoso, compasivo, que pone bálsamo a sus heridas, y templá la violencia de sus dolores con la melodía de sus palabras, llenas de patéticos acentos, como las tristes notas que se desprenden de la flauta pastoril: «Niños y niñas, dice Su SANTIDAD Pío XI, en los primeros albores de la vida dan, hace algunos meses, un espectáculo que se capta la admiración de todos los hombres que tengan luz en la mente y vida en el corazón, y que no menos cautiva la admiración de los *Ángeles del CIELO*». (Consistorio del 20 de diciembre de 1926.)

Jesús también les llama cada día desde el SAGRARIO donde se halla escondido tras los velos sacramentales; allí van las ovejitas a descansar en los hombros del buen Pastor; pero eso sí, escondiditas y silenciosas, sin que nadie sospeche que, al meterse en los portales de cualquier casa, es para recibir a Jesús en lo más recóndito de las habitaciones particulares, donde sólo se celebra la Santa Misa sin luces, sin ornamentos sacerdotales, pero sí con muchas lágrimas...

Ve tú, querido niño, que te compadece de tus hermanitos, los mejicanos, a comulgar mañana y cada día, y consuela al Pastorcillo que le han arrebatado sus *ovejitas*; y pídele que ahuyente con su cayado poderoso las fieras salvajes que destrozan su *rebaño predilecto*. ¿Lo harás?... ¿Verdad que sí?

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



MÁRTIRES MEJICANAS

*Llamamos mártires a estas jóvenes, sin intención de prevenir
el juicio de la Iglesia.*

ROSAS DE MARTIRIO

Para admirar el valor de la *mujer cristiana* no hay que volver los ojos a los anfiteatros paganos, o a las hogueras de Orleans; basta fijarlos en los calabozos y plazas públicas de Méjico. En ellas se perciben aromas de pureza y de martirio, y hay arenas y cadalsos teñidos en sangre de vírgenes, y famélicos leopardos que muestran, no a los espectadores de un circo, sino a todo el mundo, sus dientes y sus garras chorreando sangre fresca aun de *doncellas cristianas*.

Cárceles, azotes y ultrajes, todo lo ha probado ya, por CRISTO, la *mujer mejicana*; pero su valor, lejos de anonadarse, ha llegado al heroísmo, impulsándola a caminar hacia el martirio con la sonrisa en los labios.

EL TESTIMONIO DEL PAPA. — El SUMO PONTÍFICE Pío XI ha querido ser el PREGONERO de tanta fortaleza en su Encíclica sobre la persecución religiosa en Méjico. «Una sola cosa nos complace, Venerables Hermanos, haceros conocer: que todos los socios y socias de las agrupaciones católicas, de tal manera no temen; que, lejos de huir, no sólo buscan los peligros, sino antes bien gozan cuando sufren las amarguras que les proporcionan sus adversarios. ¡Oh espectáculo bellísimo dado al mundo, a los Ángeles y a los hombres! ¡Oh hechos dignos de eterno encomio!... No son pocos los Caballeros de Colón o los jefes de la Liga, de las Damas y de la Juventud, los que son aprehendidos, conducidos por las calles en medio de una caterva de soldados, encarcelados en inmundas prisiones, tratados ásperamente y castigados con penas y multas.

»A nuestras vírgenes encarceladas se las ha inferido indignísimas injurias, divulgándolo después, con toda intención, para intimidar a las demás y apartarlas de su deber.»

He ahí el bellissimo y cumplido elogio que Pío XI tributa al heroísmo de la *mujer católica mejicana*. Y que estas palabras no son sino la fiel expresión de la realidad, lo comprueban los martirios que a continuación narraremos.

LAS MÁRTIRES DE COLIMA. — En los primeros días del mes de octubre, la ciudad de Colima contemplaba un espectáculo jamás visto en suelo mejicano. De los árboles de uno de los parques principales de la ciudad pendían los cuerpos de cinco ilustres víctimas, pertenecientes a familias distinguidas y que acababan de ser martirizadas por defender la realeza de CRISTO.

SU CRIMEN. — Sobre ellas no pesa otro crimen que el de ser católicas y haber distribuido hojas de propaganda religiosa, con el fin de mantener activo el fervor de los católicos en medio

de la presente lucha. Ellas, antes que hacer traición a su Fe y abandonar a la Iglesia en esta hora terrible, prefirieron los tormentos del martirio.

¿SIGLO DE LIBERTAD Y APOSTASÍA? — Dicen que el siglo XX es el siglo de la libertad y de la apostasía. Los sangrientos despojos de estas víctimas de la Fe son el argumento más contundente de que este siglo, ni es el siglo de la libertad, ni de la apostasía; puesto que por querer usar de su libertad estas intrépidas heroínas, han sido suspendidas de esos árboles, y porque aún está vivo y pujante en la Iglesia el espíritu cristiano, antes que la apostasía eligieron el martirio.

LA MÁRTIR DE CIUDAD VICTORIA

«¡SOY CRISTIANA!» — He aquí la única respuesta que arrancaban de los labios de las vírgenes cristianas los procónsules romanos, al ser llevadas a los tribunales y a los cadalsos. A los halagos, a las amenazas y aun a la misma muerte, aquellas inocentes y delicadas víctimas sólo responden: «¡Soy cristiana!». La ira y la perfidia de sus verdugos se estrellan ante estas sublimes y breves palabras.

No es de extrañar, pues, que éste fuera el lenguaje de la mártir mejicana, al ser ella también conducida a los tribunales y al cadalso.

EN BUSCA DE LA LIBERTAD. — El 4 de febrero de 1927 fueron puestos en prisión en Ciudad Victoria varios caballeros, por el hecho de ser católicos y querer practicar su religión. Un grupo de damas de la ciudad, indignadas por este nuevo atropello a la más sagrada libertad, hace gestiones para obtener la libertad de los prisioneros; pero todo en vano.

«En Méjico hay libertad de conciencia», como tanto se pregona. Entonces se organiza una manifestación de señoras que, encabezada por la valiente Srta. María Guadalupe Chaires, se dirige al Palacio Municipal, a pedir públicamente la libertad de los católicos allí detenidos. La manifestación es recibida con una descarga al aire para intimidar a las valientes damas, por el alcalde y los soldados de la población, parapetados en las alturas del edificio. Pero la mujer mejicana ya no se intimida, cuando se trata de defender a CRISTO. Avanzan decididas. Los soldados bajan entonces la puntería de sus fusiles, y una lluvia de balas cae sobre ellas. Tampoco esto las amedrenta. Un nuevo avance y rescatan por la fuerza a los católicos prisioneros.

ANTE LOS PROCÓNSULES. — Pocos días después, una poderosa y bien pertrechada columna de soldados del perseguidor entra en Ciudad Victoria, para recuperar su honra perdida. La primera diligencia es capturar a la *Srta. Chaires*. Un inicu general somete primero a la *esforzada mártir* a un vil interrogatorio, exigiéndole que declare dónde se ocultan el Párroco y los vecinos encargados del cuidado de los TEMPLOS. Ella se niega a hacer tal declaración. La azotan, y en medio de *este tormento inhumano* sonríe y calla, como sonreían los *primeros mártires* en los potros y en las hogueras.

EN EL CADALSO. LAS ÚLTIMAS SONRISAS. — Viendo que no consiguen respuesta a su interrogatorio, la atan a un poste para dar principio a su *martirio*, en el que la víctima inocente será espectáculo sublime de *fortaleza cristiana* a Dios, a los Ángeles y a los hombres. Ya en el patíbulo, le mandan gritar ¡*Viva Calles!*!, y entonces rompe ella por fin su silencio, y exclama: ¡**VIVA CRISTO REY!**! El verdugo, hecho un energúmeno, la somete *al tormento*. Un soldado brutal coge la mano de la joven y le arranca un dedo. Ella se estremece... mas inmediatamente se sobrepone y vuelve a sonreír... Uno por uno le van arrancando todos los dedos de las manos, y como ni así obtienen de ella una delación ni un ¡*Viva Calles!*!, la siguen mutilando poco a poco. En esto, ya exánime, su rostro palidece de muerte, nueva sonrisa de *ángel* dibujan sus labios, al propio tiempo que dejan escapar aquel su tan repetido y consolador grito de combate «**VIVA CRISTO REY**». Así expiró esta *heroína* de la Fe, que a los lirios de su pureza une hoy la palma del martirio.

SEMILLA DE CRISTIANOS. — Sí, estas palabras nos traen a la mente el martirio de *otra joven mejicana*, María Nieves Cuéllar. La sangre de María Guadalupe Chaires no ha caído en tierra estéril, sino que ya germina vigorosa en el *corazón de la mujer mejicana*.

La Srta. Cuéllar fué aprehendida en León, Guanajuato, al mismo tiempo que *dos sacerdotes y varios católicos*. Se les condujo a la cárcel y de allí a la estación Salas. Al llegar a ésta, los esbirros del perseguidor forman el cuadro de la muerte y disparan sobre aquel grupo de *invictos mártires* de Cristo. Caen *todos* debatiéndose en los espasmos de la agonía, que en la Srta. Cuéllar, como más joven, se prolongan dolorosamente, sin que por esto sufra mengua su valor cristiano.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

PEDIDOS A ISART DURÁN EDITORES, S. A. — BALMES, 141. — BARCELONA